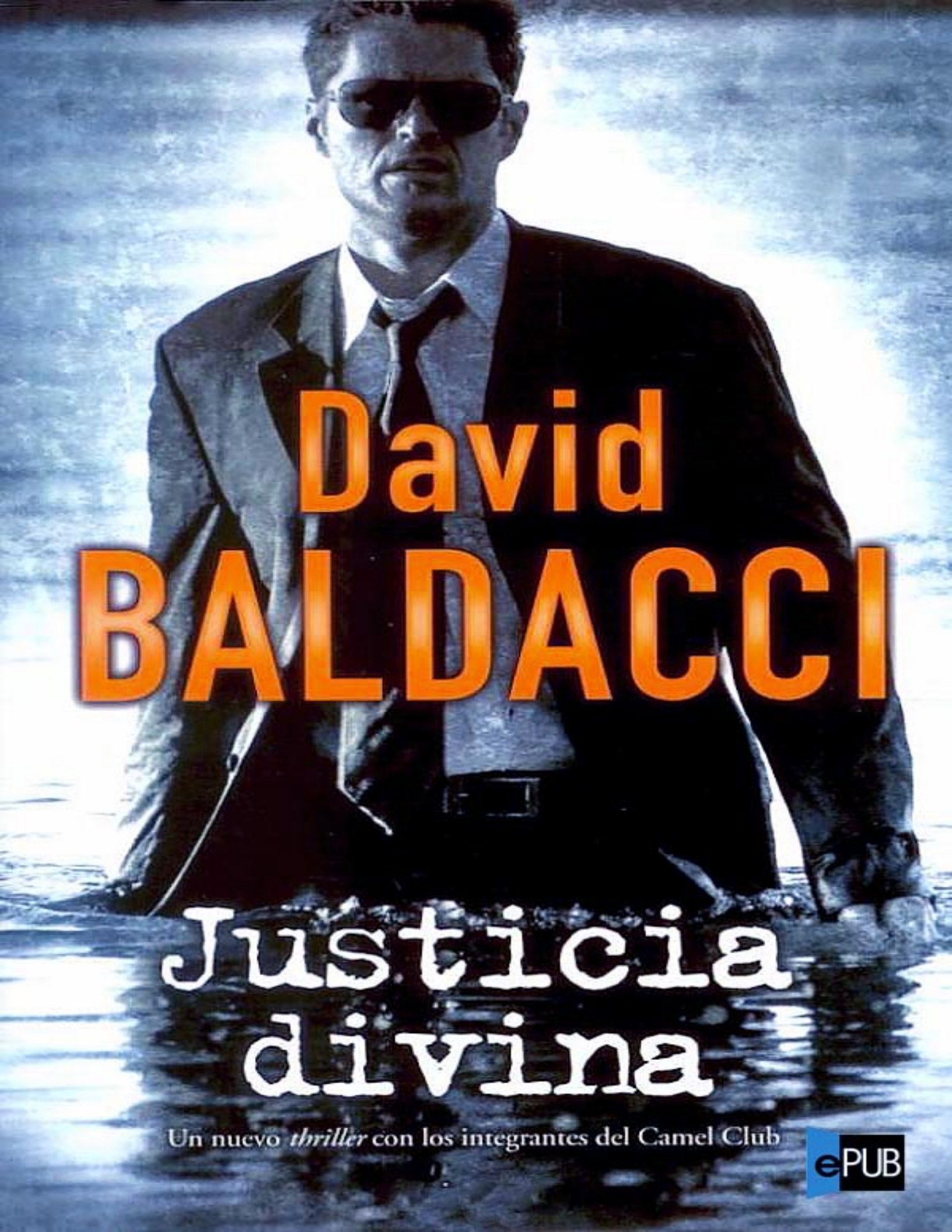


A man in a dark suit, white shirt, and dark tie stands waist-deep in water. He is wearing dark sunglasses and looking directly at the camera. The background is a bright, hazy sky. The text 'David BALDACCI' is overlaid on the image in large, bold, orange letters.

David BALDACCI

Justicia divina

Un nuevo *thriller* con los integrantes del Camel Club

ePUB

Tras apretar el gatillo por dos veces, John Carr, alias Oliver Stone, silencia por fin a los hombres que destruyeron su vida y lo obligaron a permanecer largo tiempo en la sombra. Pero la libertad tiene un precio muy alto: desde las más altas esferas del gobierno de los Estados Unidos se inicia una brutal cacería contra él. El Camel Club lo arriesgará todo para salvarlo.

A medida que se acercan los cazadores, el intento de Stone de huir de los demonios del pasado lo llevarán de los pasillos poderosos de Washington D.C. a un mundo tan sangriento y letal como aquel del que ha escapado. Una nueva y trepidante aventura del Camel Club, que obliga a contener la respiración e invita a disfrutar de una acción sin límites. Conspiraciones políticas, pueblos de la América profunda llenos de secretos, amistades a prueba de balas y ¿por qué no? un poco de amor.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

David Baldacci

Justicia divina

Camel Club 4

ePUB v1.0

Liete 17.08.12

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: *Divine Justice*

David Baldacci, 2008.

Traducción: Mercé Diago Esteva y Abel Debritto Cabezas.

Editor original: Liete (v1.0)

ePub base v2.0

OceanofPDF.com

A la memoria de mi padre

OceanofPDF.com

1

La bahía de Chesapeake es el mayor estuario de América del Norte. Su cuenca, de unos 320 km de longitud, cubre una zona de casi 170.000 km² teóricos, con más de ciento cincuenta ríos y arroyos que desembocan en la bahía impetuosamente. También acoge un sinfín de aves y criaturas acuáticas, aparte de ser un remanso muy apreciado por los barqueros para pasar su tiempo libre. Sin duda, es una zona de increíble belleza, menos cuando resulta que uno está nadando por la dichosa bahía en medio de una tormenta y rodeado por la semipenumbra del amanecer. Entonces es una mierda.

Oliver Stone emergió a la superficie y boqueó tragando bocanadas de aire salado, como un hombre sediento en medio de aquellas inmensas aguas. La violenta inmersión le había hecho hundirse más de lo recomendable para la salud. Sin embargo, si uno se lanza al mar embravecido desde un acantilado de diez metros de altura, hay que agradecer el seguir con vida. Mientras movía las piernas para mantenerse a flote, miró en derredor para orientarse. En esos momentos nada de lo que veía le resultaba demasiado atractivo. Cada vez que caía un rayo en la tierra divisaba el imponente acantilado desde el que se había arrojado. Llevaba menos de un minuto en el agua, pero el frío ya le estaba calando los huesos a pesar del traje de submarinista que vestía debajo de la ropa. Se quitó

pantalones, camisa y zapatos y comenzó a nadar hacia el este. No tenía demasiado tiempo.

Al cabo de veinte minutos se dirigió a la orilla, con las cuatro extremidades entumecidas. En otros tiempos habría sido capaz de pasarse un día entero nadando, pero ya no tenía veinte años. Demonios, ni siquiera cincuenta. En ese momento lo único que quería era llegar a tierra; estaba harto de imitar a los peces.

Se marcó como objetivo una grieta en la roca y fue directo hacia ella. Atravesó el fuerte oleaje a duras penas y trepó a tierra firme. Corrió hasta una gran roca redondeada y recogió la bolsa de tela que había escondido allí con anterioridad. Se despojó del traje de submarinista, se secó con una toalla y se puso ropa limpia y unas zapatillas de deporte. Introdujo las prendas empapadas en la bolsa, la ató a una piedra y la lanzó al Atlántico embravecido para que hiciera compañía a su viejo rifle de francotirador y mira de largo alcance. Oficialmente estaba retirado de la profesión de ejecutor. Esperaba vivir lo suficiente para disfrutar de la experiencia. Ya ni siquiera el dinero le importaba.

Ascendió con precaución por el sendero rocoso hasta un camino de tierra. Al cabo de diez minutos llegó a una hilera de árboles, donde unos pinos poco enraizados se inclinaban a causa del inclemente viento marino. Tras correr unos veinte minutos, alcanzó unas construcciones medio derruidas. Se introdujo por una ventana de la cabaña más pequeña mientras la oscuridad comenzaba a desvanecerse con la luz que asomaba entre las nubes. En realidad, no era más que un cobertizo, aunque contaba con lujos tales como puerta y suelo. Consultó la hora. Como mucho tenía diez minutos. Exhausto, se quitó la ropa de nuevo y entró en la diminuta ducha de cañerías oxidadas, de las que apenas brotaba un reguero de agua tibia, como una fuente que lanza su último chorro agonizante. De todos modos, se frotó con brío para despojarse de la maloliente huella salobre que le había dejado la bahía embravecida, de hecho para eliminar toda prueba. Actuaba como un autómatas, el cerebro en modo automático. Eso cambiaría. Los juegos mentales estaban a punto de empezar. Ya se imaginaba que irían por él.

Stone estaba pendiente de que llamaran a la puerta, y ocurrió mientras se vestía.

—Oye, chico, ¿estás listo? —La voz atravesó el fino contrachapado como la garra de un gato en una ratonera.

A modo de respuesta, Stone propinó un fuerte manotazo en el suelo de tablones irregular mientras se calzaba. Luego se enfundó un abrigo deshilachado, se encasquetó una gorra de John Deere y se puso unas gafas gruesas. Se pasó una mano por la barba entrecana que se había dejado crecer durante los últimos seis meses, abrió la puerta y asintió al hombre bajito y achaparrado que le esperaba. Tenía la típica barriga cervecera y el ojo derecho perezoso, así como dientes amarillentos por exceso de *Winston* y cafés cargados. Estaba claro que no le iba el café con leche. Llevaba un gorro de punto de los Green Bay Packers y vestía un descolorido peto de granjero, sucias botas de trabajo y un raído abrigo manchado de grasa, en consonancia con su sonrisa fácil.

—Menudo frío tenemos esta mañana —comentó, frotándose la nariz carnosa antes de devolver a los labios el cigarrillo que estaba fumando.

«Y que lo digas», pensó Stone.

—Pero luego hará más calor, seguro. —Bebió de un tazón oficial de las carreras de NASCAR; el café le goteó por la barbilla al apartarlo.

Stone asintió antes de ladear la cara barbuda y dejar inexpresivos sus ojos normalmente atentos tras unas gafas de cristales emborronados. Al situarse detrás del hombre, dobló la pierna izquierda para simular una cojera que lo hacía parecer varios centímetros más bajo.

Estaban cargando leña en un Ford F-150 destartalado y con los neumáticos lisos, cuando un coche de policía y unos turismos negros irrumpieron en el camino de entrada despidiendo gravilla como disparos de una escopeta de aire comprimido. Los hombres fornidos y pulcros que se aparearon llevaban chaquetas impermeables azules con las letras FBI doradas estarcidas a la espalda, y revólveres con cargadores de catorce balas en las pistoleras del cinturón. Tres de ellos se acercaron a Stone y su compañero, mientras un sheriff rechoncho de uniforme, botas negras lustrosas y un Stetson se apresuraba a alcanzarles.

—¿Qué ha pasado, Virgil? —preguntó el hombre de la gorra de Green Bay al sheriff—. ¿Algún cabrón se ha escapado de la cárcel? Creedme, chicos, tendríais que volver a disparar a matar y pasar de los liberales de tres al cuarto.

Virgil negó con la cabeza y frunció el ceño, preocupado.

—Nada de cárceles. El tío está muerto, Leroy.

—¿Qué tío?

—Enséñame la documentación —espetó uno de los del FBI.

—¿Dónde estabais tú y tu amigo hace una hora? —preguntó otro.

Leroy miró a uno y luego al otro. Volvió a mirar al sheriff.

—Virgil, ¿qué coño está pasando?

—Ya te he dicho que ha muerto un hombre. Un hombre importante. Se llama...

Uno de los agentes lo cortó con un gesto brusco.

—Documentación. ¡Vamos!

Leroy sacó una cartera de un bolsillo del mono y le tendió el carné de conducir. Mientras uno de los agentes introducía el número en un ordenador de mano que se sacó de la chaqueta, otro le tendía la mano a Stone.

Éste no se inmutó. Se limitó a mirar con expresión ausente, con los labios apretados y formando un arco exagerado con la rodilla de la pierna aparentemente lisiada. Parecía confundido, lo cual formaba parte del numerito.

—No tiene carné —dijo Leroy—. No tiene nada de nada. Joder, ni siquiera habla. Sólo suelta gruñidos.

Los del FBI rodearon a Stone.

—¿Trabaja para ti?

—Sí, señor. Desde hace cuatro meses. Es un buen trabajador, de espalda fuerte. No pide mucho dinero; comida y alojamiento más que nada. Pero tiene una pierna mala y poco cerebro. Nadie lo contrataría.

Los agentes observaron el ángulo que formaba la pierna de Stone, y luego le miraron la cara de gafas y barba poblada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó uno de ellos.

Stone gruñó e hizo movimientos entrecortados con la mano, como realizando una chapucera demostración de algún arte marcial para los federales.

—Lenguaje de signos, al menos eso creo, o algo parecido —se atrevió a sugerir Leroy con aire cansino—. No conozco ese lenguaje, así que no sé cómo se llama. Le digo «oye, chico» y le enseño lo que necesito que haga. Parece que funciona. No es que nos dediquemos a la cirugía cardíaca, sólo cargamos cosas en un camión.

—Dile que se levante la pernera del pantalón de la pierna mala —ordenó un agente.

—¿Para qué?

—¡Díselo!

Leroy se lo indicó subiéndose la pernera de su pantalón.

Stone se inclinó y lo imitó con dificultad impostada.

Todos observaron la fea cicatriz que le cruzaba la rótula.

—¡Maldita sea! —exclamó Leroy—. No me extraña que no pueda andar bien.

El del FBI hizo una seña a Stone de que ya estaba bien.

—Vale, de acuerdo.

A Stone nunca le había pasado por la cabeza que algún día agradecería la vieja herida de bayoneta que un soldado norvietnamita le había infligido hacía casi cuarenta años. De hecho, parecía mucho peor de lo que realmente era porque el cirujano había tenido que coserla en medio de la jungla durante un violento cruce de fuego. Como cabe imaginar, al médico le temblaban las manos.

—Leroy y yo crecimos juntos aquí —dijo el sheriff Virgil—. Él era el central y yo el *quarterback* del equipo de fútbol americano del instituto. Ganamos el campeonato del condado hace cuarenta años. No se dedica a ir por ahí matando gente. Y este tío... no hay que ser muy listo para ver que no tiene pinta de tirador de élite.

El del FBI le devolvió el carné a Leroy y miró a sus compañeros.

—Limpio —masculló con cierta decepción.

—¿Adónde vais? —pregunto otro agente al tiempo que observaba el camión medio cargado.

—Al mismo sitio que voy siempre a estas horas de la mañana en esta época del año. Llevamos leña a gente que no tiene tiempo de cortar la suya, y la vendemos antes de que empiece el frío. Luego vamos al puerto deportivo y trabajamos en el barco. Tal vez salgamos si se despeja.

—¿Tienes un barco? —preguntó un agente.

Leroy miró a Virgil con expresión cómica.

—Sí, tengo un yate de categoría. —Señaló detrás de él—. Nos gustar salir a navegar por la bahía de Chesapeake y quizá coger unos cuantos cangrejos. He oído decir que por aquí son muy apreciados.

—Corta el rollo, Leroy, antes de que te metas en un lío —se apresuró a decir Virgil—. Esto es serio.

—Ya lo creo —espetó Leroy—. Pero si hay un muerto, más vale que no perdáis el tiempo de palique con nosotros. No sabemos nada.

—¿No ha pasado nadie por aquí esta mañana?

—Ni un solo coche hasta que habéis aparecido, y llevamos levantados desde antes del amanecer.

Stone fue cojeando hasta el camión y empezó a cargar leña.

Los agentes intercambiaron una mirada.

—Larguémonos —masculló uno de ellos.

Al cabo de unos instantes ya habían desaparecido.

Leroy se acercó al camión y empezó a echar leña.

—¿Quién habrá muerto? —dijo, como pensando en voz alta—. Un hombre importante, dicen. En este mundo hay mucha gente importante. Pero mueren como todo hijo de vecino. Así es como Dios hace justicia.

Stone profirió un gruñido prolongado.

Leroy lo miró y sonrió.

—Oye, chico, es lo más inteligente que he oído en toda la mañana.

Cuando hubo concluido la jornada de trabajo, Stone indicó con gestos que se marchaba. Leroy asintió.

—Me sorprende que hayas durado tanto. Buena suerte. —Sacó unos billetes de veinte dólares arrugados y se los tendió.

Stone los cogió, le dio una palmada en la espalda y se alejó renqueando.

Tras guardar sus cosas en la talega, se marchó a pie e hizo autoestop hasta Washington D.C. en la parte trasera de un camión, ya que el conductor no quería que aquel desaliñado caminante compartiera la calidez de la cabina. A Stone no le importó. Así tendría tiempo para pensar, y tenía mucho en que pensar. Acababa de matar a dos de los hombres más importantes del país, con apenas unas horas de diferencia, empleando el rifle que había lanzado al océano antes de saltar al vacío desde el acantilado.

El camión le dejó cerca de la zona de la capital llamada Foggy Bottom. Stone se dirigió a su vieja casa en el cementerio de Mt. Zion.

Tenía que entregar una carta.

Y algo que recoger.

Y luego habría llegado el momento de ponerse en camino. Por fin su álgter ego John Carr estaba muerto.

Y era más que probable que Oliver Stone fuera el siguiente.

OceanofPDF.com

2

La casita estaba a oscuras, y el cementerio, todavía más. Lo único que se veía era el vaho que despedía su aliento en contacto con el aire frío. Escudriñó cada centímetro del cementerio; en su situación no podía permitirse ningún fallo. Ir allí era una estupidez, pero para Stone la lealtad no era una opción sino una obligación, y formaba parte de su idiosincrasia. Por lo menos, eso no se lo arrebatarían.

Había esperado en las inmediaciones durante media hora para ver si detectaba algo raro. Su casa había estado bajo vigilancia un par de meses después de que él la abandonara. Lo sabía porque él mismo había vigilado a los vigilantes. Sin embargo, transcurridos cuatro meses sin que apareciese, habían dejado de hacer guardia para ocuparse de otros asuntos. Eso no significaba que no fueran a volver. Tras los acontecimientos de esa mañana, era probable que así fuera. Todos los policías dicen que cualquier vida que se trunque de forma violenta se merece el mismo nivel de investigación. Sin embargo, cuanto más importante es la víctima, más concienzuda es la búsqueda del culpable. Por lo que, de acuerdo con esa máxima, esta vez recurrirían a un ejército.

Una vez satisfecho, se arrastró por debajo de la verja de la parte trasera del cementerio y trepó a una lápida grande. La apartó y dejó al descubierto el pequeño compartimento excavado en la tierra. Recogió la caja escondida allí y la guardó en la talega antes de volver a poner la piedra en su sitio. Dio

una palmada cariñosa al indicador de la tumba. Hacía tiempo que el nombre del difunto estaba gastado. Pero Stone había investigado sobre las personas sepultadas en Mt. Zion y sabía que aquélla era la última morada de un tal Samuel Washington, un liberto que había dado la vida para ayudar a otros esclavos a conseguir la libertad. Sentía cierto vínculo con aquel hombre porque, en cierto modo, Stone sabía lo que era carecer de libertad.

Observó la casita en la penumbra que ya daba paso a la noche. Sabía que Annabelle Conroy se había alojado allí, pues solía estacionar su coche de alquiler ante la puerta principal, y él había entrado en la casa después de que ella se ausentara, un par de meses atrás. La casa presentaba mucho mejor aspecto que cuando él la ocupaba. No obstante, nunca podría volver a residir en Mt. Zion, salvo en posición supina y a unos dos metros bajo tierra. Tras haber apretado el gatillo dos veces esa madrugada se había convertido en el hombre más buscado de Estados Unidos.

Se preguntó dónde estaría ella esa noche. Ojalá que por ahí disfrutando de la vida, aunque cuando se hicieran públicos los dos asesinatos, sus amigos deducirían rápidamente lo que había ocurrido. Confiaba en que le consideraran capaz de ello. De hecho, ése era el verdadero motivo por el que estaba allí.

Tenía pocos amigos, y no quería dejarlos colgados por su culpa. Los federales no eran incompetentes. Tarde o temprano irían por ellos. Después de todo lo que habían hecho por él, Stone deseó de todo corazón poder hacer algo más por el Camel Club. Había pensado en entregarse para poner fin a aquello. Pero tenía tal mentalidad de superviviente que no contemplaba la posibilidad de ir andando mansamente al patíbulo. No les permitiría ganar de ese modo. Tendrían que esforzarse un poco más.

Llevaba consigo una carta que había redactado con sumo cuidado. No era una confesión, ya que eso plantearía un dilema incluso mayor a sus amigos. De acuerdo, Stone se encontraba en un callejón sin salida, pero les debía algo. Tenía que haber sido consciente de que, con la vida que había llevado, sólo había una conclusión posible.

Aquélla.

Se sacó la carta del bolsillo, la enrolló en la empuñadura de un cuchillo que extrajo de otro bolsillo y la ató con un cordel. Apuntó desde la oscuridad del patio y lo lanzó. El cuchillo se clavó en la columna del porche.

—Adiós.

Tenía que ir a otro sitio.

Al cabo de unos instantes volvía a arrastrarse por debajo de la verja. Fue caminando hasta la estación de metro de Foggy Bottom y subió a un tren. Más tarde, llegó a otro cementerio después de caminar media hora.

¿Por qué se sentía más cómodo entre los muertos que entre los vivos? La respuesta era relativamente sencilla: resultaba muy conveniente que los muertos nunca hicieran preguntas.

Aunque estaba oscuro, encontró rápidamente la tumba que buscaba. Se arrodilló, apartó unas hojas con la mano y contempló la lápida.

Allí yacía Milton Farb, el otro integrante del Camel Club, y el único fallecido. Pero, incluso muerto, Milton formaría parte para siempre de ese grupo informal de teóricos de la conspiración que habían insistido en una sola cosa: la verdad.

Lástima que su líder no hubiera hecho honor a tal principio.

Stone era el único motivo de la muerte de su querido amigo. Era culpa suya. Por su culpa, el brillante y peculiar Milton descansaba allí para el resto de la eternidad después de que una bala de gran calibre acabara con su vida bajo el Capitolio. El dolor que le atormentaba era casi comparable al que había sentido por la muerte de su esposa hacía décadas.

A Stone se le empañaron los ojos al recordar aquella noche aciaga en el centro de visitantes del Capitolio. La mirada de Milton tras recibir el impacto de bala; aquellos ojos inocentes tan abiertos y suplicantes. Stone recordaría los últimos segundos de su amigo hasta el día de su propia muerte. Y no podía hacer nada, salvo vengar al malogrado. Y lo había hecho. Aquella noche había matado a bocajarro a varios hombres armados hasta los dientes y expertos en el manejo de armas, y apenas recordaba nada de todo eso, eclipsado por aquella muerte tan trágica. No obstante, no había ni mucho menos compensado esa pérdida. Ése era el motivo de los

ajusticiamientos de esa mañana, por lo menos en parte, pero ninguno de ellos compensaba la pérdida de Milton. Ni la de su esposa. Ni la de su hija.

Arrancó con cuidado un trozo de hierba y tierra de la tumba de su amigo, colocó la caja en el hueco y volvió a colocar la hierba encima, compactándola bien con el pie. Eliminó todo indicio de manipulación de la tierra y luego se puso firmes y saludó a su amigo muerto.

Al cabo de unos instantes regresó caminando lentamente al metro y se dirigió a Union Station, donde compró un billete de tren hacia el sur con buena parte del dinero que le quedaba. Había varios policías uniformados y de paisano por la zona, y Stone se fijó en la ubicación de cada uno de ellos. No cabía duda de que los controles estrictos se encontraban en los tres aeropuertos locales para intentar detener al asesino de un conocido senador estadounidense y del jefe de inteligencia de la nación. Era obvio que el ineficaz sistema ferroviario americano no merecía tanto escrutinio, como si los asesinos no se dignaran viajar en trenes normales y corrientes.

Al cabo de media hora subió al Amtrak Crescent con destino a Nueva Orleans; lo decidió de repente, mientras observaba la marquesina. El tren salía con varias horas de retraso; de lo contrario, no habría podido tomarlo. Aunque no era un hombre supersticioso, lo había considerado un presagio. Entró en un pequeño lavabo, se recortó la barba y se quitó las gafas. Luego se dirigió a su asiento.

Había oído que se seguía necesitando abundante mano de obra en Nueva Orleans tras el *Katrina*. Y la gente, ansiosa por encontrar trabajadores para las labores de reconstrucción, no hacía preguntas indiscretas como el número de la Seguridad Social o el domicilio permanente. En aquel momento de su vida, Stone no estaba para preguntas ni números que revelasen su identidad verdadera. Su intención era perderse entre aquella masa humana que intentaba superar una pesadilla que no se había buscado. Lo comprendía a la perfección porque, básicamente, su objetivo era el mismo. Salvo por los dos últimos disparos, que había efectuado con la dosis máxima de ira y sentido de la justicia que le habían negado.

Stone miraba por la ventanilla mientras el tren traqueteaba en la oscuridad. En el reflejo del cristal observó a la joven sentada a su lado con un bebé en brazos, con los pies encima de una talega gastada y una funda de almohada repleta de lo que parecían biberones, pañales y mudas de ropa para el niño. Los dos iban dormidos; el pecho del bebé acurrucado entre los senos desbordantes de su madre. Stone se volvió para observar al bebé de triple papada y puños regordetes. De repente éste abrió los ojos y se quedó mirándolo. Lo sorprendente fue que no lloró, de hecho no emitió ningún sonido.

Al otro lado del pasillo iba un ferroviario delgado comiendo una hamburguesa con queso comprada en la estación, con una botella de Heineken entre unas rodillas huesudas enfundadas en unos vaqueros remendados. A su lado se sentaba un hombre joven, alto y bien parecido, de pelo castaño alborotado y barba de unos días en un rostro inmaculado. Tenía la complexión esbelta y larguirucha y los gestos seguros de un ex *quarterback* de instituto que todavía no ha engordado. Stone no llegó por sí solo a esa conclusión: el chico llevaba la cazadora del instituto salpicada de medallas, letras y lazos. La fecha bordada en la cazadora indicaba que había acabado el bachillerato hacía varios años. «Mucho tiempo ha pasado para seguir añorando los días de gloria», pensó Stone, pero quizás aquello fuera todo lo que le quedaba al muchacho. También presentaba el aspecto de una persona convencida de que el mundo estaba en deuda con él y no se molestaba en pagarle la factura.

Mientras Stone lo miraba, se levantó, sorteó al hombre de la hamburguesa y se dirigió a la parte trasera del vagón para cruzar al siguiente coche.

Stone alargó la mano y tocó con delicadeza la manita del bebé, y éste le dedicó un arrullo apenas audible. Luego se recostó en el asiento, cerró los ojos y por fin se durmió por primera vez desde hacía dos días. Los cabrones avariciosos que cometían sus crímenes encumbrados en el poder contrataban abogados arteros y, una de dos, o eran puestos en libertad o vivían pocos meses en algo parecido a hoteles de tres estrellas antes de regresar a la sociedad para seguir robando dinero. En comparación, los

hombres empantanados en las trincheras como Stone se limitaban a coger el extremo equivocado de las armas para que les estallaran en la cabeza, tras lo cual desaparecían sin dejar rastro.

«Menudo panorama».

Bueno, antes tendrían que encontrarle. Le debía aquello a una autoridad que solía ser cruel con las personas que la servían lealmente, con el mayor de los sacrificios soportado en silencio.

Se recostó en el asiento y observó cómo Washington iba desapareciendo con el traqueteo del tren.

OceanofPDF.com

3

Joe Knox estaba leyendo en la pequeña biblioteca de su casa del norte de Virginia cuando sonó el teléfono. El interlocutor fue parco en palabras, y Knox, hombre avezado en aquellas lides, no le interrumpió. Colgó, dejó la novela a un lado, se enfundó el impermeable y unas botas, cogió las llaves de su Range Rover de diez años lleno de arañazos y se internó en el tiempo inclemente para llevar a cabo una tarea igual de inclemente.

Knox, que medía casi un metro noventa y tenía la complexión musculosa y robusta del *linebacker* más pequeño de lo normal que había sido en la universidad, tenía cincuenta y pico años y el pelo ralo, que llevaba con el típico corte de barbero, brillante y lacio, peinado hacia atrás. También tenía unos ojos verde claro que eran el equivalente humano de una resonancia magnética, ya que no se les escapaba nada. Sujetó el volante del Rover con unos dedos largos que habían apretado todo tipo de gatillos cuando servía a su país. Desde el barrio arbolado y aislado entró en Chain Bridge Road, en McLean, Virginia. A esas horas de la mañana, el tráfico todavía sería muy denso en la ronda de circunvalación. En realidad ya no había ninguna hora en que la soga de asfalto que rodeaba el cuello de la capital no estuviera estrangulada de coches. Dirigió el todoterreno hacia el centro y desde allí retrocedió en dirección al este de Maryland. En cierto momento percibió el olor del mar, y con él imaginó la escena del crimen. Todo eso en una sola jornada de trabajo.

Al cabo de tres horas daba vueltas alrededor del coche bajo una lluvia torrencial. Carter Gray seguía sentado con el cinturón de seguridad puesto y la cabeza destrozada; al parecer, una bala de un rifle de largo alcance había acabado con su vida, aunque ya lo confirmaría la autopsia. Mientras, la policía, los del FBI y los técnicos forenses pululaban como moscardones, buscando un lugar donde poder hacer su trabajo. Joe Knox se agachó ante el indicador blanco de una tumba y una pequeña bandera de Estados Unidos plantada delante del mismo en el arcén. Estaba en una curva. La caravana de coches habría aminorado allí la marcha. Resultaba obvio que Gray, un hombre curioso, se habría fijado en aquellas dos cosas y bajado la ventanilla; un error fatal.

«Indicador de tumba y bandera estadounidense. Igual que en el cementerio de Arlington. Una elección interesante y quizá reveladora».

El hecho de que las ventanillas pudieran bajarse indicó a Knox que el vehículo no estaba blindado. Las de éstos eran gruesas como un listín de teléfonos y no se movían. Ése había sido el segundo error de Gray.

«Tenías que haber pedido un coche blindado, Carter. Eras lo bastante importante».

Knox sabía que aquello no era como el béisbol. En aquel trabajo nunca hacían falta más de dos golpes para acabar con uno.

Miró a lo lejos, tratando de adivinar la trayectoria de la bala mortífera. Ninguno de los hombres dedicados a tareas de protección había visto rastro alguno de un tirador, por lo que tenía que trazar el posible recorrido desde mayor distancia, allá donde el arma resultara prácticamente invisible a simple vista.

¿Un kilómetro? ¿Quinientos metros? Para un objetivo situado en un vehículo visto apenas a través de una pequeña abertura en la oscuridad y lloviendo. Y le había colocado la bala en pleno cerebro.

«Un disparo impresionante se mire como se mire. No ha sido cuestión de suerte. Un profesional, sin duda». Muy revelador, también.

Se levantó y asintió hacia un agente uniformado. Knox llevaba la placa de identificación coleando del cuello. Una vez que todo el mundo vio cuál

era su cargo, habían actuado con deferencia y le habían evitado como si sufriese una enfermedad contagiosa e incurable.

«Y a lo mejor así es». El policía abrió la puerta del vehículo y Knox se asomó al interior. El disparo le había alcanzado de lleno en la sien derecha. No había orificio de salida. La bala seguía alojada en el cerebro. La extraerían durante la autopsia. Tampoco es que necesitara el informe forense para saber la causa de la muerte. En el interior del vehículo había sangre y fragmentos de carne y cráneo. Knox dudaba que el gobierno reutilizara ese coche. Probablemente correría la misma suerte que la limusina de JFK. Era mala suerte o mal karma, que cada cual lo llame como quiera, pero ninguna otra personalidad querría posar el trasero en aquel asiento, por muy esterilizado que estuviera.

Gray no parecía dormido. Se veía claramente que estaba muerto. Nadie se había molestado en cerrarle los ojos. Las gafas habían salido volando por el impacto de la bala cargada de energía cinética. Por ello, Gray miraba constantemente a todo aquel que le mirara.

Knox adelantó una mano enguantada y le cerró los párpados. Era un acto de respeto. Conocía bien a Gray. No siempre había estado de acuerdo con él ni con sus métodos, pero le había respetado. Si Gray hubiera estado en su lugar, esperaba que hubiera hecho lo mismo por él.

La CIA ya había recogido los informes que Gray estaba leyendo. La seguridad nacional estaba incluso por encima de un homicidio. Knox dudaba que lo que el jefe de la CIA hubiera estado leyendo en el momento de su muerte guardara alguna relación con su asesinato, pero vete a saber.

«Aunque ¿y si hubieran podido leerle el pensamiento en los últimos instantes de su vida? ¿Al contemplar el indicador de la tumba y la bandera?».

Knox tenía la corazonada de que Gray sabía exactamente quién le había matado. Y quizás otras personas de la Agencia también lo supieran. Si era así, dejaban que él mismo llegase a sus propias conclusiones. Se preguntó por qué. Era complicado intentar averiguar qué demonios pasaba tras las puertas cerradas de Langley. Lo único que se sabía con certeza era que la verdad era tan enrevesada como en cualquier novela policíaca.

Se alejó del cadáver y procesó mentalmente los hechos mientras contemplaba el Atlántico.

La casa de Gray había saltado por los aires hacía más de seis meses y el hombre se había salvado por los pelos. Knox había sido informado a través de una línea telefónica segura mientras se dirigía hacia allí. Le habían dicho que cualquier sospechoso relacionado con ese otro asunto no debía considerarse implicado en el asesinato de Gray. Aquella consigna procedía de las altas esferas y no tenía más remedio que aceptarla. De todos modos, archivó esa información para no olvidarla. Para él, la verdad no debía estar condicionada por nada, aunque sólo fuera porque podía necesitarla como munición para cubrirse las espaldas en algún momento.

Fue en coche a casa de Gray, inspeccionó brevemente el interior y no encontró nada interesante. Luego se acercó al acantilado que había en la parte posterior de la finca. Contempló el agua embravecida de la bahía allá abajo antes de observar aquel compacto frente tormentoso que no facilitaba la investigación del crimen. Contempló la arboleda que flanqueaba el lateral derecho de la casa. Cruzó la hilera de árboles y enseguida vio que un sendero que discurría por allí desembocaba en el camino de grava que había utilizado la caravana de coches de Gray.

Volvió a mirar hacia el acantilado.

Y se preguntó si era factible.

Si se trataba del hombre adecuado, esa pregunta sólo tenía una respuesta.

«Sí».

Subió a su coche y se dirigió a la segunda escena del crimen.

Roger Simpson.

De repente, el gran estado de Alabama se había quedado con un senador menos.

Y sin siquiera haber visto las circunstancias de la muerte de Simpson, Knox estaba convencido de que sólo había un asesino.

Sólo uno.

4

Annabelle lo vio en cuanto llegó al porche delantero. Alex Ford también. Acababan de regresar de cenar en el Nathan's, en Georgetown, que se había convertido en uno de sus locales preferidos.

Ella desclavó el cuchillo, desdobló la carta y luego miró alrededor, como si esperara que la persona que la había dejado allí siguiera cerca.

Ambos se sentaron delante de la chimenea vacía mientras Annabelle la leía. Al terminar, se la pasó a Alex y esperó en silencio a que la leyera.

—Dice que hagas las maletas y te marches. Que vendrán a hacerte preguntas. Puedes quedarte en mi casa, si quieres.

—Supongo que sabíamos que fue él, ¿verdad? —añadió Annabelle.

Alex miró la carta.

—«He lamentado muchas cosas en la vida —leyó—. Y las he asumido todas. Pero la muerte de Milton fue culpa mía. Como si yo mismo hubiera apretado el gatillo. Hice lo que debía. Castigar a quienes se lo merecían. Pero nunca seré capaz de castigarme lo suficiente. Por lo menos por fin John Carr está muerto. ¡Ya era hora!». —Alzó la mirada—. Parece que hizo lo que consideraba que debía hacerse.

—Nos pide que se lo contemos a Reuben y Caleb.

—Yo lo haré.

—Se lo merecían, ¿no? Después de todo lo que Finn nos contó que había pasado aquella noche.

—Nada otorga el derecho a asesinar a otra persona, Annabelle — declaró él con firmeza—. Eso es tomarse la justicia por la propia mano. Está mal.

—¿En todas las circunstancias?

—Sí. No vale ninguna excepción.

—Eso lo dirás tú.

—Quema la carta, Annabelle —instó Alex de repente.

—¿Qué?

—Quémala ahora mismo antes de que cambie de idea.

—¿Por qué?

—No es una confesión, pero es una prueba. Y me parece increíble lo que estoy diciendo. Quémala, ahora mismo.

Ella cogió una cerilla, prendió el papel y lo lanzó a la chimenea. Observaron cómo la carta se retorció y ennegrecía.

—Oliver me salvó la vida en más de una ocasión —dijo Alex—. Era la persona más honesta y de fiar que he conocido jamás.

—Ojalá se hubiera quedado para hablar con nosotros.

—Me alegro de que no lo hiciera.

—¿Por qué? —repuso Annabelle bruscamente.

—Porque quizás habría tenido que detenerlo.

—¿Lo dices en serio? Acabas de decir que era la persona más honesta que has conocido.

—Soy agente de la ley, Annabelle. Hice un juramento que afecta por igual a amigos y enemigos.

—Pero tú sabías que había matado a gente en el pasado, y entonces no te causó dilema alguno.

—Cierto, pero lo hizo cumpliendo órdenes del gobierno de listados Unidos.

—¿O sea que eso lo justifica a tus ojos? ¿Qué algún político dijera que era lo que debía hacerse?

—Oliver era un soldado. Fue adiestrado para cumplir órdenes.

—Pero incluso él se sentía culpable por ello; algunas personas a las que le ordenaron matar eran inocentes. Ya viste cómo le torturaba esa idea.

—Respeto sus principios. Pero eso no era algo que le tocara decidir a él. Annabelle se levantó y lo miró.

—O sea que mata a dos personas que se lo merecen, pero, como no tenía «autorización gubernamental», ¿de repente estás dispuesto a detenerlo?

—No es tan sencillo, Annabelle.

Ella se apartó el pelo de la cara.

—Y tanto que sí —espetó.

—Mira...

Annabelle se acercó a la puerta y la abrió.

—Despidámonos antes de decir algo de lo que nos arrepentiremos. O por lo menos yo. Además, tengo que hacer la maleta.

—¿Adónde irás?

—Ya te informaré —dijo en un tono que sugería que no lo haría.

Alex empezó a decir algo, pero al final se levantó y se marchó con expresión sombría y los labios apretados.

Annabelle cerró de un portazo. Se sentó con las piernas cruzadas delante de la chimenea y observó las cenizas del último mensaje que Stone les había dejado.

Las lágrimas le surcaban las mejillas mientras repasaba mentalmente el contenido de la carta.

Lanzó una mirada a la puerta. Alex y ella se habían hecho muy amigos durante los últimos meses. Cuando se habían enterado de los asesinatos de Gray y Simpson, ambos habían sospechado la verdad de inmediato. Sin embargo, no habían comentado nada por temor a que, si lo hacían, esa sospecha se convirtiera en una verdad difícil de asumir. Ahora, la forma tan distinta de interpretar aquellos hechos había erigido un muro entre ellos.

Recogió sus escasas pertenencias, cerró la casa con llave, convencida de que sería la última vez, subió al coche y condujo hasta un hotel cercano.

Se metió en la cama. Ahora tendría que cambiar de vida. Ya no había nada que la retuviera allí. Oliver había desaparecido, su padre estaba muerto y Alex había resultado un hombre muy distinto de lo que ella pensaba, así que volvía a estar sola.

Parecía su condición natural.

«Buena suerte, Oliver Stone». Annabelle estaba convencida de una cosa: necesitaría toda la suerte del mundo.

Quizá todos ellos la necesitaran.

OceanofPDF.com

5

Joe Knox habría preferido estar en su casa tomando una cerveza o un chupito de Glenlivet, sentado al calor de la chimenea y acabando de leer la novela, en vez de donde estaba en ese momento. La silla era incómoda, la estancia fría y mal iluminada, y la espera desagradable. No obstante, tenía que estar allí.

Su inspección del lugar del asesinato de Roger Simpson había sido relativamente corta. Al igual que su ex jefe de la CIA, Simpson seguía sentado tal como había muerto, aunque en vez de encontrarse en el asiento de un coche estaba en una silla con un respaldo de listones en la cocina, moteada con su propia sangre. El disparo se había realizado desde el bloque en obras del otro lado de la calle. La hora de la ejecución, porque Knox estaba convencido de que de eso se trataba, había sido temprana. Y no había ni un puñetero testigo ocular.

El único objeto de interés era el periódico. El disparo había atravesado la edición matutina del venerable *Washington Post*, y la bala había ido directa al pecho de Simpson. Al igual que en el caso de Gray, la mayoría de los francotiradores apuntan al cerebro porque, de todos los disparos posibles, es el blanco más infalible. Con el armamento adecuado un disparo en el torso también puede resultar fatal, pero el disparo en la cabeza es como un perro fiel en el mundo de los asesinos profesionales: nunca falla.

«Así pues, Gray en la cabeza y Simpson en el pecho. ¿Por qué? ¿Y por qué atravesando el periódico?». Aquello sí que mosqueaba a Knox. No es que atravesar unas cuantas hojas fuera a fastidiar el disparo, pero el tirador había tenido que imaginar más o menos dónde acabaría la bala. ¿Y si Simpson hubiera tenido un libro grueso en el pecho o un encendedor en el bolsillo del pecho que el periódico hubiera ocultado? Aquello sí habría fastidiado el tiro. A la mayoría de los francotiradores que Knox había conocido no les gustaba adivinar nada, salvo quién sería la próxima víctima.

Sin embargo, tras examinar el periódico comprendió por qué había sido un disparo en el pecho: en el interior del periódico habían pegado con celo la foto de alguien. El disparo también había destrozado la cabeza de la persona en cuestión. Lo que quedaba de la foto mostraba el torso de una mujer. No había marcas ni escritos que le ayudaran a identificarla. Había hablado con el chico de los periódicos, pero éste no había advertido nada sospechoso. Y en el edificio de Simpson no había portero. No obstante, el asesino había colocado esa foto en el periódico; Knox estaba convencido de ello.

Eso sólo significaba una cosa: aquel asesinato era una venganza personal, y el ejecutor había querido que Simpson supiera exactamente por qué moría y quién era su verdugo. Al igual que la bandera y el indicador de la tumba en el caso de Gray. Aunque fuera a regañadientes, tenía que reconocer que cada vez admiraba más a aquel asesino. Calcular el disparo con la precisión adecuada para destrozarse aquella foto exigía una habilidad y planificación asombrosas y, sencillamente, un nivel de confianza que ni siquiera poseía la mayoría de los tiradores de élite.

Había pedido al forense que le informara si encontraba algo raro en la herida. Era más que probable que no logran reconstruir los quemados fragmentos de la foto adheridos a la cavidad torácica por efecto de la bala de un rifle de precisión. Pero la esperanza es lo último que se pierde. Knox sabía por experiencia que los detalles nimios eran la ruina de la mayoría de los criminales.

Se puso tieso y dejó de pensar en disparos y cadáveres: unos pasos se aproximaban por el estrecho pasillo que conducía a donde él estaba. Eran

dos hombres, los dos trajeados y con la misma expresión sombría. Uno de ellos llevaba lo que parecía una gran caja fuerte. Cuando la dejó en la mesa emitió un fuerte sonido metálico, lo cual acentuó la gravedad de una situación que, al menos en opinión de Knox, ya era demasiado solemne.

El hombre mayor era muy alto y ancho de espaldas y tenía la coronilla poblada de cabello blanco y grueso. Las innumerables crisis acaecidas a lo largo de varias décadas también le habían avejentado. Allí no había refugios posibles; su leve cojera, las arrugas del rostro y el encorvamiento de hombros reflejaban esa verdad de forma elocuente. Se llamaba Macklin Hayes, y era ex militar de tres estrellas que había entrado en los servicios de inteligencia hacía mucho tiempo, aunque sus vínculos con la inteligencia militar seguían siendo sólidos, según Knox tenía entendido. Nunca había oído a nadie llamar «Mack» a aquel caballero. A nadie se le ocurriría tal cosa.

Hayes le saludó con la cabeza.

—Knox. Gracias por venir.

—La verdad es que no me quedaba más remedio, ¿no, general?

—¿Y a nosotros sí?

Knox decidió no responder.

—¿Comprendes la situación? —preguntó Hayes.

—Lo suficiente, teniendo en cuenta el poco tiempo que llevo con este marrón.

Hayes dio un golpecito a la tapa de la caja.

—El resto está aquí. Léelo, absórbelo, memorízalo. Cuando termines, lo olvidarás todo. ¿Comprendido?

Knox asintió lentamente. «Esa parte siempre la entiendo». —¿Alguna idea preliminar? —preguntó el hombre más joven.

Knox no lo conocía e incluso se preguntó por qué estaba allí. Tal vez sólo para cargar la caja de «regalos» de Hayes. De todos modos, había formulado una pregunta y esperaba una respuesta.

—Dos ejecuciones llevadas a cabo por un francotirador que sabía muy bien lo que se hacía. Probablemente un ex militar con alguna cuenta que ajustan. Quería que Gray y Simpson lo supieran. Dejó el indicador de la

tumba y la bandera para Gray y la foto de una mujer pegada con celo en un periódico para Simpson. Primero disparó al senador y luego vino a Maryland a cargarse a Gray, seguramente antes de que se divulgara la noticia del asesinato de Simpson y Gray estuviera sobre aviso.

—¿Está seguro de que no fueron dos tiradores? —inquirió el joven—. ¿Y de que los hechos se sucedieron en ese orden?

—Ahora mismo no estoy seguro de nada. Me has pedido mi primera opinión y ahí la tienes.

—¿Y sobre cómo huyó? No pudo marcharse por carretera. Lo habrían visto.

Knox vaciló.

—Se lanzó por el acantilado.

Hayes intervino.

—Al parecer no eres el único que lo sugiere.

—¿Quién fue el primero?

—Lee el informe.

Knox comenzaba a sulfurarse, pero se mordió la lengua.

—¿Gray hizo algún comentario especial en los días anteriores a su muerte? —preguntó.

—Estuvo metido en algo unos seis meses antes de que lo mataran. La cuestión exacta es tan confidencial que ni siquiera yo he recibido un informe completo. Como bien sabes, Gray era un hombre que se guardaba las cosas para sí. Y en aquel momento trabajaba en el sector privado, lo cual limita lo que sabemos. Todo es un poco confuso, por no decir otra cosa.

Knox asintió. Gray y el secretismo iban de la mano.

—¿Eso está relacionado con los sospechosos habituales que han quitado de en medio? Debo decir que lo he oído por ahí.

El joven contestó:

—Pero no todos estarnos de acuerdo con esa decisión.

Knox lo miró y luego al viejo.

—¿Y qué significa eso exactamente? ¿Son intocables o no?

Hayes esbozó una sonrisa enigmática. Podría haberse hecho de oro con las fichas y las cartas en Las Vegas, pensó Knox.

—Es difícil saberlo. Tal como ha mencionado mi colega, hay opiniones encontradas al respecto en los pasillos de las altas instancias.

—Entonces, ¿qué pinto yo en todo esto?

—Tienes que andarte con tiento, Knox, con mucho tiento. —Hayes dio un golpecito a la caja—. He logrado recoger algunas cosas que he guardado aquí, incluyendo unos cuantos artículos extraoficiales.

—¿Se refiere a cosas sobre las que, técnicamente, se supone que no debería estar enterado? —En ese momento Knox echó de menos su libro y su acogedor hogar más que nunca.

—Daremos por supuesto que así es —dijo el joven.

—No tengo ganas de que me den una colleja por esto —comentó Hayes.

—Yo tampoco.

—Eso no me tranquiliza mucho que digamos, señor, porque si usted tiene que andarse con cuidado, probablemente yo ya sea hombre muerto.

—Quiero que te lo leas todo, te vayas a casa y pienses. Luego me llamas.

—¿Con preguntas o respuestas?

—Espero que con ambas.

—Lo más probable es que el hombre se largara hace horas. «Los verdaderos profesionales desaparecen con la misma pericia con que matan». Hayes tamborileó con suavidad la mesa con sus dedos largos y huesudos. A Knox le parecieron medusas en miniatura a aquella luz tenue.

—Quizá.

—Mire, puedo irme y no decir ni mu. Ya me dirá cuáles son los parámetros, general. He jugado a este juego demasiado tiempo como para que me lleen como a un novato.

Hayes se levantó, igual que su compañero; el titiritero y su marioneta.

—Lee, piensa y llama. Buenas noches, Knox. Y que tengas toda la suerte del mundo.

Knox lanzó una mirada furibunda a la pareja hasta que desapareció pasillo abajo, el portaaviones y su fiel destructor resollaban por los mares embravecidos de la tormenta de la inteligencia estadounidense. Abrió la caja, extrajo un puñado de documentos y empezó a leer.

«Que tengas toda la suerte del mundo, dijo la cobra antes de atacar».

Precisamente en días así era cuando deseaba haber seguido los pasos de su padre en el negocio de la fontanería.

OceanofPDF.com

6

El breve sueño de Stone fue interrumpido de repente por lo que parecía una pelea. Parpadeó medio dormido y miró en derredor. La mujer que tenía al lado estaba consolando al bebé, que lloraba. Stone miró unas filas de asientos más allá hacia la causa del alboroto.

Parecía que eran tres contra uno, todos de veintipocos años, cuando la subida de testosterona suele neutralizar todas las válvulas de seguridad. Dos retenían a un joven mientras un tercero le daba una paliza. Algunos pasajeros les pedían tibiamente que pararan, pero nadie se había levantado del asiento para impedirlo. Stone miró en busca del revisor, pero no vio a nadie uniformado.

El chico al que retenían era el que Stone había visto antes, el ex *quarterback* de instituto convencido de que el mundo estaba en deuda con él. Su cara bonita se estaba llevando otro rechazazo en la mejilla izquierda, que ya tenía hinchada. La nariz le sangraba mientras intentaba zafarse de sus captores. Daba patadas, escupía y se revolvía, pero no conseguía soltarse. El tercero, riendo, le soltó una patada en el estómago que hizo doblegar de dolor al señor Quarterback.

«Bueno, ya es suficiente».

Stone se levantó de un respingo y, cuando el agresor se preparaba para propinar otro golpe, le agarró el puño y le empujó con tal fuerza que lo hizo trastabillar.

Se dio la vuelta con brusquedad y miró a Stone. La ira se transformó en diversión.

El chico era por lo menos diez centímetros más bajo que Stone, que medía casi dos metros, pero casi cuarenta años menor y veinticinco kilos más pesado.

—¿Quieres recibir un poco, viejo? —se burló el joven levantando los puños—. ¿Quieres probarlos? —Se puso a dar saltitos y la barriga se le meneaba, los brazos rechonchos se le agitaban y las alhajas ostentosas que llevaba en la muñeca tintineaban. A Stone le entró la risa.

—Suéltalo y nos olvidamos del tema.

—¡Ha hecho trampa con las cartas! —gritó otro de los gamberros mientras tiraba del pelo del *quarterback*, echándole la cabeza hacia atrás—. Ha hecho trampas en el póquer.

—Creo que ya le habéis dado una buena lección. Así que soltadlo.

—¿Quién coño te crees que eres, dando órdenes? —le espetó el joven cachas con los puños levantados.

—Tranquilos, chicos. Ya lo ha entendido. Le habéis dado una buena tunda.

—Sí, pero a ti todavía no.

—Sólo intento poner un poco de paz. —Stone miró a los demás pasajeros, muchos de los cuales eran mayores—. Menudo susto le habéis dado a esta gente.

—¿Crees que nos importa? Veamos, lo que vas a hacer ahora, viejo, es decir que sientes habernos molestado y luego volverás a tu asiento, si es que sabes lo que te conviene. De lo contrario, me obligarás a patearte el culo. Joder, a lo mejor lo hago de todas formas, porque me apetece. ¿Qué me dices?

Había sido un día largo y Stone estaba cabreado porque ni siquiera había podido dormir diez minutos seguidos. Así que respondió:

—¿Tú solo? ¿O con la ayuda de tus dos amiguitos?

El chico sonrió.

—Desde luego que yo solo, abuelete. Pero ¿sabes qué? Para no acabar tan rápido, utilizaré una sola mano. —Y le lanzó un pequeño golpe seco.

Stone apartó la cabeza con rapidez—. Vaya, el abuelete sabe bailar. ¿Eres buen bailarín, viejo? —Y le soltó una patada repentina, pero Stone le atrapó la pierna con mano de hierro.

El cachas, obligado a dar saltitos a la pata coja, se sonrojó.

—Suéltame o te haré daño de verdad. ¡Suéltame!

—Te daré otra oportunidad —declaró Stone.

El chico le lanzó un puñetazo. Y falló.

No así Stone, que le propinó un codazo en la sien y un puñetazo en la nariz. El gamberro se desplomó en el suelo gimiendo y retorciéndose.

Los otros dos soltaron al *quarterback* y se abalanzaron sobre Stone. Uno cayó como si se le hubiera clavado un hacha cuando Stone le golpeó con el pie en la entrepierna y luego en la cabeza. El otro ni siquiera vio cómo le daba con el puño en el vientre y, alzándolo, le acertaba en la mandíbula. Acabó en el suelo al lado de sus amigos, sujetándose el vientre y la cara.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Stone se volvió y vio al orondo revisor corriendo por el pasillo con el *walkie-talkie* y la canceladora de billetes en mano, la gorra de Amtrak bamboleándose en la cabeza.

Antes de que Stone tuviera tiempo de explicar nada, uno de los gamberros gritó:

—¡Nos ha agredido!

Los demás pasajeros enseguida empezaron a hablar, a explicar su versión de los hechos, pero todo resultó confuso.

El agobiado revisor echó un vistazo a la amalgama de cuerpos en el suelo antes de girarse hacia Stone y decir:

—Usted es el único que está en pie. ¿Ha golpeado a estos jóvenes?

—En defensa propia. Al parecer, pillaron a éste haciendo trampas a las cartas —dijo Stone señalando al joven de «días de gloria», que seguía sentado en el suelo sujetándose la nariz ensangrentada—. Le estaban dando una buena tunda y luego han intentado agredirme. —Señaló el suelo abarrotado—. Pero no les ha salido como esperaban.

—Bueno, enséñeme su documentación —pidió el revisor.

—¿Y la documentación de ellos? Yo no soy más que un buen samaritano. Pregunte a los demás pasajeros.

—Empiezo por usted y luego seguiré con ellos. ¿De acuerdo?

Stone no quería enseñarle ningún documento de identidad porque, de hacerlo, acabaría constando en algún registro oficial que quizás encontraran sus perseguidores. Además, era un documento falso y cualquier base de datos así lo indicaría.

—¿Por qué no empieza y acaba con ellos mientras vuelvo a mi asiento? Yo no he tenido nada que ver con esto.

—O me enseña algún documento de identidad o llamo a la policía para que lo esperen en la próxima parada. —Señaló a los jóvenes—. Vosotros también.

El *quarterback* emitió un gemido y escupió un poco de sangre.

—Necesita que lo vea un médico —se apresuró a decir Stone. Se acuclilló cerca del joven y le puso una mano en el hombro, pero él se la apartó.

—¡No necesito la puñetera ayuda de gentuza como tú!

Stone se incorporó.

—Hay que llamar a un médico —dijo al revisor.

—De acuerdo, pero sigo esperando que me enseñe su documentación —se obstinó el hombre de Amtrak.

«No piensa darse por vencido». —Yo me bajo de este puto tren en la siguiente parada —dijo el *quarterback*. Y se levantó con piernas temblorosas.

—Está bien. Por mí, os podéis bajar todos —dijo el revisor.

—¿Cuál es la siguiente parada? —preguntó Stone.

—Y usted me enseña la documentación o llamo a la policía.

Stone pensó unos instantes.

—¿Qué le parece si también bajo en la próxima parada?

—Por mí, vale —respondió el revisor mirándolo fijamente. A Stone no le gustó la expresión del hombre, que rebosaba suspicacia.

El revisor señaló a los jóvenes, aún tirados en el suelo.

—Ahora volved a vuestros asientos y quedaos quietos o acabaréis en la cárcel. Y lo digo en serio.

El joven cachas al que Stone había derribado primero se puso a protestar.

—¿Y si quiero denunciar a este hijoputa? —Señaló a Stone.

—Vale —dijo el revisor—, y luego ése —añadió señalando al *quarterback*— podrá ponerte una denuncia a ti. Y este hombre —señaló a Stone— también puede denunciaros a todos porque, según dicen otros pasajeros, fuisteis vosotros los agresores. Así pues, ¿quieres ese marrón en tu vida, don nariz ensangrentada?

Al cachas le temblaban las mejillas.

—A tomar por culo, olvidémonos.

—Chico sensato. Y la próxima vez que quieras armarla, asegúrate de que no sea en mi tren. Más vale que no cabrees a Amtrak, chaval. —El revisor se giró y se marchó airadamente.

Stone regresó a su asiento, echando humo por dentro. ¿Por qué coño se había metido en aquello? Ahora había perdido su medio de transporte.

La mujer que estaba a su lado se inclinó hacia él.

—Ha sido muy valiente. ¿Dónde aprendió a luchar así?

—En los boy scouts.

La mujer abrió unos ojos como platos.

—¿En los *boy scouts*? Es broma, ¿no?

—Los *scouts* eran duros de pelar en mi época, señora. —Y le dedicó una sonrisa irónica.

Ella se echó a reír.

—Esa sí que es buena —dijo.

Stone dejó de sonreír.

«La verdad es que no. Estoy bien jodido».

7

Caleb Shaw y Reuben Rhodes ya estaban deprimidos antes de que Alex Ford fuera al edificio de apartamentos de Caleb y les comunicara las últimas noticias. Tenían los ánimos por los suelos.

Caleb se sirvió una copa de jerez y empezó a engullir patatas fritas grasientas, una costumbre que tenía, entre otras muchas, cuando se ponía nervioso.

—¿Cuántas tragedias más tendremos que soportar? —exclamó.

—¿O sea que mató a Simpson y a Gray?

—No es que lo dijera así de claro en la carta, pero eso parece —repuso Alex.

—Esos cabrones se lo merecían —aseveró Reuben.

—De todos modos sigue siendo un crimen, Reuben —señaló Alex.

—¿Y lo que le hicieron a él? ¿Alguien ha pasado un solo día en la cárcel por ello? Pues no.

Alex parecía dispuesto a rebatir aquel argumento al igual que había hecho con Annabelle, pero se lo pensó.

—¿Dónde crees que está? —preguntó Caleb.

—Ha huido —respondió Alex—. Y no os extrañe que el FBI se presente en vuestra casa a hacer preguntas.

—Si aparecen, yo no sé nada —afirmó Reuben.

—Andaos con cuidado en ese sentido —advirtió Alex—. Por perjurio os pueden caer varios anos en una prisión federal.

—No pienso decir nada que permita a esos cabrones atrapar a Oliver, Alex. Y espero que tú hagas lo mismo.

—Mi situación es un poco distinta.

—¿No eres amigo de Oliver? ¿No te salvó la vida?

—Sí. Y le devolví el favor, por si no te acuerdas.

—¿Y no fue gracias a él que te concedieron un reconocimiento especial al descubrir esa red de espionaje?

—Sé por dónde vas, Reuben.

—No, es obvio que no —repuso el grandullón mientras se levantaba para situarse junto al alto agente del Servicio Secreto—. Porque sí dices algo que les ayude a encontrar a Oliver, serás un traidor, así de claro.

—Yo no lo veo tan claro, Reuben. Sigo siendo agente federal. Juré que haría respetar la ley.

—¿Qué opina Annabelle de todo esto? —preguntó Reuben.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—A ella le pareció una putada, ¿verdad?

—Por favor —suplicó Caleb—. Estoy seguro de que Oliver no querría que esto abriera una brecha entre nosotros.

—No hay ninguna brecha, Caleb. Se trata de ser un buen amigo o no serlo —señaló Reuben—. Sólo quiero que nuestro superagente secreto deje claro de qué lado está.

Alex repasó de arriba abajo a Reuben.

—¿Me estás amenazando?

—Oliver las ha pasado canutas por culpa de Simpson y Gray. Me alegro de que estén muertos. Yo mismo les habría pegado un tiro en la cabeza.

—Entonces habrías ido a la cárcel.

—Sí, según tu forma de pensar supongo que Hitler se merecía un juicio.

—¿Qué cojones te pasa? Hablas como si yo estuviera en contra de Oliver.

—¡Es la impresión que me das!

—Alex, a lo mejor deberías irte, antes de que los ánimos se caldeen demasiado —dijo Caleb—. Por favor.

Alex miró a Reuben, que tenía los ojos enrojecidos, y luego a Caleb, angustiado. A continuación se puso el abrigo y se marchó.

«Ahí se queda el Camel Club», pensó. Se había acabado. Fin. Y estaba convencido de que jamás volvería a ver a Annabelle.

Estaba tan ensimismado que no vio a los dos hombres que le observaban desde un coche. Le siguieron cuando Alex arrancó el suyo. Mientras tanto, otros dos esperaban en el exterior del apartamento de Caleb. Al parecer, la cacería había empezado.

8

Cuando el tren salió de la estación, que no era más que unos cuantos tablones ensamblados y mal iluminados, Stone miró al *quarterback*. A continuación, echó una mirada a los tres gamberros, que los observaban con expresión de querer zanzar aquel asunto inacabado.

Stone levantó la talega y cogió al joven del brazo.

—Vamos.

El se soltó bruscamente.

—Yo no voy a ningún sitio con usted.

—Entonces puedes quedarte aquí y dejar que acaben lo que empezaron.

—Stone no les dijo nada al cachas y sus muchachos.

—Tienen más ganas de pegarle a usted que a mí. Les ha dado una buena.

—A ti sí que te estaban dando una buena. Así pues, ¿qué crees que van a hacer ahora? —Stone advirtió cierto atisbo de sensatez en la expresión del joven—. De acuerdo, ¿por qué no empiezas a contarme de dónde has salido?

—Me he largado de mi casa. Quiero hacer mi vida.

—Ya. Pero tal como están las cosas ahora mismo, quizá sería más sensato volver a casa, recuperarte y luego empezar el viaje otra vez. ¿Tienes padres?

—Tengo madre.

—¿Dónde vives?

El joven miró ceñudo hacia aquellos tres, que no habían movido ni un solo músculo.

—No quiero volver allí. Acabo de largarme de ese maldito sitio.

Stone observó la cazadora del joven.

—Al parecer eras todo un atleta.

—El mejor que ha salido jamás de ese sitio de mala muerte, y mire de qué me ha servido.

—No mucha gente llega al deporte profesional. Eso no significa que no valiera la pena, ni que seas una especie de fracasado.

—Gracias por darme coba, me ha cambiado la vida —dijo el joven con desdén.

Stone resopló.

—Mira, chico, yo también tengo problemas, así que si no cambias de actitud ahora mismo, estoy por dejar que seas pasto de esas hienas.

—¿Qué quiere que haga?

—Dime cómo te llamas y de dónde eres.

—Danny. Danny Riker —dijo a regañadientes—. ¿Satisfecho? ¿Y usted cómo se llama?

Stone no vaciló.

—Ben. —Era el nombre de su padre—. ¿De dónde eres, Danny Riker?

—De Divine, Virginia. Un pequeño pueblo minero a este lado del infierno.

—¿A cuánto está de aquí?

—A tres horas.

—¿Dices que tu madre sigue allí?

—Así es.

—¿Y la dejaste sola en ese sitio de mala muerte?

—No está sola.

—¿Tienes dinero para volver a casa? —A lo mejor.

—¿Estás seguro o lo perdiste jugando al póquer? Han dicho que hacías trampas.

—Lo han dicho porque no tienen ni puta idea de jugar a las cartas. — Lanzó una mirada al cachas y le dedicó una sonrisa maliciosa—. ¿Verdad que sí, tío?

—¿Adónde te dirigías? —preguntó Stone.

—A donde no haya minas de carbón.

—¿Has trabajado en las minas?

Danny miró alrededor.

—Tengo hambre.

Se encaminó hacia un garito que se veía a una manzana. Lucía un rótulo de neón rosa con la palabra «restaurante», pero sólo la última T estaba iluminada. Stone lo apodó el «T Sola» para sus adentros.

Volvió a mirar al cachas y sus compinches apaleados. El cachas tenía una navaja en la mano. Si dejaba solo a Danny acabarían con él. Stone había matado a muchos hombres. Tal vez valiera la pena demorarse un poco para salvar una vida.

Comieron en la barra. De vez en cuando, Stone miraba por encima del hombro para controlar al cachas y sus muchachos, que se habían sentado en un reservado y engullían hamburguesas y patatas fritas mientras les lanzaban miradas asesinas por encima de las jarras de cerveza.

Cuando Stone fue a pagar, Danny dejó el dinero de su pedido y se levantó.

—Gracias por ayudarme —dijo con humildad.

—De nada.

—Para ser un vejestorio hay que ver cómo pelea. —En cierto modo, no se tomó aquel calificativo como un insulto.

—A lo mejor no soy tan viejo como parezco. Lo que pasa es que he tenido una vida dura.

—Igual que todos, ¿no?

—¿Adónde vas?

—Moverse o morir. Creo que lo dijo alguien importante.

No era un mal consejo para la vida, pensó Stone. «Ahora mismo soy un ave de paso». Al abandonar el T Sola, el cachas les salió al paso flanqueado por sus dos colegas.

—¿Adónde coño os creéis que vais?

—Si quieres puedo recolocarte la nariz —dijo Stone amablemente.

—Si vuelves a ponerme la mano encima, hijoputa, te rajo. Blandió la navaja.

Bueno, técnicamente era una navaja, pero tan pequeña y el upo la sostenía con tan poca destreza que a Stone le costaba hacerse a la idea de que realmente se trataba de un arma.

—Vale. Pues entonces buena suerte.

Él y Danny pasaron por su lado y el cachas los atacó con la navaja.

Al cabo de unos instantes, cayó de rodillas sujetándose el vientre. Danny se frotó el puño y bajó la mirada hacia su agresor.

—No es tan divertido cuando es uno contra uno, ¿verdad, musculitos?

El cachas le lanzó un débil puñetazo y apenas le alcanzó en la rodilla. Danny se dispuso a atizarle de nuevo, pero se detuvo y se limitó a apartarle. Sonrió a Stone.

—No hay que golpear a un hombre ya caído. No es jugar limpio.

Stone miró con expresión severa a los otros dos, que no sabían si atacarles o echar a correr.

—Ya me he hartado de vosotros, chicos. Así que o cogéis a vuestro amigo y os largáis de mi vista u os dejo para la UCI.

Se arrodilló, cogió la navaja y, con un giro de muñeca, la lanzó y la clavó limpiamente en la fachada de madera del T Sola, a tres metros. Al cabo de unos instantes los dos ayudaban al cachas a marcharse calle abajo.

Danny contempló boquiabierto el cuchillo clavado en la madera. Lo arrancó y lo tiró a un cubo de basura.

—¿Dónde ha aprendido a lanzar así?

—En los campamentos de verano. Bueno, ¿qué vas a hacer, chico? ¿Vuelves a casa a que te curen o vas a ir por ahí cojitranco cubriéndote las espaldas por si aparecen esos imbéciles?

—A casa. Un par de días como mucho.

—Parece un buen plan.

—¿Y usted?

—Me quedaré aquí una noche. Esperaré el siguiente tren en dirección sur. Estoy harto del frío. —«Simplemente harto», pensó.

Echaron a andar calle abajo.

—No he hecho trampa a las cartas.

—Te creo.

—¿Porqué?

—No pareces tan tonto como para hacer trampa cuando son tres contra uno. ¿Cómo vas a ir a Divine? ¿El tren llega allí?

Danny se echó a reír.

—Joder, nada llega a Divine. El autobús pasa cerca. Desde allí caminaré o haré dedo. No sería la primera vez...

La mirada de Stone se fijó en un sedán negro que recorría lentamente la calle. Se paró cerca de un coche de policía y el conductor bajó la ventanilla para hablar con el agente. Stone se fijó en la matrícula blanca del gobierno en el sedán.

«¿Un coche del FBI? ¿Aquí? ¿Acaso el revisor del tren sospechó algo y los llamó?». Stone miró a Danny.

—Divine es un sitio muy aislado, ¿no?

El chico observó los dos coches y luego miró a Stone. Se había dado cuenta de la reacción de Stone al ver a la policía.

—¿Aislado? Se lo diré de otro modo: Divine es un lugar muy difícil de encontrar, incluso esforzándose. Aunque no sé por qué alguien querría ir allí. Y cuando lo encuentras, entonces lo único que quieres hacer es salir corriendo.

—Perfecto.

—¿Qué?

—Vamos.

—Está de broma, ¿no? Ya le he dicho que es un pueblo de mala muerte.

—No tanto como crees, Danny.

—¿Por qué se considera tan experto?

«Porque ya he estado en un lugar de mala muerte. Y no fue en Virginia».

9

Joe Knox subió a su Range Rover y regresó lentamente a casa, absorto en sus pensamientos. Había repasado los documentos de la caja y cada uno contenía una revelación sorprendente. No obstante, aunque la información era abundante, las pistas útiles para la investigación resultaban insignificantes. La CIA era experta en no dejar ni rastro de sus acciones y en este caso se había superado a sí misma. Sin embargo, Knox había logrado reconstruir varios acontecimientos.

El motivo por el que la casa de Gray había saltado por los aires seis meses atrás parecía ligado a una operación no autorizada de la CIA contra los soviéticos allá por los años ochenta, cuyos detalles exactos no estaban disponibles y probablemente nunca lo estarían. La conexión intermedia no estaba nada clara. No había nombres. Uno de los documentos había sorprendido incluso al veterano Knox. Al parecer, se había producido un tiroteo en el Centro de Visitantes inacabado del Capitolio más o menos en la misma época en que tuvo lugar la explosión en casa de Gray. Un número indefinido de agentes paramilitares de la CIA había muerto, y las circunstancias verdaderas de las muertes habían quedado ocultas a la opinión pública por la muy eficiente maquinaria de desinformación de la Agencia. Todo apuntaba a que Gray, oficialmente lucra del gobierno en aquella época, había estado detrás de la misión. Quien había matado a los agentes y qué les había llevado a estar allí seguía siendo un misterio.

«¿Un tiroteo en pleno Capitolio? Gray debía de estar loco».

En el documento se indicaba que Gray se había reunido con el actual director de la CIA, un hombre al que Knox consideraba un inútil nombrado por razones políticas que había empezado en la Agencia pero había perdido toda credibilidad tras pasar los últimos años en el Congreso. Knox no sabía si podría reunirse con el director. Tal como había dejado claro Macklin Hayes, había divergencia de opiniones en la Agencia sobre cómo abordar ese asunto. O no abordarlo.

A Gray también le habían concedido una audiencia secreta con el presidente en Camp David. Knox sospechaba que era parte de la información que Hayes había averiguado pero que supuestamente no debía saber. Knox se dio cuenta de que las posibilidades de interrogar al presidente de Estados Unidos sobre ese encuentro eran tantas como que Knox ardiera de forma espontánea mientras estaba en la ducha.

Uno de los datos más interesantes resultantes del documento estaba relacionado con la ya extinta División Triple Seis de la CIA, o su brazo de «desestabilización política», tal como se la había conocido de forma oficiosa entre las bases de la CIA. El término más políticamente incorrecto era «asesino gubernamental». La Triple Seis era uno de los secretos mejor guardados de la CIA. Oficialmente, la CIA no mataba, ni torturaba ni encarcelaba por error. Y, ya puestos, tampoco mentía, timaba ni robaba. Por desgracia, los medios de comunicación habían realizado varias indagaciones en el pasado de la Agencia que habían tenido como consecuencia ciertas revelaciones escandalosas. En teoría, Knox había seguido la línea de la institución y le había indignado que la prensa hubiera hurgado en sus tejemanejes. A título personal, nunca había tenido gran aprecio por esa vertiente de la Agencia. Si bien era innegable que a Estados Unidos le convenía la muerte de ciertas personas, Knox había considerado que la mejor forma de aprovechar los recursos de la CIA era recabando información, no autorizando asesinatos o colgando a personas por los pies o haciéndoles creer que las ahogarían para inducirles a hablar.

Al parecer, Gray había llegado a la conclusión de que varios agentes de la Triple Seis habían sido asesinados. Pero no tenía forma de averiguar si

esas muertes guardaban relación con la misión no autorizada en la ex Unión Soviética. Según uno de los guardaespaldas de Gray, el ex jefe de inteligencia se había reunido con un hombre en casa de Gray la misma noche en que había explotado. Ese hombre trabajaba en un cementerio de Washington D.C. y había sido interrogado por el FBI en relación con el supuesto asesinato de Gray. Y era aquel hombre, al que Macklin Hayes había aludido, quien había sugerido que era posible que quien atentara contra la casa de Gray hubiera saltado desde el acantilado a la bahía de Chesapeake.

Knox sonrió sombríamente mientras pensaba en el nombre que aquel hombre había dado al FBI: Oliver Stone.

¿Era un lunático u otra cosa? Dado que resultaba poco probable que Carter Gray se reuniera con personas mentalmente desequilibradas en su casa, Knox optó por la segunda opción. Un agente del Servicio Secreto acompañó a Oliver Stone cuando visitó la casa destrozada de Gray. Aquello también resultaba interesante. Tendría que conocer a ese tal agente Alex Ford.

El último retazo de información interesante estaba relacionado con una exhumación en el cementerio de Arlington. Habían excavado la tumba de un tal John Carr por orden de Gray. El ataúd había sido trasladado a Langley. Knox desconocía los resultados de tal suceso y, en realidad, quién había acabado ocupando ese ataúd. Había visto parte de la hoja de servicios militar de Carr y resultaba ejemplar. No obstante, era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Knox tenía la corazonada de que un hombre como Carr, de probada habilidad para matar, habría sido un miembro activo de la Triple Seis. Muchos de sus componentes procedían del entorno militar. La Triple Seis había alcanzado su cénit de actividad más o menos cuando Carr dejó de figurar en los anales de la vida pública. Eso generaba más interrogantes que respuestas.

Llegó a su casa y entró en el garaje. Al cabo de unos instantes, su hija Melanie abrió la puerta de la cocina. Con anterioridad lo había llamado para decirle que lo recogería para ir a cenar. Después de ser convocado al

despacho de Macklin Hayes, él la había llamado para decirle que le resultaría imposible, por lo que se sorprendió al verla.

Desde la cocina le llegó el aroma de los preparativos de una cena. Ella lo abrazó y luego le quitó el abrigo y lo colgó.

—Pensaba que las ajetreadas abogadas del sector privado no tenían tiempo de cocinar para ellas y mucho menos para otras personas.

—Guárdate tus opiniones hasta que hayas comido. No veo el canal de gastronomía y no considero que la cocina sea mi fuerte. Pero al menos lo he intentado.

Melanie se parecía más a la difunta esposa de Knox, Patty, que a él. Era alta y ágil, y solía llevar recogido su pelo rojizo. Había estudiado Derecho en la Universidad de Virginia e iniciado una carrera meteórica en un importante bufete de abogados de Washington D.C. Como era la mayor de los dos hijos, y su hermano Kenny estaba en Irak sirviendo en los marines, Melanie se había propuesto que su padre no se muriese de hambre ni se regodease en la autocompasión tras la reciente pérdida de su esposa, con la que había estado casado treinta años.

Cenaron en el pabellón acristalado compartiendo una botella de Amarone mientras Melanie le explicaba los detalles del caso en que estaba trabajando. Con el paso de los años, sus hijos se habían percatado de que su padre nunca hablaba del trabajo con ellos, ni con ninguna otra persona. Sabían que viajaba por todo el mundo, a menudo de forma repentina, y que se ausentaba durante largos períodos. La única explicación era que servía al país ocupando algún cargo menor en el Departamento de Estado.

En una ocasión había dicho a Melanie: «Importo tan poco como para que me llamen siempre que quieran y vaya allá donde me necesiten». Esa frase había funcionado hasta más o menos los catorce años. Pero cuando su espabilada hija había llegado al instituto, Knox se dio cuenta de que ya no le creía, si bien nunca intentó descubrir la verdad. Su hijo había asumido que las esporádicas desapariciones de su padre formaban parte de su vida. En la actualidad, como marine destinado en el extranjero e intentando sobrevivir día tras día, Knox esperaba que a Kenny le preocuparan cosas más importantes que el trabajo de su padre.

—Cuando llamaste para cancelar la cena —dijo Melanie— pensé que estarías en un avión camino de algún sitio. Lo de preparar la cena se me ocurrió cuando dijiste que esta noche volverías a casa.

Knox se limitó a asentir al tiempo que daba sorbos al vino y contemplaba los árboles del patio, que recibían el azote de otra tormenta inminente, y ya llevaban varias.

—¿Todo bien en el trabajo? —preguntó ella.

—Estoy repasando unos documentos antiguos. La verdad es que no son muy esclarecedores que digamos.

Sabía que para ella era difícil. La inmensa mayoría de los hilos sabía exactamente a qué se dedicaban sus padres y, por consiguiente, les importaba un bledo. Mientras sus hijos eran estudiantes, Knox había declinado todas las invitaciones para ir a hablar de su profesión en el colegio. Al fin y al cabo, ¿qué habría dicho?

—¿Has vuelto a pensar en jubilarte? —Más o menos ya lo estoy. Ya tengo un pie en la tumba profesional.

—Me sorprende que el Departamento de Estado pueda funcionar sin ti.

Padre e hija intercambiaron una breve mirada y luego se centraron en el vino y las últimas lonchas de rosbif con patatas.

Al marcharse, Melanie abrazó los anchos hombros de su padre.

—Cuídate, papá —le susurró al oído—. No te arriesgues demasiado. El mundo es un lugar peligroso.

La observó mientras caminaba hacia el taxi que había llamado para que la llevara a su apartamento de Washington D.C. Se despidió con la mano cuando el coche arrancó.

Él le devolvió el saludo mientras por la cabeza le pasaban rápidamente imágenes de los últimos treinta años, para acabar con la de Macklin Hayes diciéndole que se anduviera con cuidado.

Su hija tenía razón. El mundo era un lugar peligroso.

Llamaría a Hayes por la mañana. Temprano. El general se levantaba con el canto del gallo. Y, al igual que el gallo, creía que el sol salía porque él se levantaba. No tenía ninguna respuesta y sí muchos interrogantes. No sabía cómo reaccionaría el general a todo aquello. En el ejército, Hayes tenía

fama de cumplir siempre con su misión, por los medios que fueran, lo cual solía implicar un exceso de bajas.

Knox creía que, como comandante de batallón en Vietnam, Hayes seguía ostentando, entre todos los oficiales superiores, el récord de haber provocado el mayor número de bajas durante la guerra. Sin embargo, como a menudo esas bajas se asociaban a una victoria, aunque fueran meras victorias como la toma de pequeñas colinas o incluso jardines con césped, a veces sólo durante unas horas, Hayes había ascendido rápidamente en la cadena de mando. De todos modos, Knox no tenía ninguna intención de convertirse en una estadística más de aquel hombre en su camino hacia otro éxito. Lo máximo a lo que podía aspirar era a avanzar sorteando el peligro en un terreno minado, con la mirada fija en el objetivo y cubriéndose las espaldas continuamente. Era un luchador nato, con todos los contactos necesarios, y un hombre cuya especialidad era arriesgar la vida de otras personas al tiempo que protegía sus propios flancos con una habilidad pasmosa. Al parecer, era competitivo hasta límites insospechados y vapuleaba a hombres jóvenes jugando al frontenis en las pistas del Pentágono. Compensaba con creces las carencias relativas a velocidad, rapidez y aguante con grandes dosis de astucia y una visión de juego sin igual.

Knox desconocía el cargo exacto que ocupaba en el imperio de la inteligencia de Estados Unidos. Hayes era una especie de puente entre la inteligencia militar y la civil, algo que, según Knox tenía entendido, resultaba inusitado. Se trataba de un cargo poderoso y todos aquellos que estaban a sus órdenes tenían que seguirle el juego o arriesgarse a sufrir las consecuencias. Había sido íntimo amigo y protegido de Carter Gray, el mejor mentor posible. Knox se esforzaría al máximo para evaluar el verdadero objetivo del general para luego intentar cumplirlo. Lo mirase por donde lo mirase, aquella misión constituía un reto formidable.

Cerró la puerta, alimentó la chimenea y luego retomó la novela con la intención de acabarla esa noche. Quizá no volviera a disfrutar de otra oportunidad durante mucho tiempo. En su profesión, cuando los engranajes empezaban a moverse, tendían a girar muy rápido.

Y a juzgar por lo que Knox había visto en aquella caja de secretos, en esa ocasión era muy posible que la situación se descontrolase.

OceanofPDF.com

10

Knox observó cómo la tierra desaparecía bajo sus pies cuando el reactor trimotor Falcon Dassault se elevó hacia el cielo con una enorme potencia. El lujoso interior revestido de madera sólo albergaba a tres ocupantes, aparte de los dos pilotos de la cabina, Knox, Hayes y un auxiliar de vuelo uniformado que había desaparecido discretamente en cuanto el avión se niveló y el café y el desayuno continental estuvieron servidos. Cuando Knox había llamado a Hayes a las siete de la mañana, le indicaron que se dirigiera a una pista de aterrizaje privada cerca de Front Royal, Virginia, de la que ni siquiera conocía su existencia. Al cabo de cinco minutos había llegado en su Rover y el avión despegó enseguida.

Knox sabía que Hayes tenía un despacho en algún edificio de algún lugar de Washington, pero era obvio que prefería celebrar las reuniones a diez mil metros de altura, como si la altitud facilitara la toma de decisiones o, por lo menos, redujera las posibilidades de espionaje. Knox era consciente de que sólo el combustible necesario para ese vuelo costaba tanto como una buena vivienda en pleno centro de Washington. De todos modos, no debía extrañarle que algún funcionario de alto rango del gobierno tratara el erario público como si nunca fueran a acabársele los dólares. Por lo menos daba trabajo a los funcionarios que vendían las letras del Tesoro a los chinos y saudíes para que Estados Unidos siguiera funcionando.

El ex general llevaba la típica vestimenta de paisano de los funcionarios gubernamentales, es decir un traje anodino, corbata igual de anodina y zapatos estilo Oxford. Knox se fijó en que los calcetines le quedaban demasiado cortos y dejaban ver unos tobillos blancuzcos y la base de una pantorrilla sin pelo. Era obvio que el hombre no había escalado los muros del poder gracias a su vestimenta. Knox sabía que lo había hecho a fuerza de inteligencia y agallas. El único indicio de la insigne carrera militar del hombre eran las tres estrellas que llevaba en el alfiler de la corbata.

Hablaron de temas intrascendentes mientras se atiborraban de hidratos de carbono. Hasta que Hayes, de pelo canoso, dio un último sorbo al café y se reclinó en el asiento de cuero con expresión expectante.

—¿Qué opinión te ha merecido la sesión de lectura? —preguntó.

—Muchas. Ninguna de ellas ha cristalizado. El historial es de lo más confuso que he visto en mi vida. Hay agujeros suficientes para dejar pasar un reactor mayor que éste sin siquiera arañarse un ala.

Hayes asintió con aprobación.

—Yo tuve la misma impresión «inicial».

Knox no se molestó en preguntar qué pretendía al enfatizar la palabra porque sabía, por encuentros anteriores mantenidos con Macklin, que no sacaría nada en claro.

—Y debo admitir que todavía no tengo el plan claro. ¿Adónde quiere llegar con esto?

Hayes extendió los brazos largos y huesudos.

—¿Adónde? A la verdad. Supongo.

—No parece muy convencido —dijo Knox con desconfianza.— Pero eso podría cambiar, dependiendo de lo que descubras. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, Knox.

—Gray y Simpson están muertos. ¿Mejor no remover el asunto?

—Tenemos que averiguar la verdad. ¿Qué hacer cuando la sepamos? Ése es un asunto distinto y tú ahí no entras.

Aquel hombre siempre se había caracterizado por su sutileza para poner a sus subordinados en su sitio.

—¿O sea que voy a por todas? ¿Es lo que me está diciendo, señor?

Hayes se limitó a asentir. Knox se sorprendió al pensar que el ex general quizá sospechara que estaba grabando la conversación.

«Ojalá hubiera tenido las agallas suficientes». Knox decidió no insistir para que verbalizara la respuesta. Era probable que en algún lugar del avión hubiera un gorila del gobierno encargado de librarse, a casi diez kilómetros de altitud, de alguien que presionaba demasiado a Macklin. ¿Exagerado? Quizá. Pero Knox no tenía ganas de averiguarlo.

—Dime qué harás a continuación.

—Tengo algunas pistas para seguir. Doy por supuesto que el DCI es intocable —dijo, refiriéndose al director de la Central de Inteligencia.

—De todos modos, dudo que te sirviera de algo. La inteligencia empieza en casa y, por desgracia, su casa está vacía.

«Bueno, está claro que sabe que no estoy grabando la conversación». — Pues entonces los agentes del FBI que investigaron el atentado en casa de Gray. Y Alex Ford, del Servicio Secreto. ¿Qué me dice de la Triple Seis?

—¿Qué quieres que te diga? Oficialmente nunca existió.

Knox se había cansado de los jueguecitos verbales. Hasta su deferencia natural para con su superior tenía límites.

—Encontré algunas referencias sutiles en los documentos que dan a entender que alguien se estaba cargando a retirados de la división y que Gray estaba al corriente de ello.

—Puedes investigar en ese sentido si quieres, pero no llegarás más que a un callejón sin salida.

—¿Qué me dice de una operación no autorizada contra los soviéticos hace décadas?

—Un pasaje de la historia que no vale la pena repetir ni sacar a relucir. Ninguno de nosotros saldría bien parado.

—No me lo está poniendo fácil, general.

Hayes esbozó una sonrisa.

—Si fuera fácil, ¿para qué íbamos a llamarte, Knox?

—No soy mago. No puedo hacer aparecer o desaparecer cosas.

—La vertiente de las desapariciones la tenemos bien cubierta. Lo que tenemos que averiguar es lo que necesitamos que se esfume. ¿Qué me dices

del hombre con el que Gray se reunió la noche que su casa explotó?

—¿El famoso director de cine Oliver Stone? —Knox no consiguió reprimir una sonrisa.

—Tenía una pequeña tienda plantada en el Lafayette Park. La tuvo más tiempo que nadie. Creo que su pancarta rezaba: «Quiero la verdad». — ¿Buscaba la verdad justo enfrente de la Casa Blanca? Es como ir a la caza de nazis en una sinagoga. ¿Lo considera importante?

—Teniendo en cuenta que ya no está donde solía estar, sí, lo considero importante.

—¿Qué más sabe de él?

—No lo suficiente. Otro motivo para considerarlo importante.

—¿Y la tumba que se exhumó en Arlington? —Yo estaba en la oficina el día que Carter Gray lo ordenó.— ¿Dijo por qué quería que lo hicieran? —Siempre se le dio mejor dar órdenes que explicar motivos.— Entonces, ¿quién estaba en el ataúd? ¿John Carr? ¿Otro cadáver?

—Ni lo uno ni lo otro. El ataúd estaba vacío.

—¿O sea que es posible que Carr siga con vida?

—Es posible.

—¿Pertenecía a la Triple Seis? Leí su hoja de servicios en el ejército. Habría encajado en el puesto.

—Tómalo como una hipótesis de trabajo.

—Entonces ése sería el vínculo con Cray. ¿Tiene motivos para suponer que Carr y Stone son la misma persona?

—No tengo motivos para suponer que no lo son.

—¿Y por qué querría Carr matar a Gray y posiblemente a Simpson?

—No todo el personal de la Triple Seis acabó su servicio en circunstancias propicias. Carr podría ser uno de esos casos.

—Si es así, esperó mucho tiempo para apretar el gatillo. Y acababa de estar en casa de Gray. ¿Tuvo algo que ver con la explosión?

—Creemos que no.

—Podría haber matado a Gray cuando se reunió con él.

—Quizás entonces le faltara motivación.

—¿Y qué cambió?

—Eso es lo que tienes que averiguar, Knox. Está lo de la bandera y el indicador de la tumba. Un indicio claro, creo, de que está relacionado con ese John Carr y la excavación de su tumba.

A Knox le maravilló ver cómo Hayes había pasado de saber muy poco y dejarlo orientarse a solas en la investigación a, en escasos momentos, conducir a Knox por el camino que él quería.

—No discrepo. Parece que el hombre lo hizo con el culo.

—Quizá tuviera sus motivos. Informes habituales, canales acostumbrados. Pero vuelve a llamarme esta noche. Si necesitas apoyo, sólo tienes que decirlo. Haremos lo que podamos. Dentro de unos límites, por supuesto. Como he dicho, no todo el mundo comparte la misma visión sobre este asunto. Eso ya no depende de mí. El consenso en el mundillo de los servicios de inteligencia es tan esquivo como la paz entre las sectas de Irak.

«Qué tranquilizador. La mano derecha me dice que vaya a por todas mientras la izquierda coge un cuchillo para cortarme el cuello». Macklin pulsó un botón del reposabrazos de su asiento y al poco Knox notó que el avión empezaba a escorarse hacia la derecha. Por lo que parecía, el vuelo y la conversación habían terminado.

Para corroborar tal deducción, Macklin se levantó sin mediar palabra y fue por el pasillo hacia una puerta situada al fondo. Se cerró con un clic detrás de él.

Knox vio pasar las nubes mientras el avión iniciaba el descenso por el cielo de Virginia. Al cabo de media hora circulaba rápidamente en dirección este por la interestatal 66 con su Rover.

Empezaría por Alex Ford y repasaría a los sospechosos habituales. Pero a juzgar por lo que Macklin había dicho y dejado de decir, parecía que todos los caminos conducían a un hombre llamado Oliver Stone.

Si Stone había sido de la Triple Seis y capaz de cargarse a Simpson y Gray al cabo de tantos años, Knox no estaba muy convencido de querer toparse con él. De todos modos, ese tipo de encuentros eran típicos de su profesión. Y Knox seguía en activo.

Pero, por lo que parecía, Oliver Stone también.

«¡Y tanto que el mundo es un lugar peligroso!», se recordó.
La jubilación cada vez le atraía más. Ojalá sobreviviera para disfrutarla.

OceanofPDF.com

11

La Greyhound no tenía autobuses con destino Divine, Virginia. Sin embargo, un autocar oxidado sobre ruedas tambaleantes y con el nombre «Larry's Tours» estarcido de forma burda en el lateral sí cubría esa ruta. Stone y Danny se sentaron al fondo, al lado de un hombre que llevaba un pollo en una caja sobre la que apoyaba unos pies descalzos e hinchados, y una mujer que prestaba más atención a Stone de la que le habría gustado, incluyendo contarle su vida, desde su nacimiento hasta sus sesenta y pico años actuales. Por suerte, bajó antes que ellos. La recogió un hombre al volante de una vieja ranchera sin puertas.

Al final los dejaron en lo que Stone describiría como el arcén de una carretera en medio de la nada. En ese momento tuvo la impresión de que, en comparación, la estación de mala muerte en que se habían apeado del Amtrak era una metrópolis deslumbrante que bullía de actividad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Stone, cargándose la talega al hombro mientras Danny sujetaba su pequeña maleta.

—Ahora caminamos y hacemos dedo. A lo mejor tenemos suerte o a lo mejor no.

Aunque ya casi eran las dos de la madrugada, tuvieron suerte y llegaron a Divine en la trasera de un camión, acompañados de lo que el conductor les dijo que era un cerdo de competición llamado *Luther*, el cual no paraba de arrimar el hocico a la entrepierna de Stone.

A lo lejos, éste vio la silueta de un enorme complejo. Torres estrechas y edificios de tres plantas se recortaban contra el cielo oscuro. A la tenue luz lunar había algo que resplandecía a lo largo del perímetro del lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando.

—Un lugar donde no querría acabar nunca. Se llama Dead Rock, roca de los muertos. Una prisión de máxima seguridad.

—¿Por qué se llama así?

—Está construida en el emplazamiento de una antigua mina de carbón donde hace unos treinta años veintiocho mineros perdieron la vida en un derrumbamiento. Los cadáveres siguen ahí debajo porque nunca consiguieron acceder a ellos. Así pues, la cerraron. A Dead Rock mandan a la escoria de la escoria. Por lo menos ésa es la versión oficial. El infierno en la tierra.

—¿Conoces a alguien que esté ahí dentro?

Danny apartó la vista sin responder.

Stone siguió observando el complejo hasta que desapareció de su vista al doblar una curva. El destello que había visto debía de proceder de la luna reflejada en el alambre de espino que rodeaba el recinto.

Después de que el camión los dejara, su único medio de transporte eran los pies. A aquella hora, Divine estaba prácticamente a oscuras, pero Stone vio alguna que otra luz mientras caminaban cansinamente por la calle. Un coche pasó por su lado y luego le siguió otro. Y otro más. Stone contó ocho en total. A través de sus ventanillas sucias, Stone atisbó las siluetas flacas de conductores encorvados sobre el volante, con un cigarrillo balanceándose entre los dedos y las ventanillas medio bajadas para que el humo cancerígeno escapara al aire gélido. Percibía alrededor la sombra de las montañas cercanas, más oscuras incluso que la noche.

Consultó la hora. Apenas las dos de la madrugada. —¿Aquí la gente madruga? —preguntó Stone, señalando la mini caravana de sucios Fords y Chevys.— Son mineros. ¿Van a trabajar?

—No. El siguiente turno empieza a las siete. Van a la clínica para recibir su chute de metadona por trece pavos. Luego van a trabajar.

—¿Metadona?

—Algunos tíos desayunan cereales, los mineros beben metadona mezclada con zumo de naranja. Aquí las cosas son así. Mucho más barato que esnifar oxicontina o inyectarse oxicodona en los pies. Y así los análisis de orina no salen positivos y no pierdes la licencia de minero. —Danny señaló una pequeña fachada entre una tienda de ropa y una ferretería. Al parecer, Home Depot y Wal-Mart consideraban que abrir una de sus tiendas en el aislado pueblo de Divine no les resultaría rentable.

—Ese es el local de mi madre.

Stone observó el cartel.

—Restaurante y Bar Rita's. ¿O sea que tu madre se llama Rita?

Danny meneó la cabeza y sonrió.

—No. Rita era la anterior propietaria. Mi madre nunca tenía dinero suficiente para cambiar el letrero. Y cuando tuvo un poco pensó que no valía la pena cambiarlo. Todo el mundo sabía que era su local. Se llama Abigail, pero todos la llaman Abby.

Danny introdujo una llave en la puerta del restaurante e indicó a Stone que le siguiera.

—¿Tu madre vive aquí?

—No, pero hay un apartamento encima del restaurante. Puede sobar ahí lo que queda de noche.

—¿Y tú?

—Tengo cosas que hacer, gente que ver. Me tienen que curar. —Se tocó la cara y la pierna.

—¿Un médico a estas horas?

—No necesito ningún médico. Joder, me siento como los viernes por la noche después de un partido de fútbol americano. Uno no puede dejar que le joda la existencia. Me hice a la idea rápidamente.

—¿Seguro que puedo pasar la noche aquí?

—Seguro. Volveré más o menos a la hora que mi madre abre para el desayuno. Ya me apañaré con ella.

Stone miró el interior del local. En un extremo había una larga barra de caoba pulida con taburetes delante, con un par de mesas de billar y una *jukebox* de los años cincuenta en el otro extremo. En medio había mesas

con manteles a cuadros y sillas de estilo antiguo. El local no olía a bar, sino a limones y aire fresco. A juzgar por el aspecto de las cosas, Abigail Riker tenía su negocio bien limpio y ordenado.

—Danny, ¿hay algún sitio en este pueblo donde pueda trabajar? Ando un poco escaso de dinero.

—Veré qué puedo hacer.

Danny lo condujo arriba y al cabo de unos minutos el exhausto Stone dormía en una pequeña cama.

Al cabo de unas horas se despertó al notar que algo frío y duro le tocaba la mejilla.

Se puso tenso.

Es lo que solía pasarle con las bocas de escopeta del calibre doce.

OceanofPDF.com

12

—¿Y tú quién demonios eres?

Stone ni parpadeó. No era recomendable moverse bruscamente delante de un arma de gran calibre.

—¿Eres Abigail Riker?

—La que hace preguntas soy yo.

Stone vio que deslizaba el dedo hacia el gatillo.

—Me llamo Ben. Danny Riker me ha dicho que podía dormir aquí.

Ella siguió con el dedo en el gatillo y frunció más el ceño.

—Mientes. Danny se marchó.

—Bueno, ahora ha vuelto. Le he conocido en el tren. Se enzarzó en una pelea con unos tíos y yo le ayudé. Le dieron una paliza, por lo que decidió regresar aquí un tiempo. Yo vine con él.

La mujer tenía poco más de cuarenta años, menuda, metro sesenta, estrecha de caderas y con el cuerpo enjuto de una persona que no se interesa demasiado por la comida. Llevaba el pelo largo y oscuro trenzado y se le veían algunas canas. Tenía los pómulos altos y marcados y una cara preciosa, pero miraba a Stone con unos grandes ojos verdes cargados de ira.

—¿Ha sido muy fuerte la paliza? —espetó.

—No tanto, la verdad, sobre todo moratones. ¿Te importaría apartarme la escopeta de la cara? Un disparo accidental sería bastante peor que eso.

La mujer retrocedió, pero mantuvo la boca del arma a medio camino entre el suelo y la cabeza de Stone.

—¿Dices que le ayudaste? ¿Por qué?

—Eran tres contra uno. No me pareció muy equitativo. ¿Te importa si me levanto? Está empezando a dolerme la espalda.

Ella retrocedió otro paso mientras Stone se levantaba y estiraba. Oyeron pasos en las escaleras y acto seguido apareció Danny, con la mejilla hinchada en su bonito rostro, y se hizo cargo de la situación con una sonrisa.

—Veo que ya os habéis presentado.

—Sí —afirmó Stone con sequedad, sin perder de vista el arma—. Ha sido una agradable forma de despertarse.

La madre se había quedado anonadada al ver a su hijo. Cuando fue capaz de articular palabra, dijo:

—¿Qué coño pasa aquí, Danny? No hacías más que hablar de largarte, me partiste el corazón y lloré como una magdalena, ¿y ahora vuelves? —Giró la escopeta en dirección a Stone—. Y este hombre dice que por poco tiempo.

—Me desvié, mamá. La cagué.

—Sí, claro, parece que la cagas muy a menudo. —Bajó la escopeta y miró a Stone—. Este hombre dice que te ayudó en una pelea. Y por cómo tienes la cara, diría que es verdad.

—Sí. Tumbó a tres tíos él solito. Y sabe lanzar cuchillos como nadie.

Entonces la mujer miró a Stone con otros ojos.

—Pues pareces un poco mayor para ir por ahí haciendo de Rambo.

—Esta mañana sí que lo noto —reconoció él.

—Seguro que estáis hambrientos. Venga, el café está recién hecho, igual que los huevos —dijo ella.

La siguieron abajo y Stone vio que el restaurante estaba prácticamente lleno. Buena parte de la clientela eran hombres de mediana edad con cercos de polvo de carbón bajo los ojos y vestidos con monos de trabajo con franjas reflectantes.

—Son los mineros que han acabado el turno de noche —explicó Danny.

De no habérselo dicho, Stone habría pensado que acababa de entrar en una sala de hospital. La mayoría de los hombres estaban encorvados, claramente doloridos. Llevaban manos, brazos, piernas y espalda envueltos con algo. Los dedos se ceñían con fuerza alrededor de los tazones de café. Los cascos de seguridad de plástico estaban en el suelo, junto a los pies calzados con botas con punteras de acero.

Los hombres tenían los ojos enrojecidos y la mirada perdida. Las toses propias de pulmones destrozados llenaban el local.

—Es una forma muy cabrona de ganarse la vida —dijo Abby en voz baja mientras los acompañaba a una mesa vacía cerca de la barra. Era obvio que se había fijado en la expresión de sorpresa de Stone.

Les preparó unos buenos platos y el famélico Stone dedicó los siguientes diez minutos a devorar dos raciones y a engullir tres tazas de café caliente.

Abby acercó una silla y se sentó a la mesa. Observó a su hijo y esperó a que comiese la cuarta tostada antes de darle una colleja en la oreja.

—¿A qué viene eso?

—Te marchas y ahora vuelves como si nada.

—No te preocupes, me largaré antes de que te des cuenta. No hace falta que te cabrees.

—Yo no he dicho que me haya cabreado.

—Pero ¿estás cabreada o no?

—¡Sí!

Stone escuchó la conversación e intervino para evitar que la tensión fuera en aumento.

—¿Adónde piensas ir?

—No sé. Ya se verá adonde me llevan.

—¿Adónde te llevan quiénes? —preguntó Stone.

—Los sueños. Todo el mundo tiene sueños. A lo mejor acabo en California. Haciendo películas o algo. Soy alto y lo suficientemente guapo. Quizá pueda hacer de doble.

Abby meneó la cabeza.

—¿Qué me dices de la universidad? ¿Ese sueño te ha pasado alguna vez por esa cabezota que tienes?

—Mamá, de eso ya hemos hablado.

—No, yo he hablado de eso y tú has decidido no participar en la conversación.

—Si la rodilla me hubiera aguantado, ahora mismo estaría jugando al béisbol para la Virginia Tech. Pero no aguantó. Así pues, ¿de qué me va a servir ir a la universidad? No puede decirse que en el instituto destacara en los estudios.

—No eres tonto.

—Nunca he dicho que lo fuera. Sólo que no me gusta estudiar.

La mujer miró a Stone.

—¿Tú fuiste a la universidad?

Stone negó con la cabeza.

—Me habría gustado, pero acabé yendo a la guerra.

—¿Vietnam? —preguntó ella. Stone asintió.

—Por eso peleas tan bien —dijo Danny, tuteándolo—. No serás uno de esos veteranos locos con una placa de metal en la cabeza, ¿verdad? —preguntó sonriendo—. ¿Una bomba de relojería andante?

—Este hombre ha luchado por su país, Danny, no te lo tomes a guasa —le riñó su madre.

—Regresé a casa sin placas de metal.

—¿Te dispararon? —preguntó Danny.

—Estoy de acuerdo con tu madre. Deberías pensar en ir a la universidad —repuso Stone.

—Bueno, pues iré a matricularme. Hazme un cheque por cien mil dólares para Harvard, mamá, y me largo de aquí ahora mismo.

Abby empezó a decir algo cuando la puerta se abrió. Stone notó que el tenue parloteo se acallaba. Al alzar la vista, vio a un hombretón de uniforme resplandeciente y un Stetson ladeado en la cabeza. Tenía la piel curtida y arrugada por el viento y el sol. Pero era un rostro atractivo, con la mandíbula apretada y prominente como el remate de un casco medieval. Bajo el ala del Stetson le asomaban unos mechones rizados de pelo oscuro.

Tenía la mano derecha sobre la pistola enfundada como la garra de un animal carroñero sobre su presa.

Recorrió el restaurante con la mirada hasta posarse en Abby Riker. Sonrió. Entonces vio a Stone sentado a su lado y dejó de sonreír.

OceanofPDF.com

13

Alex Ford salía para comprar algo de comer cuando el hombre le abordó en la calle de la oficina del Servicio Secreto, en Washington.

—¿Tienes un momento? —preguntó, enseñándole las credenciales.

Alex se estremeció al ver la insignia de la Agencia. «Perfecto, ya estamos». —¿De qué se trata, agente Knox? —preguntó. Aunque, por supuesto, lo sabía a la perfección.

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Ahora.

Echaron a andar hasta un pequeño parque, donde Knox se sentó en un banco e indicó a Alex que lo imitara.

Knox habló durante unos minutos y básicamente contó a Alex cosas que ya sabía.

—Su amigo no está en casa —declaró Knox.

—Ah, ¿no? La verdad es que últimamente no he pasado a verle.

—Pero según mis fuentes sí que ha pasado por allí a visitar a la mujer que se alojaba en la casa. Qué curioso que ella tampoco esté. ¿Qué puede decirme de ella?

—No mucho.

—Empecemos por el nombre.

Alex respiró hondo. «La situación se complica a marchas forzadas». —
¿Cuál es su implicación? ¿O la de mi amigo?

—Eso es lo que intentamos averiguar. ¿Cómo se llama?

—Susan. Susan Hunter.

—¿Sabe dónde está?

—No. —Por lo menos eso era verdad.

—¿Qué relación tiene con ella?

—Somos amigos.

—¿Y por qué se ha marchado su amiga?

—Yo qué sé. Hoy aquí, mañana allí. Es de ese tipo de personas.

—Su otro amigo, Oliver Stone, recibió una mención nada menos que del director del FBI por ayudar a desarticular una red de espionaje aquí en Washington.

—Así es. Yo participé en el tramo final de ese asunto. Pero el mérito es de él.

—Y había tenido una tienda plantada en el Lafayette Park. Un manifestante ante la Casa Blanca y cuidador de un cementerio. Y ayuda a desarticular redes de espionaje. Su versatilidad resulta, cuando menos, interesante.

—Es un tipo interesante.

—¿Qué más puede decirme sobre este hombre tan interesante? ¿Su relación con Carter Gray, por ejemplo?

—¿Carter Gray? —Alex se esforzó por simular desconcierto, aunque las axilas se le habían humedecido. Por mentir a un funcionario federal ya había cometido varios delitos. Con cada palabra cavaba su tumba profesional a mayor profundidad.

—Sí, Carter Gray. Stone fue a verle la noche que explotó su casa. Usted fue con él al día siguiente a la escena del crimen. He hablado con agentes del FBI que estuvieron allí con ustedes.

—Sí, sí. Bueno, sé que Oliver había ido a ver a Gray porque me lo contó. No sé por qué. Me pidió que fuera con él para hablar con los del FBI. Y eso hice. Que yo sepa, la cosa quedó ahí.

—¿Cómo se conocieron?

—Cualquiera que haya tenido misiones de protección de la Casa Blanca conoce a Oliver Stone. Durante mucho tiempo fue una figura omnipresente en el Lafayette Park.

—¿Sabe cuál es su verdadero nombre, o es que el director de cine está pluriempleado?

—Desconozco su verdadero nombre.

—Pensaba que los agentes del Servicio Secreto eran un poco más curiosos. ¿El tío estaba justo delante de la Casa Blanca y ni siquiera sabe su nombre verdadero?

—Vivimos en un país libre. Nunca hizo nada peligroso. Se limitaba a ejercer su derecho a protestar. Lo considerábamos un excéntrico.

—¿Y el nombre de John Carr le suena de algo?

Alex había estado esperando esa pregunta.

—No, pero me resulta familiar por algún motivo.

—Es el nombre de un soldado cuya tumba se exhumó en Arlington. Por orden de Gray.

—Ya. Lo leí en los periódicos. Me pregunto a qué demonios vino eso. Knox se lo quedó mirando.

Al final, Alex rompió el silencio.

—No sé qué decirle, agente Knox.

—La verdad resultaría de gran ayuda.

Alex empezó a sentir la migraña en la frente.

—Estoy diciendo la verdad.

Knox bajó la mirada y negó con la cabeza lentamente. Cuando alzó la vista tenía una expresión entristecida.

—¿Piensa echar por tierra su carrera por ese tío, Ford?

—Yo lo conozco como Oliver Stone. Eso es todo.

—Conoce a sus amigos Reuben Rhodes y Caleb Shaw.

—Sí. También son amigos míos.

—Y uno de ellos murió hace poco. —Knox consultó una pequeña libreta—. Milton Farb. Asesinado en su casa hace más de seis meses.

—Cierto. La verdad es que nos afectó mucho a todos.

—No lo dudo. ¿La policía no llegó a resolver el caso?

—Cierto, no está resuelto.

—Y también colaboró usted con los federales para pescar al magnate de los casinos Jerry Bagger. Pero acabó saltando por los aires y cayendo al río Potomac.

—Yo también estuve a punto de acabar allí.

—Es un hombre muy ajetreado. Y su amiga también. ¿Cómo la ha llamado? ¿Susan Hunter?

—La he llamado así porque ése es su nombre. Y es verdad, ella también estuvo allí.

—¿Y cómo se involucró usted en lo de Bagger? ¿Gracias a la mujer?

—Es bastante complejo y no puedo tomarme la libertad de divulgar lo ocurrido. Probablemente el FBI pueda informarle al respecto. Pero, insisto, estaba ayudando a un amigo.

—Hombre, tiene muchos amigos.

—Mejor que tener muchos enemigos —espetó Alex.

—Oh, creo que de éstos también tiene unos cuantos. —Knox se levantó y le tendió una tarjeta—. Si se le ocurre alguna otra tontería y quiere contármela, llámeme. Mientras tanto, comprobaré todo lo que me ha dicho. Y para que vea que actúo de buena fe, le avisaré con dos minutos de antelación antes de que le entreguen la orden de arresto por obstrucción a la justicia. ¿De acuerdo, Ford? Ahora sí que la ha hecho buena. —Y se marchó.

Alex se quedó sentado en el banco, porque, en ese momento, las piernas no le respondían. «Gracias, Oliver. Muchas gracias».

14

La siguiente parada de Knox fue la sala de lectura de Libros Raros de la Biblioteca del Congreso, donde encontró a Caleb Shaw colocando algunos tomos valiosísimos en un carrito. Al cabo de cinco minutos estaban sentados en la pequeña salita donde Jerry Bagger, el magnate de los casinos, había interrogado a Caleb. Al ver las credenciales de Knox, Caleb preguntó tan tranquilo:

—¿De qué quiere hablar conmigo?

—¿Eres amigo de Oliver Stone?

—Usted le llama amigo, yo le llamo conocido.

—Eso no es más que semántica.

—Soy bibliotecario. Dedico mi vida a la semántica. Además, hace mucho tiempo que no le veo. Me temo que no sé nada que pueda serle útil.

—Bueno, a veces la gente sabe más de lo que imagina.

—Si supiera más de lo que imagino, lo sabría.

A Knox se le acabó la paciencia.

—Bueno, Shaw, vayamos al grano. No tengo todo el día para hilvanar esta historia, así que responda a mis preguntas: ¿quién es Oliver Stone en realidad? ¿Y dónde está ahora?

—Oliver es Oliver. Tuvo una tienda plantada en Lafayette Park. Es el cuidador del cementerio de Mt. Zion. Pero no sé dónde está. Hace más de

seis meses que no le veo. Puede amenazarme con sumergirme en el agua y le diría lo mismo.

—¿Se refiere a la inmersión que simula un ahogamiento? No hacemos esas cosas —replicó Knox—. Eso es una forma de tortura.

—¿En serio? —repuso Caleb enarcando las cejas—. Entonces mejor que se lo diga a sus amigos del gobierno. Parece existir cierta confusión sobre el asunto.

Knox hizo caso omiso del comentario.

—¿Le suena el nombre de John Carr?

—Sí, por supuesto.

Knox se puso tieso.

—Hábleme de él.

—John Dickinson Carr es un escritor de novelas de intriga muy famoso. Bueno, está muerto, pero puedo recomendarle varias obras que están bastante bien.

—Me refiero a John Carr el soldado, no el escritor —espetó Knox.

—No conozco a nadie que responda a ese nombre. Por supuesto está John le Carré, pero también es escritor, aunque trabajó para los servicios de inteligencia en cierta época. Además, Le Carré es un seudónimo. Su nombre real es David Cornwell. También puedo recomendarle alguna de sus obras.

Knox apretó los dientes y se recordó que dar una paliza a un funcionario público no redundaría en el mejor interés, ni de su investigación ni de una futura jubilación placentera.

—Este soldado era americano. Con una hoja de servicios intachable en Vietnam. Murió. Lo enterraron. Fue hace más de treinta años. Luego exhumaron su tumba en Arlington y resulta que no había ningún cadáver dentro.

—¡Cielos! No me gusta desdeñar a mi patrono, pero la verdad es que el gobierno federal se ha vuelto muy chapucero últimamente. Vaya por Dios, ¡perder un cadáver! Resulta indignante.

Knox se lo quedó mirando fijamente antes de hablar.

—Quizás el cadáver no llegara a estar nunca en la tumba, Shaw. ¿Qué le parece esa teoría?

Interesante. Pero ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿Podría ser que John Carr y Oliver Stone fueran la misma persona?

—Pues no sé si sería posible. De todos modos, Oliver nunca hablaba de su pasado y yo respetaba su intimidad. No obstante, es buena persona, ya les gustaría a muchos tener un amigo tan leal.

—Pues habla de él con mucho convencimiento, teniendo en cuenta que no es más que un «conocido».

—Capto rápidamente el carácter de las personas.

—¿Y qué me dice de su colega Milton Farb? ¿Stone también le era leal?

—Milton está muerto.

—Lo sé. Me gustaría averiguar cómo murió.

—Asesinado.

—Eso ya lo sé. ¿Alguna idea de quién pudo haberlo matado?

—Si yo lo supiera, la policía también lo sabría, se lo aseguro.

—¿Él muere y su amigo Oliver desaparece?

—Si está pensando que Oliver tuvo algo que ver con ello, está muy equivocado. Quería a Milton como a un hermano.

—Ya. ¿Hay algo más que pueda contarme?

—No, salvo que esté relacionado con libros raros.

Tendió una tarjeta a Caleb.

—Llámeme si se le ocurre algo más.

Salió de la sala.

En otra época de su vida, es muy probable que Caleb se hubiera desmayado allí mismo después de tal encuentro. Sin embargo, ahora era una persona distinta, sobre todo después de la muerte de Milton.

Se limitó a levantarse y reanudar el trabajo después de guardarse la tarjeta en el bolsillo.

Knox condujo al almacén en que trabajaba Reuben Rhodes, pero el grandullón no estaba allí, y hacía semanas que nadie le había visto. Tampoco disponían de su dirección.

—¿Cómo le pagan si no tienen su dirección? —preguntó al encargado.

—Recoge el cheque en persona. Nunca se lo envió. Él lo quiere así.

—¿Y el certificado anual de retenciones fiscales?

—También se lo doy. En persona.

—Entonces supongo que no quiere que se sepa dónde vive.

—Yo no hablo por boca de él, pero diría que por ahí van los tiros.

—¿Qué puede decirme de él?

—Buen trabajador, buen sentido del humor. No le gustan demasiado las normas. Y el gobierno todavía menos.

—¿Sabe que trabajó en los servicios de inteligencia militar varios años?

—Nunca lo ha mencionado. Sí que sé que estuvo en el ejército. Un soldado de cojones, seguro. Tiene fuerza suficiente para estrangular a un oso. No me gustaría contrariarlo.

—Intentaré tenerlo presente.

—Señor, yo en su lugar lo tendría más que presente. Una noche al salir de trabajar le atacaron cuatro hombres. Tres de ellos acabaron en el hospital y el cuarto habría corrido la misma suerte de no haber huido como alma que lleva el diablo.

Knox regresó al coche y se marchó. Al cabo de unos instantes recibió un SMS de Macklin Hayes.

Acababan de localizar a la mujer que se había alojado en la casita de Stone. Estaba en un hotel del centro de Washington D.C.

Knox pisó el acelerador. Por ahora tenía a un agente del Servicio Secreto que mentía y a un bibliotecario federal que fingía no saber nada, por no mencionar a un estibador en paradero desconocido y resentido contra el gobierno que podría partirle el cuello con facilidad.

Knox albergaba la esperanza de que aquella mujer le contara lo que necesitaba saber. De todos modos, dudaba que fuera a resultar tan fácil. Lo que sí había descubierto sobre ese tal Oliver Stone era que infundía una gran lealtad en sus amigos.

Knox tendría que comprobar hasta qué punto perduraría tal lealtad. Era experto en llevar esas cosas al límite. Y más allá.

15

El grandullón se quitó el sombrero y caminó con parsimonia hasta la mesa de Stone, Danny y Abby. Tenía el porte grácil y la complexión propia de un atleta nato. Por el camino estrechó la mano nudosa de algunos parroquianos y dio varias palmadas en la espalda, como un político ávido de votos.

—Hola, Abby —saludó cuando se paró en su mesa. Echó una mirada a Danny—. Pensaba que te habías ido a buscarte la vida por ahí, jovencito.

—Me distraje, sheriff. Ya me conoce, tengo poca capacidad de concentración.

El policía le dedicó una sonrisa.

—¿Eso incluye que te destrocen la cara? ¿Chico o chica?

—Si hubiera sido una chica, tendría rastros de pintalabios —dijo Danny con picardía.

—Volverá a marcharse pronto —dijo Abby—. O eso dice.

El sheriff se centró entonces en Stone.

—¿A quién tenemos aquí?

—Un nuevo amigo —dijo Danny—. Ben, te presento al sheriff Lincoln Tyree.

Este le tendió la manaza.

—Llámame Tyree, como me llama todo el mundo. Hay un montón de Lincoln en la familia. Como la mayoría de la gente de por aquí, los Tyree

lucharon en el bando unionista. Encantado de conocerte.

Stone le estrechó la mano y advirtió que los dedos del hombre transmitían una gran fuerza, aunque no intentó aplastarle la mano. El apretón fue medido y seguro, nada agresivo.

Tyree apartó una silla vacía y se sentó, dejó el sombrero sobre la mesa y le indicó a la camarera que le sirviera una taza de café.

—¿Cuándo has vuelto, Danny?

—Anoche tarde u hoy temprano, según se mire. Me enzarcé en una pelea en un tren. Unos tíos me atacaron y Ben me ayudó. De hecho, los dejé a los tres fuera de combate sin que yo hiciera nada.

Tyree asintió hacia Stone con una expresión más respetuosa.

—Gracias. Todos nos preocupamos cuando Danny nos dijo que se marchaba. Aquí estamos bastante aislados. El mundo exterior es muy distinto de nuestro pueblo.

—Los lugares son diferentes e iguales a la vez —aseveró Stone—. En todas partes hay cosas buenas y malas.

Tyree rio por lo bajo.

—Bueno, espero que en Divine tengamos más buenas que malas, ¿verdad, Abby?

Ella cogió la taza de café y asintió con expresión ausente.

—Es un pueblo agradable, un buen lugar para formar una familia —dijo.

—¡Claro! —exclamó Danny—. Fíjate cómo he salido yo.

Abby se sonrojó y Tyree bebió un sorbo del café que la camarera le puso delante.

—¿Piensas quedarte por aquí, Ben? —preguntó luego—. No recibimos a muchos visitantes. La mayoría de la gente lleva aquí toda la vida. A diferencia de nuestro amigo Danny, tienden a quedarse en Divine hasta el día de su muerte.

Danny resopló.

Stone negó con la cabeza.

—Sólo quería asegurarme de que Danny llegaba sano y salvo a casa. Pronto me marcharé.

—Puedes quedarte si quieres —dijo Danny. Ese comentario hizo que tanto Abby como Tyree le miraran con incomodidad, algo que Stone percibió.

—No creo que encuentre nada que le haga quedarse —aseveró Abby.

—Nunca se sabe, mamá. A lo mejor Ben busca un poco de paz y tranquilidad.

Stone observó al chico. ¿Acaso le había leído el pensamiento?

—Gracias, pero me marcharé pronto. —Stone no pensaba quedarse y tampoco le atraía la idea de estar sentado junto a un agente de la ley, por muy pequeño que fuera aquel pueblo.

—Te agradezco lo que hiciste por Danny. Si quieres, puedes quedarte en la habitación de arriba esta noche —le ofreció Abby.

—Ya has hecho bastante por mí —respondió Stone—. Cama y un buen desayuno.

—Ben necesita un trabajo —dijo Danny—. Necesita algo de dinero porque lo echaron del tren junto conmigo.

—Seguro que te encuentro algo, Ben —se ofreció el sheriff.

—Te lo agradezco.

—¿Sabes? Podrías quedarte en la cárcel.

—¿En calidad de recluso? —preguntó Danny entre risas.

—En el catre del fondo —dijo Tyree un poco molesto—. Es muy tranquilo. Ahora mismo no hay ningún preso en el calabozo.

—Sí, están todos en Dead Rock —dijo Danny—. Hemos pasado cerca al venir hacia aquí. De noche se ve muy bonito —añadió con sarcasmo.

Tyree asintió.

—No me extraña que la hayan instalado en lo alto de una montaña en medio de la nada. Los de ciudad no quieren prisiones de máxima seguridad en el patio de su casa. Bueno, no me quejo, da trabajo a la gente y sabe Dios que lo necesitamos.

Señaló hacia la puerta cuando entraban dos jóvenes fornidos de uniforme azul que se sentaron a una mesa.

—Ahí tienes a dos de ellos. Irán a la prisión después de desayunar.

—Aquí uno sólo puede ganarse la vida trabajando en la cárcel o en las minas —dijo Danny. En cualquier otro sitio pagan una mierda.

Tyree lo miró con ceño.

—Venga, Danny, sabes que no es verdad. En esta misma calle hay varias tiendas a las que les va muy bien. La gente puede ganarse un sueldo digno en Divine, ir con la cabeza bien alta y ocuparse del prójimo. No puede decirse lo mismo de la mayoría de los sitios.

—Doy fe de ello —dijo Stone.

Se produjo una pausa en la conversación y les llamó la atención la tele colgada en la pared detrás de la barra; a Stone más que a los demás. Hablaban de unos asesinatos cometidos en Washington. El FBI estaba siguiendo varias pistas e interrogando a distintas personas. Y aunque no daban detalles concretos, parecía que se relacionaba el asesinato de Simpson con el de Gray.

—Espero que pillen a ese cabrón. Creo que se trata de algún complot terrorista —dijo Tyree.

—Unos cuantos árabes que ya habrán huido —dijo Danny riéndose por lo bajo—. Bueno, si vienen aquí los identificaremos enseguida.

—No te lo tomes a guasa, Danny. Esos locos intentan dominar el mundo. —Se tocó la pistola—. Pero ¿sabes qué? Si se presentan en Divine, se encontrarán con una buena demostración de lo que es la justicia americana.

Stone se giró hacia Abby.

—¿En qué podría trabajar?

Tyree se levantó y su vieja pistolera crujió ligeramente.

—Danny, ven a verme más tarde, ¿vale, chico? —No era una sugerencia.

Danny sonrió, asintió y volvió a centrarse en sus huevos fritos y el beicon frito con manteca.

—Hay que traer material de la trastienda —dijo Abby a Stone—. Poner el almacén en orden. Limpiar ventanas, fregar el suelo. Uno de mis lavaplatos está de baja, así que también puedes ayudar en la cocina.

Stone asintió, se limpió la boca con la servilleta y se levantó.

—Enséñame dónde están las cosas y pongo manos a la obra.

—¿No quieres saber cuánto vas a cobrar?

—Eso lo dejo en tus manos.

—Eres un hombre confiado —dijo entre risas Tyree antes de marcharse.

«No, no lo soy».

Mientras Stone seguía a Abby a la trastienda, la sonrisa de Danny se esfumó al ver que los cansados parroquianos lo miraban. Acabó de comer, apuró el café, se levantó de la mesa y se encaminó a la puerta. Antes de llegar a la salida, un hombre larguirucho se levantó de una mesa y le bloqueó el paso. Tenía el pelo grasiento, barba de tres días, la cara tiznada de carbón y una expresión que transmitía ganas de armar follón.

—Hola, Lonnie —saludó Danny—. Tienes una pinta horrible, como de costumbre.

—¿Otra vez por aquí? Me dijeron que te habías comprado un billete de tren. Que estabas harto de Divine. ¿No es así, muchacho? ¿No estabas harto de nosotros?

—¿No te has enterado? Tengo al FBI pisándome los talones por atracar ese tren. He venido aquí a ocultarme. Tú me encubrirás, ¿verdad?

—Muy gracioso —dijo Lonnie mientras se llevaba una cucharada de comida a la boca.

—Intenta encontrarle el sentido del humor a todo, Lonnie. Así la vida resulta más llevadera.

—¿Esta vez te vas a quedar o no?

—¿Por qué? ¿Vas a echarme de menos si vuelvo a marcharme? Mejor que te andes con cuidado. La gente podría pensar que tienes debilidad por mí, tío.

En las mesas cercanas rieron el comentario. Lonnie apretó los puños, pero Danny le tocó el hombro huesudo.

—Era broma, tío. No he decidido si me voy o no. En cuanto lo haga, serás el primero en enterarte. Ahora tengo que marcharme. Mientras estoy aquí de cháchara contigo, podría estar ganando miles de dólares ahí fuera en la gran ciudad de Divine.

Rodeó a Lonnie, que de repente se dio cuenta de que todas las miradas se posaban sobre él. Cuando la puerta se cerró detrás de Danny, Lonnie se sentó otra vez y con mirada desafiante escupió restos de comida en una vieja lata de café que había en el suelo.

Stone dejó varias cajas detrás de la barra. Había oído buena parte de la conversación. Desde luego, Divine era un lugar de lo más peculiar.

«Reúno un poco de dinero y me largo. Antes de que *Gatillo Fácil* Tyree descubra que yo soy el árabe huido».

OceanofPDF.com

16

Al cabo de seis horas, Stone había acabado el trabajo y Abby se declaró satisfecha con su desempeño.

—Tienes mucha energía —dijo—. Y no pierdes el tiempo. Eso me gusta. —Sonrió y por primera vez Stone se dio cuenta de lo guapa que era.

—¿Y ahora qué?

—Hay más cosas por hacer en mi casa. Todo en el exterior. ¿Te interesa? Es un trabajo sucio.

—Dime cómo llegar a tu casa y qué quieres que haga.

Recogió la talega y salió del restaurante al cabo de unos minutos. Stone vio Divine a la luz del día por primera vez. Le sorprendió.

Parecía el decorado de una serie de televisión de los años sesenta con una pátina hollywoodiense, un lugar que podía haber sido montado por la gente de Disney, concluyó. Las fachadas de las tiendas se veían recién pintadas y la madera como nueva; las ventanas estaban limpias, las aceras de ladrillo impecables y barridas, las carreteras recién alquitranadas. La gente se saludaba al cruzarse por la calle, se oían «holas» por todas partes, aunque ninguno dirigido a Stone, que parecía el único forastero.

Pasó junto a un edificio nuevo de ladrillo visto, la biblioteca del pueblo. Miró por las puertas de cristal y vio estanterías de libros y varios ordenadores relucientes. Stone cayó en la cuenta de que ni siquiera podrá hacerse un carné de biblioteca. Siguió caminando.

Los coches y camionetas que pasaban mientras cruzaba el centro eran relativamente nuevos. Dirigió la vista hacia la oficina del sheriff y cárcel del pueblo, de dos plantas, construida en ladrillo rojo; en la entrada tenía columnas blancas, jardineras con pensamientos y una máquina de Coca-Cola y tentempiés contra la pared. Era la entrada a la vida entre rejas más atractiva que Stone había visto jamás. Al lado había un edificio mayor, construido también con ladrillo visto y con una torre del reloj que tenía la palabra «Juzgado» estarcida en el exterior.

«¿Una cárcel y un juzgado en un pueblo tan pequeño? ¿Con una prisión de máxima seguridad bastante cerca?». Pero ésta era para delincuentes sanguinarios, no para delincuentes de poca monta que probablemente robaran baterías de coche y se pegaran con sus compañeros de bar cuando estaban borrachos como cubas.

Mientras pensaba en eso, un hombre bajito de pelo cano salió del juzgado, se encasquetó una gorra de fieltro y se marchó sin prisa calle abajo.

—¿Quieres que te presente al juez?

Stone se giró y vio a Tyree. Debía de haber salido de la cárcel. El hombretón se movía en silencio. A Stone no le gustaba tanto sigilo.

—¿El juez? —Un sheriff y encima un juez. Lo que le faltaba. Podrían detenerle y juzgarlo por asesinato en ese preciso instante.

Tyree asintió y exclamó:

—¡Dwight, aquí hay alguien a quien quizá te apetezca conocer!

El hombre bajito se giró, vio a Tyree y sonrió. Volvió sobre sus pasos.

—Te presento a Ben —dijo Tyree—. ¿Tienes apellido, Ben?

—Thomas.

—De acuerdo, te presento a su señoría Dwight Mosley.

De cerca, Stone tuvo la impresión de estar hablando con una versión en pequeño de Santa Claus, con la barba recortada en vez de muy poblada.

Mosley rio por lo bajo.

—No sé si soy su señoría o la de algún otro, pero lo cierto es que es el tratamiento que se dispensa a los jueces.

—Ben fue quien le sacó las castañas del fuego a Danny Riker durante un buen lío en un tren.

—He oído decir que Danny ha vuelto. Pues gracias, Ben. Danny puede ser, pues...

—¿De sangre caliente? —sugirió Stone.

—Impetuoso.

—Palabra más formal pero que significa lo mismo —señaló Tyree con una sonrisa.

—Bonito juzgado —comentó Stone, apartando la mirada del juez—. Supongo que hay mucho trabajo.

—Uno diría que un pueblo tan pequeño no necesita juzgado ni juez —respondió Mosley, quien parecía leerle el pensamiento—. Pero de hecho sí que hacen falta porque mi jurisdicción cubre una extensa zona aparte de Divine. No son sólo pleitos, aunque de esos tenemos muchos, sobre todo acerca de derechos de explotación y tal y accidentes en las minas. Y la ley federal cambió hace apenas unos meses y exige a las empresas de la minería del carbón presentar certificaciones renovadas de todas sus propiedades y aspectos operativos. Desgraciadamente para mí, soy quien tiene que revisar todo eso. —Señaló un camión de reparto que se dirigía al pequeño callejón que conducía al aparcamiento situado detrás del juzgado—. Si no me equivoco, ahí va otro cargamento de cajas llenas de esas certificaciones. Ha sido un engorro para los abogados de las compañías mineras, pero a mí me pagan de todos modos.

—Un trabajo monótono, supongo —comentó Stone.

—Supones bien. También tenemos un registro de escrituras de propiedad, estudios topográficos, derechos de paso, servidumbre y cosas así, que también llegan al juzgado. A nivel más personal, la gente acude a mí con cuestiones legales o para recibir asesoramiento, o intento hacerlo lo mejor que puedo.

—Hay que ser buen vecino —dijo Tyree.

—Eso mismo. Al fin y al cabo, el pueblo es pequeño. Por ejemplo, ayudé a Abby Riker a poner el restaurante y otras propiedades a su nombre después de lo de Sam.

—Por lo visto, trabaja mucho.

—Sí, pero encuentro tiempo para cazar y pescar un poco. Y me gusta dar paseos por todas partes. Aquí el campo es muy bonito.

Hicieron una pausa cuando una madre con dos niños pasó junto a ellos. Tyree la saludó con el sombrero y atusó el pelo de los niños mientras el juez les dedicaba una paternal sonrisa.

Después, Stone dijo:

—Bueno, será mejor que me marche.

—¿De dónde eres, Ben? —preguntó Mosley.

A Stone se le hizo un nudo en el estómago. No por la pregunta en sí, sino por el modo en que la había formulado. ¿O acaso se había vuelto paranoico?

—De aquí y de allá. Lo mío nunca ha sido echar raíces.

—Justo todo lo contrario que yo, al menos durante una temporada. Me consideré de Brooklyn hasta que cumplí los treinta. Después pasé un tiempo en América del Sur y luego Texas, cerca de la frontera. Pero nunca había visto un sitio tan bonito como éste.

—¿Cómo acabó aquí? —preguntó Stone, resignado a mantener una conversación intrascendente para no levantar sospechas.

—Pura coincidencia. Pasaba por aquí cuando regresaba a Nueva York después de la muerte de mi esposa y se me averió el coche. Para cuando estuvo arreglado al cabo de unos días ya me había enamorado de esto.

—Y menuda suerte tuvimos de que así fuera —intervino Tyree—. El juez le ha venido bien a Divine. Ha ayudado a mucha gente.

—El pueblo me ha correspondido —dijo Mosley—. Sin duda me ayudó a superar la muerte de mi pobre esposa. ¿También vas a dar un paseo, Thomas? —añadió.

—Voy a casa de Abby. Quiere que haga algunos trabajillos en su casa.

—Un sitio precioso, la verdad. Finca de una Noche de Verano.

—¿Así la llama? —preguntó Stone.

Mosley asintió.

—Una variación de la obra de Shakespeare. *Sueño de una noche de verano*, ya sabes. Supongo que en cierto modo todos aquí vivimos en un

sueño, aislados como estamos del resto de la sociedad.

—No está tan mal —observó Tyree—. El resto de la sociedad no es tan buena que digamos. Divine es como indica su nombre, por lo menos para mí.

Mosley se despidió y siguió calle abajo.

Tyree se quitó el sombrero y se alisó el pelo.

—Bueno, que pases un buen día, Ben. No trabajes demasiado.

Tyree entró en su oficina y Stone retomó el camino a casa de Abby.

O la Finca de una Noche de Verano.

O el sueño.

O la pesadilla.

OceanofPDF.com

17

Mientras Stone recorría la calle principal, se dio cuenta de que las tiendas parecían prósperas, y los clientes, contentos. Le costaba cuadrar esa imagen con la de los mineros de espalda vencida, manos nudosas, rostro tiznado y pulmones endurecidos que desayunaban en el Rita's. Y luego volvió a reflexionar sobre lo que había visto en la tele.

«Pistas. Distintas personas interesantes. Vínculos entre los dos asesinatos».

Lo vio al mirar el escaparate de una tienda. Omnipresentes durante tantas décadas, ahora eran difíciles de encontrar, por lo menos alguno que funcionara. Sin embargo, al parecer Divine iba un poco atrasada en la adopción de tendencias ya implantadas en el resto del país.

Entró y miró el teléfono público de la pared y luego el cartel detrás del mostrador central: «Artesanía de los Apalaches». Las estanterías de la tienda estaban a rebosar de esculturas de madera, piedra y arcilla. En las paredes había cuadros y fotos de las montañas, valles y pequeñas cabañas con tejado de hojalata encaramadas en laderas de colinas. Detrás del mostrador había una mujer corpulenta y de rostro sonrojado que tecleaba en un ordenador.

Alzó la vista y sonrió.

—¿Qué desea?

—Quiero telefonar. ¿Tiene cambio de cinco?

Cogió el cambio y se dirigió al fondo de la tienda, donde introdujo las monedas en la ranura del teléfono. Llamó a la única persona, que conocía que tenía un número imposible de rastrear: Reuben. Eso se debía a que no tenía ningún teléfono a su nombre sino que utilizaba minutos de teléfono robados subrepticamente de cientos de abonados. Stone siempre había supuesto que Milton le había enseñado a hacerlo.

El grandullón respondió al segundo tono. Casi se puso a gritar al oír la voz de Stone. Después de asegurarle que estaba bien y que bajo ningún concepto le diría dónde se encontraba, Stone le preguntó por la investigación.

—Un tío llamado Knox de la CIA ha hablado con todo el mundo menos conmigo. Por lo que parece es un verdadero bulldog. Sabe que tú y Carr sois la misma persona. Sabe que has huido. Si te encuentran no habrá juicio, Oliver.

—Ya me lo imaginaba, Reuben. ¿Qué tal lo llevan los demás?

Por supuesto, Reuben no mencionó que tratarían de localizar a Stone.

—Bien. Aunque Alex está un poco coñazo con todo esto —contestó.

—Es agente federal. Está justo en medio.

—Bueno, le dijo a Annabelle que quemara la carta que dejaste. Supongo que por eso habría que darle unos cuantos puntos.

—Dile que se lo agradezco. De veras.

Se produjo una breve pausa hasta que Reuben volvió a hablar.

—Oliver...

—No voy a decirte que fui yo, Reuben. Eso no serviría de nada. Sólo quiero que sepas que has sido mucho mejor amigo de lo que me merezco. Todos vosotros. Y que miraré las noticias. Si tengo la impresión de que alguno de vosotros sufrirá algún perjuicio por culpa de esto, me entregaré.

—Oliver, escúchame, podemos cuidarnos solitos. No pueden tocarnos. Pero si le entregas a la policía, la CIA se te echará encima, alegará seguridad nacional y desaparecerás por arte de magia.

—Ya me preocuparé yo de eso. Y sé que no os hace justicia, pero gracias por todo.

Reuben replicó algo, pero Stone ya había colgado con determinación. «Es como si acabara de cortarme el brazo derecho. Adiós, Reuben». Al alzar la vista vio que la mujer de la tienda lo miraba con curiosidad. Había hablado tan bajo que no podía haberlo oído.

—¿Ha podido llamar? —preguntó amablemente.

—Sí, gracias. —La mujer seguía mirándolo de hito en hito, así que optó por decirle algo más—: Tiene unas cosas muy bonitas. —Señaló un cuadro que había en una pared—. ¿De quién es éste?

La mujer apartó la mirada.

—Oh, de Debby Randolph.

—Tiene talento.

—Sí —convino ella rápidamente—. Me llamo Wanda. No le había visto por aquí.

—Llegué anoche con Danny Riker.

—¿Danny? —se sorprendió—. Me habían dicho que se había marchado del pueblo.

—Pues ha vuelto, pero creo que será por poco tiempo. ¿Qué tal va el negocio?

—Muy bien. Sobre todo las ventas por Internet. Estas cosas de los Apalaches gustan a mucha gente. Supongo que les evoca una época en que todo era más sencillo.

—Eso nos iría bien a todos. Bueno, gracias.

—Espero que vuelva. Tengo una oferta de oseznos negros esculpidos con fragmentos de carbón. Quedan muy bien como pisapapeles.

—No lo dudo.

Stone salió de aquella tienda de las «buenas vibraciones» sintiéndose como si estuviera avanzando paso a paso hacia su propia muerte. Lo cierto es que volvía a estar completamente solo.

18

Después de menos de un kilómetro, la carretera de asfalto daba paso a macadán. Stone pasó junto a una iglesia de piedra provista de una pequeña torre con un muro de piedra sin argamasa que rodeaba la finca. Como ex cuidador de cementerio que era, se detuvo y paseó sin prisas entre las lápidas. Los mismos apellidos se repetían una y otra vez. Vio la tumba de Samuel Riker. Había muerto hacía cinco años a los cuarenta y un años de edad.

También había varios Tyree. Una lápida, oscurecida por el tiempo, era la última morada de Lincoln Q. Tyree, fallecido en 1901. Stone pensó que debía de resultar desconcertante pasar junto a una lápida que ya tuviese el nombre de uno, pero quizás el bueno del sheriff no frecuentara demasiado el cementerio.

Había dos tumbas que todavía tenían flores frescas y los montículos de tierra se veían recientes. Rory Peterson había muerto hacía una semana. El nombre de la otra tumba hizo que Stone tardara un poco en reaccionar. Debby Randolph se había reunido con el Creador un día después de la muerte de Peterson. Al parecer por eso la mujer de la tienda se había comportado de forma un poco extraña. Peterson tenía cuarenta y ocho años mientras que Debby sólo contaba con veintitrés.

Siguió caminando, giró a la izquierda al llegar a un roble robusto con ramas gruesas y extensas que se asemejaba más a Atlas sosteniendo el

mundo que a un mero árbol. De una rama colgaba un cartel: «Finca de una Noche de Verano», con una flecha que apuntaba a la izquierda. Recorrió otros cien metros escasos por un sendero de gravilla hasta la casa, aunque estaba claro que esa denominación no le hacía justicia. No sabía qué había imaginado encontrarse, pero desde luego no aquello.

Antebellum fue la primera palabra que le vino a la mente. Era grande, construida intercalando piedra y tablones blancos, con puertas y contraventanas negras y cuatro chimeneas de piedra. Un amplio voladizo frontal sostenido por columnas formaba un bonito porche con mecedoras, mesas robustas, plantas colgantes y un balancín tapizado que delimitaba un extremo. El patio ajardinado se extendía a lo lejos hasta el perímetro bordeado por muros de piedra. En un garaje adoquinado había una camioneta embarrada junto con un Mini Cooper verde de techo blanco.

«¿Todo esto con lo que da un restaurante de diez mesas, ocho taburetes en la barra y una máquina de discos?».

El trabajo por hacer estaba en los establos, que casi no se veían desde la casa. Pasó las siguientes dos horas limpiando compartimentos y ordenando bridas y riendas y otros aperos mientras varios caballos piafaban con los cascos en otros compartimentos.

Stone se estaba frotando la espalda dolorida cuando oyó que se acercaba un caballo. Un alto caballo zaino se detuvo cerca de él y Danny bajó de un salto. Sacó dos cervezas del bolsillo de la chaqueta y le tendió una a Stone.

—Mamá me ha dicho que estabas aquí.

Al abrir la lata se derramó un poco de líquido.

—Repartir cervezas a caballo no es una actividad lucrativa —bromeó.

—Parece que tienes la rodilla bien —observó Stone.

—Me curo rápido. ¿Qué estás haciendo?

—Limpiar establos, entre otras cosas.

—Te ayudaré.

—¿Seguro?

—Ahora mismo no tengo nada mejor que hacer.

Entraron en los establos y Danny cogió una pala después de amarrar el caballo a un gancho de hierro fijado al suelo de cemento.

Stone se fijó en un morado que tenía a un lado de la cara.

—¿El tío del tren ha vuelto a atizarte?

—Esta mañana *Duke* ha sido más rápido que yo en el compartimento. Me ha golpeado cuando intentaba embridarlo. Dichoso caballo.

—Es muy hermoso.

—¿Montas?

—No si puedo evitarlo. ¿Este lugar te parece de mala muerte? ¿Qué parte, la piscina, la mansión o el coche aparcado en la entrada?

—Soy de los que exageran —dijo el joven.

—En serio, ¿por qué quieres marcharte de un sitio como éste?

—Es de ella, no mío. —Danny arrojó estiércol a una carretilla.

—Eres su hijo. Lo heredarás algún día.

Danny se quitó la camisa y dejó al descubierto un físico musculoso y fibroso.

—¿Quién ha dicho que lo quiera?

—Vale, tú ganas. ¿Eres hijo único?

—Sí.

—Al venir hacia aquí he visto la tumba de tu padre.

—Por eso conseguimos todo esto.

—¿Y eso?

—Una demanda contra la puta compañía minera que mató a mi viejo. Las empresas mineras casi siempre ganan estos juicios, o al menos los zanja pagando una miseria porque tienen a todos los abogados buenos en su mano. Pero mamá aguantó y probó las acusaciones. La empresa minera interpuso una apelación, pero al final cedieron y ella consiguió su maldito dinero. Y lo único que perdimos fue ella a su marido y yo a mi padre.

Danny vertió otra palada de estiércol en una gran carretilla y golpeó la herramienta contra el lateral de metal como si fuera una exclamación.

—¿Y tu madre sigue regentando el restaurante?

—Le gusta estar ocupada, y la gente tiene que comer.

—El pueblo parece próspero.

—Los precios del carbón son los más elevados de las últimas décadas y no hay suficientes mineros para trabajar. Cuando la demanda es superior a

la oferta, los salarios suben. De hecho, en los últimos cinco años se han duplicado. Un sueldo elevado y un coste de vida bajo equivalen a prosperidad para un trabajador normal y corriente. Así de sencillo.

—Pareces un experto en economía.

—No soy más que un ex deportista tonto, pero tengo ojos, oídos y un poco de sentido común. ¿Dónde dormirás esta noche?

—¿Hay un motel o algo así por aquí?

—En el pueblo, a un par de manzanas del local de mi madre, al doblar la esquina del juzgado, hay un sitio donde alquilan habitaciones. Barato pero limpio. Lo lleva un tal Bernie Sandusky. —Soltó una risita—. Dile al viejo Bernie que vas de parte de Danny.

—¿Por qué? ¿Tendré tarifa reducida?

—Es más probable que te dé una patada en el culo.

—¿Por qué?

—Bernie tiene una nieta muy mona que se llama Dottie. Hace unos años nos pilló en una de las habitaciones haciendo los deberes de anatomía. —Se rio y arrojó una buena carga de estiércol en la carretilla—. Bueno, ya me he cansado de echar mierda a paladas. Sigue tú, tío.

Stone se quedó mirando hasta que perdió de vista al joven y su montura. Acabó el trabajo y tomó despreocupadamente un sendero que serpenteaba alrededor de una pequeña colina cubierta de pinos bajos. La finca de Abby parecía no tener fin. Llegó a otro camino de grava que discurría en otra dirección. Siguió la trayectoria del mismo con la mirada y calculó que debía de desembocar en la carretera principal, al otro lado de por donde él había llegado.

Al cabo de unos minutos siguió un camino de tierra ennegrecido por el tránsito y que llevaba a un viejo granero que parecía a punto de desmoronarse. En el interior había una vieja camioneta gris, balas de heno podrido y tractores oxidados, además de otros aperos de la granja.

Se sentó en el guardabarros y contó su escaso capital. La buena acción para ayudar a Danny le había costado cara. El billete de tren no había sido barato y el viaje en autobús hasta las inmediaciones de Divine le había costado unos preciados dólares. Danny se había ofrecido a pagar, pero

Stone no había aceptado. Y todavía tenía que alquilar una habitación en el pueblo. Rezó para que la rica Abby fuera generosa al pagarle el jornal, para así poder reanudar el viaje.

Sin embargo, ¿acaso debía seguir huyendo? Quizá tenía que haber respirado agua después de tirarse por el acantilado para acabar con todo. A decir verdad, ¿qué motivos tenía para vivir?

«¿Qué motivos tengo para vivir?».

Oyó que un vehículo frenaba bruscamente en el exterior. Salió fuera y vio a Abby apeándose de un pequeño camión.

—¿Estás dando un paseo por aquí? —dijo seria.

—He acabado con los establos. Tienes una finca preciosa.

—Sí —respondió con expresión inescrutable.

—No parece que este sitio se utilice mucho —comentó él mirando hacia el granero.

—Aquí vivieron mis padres durante cincuenta años. Era una granja, pero no nos dedicamos a la ganadería desde hace treinta años. Su casa estaba allí abajo. —Señaló a la izquierda—. Se quemó hace muchos años. Lo único que queda es la chimenea. Tendría que derribarla, pero no me veo con fuerzas. Me refiero a que realmente es lo único que me queda de ellos.

—Lo entiendo.

—Ah, ¿sí?

—Es difícil desprenderse del pasado, sobre todo cuando el futuro resulta un poco incierto.

—Estás desperdiciando tu talento limpiando establos, Ben. Deberías ser profesor de filosofía.

—Estaba a punto de volver al pueblo.

—Tengo que pagarte. ¿Por qué no vuelves conmigo a la casa? Puedes cenar y cobrar.

—No tienes por qué invitarme.

—Ya. Sube. —Su tono parecía inapelable. Al cabo de unos minutos llegaron al camino de entrada.

—Bonita casa.

—Pagué un precio jodidamente elevado.

—Danny me ha contado algo al respecto.

—Supongo que querrás ducharte y cambiarte de ropa. Limpiar establos no es el trabajo más pulcro del mundo.

—Gracias. Lamento lo de tu esposo.

—Ya.

Cerró la puerta del camión de golpe y subió los escalones.

Stone salió despacio y caminó detrás de ella.

Podía haber aterrizado en cualquier pueblo del país. Y había tenido que ser en Divine, Virginia. «Maldita suerte la mía eligiendo pueblos».

OceanofPDF.com

19

Knox abordó a Annabelle Conroy mientras salía del hotel. Se identificó y le pidió que lo acompañara.

—No pienso ir —dijo ella.

—¿Perdón?

—Esas credenciales podrían ser falsas y tú un violador. Ve a llamar a un policía e iré con los dos si él cree que eres quien dices ser. Pero hasta entonces, ni se te ocurra ponerme las manos encima.

—¿Qué me dices si tomamos un café en ese restaurante? Si te meto mano por debajo de la falda puedes gritar y darme una patada en los huevos.

—Que sepas que mis patadas duelen de verdad.

—No me cabe duda.

—¿Vamos a tardar mucho? Es que tengo cosas que hacer.

—Tanto o tan poco como tú quieras.

Frente a dos tazas de café cargado, Knox explicó lo que quería.

—No sé dónde está Oliver —reconoció ella con sinceridad—. Nos hicimos amigos y me alojé un tiempo en su casa, pero se marchó y no dijo adónde iba.

—¿Cómo os hicisteis amigos y por qué te alojaste en su casa?

—Muy sencillo. Me ayudó con un problema que tenía y, después de que se marchara, quise mantener su casa por si volvía.

—¿El problema era con el difunto Jerry Bagger?

—Veo que has hecho los deberes.

—No fue muy difícil, la verdad. ¿Qué problema tuviste exactamente con Bagger, Susan Hunter? —Knox no se creía que ése fuera su verdadero nombre, pero por ahora quería seguirle el juego.

—¿Y a ti qué más te da?

—Dímelo.

—¿Por qué coño tendría que hacerlo?

Knox señaló la taza que ella sostenía.

—¿Qué te parece si extraigo las huellas dactilares y las paso por una base de datos? ¿Me saldría el nombre de Susan Hunter?

—No existe ninguna ley que prohíba cambiarse el nombre.

—Cierto, pero el motivo por el que uno se lo cambia sí podría ser ilegal.

—Bagger le hizo daño a un ser querido y quería pillarlo por eso, que es lo que hice.

—¿Con la ayuda de Alex Ford y Oliver Stone?

—Sí. Bagger era un granuja y un psicópata. Hacía tiempo que el FBI y el Departamento de Justicia le iban detrás. Tuvo su merecido. ¿Qué tiene eso de malo?

—Jerry Bagger me importa un bledo. Me interesa Oliver Stone. O John Carr. No sé por qué nombre le conoces.

—Le conozco como Oliver Stone. No tengo ni idea de quién es John Carr.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—Hace unos seis meses.

—¿Te has enterado de los asesinatos de Carter Gray y el senador Simpson?

—Veo las noticias.

—Stone conocía a Gray.

—No lo sabía.

—¿Alex Ford nunca se molestó en decírtelo? Porque él estaba al corriente de todo.

—Sólo somos amigos y los amigos no lo comparten todo.

—¿Por qué te marchaste de la casa?

—Me cansé de vivir con los muertos.

—¿No habrás tenido noticias de Stone, no? Quizá te pidió que lo mantuvieras en la clandestinidad.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Tú sabrás.

—¿Cómo voy a saber algo que no ha ocurrido?

—Creo que tu amiguito ha huido.

—¿De qué?

Knox se puso en pie.

—Bueno, mi detector de sandeces está pitando tan fuerte que me duelen los oídos. Así pues, igual que le dije a tu amigo Ford, seguiremos en contacto. Y no intentes salir de la ciudad. No me pondría nada contento.

Y se marchó.

OceanofPDF.com

20

Macklin Hayes no parecía especialmente satisfecho. Él y Knox estaban sentados delante de la chimenea en la biblioteca de una lujosa casa de piedra rojiza de finales del siglo XIX en pleno centro de Washington D.C., a la que Hayes tenía acceso siempre que quería. Por lo que parecía, los reyes del espionaje disponían de ventajas bañadas en oro.

—O sea que hoy has interrogado a los sospechosos habituales y no has sacado nada en claro.

—No hago las cosas de forma mecánica, general. Hice el paripé con todos ellos excepto con el tal Reuben Rhodes, pero tarde o temprano lo localizaré. Todos mienten y saben más de lo que reconocen. Por lo que a mí respecta, eso es sacar algo en claro. En algún momento meterán la pata y entonces intervendremos.

—Dudo que el hombre dejara una copia de su itinerario de viaje.

—Yo también lo dudo, pero Carr es un tipo leal. Si podemos pescar a sus amigos por algo, conseguir que se vean amenazados de ingresar en prisión, entonces quizá decida entregarse.

—¿Te refieres a que volverá aquí corriendo para salvar a sus amigos? ¿De verdad lo crees factible, Knox?

—He analizado a Carr, repasado su carrera, hablado con sus amigos. Sí, creo que es posible. ¿Y cuál es el inconveniente si no funciona?

Hayes se terminó la copa de vino y se quedó contemplando el fuego.

—Voy a hablarte con franqueza, Knox. Espero que te resulte instructivo y no te aburra demasiado.

—Dudo que lo que vaya a decirme me aburra, señor. Y ya sabe que me chifla la información veraz.

Hayes hizo caso omiso de la indirecta.

—Carr es un asesino, está claro. Estuvo en el Centro de Visitantes del Capitolio aquella noche. Sabemos que asesinó a Gray y Simpson. Esa parte es sencilla, el resto no tanto.

—¿Por fin voy a enterarme del resto?

Hayes se levantó y se sirvió otra copa, esta vez de whisky, y lo bebió delante del fuego. Al observar a aquella figura patricia vestida con un traje de tres piezas, de hermoso pelo blanco, mandíbula cuadrada y ojos brillantes, sosteniendo un vaso de whisky de cristal tallado, Knox imaginó que estaba en una película de espías de Hollywood.

«Vamos a ver, ¿cómo era el guión? Oh, ya recuerdo: personas inteligentes, refinadas y patrióticas reclutadas en las universidades más prestigiosas y que hacen todo lo posible dentro de su nobleza para mantener el país a salvo mientras, ataviados con sus trajes impecables de Brooks Brothers, se acuestan con mujeres despampanantes, fuman con aire meditabundo y permanecen por encima de la gentuza. Como John Carr y yo. Gentuza».

Knox había descubierto enseguida que esa idea era una fantasía. El espionaje era un negocio feo y sucio y exigía que ambos bandos se enfangaran hasta las cejas. La única regla era que no había reglas. No, de hecho eso no era cierto, había una: que la gente como Macklin Hayes estaba siempre por encima de todo. Era intocable. No obstante, no era una regla cien por cien invariable. Bastaba pensar en Carter Gray. John Carr lo había arrastrado hasta el lodo con él.

«Apúntate una, John».

—Desgraciadamente dijo Hayes —, es probable que Carr esté en posesión de cierta información, quizás incluso de pruebas, acerca de actos cometidos por este país en momentos difíciles, que podrían, si se interpretasen ahora de forma inmisericorde, colocarnos en una situación

delicada. Estoy convencido de que Gray también era consciente de ello. Creo que intentó contactar con Carr, pero, como ya sabemos, Carr se le adelantó.

—O sea que tiene pruebas contra nosotros para que este caso acabe en los tribunales, ¿no?

Hayes sonrió.

—Siempre me ha gustado tu perspicacia, Knox. Nos ahorra mucho tiempo.

—No soy un asesino a sueldo, señor. Usted me ordenó que lo encontrara. Haré todo lo posible al respecto, pero nada más.

—Y eso es todo lo que hace falta. Otros tomarán las riendas del asunto a partir de ese momento.

—Si Carr es tan listo como creo, ya sabe todo esto. Quizás haya ideado una forma para que, si muere de forma violenta, se desencadene la revelación que usted preferiría evitar. ¿Tal vez un sobre con información para el *New York Times* en caso de que le vuelen la tapa de los sesos?

—Encuéntrole, Knox, y creo que podré convencerle de que eso no sería aconsejable.

—¿Qué influencia podría tener sobre él llegados a ese punto?

—Como has dicho, es un hombre muy leal.

Knox reflexionó unos instantes.

—O sea que sus amigos son su talón de Aquiles. Salvo que en su versión, en vez de entregarse e ir a la cárcel, acepta el disparo, se abalanza sobre la espada en silencio para que sus amigos sigan con vida, ¿no?

—Sin duda es una posibilidad.

—¿Una o la única?

—Encuéntrole, Knox, es lo único que tienes que hacer. ¿Alguna pista interesante?

—Los «amigos» no sueltan prenda, y si tenemos que hacer esto al margen de la ley entonces tendré que buscar pruebas materiales.

—¿Significa que volverás a las escenas de los crímenes?

—Sí.

—Pues el tiempo no corre de tu lado.

—Es lo que suele pasar. Con toda sinceridad, señor, me habría venido bien saber esta información con anterioridad.

—No lo dudo. Pero así son las cosas.

—¿O sea que ahora también tengo que competir con la policía? ¿Y si ellos llegan antes?

—Hemos tomado ciertas medidas que evitarán que eso ocurra.

—¿Y si algún agente tiene suerte?

—Es sumamente improbable, dado que no saben nada de John Carr ni de su relación con Gray y Simpson. O sea que gozas de una ventaja considerable. Pero si la policía lo pesca antes, nos aseguraremos de que pase rápidamente a nuestras manos. La seguridad nacional está por encima de todo, Knox.

—Por supuesto. ¿Puedo preguntar cuál es la cadena de mando de este caso, señor?

—Tú me rindes cuentas a mí y a nadie más —respondió de forma abrupta.

—No, lo que quería saber es a quién rinde cuentas usted, general.

Hayes se acabó la bebida y dejó el vaso con cuidado en la antigua mesita auxiliar.

—Fingiré no haber oído esa pregunta. Buena suerte. Informa con regularidad.

—Por supuesto —respondió con la voz más tensa de lo que le habría gustado. A Macklin Hayes sólo se le podía presionar hasta cierto punto, pero Knox sentía la enorme tentación de presionarle hasta límites insospechados, como si estuviera a punto de despeñarlo por un acantilado.

—Otra cosa. Es probable que John Carr sea el mejor asesino que este país haya dado jamás. El hecho de que él solito fuera capaz de matar a una docena de nuestros mejores agentes de campo treinta años después de dejar la Triple Seis lo dice todo. Santo cielo, en la flor de la vida debió de ser imparable. Menudo honor haber contado con tamaña máquina de matar. En ese sentido Gray fue afortunado. Su ascenso meteórico tiene mucho que ver con la capacidad de Carr para dar en el blanco una y otra vez.

—¿Y por qué me lo dice?

—Para que comprendas cuál es el terreno de juego. Lo necesitamos vivo, Knox. Necesitamos saber qué tiene antes de que la espada acabe con él. No lo olvides. Por supuesto, quizá será necesario algún que otro sacrificio.

Cuando Hayes se marchó de la sala, Knox comprendió cuál era el terreno de juego. Estaba claro que necesitaban a Carr vivo.

«¿Sacrificio?». Pero no necesitarían que Joe Knox siguiera respirando cuando las aguas volvieran a su cauce, ¿verdad?

Salió de la casa de piedra rojiza, subió al Rover y partió en busca del mejor asesino que el país había tenido jamás, mientras un ex general precavido, que no tenía ningún reparo en dejar morir a sus soldados rasos para conseguir sus objetivos, se cubría el flanco trasero.

«Genial».

OceanofPDF.com

21

A primera hora de la mañana siguiente, Knox empezó por la casita del cuidador del cementerio Mt. Zion. La escudriñó palmo a palmo, levantó las tablas del suelo sueltas, vació todos los cajones, miró dentro de la chimenea y estudió con detenimiento los libros de Stone, muchos en distintos idiomas.

«Si el tío sabe todos estos idiomas, es probable que ya esté fuera del país», se dijo.

Aparte de eso, aquella incursión fue un fracaso. Era obvio que Carr había limpiado la casa antes de huir. A continuación fue a registrar el cementerio. Tuvo un poco más de suerte, aunque al final todo quedó en nada. Su ojo de lince advirtió que habían movido una lápida hacía poco. La arrancó y encontró un pequeño compartimento excavado en la tierra. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que contuviera ya no estaba allí.

¿El «material comprometedor» al que había aludido Hayes?

Al cabo de dos horas estaba en la parte posterior de la que fuera la finca de Carter Gray. Knox había decidido no pasar por la escena del crimen de Simpson. El edificio en obras vacío no había ofrecido ninguna pista en la primera inspección y había llegado a la sabia conclusión de que, por el hecho de volver una segunda vez, no descubriría nada.

Se quedó contemplando la bahía. Stone había dicho a los agentes del FBI que quien había hecho volar por los aires la casa de Gray podía haber

escapado saltando por el acantilado. Caminó hasta el borde y se asomó. La caída era impresionante, pero tal vez resultara fácil para alguien como Oliver Stone/John Carr.

«Vale, arroja el rifle al agua y se tira. ¿Y luego qué?». No pensaba ni por asomo que Stone se hubiera suicidado. Una persona no planificaba golpes tan meticulosos para luego acabar tirándose por un acantilado. Había sobrevivido. Knox estaba convencido de ello.

Con una mochila al hombro, Knox caminó por el borde del acantilado, siguiendo por tierra la que podría haber sido la trayectoria de Stone por el agua. Pasó por arboledas, campos abiertos y luego más zonas boscosas, sin perder de vista la orilla allá abajo. Al final se detuvo al divisar una pequeña playa. Stone había disparado a Gray antes de las siete de la mañana. Knox había consultado las gráficas de evolución de la marea. A esas horas la marea habría sido muy parecida a la que había en ese momento. Se fijó en las rocas redondeadas y luego vio una hendidura en la piedra, así como el sendero que ascendía. Lo siguió hasta el punto en que llegaba a lo alto del acantilado. Allí había un sendero. Lo tomó. Al cabo de media hora llegó a una serie de cabañas.

—¿Necesita algo?

Knox miró hacia el hombre bajo y achaparrado, con una gorra de los Green Bay Packers y un abrigo grasiento, que le observaba junto a un tractor viejo al que le faltaba una rueda.

Knox se acercó.

—Vengo de la casa de Carter Gray. —Mostró las credenciales—. Soy el agente Knox.

—Pues mejor para usted. A mí me llaman Leroy porque me llamo así. ¿Gray, eh? ¿El pez gordo al que dispararon?

—Eso es. Supongo que alguien habrá pasado por aquí a preguntarle.

—Pues sí, joder. Pero, como les dije, yo no sé nada de nada.

—¿Vive aquí solo?

—Sí, desde que mi Lottie fue a reunirse con el Creador hace cuatro años.

—Lo lamento. ¿Nadie le ayuda por aquí? Por cierto, ¿a qué se dedica?

—A cualquier cosa que me dé un poco de dinero. Tenía un ayudante, pero se marchó.

—¿Cuándo fue eso?

—El mismo día que dispararon a ese hombre.

Knox se mostró ansioso, pero Leroy levantó la mano.

—No se emocione. Estaba aquí cuando vinieron los tíos del FBI. Pregúnteles. Es viejo, cojo, no ve bien y encima ni siquiera hablaba, sólo soltaba gruñidos.

—¿Alto, bajo? ¿Gordo, delgado?

—Delgado aunque, con la pata coja, era difícil saber lo alto que era. Mucho más alto que yo, eso seguro. Con una barba poblada y gafas gruesas.

—¿Por qué se marchó?

—¿Y yo qué coño sé? Llevaba conmigo unos cuatro meses. Entonces decidió marcharse. Tampoco es que lo tuviera atado con un contrato indefinido de millones de dólares. —Leroy se rio y soltó un escupitajo al suelo.

Knox miró alrededor.

—¿Se alojaba en uno de esos edificios?

Leroy asintió y señaló el que estaba más próximo al sendero.

—¿Le importa si echo un vistazo?

—¿A qué agencia ha dicho que pertenece?

—Federal.

—Eso ya lo sé. Pero ¿a cuál?

Knox alzó las credenciales «públicas» más cerca de la cara del hombre.

—A ésta.

Leroy dio un paso atrás.

—Adelante, pues.

Knox sonrió para sus adentros. Aquélla era una de las ventajas de su trabajo. No tenía muchas otras.

El registro de la cabaña no le proporcionó más que un dato significativo. Allí no había ni una sola huella dactilar, y eso que Knox había llevado equipamiento para revelarlas allá donde estuvieran. Esa constatación le indicó que probablemente estuviera en el buen camino. La mayoría de las

personas, incluyendo a los cojitranco mudos y casi ciegos, no son tan meticulosas como para eliminar huellas.

Salió de la cabaña y se encontró a Leroy ocupado en sus cosas.

—Mañana enviaré a un dibujante para que haga un retrato-robot de ese tipo a partir de la descripción que usted le proporcione.

—Haré lo que pueda.

—Lo sé.

OceanofPDF.com

22

La cena estaba deliciosa, compuesta por fritos y platos succulentos en su mayor parte. Abby la había cocinado y Stone le había ayudado a servirla. Estaban los dos solos. Se había duchado en un cuarto de baño en la planta superior que parecía sacado de una revista de diseño. La compañía minera debía de haberles pagado una fortuna.

—¿Así que eres admiradora de Shakespeare? —preguntó Stone.

—Leí sus obras en el instituto, aunque nunca me había identificado con ellas.

—¿Y ahora sí?

—Tal vez. Tratan sobre todo lo que ofrece la vida, sobre todo lo negativo, pero lo he vivido demasiado en mis propias carnes como para que una obra de ficción me impresione al respecto.

Danny apareció en mitad de la cena, lanzó una mirada a Stone y su madre en el comedor, con las servilletas de lino y la lujosa vajilla, y se giró sin mediar palabra. Luego se oyó un portazo. Bien fuerte.

Stone miró por dónde se había ido y luego se giró hacia Abby.

—Estoy seguro de que te mantiene ocupada.

—Es una forma de decirlo. ¿Tienes hijos?

—Tuve una hija, pero murió.

—Lo siento. Danny ha utilizado cinco de sus siete vidas y tengo la sensación de que se ha llevado las mías junto con las suyas.

—¿Te opusiste a que se marchara? Has dicho que lloraste mucho.

—¿Qué madre no llora cuando se le va su único hijo?

—Entonces, ¿te alegras de que haya vuelto?

—Yo no diría tanto. Además, es muy probable que se marche otra vez en breve. No volverá a partirme el corazón, por lo menos eso me digo una y otra vez.

—¿Se había marchado con anterioridad?

—Había amenazado varias veces, pero nunca se había atrevido. Supongo que me convencí de que no eran más que palabras. Pero luego me puso en un aprieto. —La voz le tembló un poco.

—¿Decidió hacerlo esta vez por algún motivo en concreto?

—Es difícil saber cuáles son las motivaciones de Danny. Es terco como una mula, igual que su padre.

—Danny me dijo que había muerto en la mina.

Abby se tomó su tiempo para llevarse el último trozo de tarta a la boca.

—Sí. Antes has dicho que perdiste a una hija. ¿Y tu mujer?

—También murió. Hace mucho tiempo.

—¿Y qué has hecho en la vida desde entonces?

—Cosillas por aquí y por allá. Nunca he permanecido en el mismo sitio demasiado tiempo.

—¿Dejaste el ejército justo después de Vietnam?

—Me quedé un tiempo. Nada emocionante.

—¿No cobras una pensión del Tío Sam?

—No estuve alistado el tiempo suficiente.

La conversación fue decayendo y, al cabo de un rato, tras negarse a que Abby le llevara en coche al pueblo, Stone se despidió. En esa casa había pesadumbre a pesar del lujo y los detalles de diseño, por un simple motivo: el origen de la riqueza era la muerte.

—Supongo que te marcharás pronto —dijo ella cuando lo acompañó hasta la puerta de entrada.

—Soy mucho mayor que Danny y todavía no he decidido qué hacer con lo que me queda de vida. Así que será mejor que ponga manos a la obra.

—Gracias por ayudar a mi hijo.

—Parece un buen chico, Abby. Sólo necesita un poco de orientación.

—Habría sido ideal que la orientación le hubiera llevado, y retenido, lejos de aquí.

Abby cerró la puerta y Stone se quedó allí, desconcertado. Volvió a decirse que aquello no era asunto suyo, salió a la carretera y caminó hasta el pueblo.

El cielo estaba tachonado de estrellas, que proporcionaban la única luz existente. Cuando se estaba acercando al pueblo, Stone oyó algo. Al principio le pareció que era el gemido de un animal y le pasó por la cabeza que en aquella zona no sería extraño encontrarse con un oso negro o quizás un puma. A medida que avanzaba le resultó más fácil identificar el gemido.

Stone aceleró. La iglesia y el cementerio estaban un poco más adelante.

Cruzó la carretera, entró en el camposanto, fue directamente a la lápida y se paró al verla. O, mejor dicho, verlo.

Danny lloraba desconsoladamente tumbado encima de la tumba de Debby Randolph.

23

El hombre alto entró en el edificio, dobló a la izquierda, cogió un ascensor, bajó, entró en el túnel, pasó por debajo de las calles de Washington D.C., llegó a otro edificio y recorrió un largo pasillo. Una puerta junto a la que pasaba se abrió y una manaza lo agarró y tiró de él hacia el interior antes de cerrar de un portazo.

Reuben Rhodes soltó a Alex Ford. El agente se alisó el cuello de la americana y se giró para mirar enfadado a los demás, allí reunidos entre muebles del gobierno desechados y cajas de embalaje.

—Dijiste la segunda puerta a la izquierda —espetó Alex.

—El hermano Caleb se equivocó —dijo Reuben—. Quería decir la primera puerta a la derecha, y no quisimos llamarte al móvil por si lo tienes pinchado.

—Para eso necesitan una orden judicial —les recordó Annabelle.

—Sí, ya —replicó Reuben.

Alex miró a Annabelle.

—De hecho, él tiene razón. Como agente federal, mi vida y mi móvil no me pertenecen.

—Siento la confusión, Alex —se disculpó Caleb—. Estaba un poco nervioso, aunque no sé muy bien por qué. —Lanzó una mirada iracunda a Reuben—. Oh, ya me acuerdo. ¡Fue porque Reuben me llamó y me ordenó

que encontrara un sitio para que nos reuniéramos lo antes posible o todos moriríamos por mi culpa!

Reuben se encogió de hombros.

—Yo no he dicho «moriríamos», sino que pasaríamos el resto de nuestros días entre rejas. Y sólo he dicho que mayormente sería culpa tuya.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Annabelle.

—Ese tal Joe Knox ya ha interrogado a Caleb.

—¿Y qué? ¿Cómo sabes si le he dicho algo?

—Caleb, confesarías lo que hiciera falta si una misionera te sacara una pistola.

Annabelle se levantó.

—Bueno, no tenemos tiempo que perder. Parece que Knox nos ha acribillado a preguntas. A mí, a Alex y a Caleb.

—Y sé que fue al muelle de carga pero, por suerte, hoy me he tomado el día libre —añadió Reuben.

—Reuben, por teléfono me has dicho que Oliver te había llamado —dijo Alex.

—No ha querido decirme desde dónde llamaba. —Reuben les resumió la conversación mantenida con Stone—. Y me ha pedido que te diga que agradece que quemaras la carta.

Alex asintió lentamente, pero no dijo nada.

—¿Existe algún modo de rastrear la llamada que hizo a Reuben? —preguntó Caleb.

Reuben negó con la cabeza.

—Tengo una modalidad de teléfono móvil un tanto curiosa. Un poco enrevesada.

—Te refieres a que robas minutos de otra gente —declaró Caleb.

—Es una forma de describirlo. De todos modos, tengo un colega de confianza a quien le pedí que lo hiciera. Es un verdadero profesional con esas cosas y no llegó a ningún sitio.

—Bueno, comparemos lo que nos dijo Knox para saber a qué atenernos —sugirió Annabelle.

Alex empezó, seguido de Annabelle y luego Caleb. Cuando hubieron terminado, Reuben dijo:

—Caleb, perdona. Parece que le mantuviste firme sin demasiados problemas.

—Bueno, gracias —soltó el bibliotecario federal.

—A ver —dijo Alex—, Knox sabe que Oliver es John Carr. Sabe lo que hizo en la CIA. Sabe que mató a Simpson y Gray. Y quiere encontrarlo a cualquier precio.

—Y cree que le llevaremos hasta Oliver —repuso Caleb—. Pero, gracias a Dios, no podemos.

—No te precipites, Caleb. Sabe dónde estamos y nuestra relación con Oliver. Se aprovecharán de ello.

—¿Cómo?

—Pues atrayendo a Oliver.

—¿A qué te refieres? —exclamó Caleb—. ¿Nos van a utilizar como cebo? Eso es absurdo. Somos ciudadanos estadounidenses. Knox es funcionario público.

—Eso no se tenía en cuenta en los años cincuenta —intervino Alex—. Es funcionario público con una misión que cumplir: atrapar a Oliver. Y mientras él esté huido, somos el objetivo más obvio.

—¿Deberíamos pasar todos a la clandestinidad? —sugirió Annabelle.

—Para mí eso es imposible —reconoció Alex—. Pero, Annabelle, tú sí que deberías cavar un hoyo profundo y meterte dentro. Reuben también. Caleb, ¿qué me dices de tus circunstancias?

—¿Por qué iba a dejarnos Oliver en esta situación tan complicada? —se quejó.

—No tenía muchas más opciones —respondió Reuben—. Si estamos en lo cierto, se cargó a dos mandamases el mismo día. Después de eso, uno no se va a tomar un café y espera que un equipo de operaciones especiales llame a la puerta con un ariete.

Caleb meneó la cabeza.

—Aunque Oliver los matara, y a pesar de la carta que nos escribió, apuesto a que no dejó ninguna prueba comprometedora.

—Joder, Caleb, ¿es que no te enteras? —exclamó Reuben—. Esos tíos no piensan llevarlo a los tribunales. Lo quieren y ya está. Le sacarán cuanta información útil puedan y luego le pegarán un tiro en la cabeza. Fue asesino a sueldo del gobierno y tuvo que darse a la fuga porque Gray y Simpson lo engañaron e intentaron matarle. —Reuben dijo esta última frase mirando a Alex—. Oliver lleva treinta años siendo un fugitivo. Y luego mataron a Milton. Y no olvidéis que Harry Finn nos dijo que Simpson reconoció que él fue quien ordenó la aniquilación de Oliver y su familia en aquella época. Si hay un hombre con motivos para matar a alguien, sin duda es Oliver. Me da lo mismo lo que diga la ley.

—O sea que quizá teman lo que Oliver sabe sobre las misiones del gobierno en el pasado —apuntó Caleb—. Y querrán silenciarlo.

—Ahora piensas como bibliotecario —observó Reuben irónicamente.

—Tal vez haya otra opción —dijo Annabelle—. Es decir, en lugar de que pasemos a la clandestinidad.

Alex se apoyó contra la pared.

—¿En qué estás pensando?

—En encontrar a Oliver y ayudarlo a salir de ésta.

—Ni hablar, Annabelle. Lo único que conseguiríamos es que esos tíos diesen con él —se quejó Alex.

—Además —añadió Reuben—, estoy convencido de que Oliver tenía un plan de huida ingenioso.

—¿Seguro? ¿Sin documento de identidad y sin dinero? Yo le di una tarjeta de crédito. La he comprobado. Hace meses que no la utiliza. No puede subirse a un avión. Y por tierra tampoco llegaría muy lejos.

—Hasta que lo pillen —concluyó Reuben con voz queda.

—Quizás eso es lo que quiere —declaró Alex. Los otros tres se lo quedaron mirando—. Se cargó a Simpson y Gray. Se sentía profundamente culpable de la muerte de Milton. Quizá piense que ya no tiene motivos para vivir. Huye, pero tampoco con gran determinación. Sabe que lo pillarán tarde o temprano y está preparado para lo que eso supone.

—No permitiré que su vida acabe de ese modo —aseveró Annabelle.

—Cariño, andarse con evasivas con la CIA es una cosa, pero ayudar de forma activa a que Oliver eluda a las autoridades te llevará directa a la cárcel. Y durante una buena temporada.

—Me da igual, Alex. Mira lo que hizo por mí. Lo arriesgó todo por ayudarme.

—Ha hecho eso por todos nosotros —añadió Reuben.

—Tú tampoco estarías aquí, Alex —dijo Annabelle, mirándolo—, de no ser por Oliver.

Alex se sentó a un viejo escritorio.

—Chicos, os entiendo, pero soy agente federal. Tengo ciertos límites.

—No queremos meterte en problemas, o sea que no tienes por qué hacer nada —dijo Annabelle, aunque con tono nada agradable.

—Aparte de mirar hacia otro lado —añadió Reuben.

—¿Cómo pensáis buscarlo dadas las circunstancias? —preguntó Alex.

—Eso ya lo decidiremos —repuso Reuben con frialdad. Miró a Caleb—. Tú también eres empleado federal, pero ¿te apuntas?

Caleb asintió.

—Me apunto.

Alex se levantó con expresión adusta.

—Bueno, supongo que aquí es donde se separan nuestros caminos. Buena suerte.

—Alex... —empezó Annabelle, pero la puerta ya se había cerrado a su espalda.

Los tres miembros restantes del Camel Club se limitaron a mirarse entre sí.

—Que le den morcilla —refunfuñó Reuben—. Bueno, ¿cómo encontraremos a Oliver?

Annabelle lo miró fijamente.

—El zorro va a la caza, ¿verdad?

—Verdad. ¿Y pues?

—Pues seguimos al zorro.

—¿Tienes un plan?

—Yo siempre tengo un plan.

—Annabelle, hija, te quiero.

OceanofPDF.com

24

Stone estaba a punto de abordar a Danny Riker cuando alguien apareció por el otro lado del cementerio. Stone se agazapó detrás del muro de piedra mientras el hombre salía de la penumbra y quedaba iluminado por la luna. Stone pensó que el hombretón agrediría a Danny, dado el sigilo con el que se movía, se preparó para intervenir, pero el otro hombre tocó suavemente el hombro del muchacho.

—Vamos, chico, no es bueno que estés aquí.

Danny alzó la vista y vio al sheriff Tyree, que se inclinó para ayudarlo a levantarse.

—No hay derecho. No hay derecho —farfulló el chico mientras se apoyaba en el corpachón del policía.

—Hay muchas cosas injustas en la vida, Danny. Pero no puedes dejar que esto acabe contigo, muchacho.

—Quiero morirme.

Tyree le dio un bofetón.

—No quiero volver a oírte decir eso, Danny. La chica está muerta. No puedes hacer nada para resucitarla.

El muchacho señaló la tierra.

—¿Y eso te parece justo?

—Hazte cargo de la situación. Ella eligió. Se suicidó. Esto no es bueno para nadie. ¿Quieres que te lleve a casa?

Danny se seco la cara y negó con la cabeza.

—Si te crees eso, es que eres imbécil —espetó.

Tyree lo miró de hito en hito.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Sé un montón de cosas que tú no sabes. ¿Y qué? Lo que yo sé no sirve una mierda.

—Me refiero a Debby.

Danny inclinó la cabeza y dejó de hablar en tono desafiante.

—No, no sé nada. Sólo estaba hablando. Hablando y no diciendo nada en realidad.

—Has dicho que era un imbécil si me creía eso. ¿El qué? ¿Qué se suicidó?

—Yo no he dicho eso, sheriff.

—Sólo quiero oír lo que tengas que decir.

Como respuesta, Danny dio media vuelta y se alejó.

—¡Danny, vuelve aquí!

—Deja de gritar, sheriff, vas a despertar a los muertos.

—Ahora mismo, chaval.

—No soy un chaval, Tyree, por si no te has dado cuenta. —Se volvió para mirarlo—. Y a no ser que quieras pegarme un tiro en la espalda, me voy a casa.

Tyree colocó la mano sobre la pistola y Stone se agazapó cuanto pudo. No quería que ninguno de los dos lo viera.

Esperó a que Danny desapareciera por la carretera y luego observó a Tyree caminar hacia el coche patrulla y volver al pueblo.

«¿Debería marcharme ahora? ¿Por qué esperar a mañana?». Stone fue andando hasta el pueblo y decidió pasar la noche en la pequeña pensión que Danny le había recomendado.

Subió las escaleras, dejó la bolsa y se sentó en la cama blanda a mirar por la ventana hacia la calle principal de Divine.

La escena del cementerio lo había desconcertado. ¿Acaso Danny estaba enamorado de Debby Randolph? ¿Se había suicidado? ¿Por qué se había marchado Danny y luego había vuelto?

—No es asunto mío —acabó diciendo Stone en voz alta, sorprendiéndose por la fuerza de sus palabras.

Comprobó la hora. Eran casi las diez. Llevaba un pequeño transistor en la bolsa. Lo sacó y lo encendió. Tuvo que girar varias veces el dial, pero al final encontró una emisora que daba noticias de alcance nacional cada hora. Se sentó otra vez en la cama. Los asesinatos no eran la noticia del día por bien poco; sólo los superaba otro brote de salmonella en algunas verduras.

Al locutor parecía faltarle el aliento cuando relató las últimas noticias sobre los asesinatos de alto nivel perpetrados en la capital.

«El FBI y el Departamento de Seguridad Interior han combinado esfuerzos en esta investigación. No cabe duda que los asesinatos del senador Roger Simpson y el jefe de inteligencia Carter Gray están relacionados y, al parecer, vinculados a acontecimientos de hace décadas, cuando ambos trabajaban en la CIA. Todo apunta a que el asesino es un ex colega de Simpson y Gray, al que se creía muerto desde hace años. Las autoridades vigilan todos los aeropuertos, estaciones de tren y autobuses, así como los pasos fronterizos. Les seguiremos informando a medida que haya más novedades sobre lo que será la persecución de la década». Stone apagó la radio, se levantó y volvió a mirar por la ventana. No habían anunciado el nombre del asesino, pero no les habría costado demasiado.

«Saben que fue John Carr y saben qué aspecto tengo y han establecido controles en todas las vías de escape». Nunca se había parado a pensar en su posible captura. Incluso imaginaba que podría llegar a Nueva Orleans, empezar una nueva vida y pasar el resto de sus días en un apacible anonimato. Pero, al parecer, no era eso lo que sucedería. Lo único que le preocupaba era que todo el mundo creería que era un criminal. ¿Acaso vengarse estaba mal siempre? ¿Acaso nunca era justificable terminar con una injusticia saltándose la ley? Sabía la respuesta a esas preguntas. Nunca disfrutaría del lujo de contar con un juez y un jurado. Nunca le permitirían contar su versión de los hechos. No, eso no lo permitirían.

Se puso la chaqueta. Necesitaba aire. Necesitaba pensar. ¿Acaso podía marcharse ahora de Divine? Tenía que llamar a Reuben, pero tendría que

esperar hasta la mañana siguiente. En ese momento lo único que le apetecía era dar un paseo por la serena oscuridad de Divine.

Llegó a la calle principal, giró a la derecha y avanzó a paso ligero, alejándose del centro. Cada vez había más árboles, y las luces de las pequeñas casas que salpicaban el perímetro de Divine acabaron desapareciendo.

Al cabo de cinco minutos, Stone decidió regresar, pero justo entonces oyó un grito un poco más adelante. Era de un hombre, y parecía más que horrorizado.

Stone echó a correr.

OceanofPDF.com

25

Tras marcharse del negocio de Leroy, en Maryland, Knox no regresó a casa en el coche. Había una cuestión que le atormentaba tanto que necesitaba encontrar la respuesta. No se dirigió a Langley, sino a un edificio anodino del centro de Washington. Había llamado con antelación y le dejaron entrar gracias a su pasado militar y a las credenciales del gobierno.

Entró en una sala enorme provista de desgastadas mesas a las que se sentaban hombres de pelo cano, la mayoría veteranos de guerras pasadas, junto con historiadores con pajarita, a leer pilas de documentos amarillentos. No tenía ventanas y parecía que faltaba el aire. Cuando Knox miró alrededor, la única emoción que notó fue la tristeza. Aquel lugar contenía las vidas documentadas y demasiado breves, así como las muertes violentas, de muchas más personas de las que uno querría imaginar.

Muchos de los expedientes que quería consultar no estaban informatizados todavía, aunque algunos sí se hallaban disponibles. De todos modos, el encargado sacó las cajas que pidió y le enseñó cómo acceder a los archivos digitales. Sentado delante de un PC, Knox empezó por los digitales pasando rápidamente de una pantalla a otra. Tenía un presentimiento y quería comprobarlo. Lo que le corroía de curiosidad era el motivo por el que Macklin Hayes tenía tantas ganas de atrapar a John Carr. Si éste había matado a Simpson y Gray, habría huido. No convocaría una rueda de prensa para desgranar secretos del pasado.

Knox entendía que Hayes quisiera pillar a Carr antes que la policía. Si ésta lo detenía, quizás hablase a cambio de un trato. Pero Hayes también le había dicho que la policía tenía las manos bastante atadas en esa investigación, lo cual otorgaba a Knox vía libre para actuar. Y si, por lo que fuera, la policía encontraba antes a Carr, la CIA, tal como había dicho Hayes, aparecería rápidamente y se lo llevaría con el pretexto de velar por el interés de la seguridad nacional. Carr nunca tendría la oportunidad de dar una rueda de prensa ni de llamar a su abogado.

Así pues, ¿a qué venía esa necesidad tan acuciante de echarle el guante a Carr? Salvo por el problema ético que suponía permitir que un asesino eludiera la justicia, en cierto modo dejarlo marchar y morir en paz tenía más sentido a nivel estratégico. La conclusión era que Hayes se estaba comportando de forma un tanto irracional, y él no era un hombre irracional. Tenía que haber otro motivo.

Knox miraba la pantalla y leía la hoja de servicios de los hombres y mujeres que habían servido en Vietnam. Agotó los recursos digitales y tuvo que recurrir a las cajas tras consultar al encargado que le había asesorado sobre el criterio de búsqueda. Repasó treinta cajas sin resultado alguno. Estaba a punto de darse por vencido cuando sujetó un fajo de papeles porque la primera página le llamó la atención.

A medida que Knox se inclinaba hacia delante, el resto del mundo pareció desvanecerse despacio a su alrededor. Estaba leyendo la historia oficial de un soldado llamado John Carr, un hombre corriente que había ascendido meteóricamente al rango de sargento. El relato que tenía embelesado a Knox era el relativo a unos actos heroicos acontecidos durante un lapso de cuatro horas casi cuarenta años antes.

En abrumadora inferioridad, Carr, casi sin ayuda, había repelido un ataque del enemigo, por lo que había salvado a su compañía y cargado con varios de sus hombres heridos hasta un lugar seguro. Había matado por lo menos a diez soldados enemigos, a varios luchando cuerpo a cuerpo. Luego había manejado una batería de ametralladoras para contener a los norvietnamitas mientras las balas llovían a su alrededor. Había dejado aquel puesto sólo para pedir ayuda por radio a fin de que sus hombres se retiraran

de forma segura. Hasta entonces no se marchó del campo de batalla, empapado en su propia sangre y marcado para siempre por heridas de bala y machete. Knox sabía lo que era combatir en esas selvas y era consciente de la confusión y los horrores que tal confrontación casi siempre provocaban. El mismo había resultado herido. Se había asustado. Había huido despavorido durante la acción pensando que sin duda aquél era su último día en la tierra. Y había tomado parte en ataques victoriosos en los últimos días de la participación de Estados Unidos en aquella guerra asiática, aunque para entonces las pequeñas victorias sobre el terreno no significaban nada. Si es que alguna vez significaron algo.

Sin embargo, Knox nunca había leído ni oído nada que se asemejara a la hazaña que Carr había conseguido aquel día. Era más que milagroso. De hecho, era sobrehumano. Su respeto, junto con el temor que sentía por el hombre, fue en aumento.

Después de tanto heroísmo debió de llegar la recompensa. El ejército solía ser lento en muchos sentidos, pero era rápido recompensando la valentía y la generosidad en el campo de batalla, aunque sólo fuera para inspirar a otros soldados. Tales heroicidades también suponían una forma excelente de hacer relaciones públicas. El heroísmo extraordinario y la extrema valentía que Carr había demostrado aquel día no sólo lo hacían fácilmente merecedor de la Cruz al Servicio Destacado, el segundo galardón más importante que el ejército concedía, sino, en opinión de Knox, también del mayor reconocimiento del país por heroísmo en el ejército, la Medalla de Honor. ¿John Carr galardonado con la Medalla de Honor? Hayes no había mencionado nada de aquello en su informe. Además, esa información tampoco había llegado a las notas de prensa cuando se había exhumado la tumba del hombre en Arlington.

Knox pasó hoja tras hoja y revisó más cajas hasta que logró recomponer la historia.

No pudieron negarlo los corazones púrpura porque las heridas ya eran prueba suficiente. En total, recibió cuatro de ellos, contando las heridas recibidas en otras batallas. Luego se había hablado de concederle una Estrella de Bronce, pero la fecha de ese documento era muy posterior a los

actos de Carr en el campo de batalla. La Estrella de Bronce, aunque prestigiosa, no reflejaba ni por asomo la magnitud de lo que Carr había hecho, pensaba Knox. En su opinión, la de Bronce era una especie de híbrido. Se concedía por demostrar valor en la batalla, pero también por actos de mérito o servicio meritorio. La Estrella de Plata, la Cruz al Servicio Destacado y la Medalla de Honor, las tres de mayor prestigio para un soldado, se concedían simple y llanamente por valentía y heroísmo durante el combate.

Al final encontró una serie de documentos que ponían de manifiesto que el superior directo de Carr sí había recomendado a Stone para la Medalla de Honor. Había rellenado todos los documentos necesarios y reunido todas las pruebas requeridas, así como declaraciones de testigos oculares, y los había enviado a sus superiores. La fecha de los documentos mostraba que había sido poco después de los actos de Carr en el campo de batalla, mucho antes de los documentos referidos a la concesión de la Estrella de Bronce. ¿Qué demonios había pasado?

No había pasado nada. Al parecer, el proceso se había quedado estancado ahí. Knox no encontró más documentos que trataran el tema. Pero ¿por qué? Era una historia perfecta. Carr era un héroe; sin embargo, su rastro había desaparecido poco después. Knox creía saber por qué. Era entonces cuando la CIA lo había reclutado para la Triple Seis. Knox era consciente de que los espías solían buscar a sus ejecutores entre lo mejorcito del ejército.

Volvió a dejar los documentos en la caja. Y entonces vio dos hojas de papel grapadas que se habían deslizado entre la solapa interior de la caja y la cara exterior de cartón. Tan asqueado estaba por la injusticia militar cometida contra un hombre que debía haber recibido el mayor galardón posible, que Knox estuvo a punto de no leer aquellos documentos.

Pero los cogió.

Era una orden, sencilla y directa. Impedía que John Carr recibiera la Medalla de Honor o cualquier otra mención, Knox leyó el documento, repleto de jerga oficial sobre pruebas poco Hables y declaraciones incongruentes de testigos oculares y documentación complementaria

contradictoria. Knox no le encontraba ningún sentido hasta que llegó a la línea correspondiente a la firma donde aparecía el nombre del oficial ordenante: «Comandante Macklin D. Hayes».

OceanofPDF.com

26

Knox regresó lentamente en el Range Rover al garaje de su casa. Antes de pulsar el botón del mando a distancia para cerrar el vehículo, escudriñó la calle por el retrovisor. Estaba convencido de que se hallaban ahí, observándole. Hayes se caracterizaba por cubrir todas las bases.

«El ex general se fía tanto de mí como yo de él».

En algún momento quizá tendría que dar esquinazo a esos chicos y, llegado el caso, esperaba estar listo para asumir el desafío.

A los ciudadanos de a pie podría parecerles raro que un agente del gobierno como Knox temiera casi tanto a su patrono como si fuera su presa. Sin embargo, sólo recurrían a Knox cuando todo se había ido al garete y los implicados se señalaban los unos a los otros con el dedo y se dedicaban a elaborar sus estrategias de «culpa». A veces comparaba su trabajo con el de un oficial de asuntos internos en un departamento de policía. Independientemente de lo que hiciera, siempre provocaba el cabreo de alguien. Y estar cabreado y acabar con la vida de otro para vengarse no era tan descabellado. A veces bastaba con cruzar una calle, apretar el gatillo en el momento justo y tener una buena coartada.

A juzgar por lo que Knox había descubierto sobre el pasado militar de John Carr, en esa ocasión Hayes iba por libre. Estaba claro que ya le había mentido. Había comentado que debía de haber sido un gran honor estar al mando de una máquina de matar como Carr. Bueno, pues resultaba que él lo

había tenido a sus órdenes durante su apogeo como asesino. Y le había denegado el honor que le correspondía. ¿Qué había hecho Carr para mosquearlo hasta tal punto? Hay es tenía fama de guardar rencor durante décadas y todo apuntaba a que esa reputación le venía como anillo al dedo en ese caso.

Knox había pasado varias horas más en la sala de expedientes intentando averiguar la respuesta a esa pregunta, pero no había sacado nada en claro aparte de mera especulación.

Las ideas funestas que le venían a la cabeza en ese momento eran casi tan abrumadoras como las que había experimentado en sus últimas noches en Vietnam, antes de que su país diera por concluida la guerra y regresara a casa. El batallón de Knox había sido uno de los últimos enviados al Sudeste Asiático. Había pasado allí once meses que le habían parecido once años. Cuando regresó con un trozo de metralla en el muslo izquierdo y una porrada de pesadillas recurrentes como recordatorio del tiempo allí pasado, había decidido que la guerra no era un método especialmente inteligente para dirimir problemas globales, sobre todo cuando los políticos, en vez de los soldados sobre el terreno, dirigían el cotarro. Fue entonces cuando había hecho carrera para llegar a la inteligencia militar y, de ahí, a la vertiente civil y la CIA.

Ahora su hogar era un departamento especializado de esa agencia del que la gente corriente nunca había oído hablar ni nunca lo haría. Tenía dos tipos de credenciales: unas para el público, que lo acreditaban como miembro del Departamento de Seguridad Interior y resultaban adecuadamente intimidatorias; y otras que sólo enseñaba a ciertos agentes federales, también compañeros, donde constaba su pertenencia a la OAE, la Oficina de Asuntos Especiales, formada por personal de las cinco agencias de inteligencia más importantes y controlada por un puñado de hombres desde Langley. «Oficina de Asuntos Especiales» sonaba un poco burocrático, pensó Knox, pero sus actividades ni mucho menos lo eran. Knox había estado hasta el cuello de «asuntos especiales» durante años, y se había visto en medio de hasta seis crisis de magnitud devastadora a la vez.

De hecho había participado en todas las operaciones principales que se habían asignado a la OAE durante la última década, incluso algunas maniobras paramilitares que lo habían devuelto al campo de batalla con vidas a su cargo, y otras de las que sencillamente debía deshacerse. Había evitado por los pelos el «fiasco de las armas de destrucción masiva que nunca existieron», y luego había pasado casi seis años en Oriente Medio haciendo cosas que nunca escribiría y que desde entonces intentaba olvidar.

Se encontraba a miles de kilómetros de distancia cuando su esposa había muerto a consecuencia de una hemorragia cerebral. Regresó justo a tiempo del funeral para mascullar un último adiós apresurado a su pareja, la única mujer a la que había querido en la vida. Todavía se sentía como si la hubiera engañado.

Veinticuatro horas después de enterrarla ya estaba de vuelta en Irak, intentando descubrir de dónde procedería el siguiente ataque suicida y pagando a los enemigos del pasado con dólares americanos para que mataran a extremistas en lugar de soldados americanos. En cuanto el dinero se hubo acabado, Knox supo que debía alejarse de aquel lugar. Había regresado a su cámara acorazada de la Zona Verde y llorado por el amor de su vida en la intimidad de sus pesadillas.

Había sido algo más que un reto y, durante el último año, se había planteado seriamente jubilarse después de convencer a sus superiores de que lo sacaran de Oriente Medio, donde ningún musulmán confiaba en alguien de piel clara que creyera en la santidad suprema de Nuestro Señor Jesucristo. Había pasado allí tiempo más que suficiente. Podía dejarlo estipulando él las condiciones. De hecho estaba disfrutando de un corto período sabático cuando Hayes le había llamado. Y en la que se había metido ahora. La misma pregunta de siempre había vuelto a asomar a su horrible cabeza: «¿Sobreviviré a otro día?». Entró en la cocina, lanzó las llaves a la encimera, abrió la nevera y sacó una cerveza. Se sentó en el pequeño estudio y reflexionó sobre lo que sabía y lo que no, y, por desgracia, lo último superaba con creces lo primero. Se sacó las páginas del bolsillo. Se había llevado la orden de dos páginas firmada por Macklin Hayes. Probablemente robar documentos propiedad del gobierno fuera un

delito grave, pero en esos momentos a Knox le daba igual. Contempló la firma meticulosa del hombre.

«¿En qué estaba pensando cuando firmó esa orden, general?».

Ahora tenía un vínculo entre Hayes y Carr. Aquello cambiaba la dinámica de la misión, aunque Knox no sabía muy bien cómo. No obstante, sí explicaba una cosa.

Le había dicho que le había ordenado buscar a Carr porque el ex triple seis conocía secretos que pondrían en apuros al gobierno de Estados Unidos o, como mínimo, a la CIA. A veces a Knox le costaba diferenciarlos. Hayes había dicho que a Carter Gray también le preocupaba eso. Gray había intentado localizar a Carr, aunque era evidente que éste había dado con él primero.

Aquello era lo que no tenía sentido. Carr había estado en casa de Gray la noche de la explosión. O sea que ya sabía dónde encontrarlo. Y, encima, Carr no había abierto la boca durante los últimos treinta años. Así pues, ¿por qué a Gray o a Hayes y a la CIA les preocupaba que la abriera entonces?

Tal vez Gray hubiera querido encontrar a Carr por algún motivo, pero no para matarlo. ¿Ordenar que exhumaran su tumba? ¿Intentaba hacerle salir, huir? Pero ¿por qué? Knox intuía que la respuesta se encontraba en la zona que tenía prohibido examinar. En otras ocasiones le habían ordenado que no hiciera ciertas cosas, pero las había hecho igualmente.

Además, Hayes tenía algún motivo de peso para quitar a Carr de en medio. Debió de pensar que Carr había muerto muchos años antes. Se imaginó que no le habrían informado de que excavarían la tumba. Y, encima, ¿el ataúd estaba vacío? Probablemente Hayes se había sentido seguro durante todos esos años. Ahora la situación había cambiado y recurría a Knox para que le resolviese el problema.

¿Y qué había ocurrido exactamente en el Centro de Visitantes del Capitolio? ¿Carr había matado a todos esos hombres? Si así era, ¿por qué? ¿Habían intentado matarlo a él? Knox se acordó de las notas oficiales que reconocían que alguien se estaba cargando a ex triple seis reinados. ¿Acaso Stone estaba en esa lista? ¿Habían ido a por él por algún motivo? Aquello

formaba parte del rompecabezas al que aparentemente no le permitirían acceder. Bueno, eso ya se vería.

¿Y si Carr sabía algo sobre Hayes? ¿Algo personal? Tal vez debiera investigar al respecto, aunque sólo fuera para cubrirse la espalda, llegado el momento. Pero tendría que nadar entre dos aguas. Si Hayes se enterara...

Había encendido la radio mientras conducía y la noticia le había llamado la atención. Se parecía a la que Stone había escuchado en la habitación de Divine. Las autoridades sabían quién era el asesino. Lo estaban cercando. Todas las vías de escape estaban bloqueadas.

«¿Qué coño pasa?».

Llamó a Hayes, quien respondió al segundo tono.

—Acabo de oír las noticias —dijo Knox—. Pensaba que los federales estaban fuera de esto. Si tengo al FBI pisándome los talones me gustaría saberlo.

—No te preocupes, Knox, he hecho que den esa noticia. Sería inconcebible que un hombre como Carr no escuche las noticias atentamente. Quiero que piense que está atrapado. Los hombres atrapados cometen estupideces. Entonces actuaremos. Sólo estoy poniéndote las cosas fáciles.

Hayes colgó.

—No te lo crees ni tú —replicó Knox al tono de llamada.

El zumbido del teléfono interrumpió sus pensamientos sobre lo que Hayes acababa de contarle. No reconoció el número.

—¿Sí?

—Señor Knox, soy Susan Hunter. Me gustaría reunirme con usted para hablar de Oliver.

Knox se incorporó.

—Podemos hablar por teléfono.

—No. Nunca se sabe quién puede estar escuchando.

Eso no se lo discutiría. Probablemente tuviera el teléfono pinchado.

—De acuerdo. ¿Cuándo quiere que nos veamos?

—Ahora mismo.

27

Annabelle le esperaba en la esquina de Georgetown donde Knox paró al cabo de media hora. Abrió la puerta del pasajero y Annabelle subió. Condujo hacia el oeste, en dirección al centro.

Knox le echó un vistazo. Estaba sonrojada y tenía los ojos rojos. No sabía si se debía a que llevaba un poco de colorete y se había aplicado algún producto que irritara los ojos a propósito.

—¿Estás bien? —preguntó él por fin.

Annabelle se secó los ojos.

—No mucho, la verdad.

—Pues hablemos del tema.

—No quiero meterme en líos.

—Yo tampoco te lo deseo.

—Sí, pero ¿me lo puede garantizar?

—Si no has hecho nada malo, sí. Incluso si la has cagado, según lo que me cuentes, es muy probable que salgas impune.

Annabelle empezó a retorcerse los dedos.

—Es complicado.

—Créeme, en mi trabajo nunca hay nada sencillo.

—¿En qué consiste exactamente su trabajo? —preguntó sin rodeos.

El paró en el bordillo y apagó el motor.

—Dejemos una cosa clara: esto no es un intercambio de información. Tú hablas y yo escucho. Si es útil, te ayudaré. Si pretendes tomarme el pelo... pues mejor que no lo hagas.

Annabelle respiró hondo y empezó.

—Oliver era muy reservado. En realidad nadie sabía nada concreto sobre su pasado. Pero intuíamos que era especial, distinto. Probablemente haya visto los libros que tenía en su casa. Hablaba varios idiomas. Era un hombre difícil de encasillar.

—Estoy bien informado sobre su pasado. Lo que más me interesa es su ubicación actual.

—Eso no lo sé.

—Entonces, ¿por qué me has llamado?

—Oliver tenía cierta información sobre Carter Gray que hizo que dimitiera.

—¿Qué clase de información?

Annabelle negó con la cabeza.

—Nunca lo dijo, pero fue a ver a Gray y al día siguiente éste dimitió, así que debía de ser suficientemente comprometedora.

—Pero luego Gray recuperó su cargo.

—Eso ocurrió porque recabó las pruebas que Oliver tenía.

—¿El Centro de Visitantes del Capitolio? —preguntó Knox.

—Eso creo, aunque yo no estuve allí. Es algo que Oliver dijo justo antes de esfumarse.

—¿Y qué más dijo?

—Que es mejor que nadie descubra la verdad. Que podría perjudicar a este país y que nunca querría algo así.

Knox sonrió.

—Serías un gran testigo de la defensa.

—¿Está al corriente del servicio que John Carr prestó a este país?

—Fue un soldado excepcional. Tenía que haber recibido la Medalla de Honor. ¿Y qué pasa con el senador Simpson? ¿Qué relación hay?

—Oliver dijo que trabajó para la CIA antes de meterse en política.

—Es verdad. ¿O sea que Oliver lo conoció entonces?

—Supongo. Si es que trabajó para la CIA, claro. No tengo pruebas al respecto.

—Ya me preocuparé yo de las pruebas. ¿Te suena de algo el nombre Triple Seis?

—Oliver lo mencionó en una ocasión, pero no explicó de qué se trataba.

—No me extraña.

—Era un buen hombre. Ayudó a desarticular una red de espionaje. Recibió una carta de agradecimiento del director del FBI.

—Me alegro por él. ¿Por qué crees que mató a Gray y Simpson?

—No tengo motivos para creer que lo hiciera.

—Venga ya, Susan, o como te llames. Está claro que no eres imbécil. Sabes que Carr y Stone son la misma persona. Ha estado treinta años escondiéndose.

—Si es así, ¿por qué cree que se ha escondido?

—Tú sabrás.

—A lo mejor ciertas personas iban a por él.

—¿Qué personas?

—Personas que querían matarlo, creo.

—¿Eso te contó?

—Una vez me dijo que algunas agencias no te dejan marchar aunque quieras. Te prefieren muerto a que no trabajes para otros.

Ese comentario sentó a Knox como un buen bofetón, pero disimuló. «Eso sí que me lo creo». —Así pues, supongamos por un momento que era un triple seis que quiso dejarlo. ¿No se lo permitieron?

—Sé que estuvo casado y que tenía una hija. Pero dijo que las dos habían muerto.

Knox se reclinó en el asiento sin soltar el volante.

—¿Sugirió que quienquiera que fuese tras él las mató?

—No lo sé. Puede ser.

Knox soltó el volante y observó el tráfico que circulaba por Pennsylvania Avenue. Durante unos instantes pensó en su hijo y su hija. Tal vez su hijo estuviera más seguro en Irak que su hija en Washington. Aquella idea le resultaba estremecedora.

—¿Tiene familia? —preguntó Annabelle.

Knox siguió preguntando.

—¿Qué más puedes contarme? ¿Sus últimos días contigo? ¿Algún indicio que apunte adónde fue?

—Si mató a Gray y Simpson probablemente se lo merecieran.

—Eso no es lo que he preguntado y, por cierto, frases como ésa podrían conseguir que acabaras en la cárcel.

—Le debo la vida a Oliver.

—Tú sí, yo no.

—Entonces, ¿cuándo lo encuentre lo va a matar?

—Trabajo para el gobierno. No soy un asesino a sueldo.

—¿O sea que me está diciendo que si lo pillan acabará juzgado ante un tribunal?

Knox vaciló.

—Eso no lo decido yo. Depende de él en gran medida.

—Sí, ya me imaginaba que diría eso.

—Estamos hablando de un asesino, señora Hunter.

—No, estamos hablando de mi amigo, cuyos límites como ser humano fueron puestos a prueba.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Le conozco. Él es así. ¿Qué si era capaz de ser violento, de matar? Seguro. ¿Qué si era un asesino a sangre fría? No.

—Dispongo de información que contradice eso.

—Pues es información errónea.

—¿Por qué estás tan segura?

—Es una corazonada.

—¿Una corazonada? ¿Y ya está?

—Sí, la misma corazonada que me dice que usted no está a gusto haciendo este trabajo. Seguro que tiene familia y sueña con jubilarse. Pero le han metido en esta mierda y ahora no sabe qué bando le está tomando el pelo.

El hecho de que Knox ni siquiera parpadeara ante un comentario tan acertado era una prueba fehaciente de sus nervios de acero.

—Si no tienes nada más que añadir, te dejaré donde nos hemos encontrado.

—¿Estoy metida en un lío?

—Serás la primera en enterarte.

Cuando regresaron a Georgetown, Annabelle bajó del Rover. Antes de cerrar la puerta, él le dijo:

—En un asunto como éste, todo el mundo tiene que andarse con cuidado.

Y se marchó.

Annabelle se envolvió bien con el abrigo y observó, impertérrita, cómo Reuben pasaba por su lado en la furgoneta y seguía a Joe Knox.

El zorro se había convertido en la presa.

Al cabo de unos instantes, un Nova antiguo con el tubo de escape estropeado se detuvo junto a la acera con Caleb al volante. Annabelle subió y se marcharon en la dirección contraria.

Ella miró a Caleb y él le devolvió la mirada.

—A nosotros también nos siguen, ¿sabes? —dijo Annabelle.

—Es mi sino —repuso él sin atisbo de queja.

OceanofPDF.com

28

Stone corrió por un camino embarrado y estrecho en dirección a los gritos. Vio que una silueta alargada se cernía en la oscuridad. La caravana de doble ancho ya no era móvil, puesto que tenía un bloque de cemento ligero en el bastidor. Mientras Stone corría hacia la caravana iba dejando atrás carcasas de coches y camionetas viejos, cual esqueletos en campos de batalla abandonados. De los laterales de la caravana colgaban unas tiras de vinilo largas y las escaleras delanteras eran unas ennegrecidas traviesas de ferrocarril claveteadas juntas. Stone saltó del suelo al último escalón al oír que los gritos se intensificaban.

La puerta estaba cerrada con llave. La aporreó.

—¡Hola! ¿Qué pasa? ¿Necesitan ayuda? —De repente se preguntó si aquellas llamadas desesperadas procedían de un televisor con el volumen demasiado alto.

Al cabo de un momento la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre mayor, con el cuerpo tembloroso como en pleno ataque de Parkinson.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stone.

En un abrir y cerrar de ojos, el joven que compartía caravana con el viejo apartó a Stone de un empujón y dio un salto que lo llevó a aterrizar en el duro suelo. Stone recuperó el equilibrio y lo miró de hito en hito.

Aparte del estado de agitación, que resultaba obvio, llamaba la atención porque iba desnudo. Se paró al lado de un montón de chatarra, gimió, se cayó al suelo y se retorció como si lo estuvieran electrocutando.

El viejo cogió a Stone del brazo.

—¡Ayúdelo, por favor!

—¿Qué le pasa?

—Tiene el mono. Ha dejado de tomar las pastillas o algo así. Se ha vuelto loco. Se ha arrancado la ropa. Ha destrozado la casa.

Stone corrió hasta el hombre caído. Respiraba de forma superficial y tenía la vista desenfocada, la piel fría y húmeda.

Stone gritó por encima del hombro.

—Llame a una ambulancia.

—Aquí no hay ninguna.

—¿Dónde está el hospital?

—A una hora en coche.

—¿Hay algún médico por aquí? —Stone sujetaba al hombre devastado, intentando tranquilizarlo.

—El doctor Warner vive en la otra punta de la ciudad.

—¿Tiene coche?

—Está aquí mismo. —El viejo señaló un Ford destartado—. ¿Se pondrá bien?

—No lo sé. ¿Quién es usted?

—Su abuelo. He venido a ver cómo estaba. Entonces se ha puesto así.

—¿Puede ayudarme a meterlo en la camioneta?

Juntos levantaron al joven y lo introdujeron en la cabina. Stone lo tapó con una manta. El viejo temblaba tanto que era incapaz de conducir. Stone se colocó al volante y siguió sus indicaciones para llegar a casa del médico.

—¿Cómo se llama su nieto?

—Willie Coombs. Yo me llamo Bob Coombs.

—¿Dónde están sus padres?

—Mi hijo, su padre, está muerto. Y su madre no sirve de gran cosa.

Stone echó una mirada a Willie. Había dejado de dar golpes y gritar y estaba bastante quieto. Stone volvió a tomarle el pulso, frenó en seco y

cogió una linterna del salpicadero para mirarle las pupilas. Habían desaparecido casi por completo.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—No tiene el síndrome de abstinencia. Ha tomado una sobredosis y se le ha parado el corazón.

Stone sacó a Willie de la cabina, lo colocó en el suelo y empezó a practicarle un masaje cardíaco. Le tomó el pulso y miró desesperadamente alrededor mientras le presionaba el pecho. Allí no había más que bosque y ni el más leve parpadeo de luz de una casa a lo lejos.

—¡Vamos, Willie! ¡Vamos! No te me mueras. Respira. —Stone le tomaba el pulso.

Bob Coombs lo miró.

—¿Está bien?

—No, no está bien. Está clínicamente muerto. Y, como mucho, nos quedan sesenta segundos antes de que se produzcan lesiones cerebrales.

Stone corrió a la camioneta y abrió el capó. La batería no emitía la corriente que necesitaba, pero alguna otra pieza del motor sí. Corrió a la bancada de carga y empezó a arrojar cosas. Se hizo con unos cables con pinza para cargar baterías, cinta aislante y un clavo.

Se giró y vio a Bob observándole angustiado.

—¿Qué va a hacer con eso?

—Intentar que el corazón vuelva a latirle.

Stone arrancó el cable que iba del delco a una bujía, embutió el clavo en el extremo y lo sujetó con la cinta. Fijó el polo positivo de los cables de la batería al clavo y el negativo lo conectó a tierra con una pieza metálica del motor. Se arrodilló junto a Willie y sujetó los otros extremos de los cables de la batería a sus dedos derecho e izquierdo.

—¡Bob, encienda el motor de la camioneta! —gritó.

El viejo miró los cables que iban de la camioneta a su nieto.

—¡Lo va a freír!

—No tenemos tiempo, Bob. Es nuestra única posibilidad. ¡Póngalo en marcha! ¡Ahora mismo o la palmará!

Bob subió al vehículo.

Stone bajó la mirada hacia Willie, estiró la mano y se aseguró de que las conexiones estuvieran bien hechas. El joven ya había empezado a ponerse azul. No les quedaban más que unos segundos.

Stone había hecho lo mismo una vez en Vietnam con un soldado que había sufrido un paro cardíaco después de que un proyectil le hubiera arrancado un trozo del torso. Stone había conseguido que el corazón volviera a palparle, pero el soldado había muerto de una hemorragia camino del hospital de campaña.

La camioneta arrancó.

—¡Acelere! —gritó Stone.

Bob pisó el acelerador y el motor rugió.

Aunque no estaba tocando a Willie, Stone notó la sobrecarga de corriente. El joven la sintió con muchísima más intensidad.

Las piernas y los brazos se le levantaron del suelo y Willie tomó aire con fuerza. Se incorporó y luego cayó hacia atrás, tosiendo y con arcadas.

—Apague el motor —ordenó Stone. Bob obedeció al instante.

El único sonido que se oyó entonces resultaba milagroso: un hombre muerto que respiraba. Con fuerza.

Stone arrancó los cables y le tomó el pulso: fuerte y regular.

Bob y él levantaron a Willie y lo introdujeron en la camioneta. Stone dejó el cable de la bujía sin el clavo en su sitio, lanzó los cables con pinza de la batería a la parte trasera y se puso al volante. Llegaron a la consulta del médico al cabo de cinco minutos y lo llevaron al interior.

El doctor Warner examinó a Willie después de que Stone le contara lo sucedido. Su aspecto no coincidía con la imagen que Stone tenía de un médico rural. No llegaba a los cuarenta años, estaba en forma, iba bien afeitado y tenía unos ojos grandes y de expresión inteligente detrás de unas gafas de montura metálica. Le puso una inyección a Willie y realizó una llamada.

—Esa inyección debería estabilizarlo por ahora. Pero ¿podría llevarlo al hospital lo más rápido posible? Ya he telefoneado. Os seguiré en mi coche —dijo.

Stone asintió.

—Pero ¿y si se le vuelve a parar el corazón por el camino? No quiero tener que volver a confiar en la batería del coche.

Warner abrió un armario y extrajo un desfibrilador portátil.

—Si se le vuelve a parar el corazón, nos detendremos en el arcén y usaremos esto.

Mientras cargaban al muchacho otra vez en la camioneta, el doctor dijo:

—¿Sabe que le ha salvado la vida?

Bob colocó una mano en el hombro de Stone.

—No sabe cuánto se lo agradezco, ¿señor...?

—Lláname Ben. Y todavía no está fuera de peligro. Vamos.

Llegaron al hospital en menos de una hora. Stone entró con ellos, pero después de que ingresaran a Willie, salió fuera y se apoyó en la camioneta, inspirando el aire frío y límpido de la montaña.

El hospital era grande, dado que era el único en cientos de kilómetros a la redonda.

Se paseó por el aparcamiento para aplacar la subida de adrenalina. Vio un cercano edificio de una sola planta y caminó hacia allí.

Al ver el letrero del edificio, Stone se dio cuenta de que era la clínica de metadona, adonde la caravana de coches se dirigía cada mañana. Se fijó entonces en el guarda de seguridad que había delante del edificio. Cuando el hombre le vio allí, Stone le sonrió y lo saludó con la mano. El hombre no le correspondió, pero se llevó la mano a la pistolera. Stone se giró y regresó al hospital. Supuso que la presencia del guarda significaba que la clínica era un objetivo para camellos o drogatas. Stone sabía que la metadona líquida por sí sola no proporcionaba ningún subidón, por eso se utilizaba para deshabituarse a los drogadictos. Pero si se combinaba con otros fármacos, como los ansiolíticos, podía producir un cóctel mortal.

Más o menos al cabo de una hora, Bob salió y explicó que Willie estaba estable y que pasaría la noche en el hospital.

—¿Y qué han descubierto? —preguntó Stone.

—Dicen que tomó una sobredosis de algo.

—Eso ya lo sabía. ¿Tienes idea de qué?

—El médico también me lo ha preguntado. Cuando entré en la caravana, vi que tenía una pipa de crack en la mano. Intentó esconderla, pero la vi de todos modos.

—El crack es un estimulante. Se le habrían dilatado los ojos en lugar de contraerse. Tomó una sobredosis de un depresor, no de un estimulante.

—Bueno, supongo que me equivoco sobre lo que tomó —reconoció Bob con vacilación.

Stone lo miró con gesto inquisitivo, pero el viejo no parecía dispuesto a añadir nada más. Lo llevó de vuelta a la caravana de Willie, donde había dejado la camioneta. Bob intentó pagarle por su ayuda, pero él se negó.

El viejo lo acompañó hasta la pensión y se despidieron.

Mientras Stone subía las escaleras pensó que, a pesar de la persecución de que era objeto, debería marcharse de Divine pronto, ¡aunque sólo fuera para descansar un poco!

OceanofPDF.com

29

A primera hora de la mañana siguiente casi todos los habitantes de Divine estaban al corriente de la heroicidad de Stone. Willie Coombs sobreviviría y su abuelo había contado a todo el mundo cómo le había salvado la vida.

—Con una sangre fría alucinante —repetía una y otra vez, refiriéndose a Stone.

—He oído decir que estuvo en Vietnam —dijo otro hombre—. Responde bien bajo presión.

—Todo un héroe americano —comentó una señora. Aunque añadió en voz más baja para una amiga—: Lástima que perdiera el tiempo con Willie Coombs.

El sheriff Tyree se presentó en la habitación de Stone esa mañana para felicitarlo y darle las gracias.

—Willie es un buen chico, lástima que consuma pastillas.

—Es minero, ¿verdad? —preguntó Stone.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las cicatrices y las manos ásperas. Y tenía polvo de carbón incrustado en la piel. ¿Su madre se ha enterado?

—¿Shirley? Dudo que le importe.

Stone prefirió no preguntar al respecto.

—Bob Coombs me dijo que su hijo, el padre de Willie, murió.

—Sí. En un accidente de caza. No llevaba el chaleco naranja y lo tomaron por un ciervo. Abby me ha pedido que te diga que tiene más trabajo para ti. Por la misma tarifa.

—Ahora mismo iré. —Tras haber oído las noticias en la radio la noche anterior, se sentía incluso más incómodo en compañía de un agente de la ley.

Cuando Stone llegó al Rita's Restaurant, Abby le había preparado el desayuno. Al entrar, los clientes le sonrieron y saludaron. Algunos mineros se le acercaron y le palmearon la espalda para agradecerle la ayuda prestada a su compañero de trabajo.

—¿Cómo se siente uno al ser un héroe? —preguntó Abby mientras le servía una taza de café.

—Me alegro de que esté bien. Pero tiene por delante un largo camino por recorrer. Según parece, tiene problemas con las drogas.

—Igual que la mayoría de los mineros. Lo cierto es que Willie Coombs es un buen chico. Él y Danny jugaban juntos al fútbol americano en el instituto. Eran íntimos, pero luego se pelearon.

—¿Por qué?

—Cuando todos éramos pobres no había ningún problema, pero cuando recibimos el dinero de la indemnización dio la impresión de que Willie pensaba que Danny le debía algo. Le dimos dinero, pero acabó esnifándose, así que dejamos de financiarle su adicción.

Un hombre alto y delgado se acercó a ellos. Era el único hombre del lugar vestido con traje y corbata. Llevaba la raya bien hecha en el pelo entrecano y un corte moderno. Tenía los ojos grises y vivos y un rostro surcado de arrugas que transmitían la circunspección propia de los eruditos.

—Ben, te presento a Charlie Trimble —dijo Abby—. Es el director del *Divine Eagle*, el periódico local.

Stone tuvo que contenerse para no levantarse de un salto y echar a correr.

—Me encantaría entrevistarte sobre tu episodio con Willie, Ben. No sólo porque es una historia encomiable, sino porque demuestra por qué

tenemos que reinstaurar el programa de la brigada de voluntarios de salvamento —anunció Trimble sonriente.

Abby miró a Stone.

—¿Te parece bien, Ben?

Stone respondió pausadamente.

—Lo que hice no es tan especial, y creo que no me merezco tanta publicidad sólo por haber ayudado a una persona.

Trimble sonrió todavía más.

—Y encima modesto. Eso funcionará bien para el artículo. Sólo serán unas pocas preguntas, Ben. Podemos hacerlo aquí si quieres, o en mi despacho.

Stone se levantó.

—Abby, si tienes más trabajo para mí, sería perfecto. —Miró al periodista—. Lo siento, señor Trimble. Estoy seguro de que a Bob le encantará hablar con usted. Él ayudó tanto como yo, o incluso más.

Trimble puso cara de contrariado.

—¿Ni siquiera un par de preguntas?

—No, lo siento.

Abby le dio una lista de tareas por hacer mientras Trimble se sentaba a la mesa para tomar un café sin apartar la vista de Stone. Y éste notaba su mirada resentida.

Stone trabajó media jornada en el restaurante y la otra media en casa de Abby, sin dejar de pensar en el mejor modo de huir. Si se marchaba de Divine probablemente lo pillaran. Si se quedaba, alguien ataría cabos y una mañana los federales irrumpirían en el pueblo. Stone no sabía qué hacer, algo a lo que no estaba nada acostumbrado.

Cuando volvía a la pensión se encontró con Bob Coombs delante del edificio.

El viejo estaba nervioso, se balanceaba sobre los talones y tenía las manos en los bolsillos con la mirada fija en la calzada. Stone cruzó la calle.

—Hola, Bob. ¿Willie está bien?

El viejo miró nervioso alrededor.

—¿Podemos hablar en privado?

Stone lo condujo a su habitación.

—¿Qué ocurre?

—He hablado con Willie esta mañana y con los médicos del hospital, y hay cosas que no se explican.

—¿Por ejemplo?

—Lo que tú dijiste. Las drogas que Willie dice que tomó no cuadran con lo que le pasó.

—¿Fue el crack?

—Eso es lo que Willie dice que tomó.

—A lo mejor se equivocó.

Bob negó con la cabeza.

—Sé que hay gente que piensa que Willie no es más que un drogadicto, pero no es verdad. Es un chico listo que se está matando en las minas. Empezó ahí nada más acabar el instituto y parece que lleve allí treinta años, así son las cosas. Pero si dice que era crack, seguro que era crack.

Stone se lo quedó mirando sin saber muy bien por qué aquel hombre le contaba todo aquello.

—Bueno, si crees que pasa algo raro, Bob, deberías contárselo al sheriff Tyree.

—Es que se me ha ocurrido que tú podrías intervenir.

—¿Yo? ¿Intervenir en qué, exactamente?

—Le salvaste la vida al chico. Salta a la vista que eres un hombre de mundo, que sabes cosas. Me gustaría que hablaras con Willie, que te diera su versión de los hechos e intentaras averiguar algo.

—No soy detective privado.

—Perdí a mi hijo, ¿sabes? Willie es lo único que me queda. No puedo perderlo también a él. Bueno, eso era lo que quería decirte. Si hablas con Willie te lo agradeceré; si no, te seguiré estando agradecido por lo que has hecho.

—¿Ha ido a verte el tal Trimble del periódico?

—Sí. Le conté lo que hiciste. Me ha dicho que está escribiendo el artículo pero que no quieres hablar con él.

—No me gusta darme bombo. ¿Es de Divine?

—Oh, no, se retiró aquí. Se compró una casita cerca del río y luego aceptó dirigir el periódico local.

—¿Antes ya se dedicaba al periodismo?

—Por supuesto.

—¿Dónde?

—El Washington Post.

«Mierda».

—Mira, Ben, puedo pagarte.

—Bob, ve a ver al sheriff. Es su trabajo, no el mío.

—Pero creía que...

—Lo siento, Bob. No puedo.

OceanofPDF.com

30

Más tarde, Stone fue a la tienda de artesanía e hizo algo en contra de su voluntad, pero no le quedaba más remedio: llamó a Reuben.

—Oliver, dime dónde estás —fue lo primero que dijo su amigo.

—Escucha, Reuben, necesito cierta información.

Se oyó otra voz en la línea. Annabelle.

—Oliver, queremos ayudarte, pero tienes que decirnos dónde estás.

—No os voy a meter en esto, Annabelle. Así que dejad de intentar ayudarme. De todos modos, no me lo merezco.

—No me importa si mataste a esos hombres, sólo me importas tú.

Stone respiró hondo.

—Te lo agradezco, Annabelle, de verdad. —Alzó la vista y vio a Wanda, la encargada, mirándolo desde el otro extremo de la tienda. Sonrió y le dio la espalda.

—Oliver, ¿sigues ahí?

—Sí. Mira, me halaga mucho que queráis ayudar, de veras. Pero si tengo que ir a la cárcel, iré solo, no con todos vosotros.

—Pero...

Stone la cortó:

—Si de verdad quieres ayudarme, pásame otra vez a Reuben.

Oyó la respiración acelerada de Annabelle unos segundos antes de que Reuben hablara.

—¿Qué necesitas?

—¿Knox o algún otro han vuelto?

—No. —Reuben no mentía, ya que Annabelle había ido a ver a Knox y no al revés. De hecho, en esos momentos estaban aparcados en la calle de Knox, a la espera de su siguiente movimiento.

—En las noticias han dicho que tienen controlados todos los aeropuertos y estaciones de tren y autobús.

—Yo también lo he oído.

—Ni siquiera el FBI puede abarcar tanto.

—Colaboran con el Departamento de Seguridad Interior, que ha echado mano de todos sus recursos locales. Hay muchos policías en las calles.

—Dijiste que Knox sabía que Carr y yo somos la misma persona.

—Así es. Aunque en los periódicos no han dicho nada de que John Carr sea Oliver Stone.

—¿Han hecho circular alguna foto mía?

—Que yo sepa, no. Por lo menos no entre el gran público, pero vete a saber qué pasa entre bastidores.

Stone se apoyó en la pared y observó un oso negro en miniatura creado a partir de un trozo de carbón. «El carbón es el rey». «Stone^[1] ha muerto», pensó.

—¿Tienes idea de si creen que sigo en la zona?

—¿Lo estás?

—Reuben, no insistas.

—Vale, márame por preocuparme. Nada concreto, pero cuenta con que cualquier lugar en cientos de kilómetros a la redonda de Washington estará bien vigilado.

Stone suspiró.

—Gracias por la información. Espero no tener que volver a llamarte.

—Oliver, espera...

Stone colgó y salió de la tienda. Se esforzó por dedicar una sonrisa a Wanda al pasar por delante de ella.

—Me he enterado de lo de Willie. Qué ingenio el suyo.

—Me alegro de haberle ayudado.

—Se lo conté a mi marido. Estuvo en el ejército. Le dije que creo que usted también. Quería saber dónde.

—En Vietnam —respondió Stone mientras cerraba la puerta tras de sí.

Volvió a la pensión y recogió sus escasas pertenencias. El trayecto en autobús desde donde les había dejado el tren hasta las proximidades de Divine duraba tres horas. Recordaba más o menos por dónde habían llegado, pero las carreteras serpenteantes y las curvas muy cerradas eran imposibles de recordar con exactitud. Recordó la noche en que Danny y él habían llegado hasta allí en el camión de transporte de porcinos. Recordó las torres de la prisión de Dead Rock. La calle principal de Divine. La cama caliente encima del Rita's. La escopeta en la cara a la mañana siguiente. El ceño de Abby Riker que había acabado convirtiéndose en una sonrisa.

Esperó a que estuviera bien oscuro y entonces salió del pueblo. La ruta escogida pasaba junto a la carretera que conducía a la vivienda de Willie. Al cabo de unos minutos vio los faros de un coche que se acercaba a él, así que salió rápidamente de la carretera principal para situarse en el camino de tierra que llevaba a la caravana de Willie. Esperó a que el coche pasara y luego se escondió entre unos arbustos que flanqueaban el camino de tierra: el coche estaba dando la vuelta por el camino de tierra. Pasó por su lado. Stone vio fugazmente al conductor y observó el coche avanzar hasta que dobló una curva y las luces traseras desaparecieron.

Miró de nuevo hacia la carretera principal y luego hacia el otro lado. Iba a reanudar la marcha cuando apareció otro coche que le hizo refugiarse de nuevo en el camino que conducía a la caravana de Willie. Por lo visto no era suficientemente tarde. En esos momentos, cualquier vehículo podía ser uno de la policía estatal con su fotografía digital en la pantalla del ordenador portátil.

Se internó rápidamente en el camino de tierra y se detuvo. Había un coche aparcado delante de la caravana de Willie, con una luz encendida en el interior. Echó un vistazo al vehículo; era un pequeño Infiniti rojo de dos puertas. En el asiento delantero había un bolso y un fuerte olor a tabaco. Observó los alrededores de la vivienda. La puerta mosquitera delantera estaba entreabierta. Oyó un pequeño estruendo procedente del interior.

Subió las escaleras y preguntó:

—¿Todo bien?

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —Era una mujer y le temblaba la voz.

Apareció en el umbral al cabo de unos instantes: una rubia teñida, alta, con unos buenos michelines constreñidos en unos vaqueros ajustados y con tacones de aguja. Un cigarrillo le colgaba entre los dedos de la mano izquierda. Aparentaba cuarenta y muchos años, aunque la gruesa capa de maquillaje dificultaba calcular su edad.

—Soy Ben, el hombre que ayudó a Willie anoche. —A Stone le sonaban sus rasgos—. ¿Eres Shirley Coombs?

Ella dio una calada al cigarrillo y asintió distraídamente, pero su expresión suspicaz se agudizó.

—¿Cómo lo sabes?

—Os parecéis mucho. —Stone miró por encima de su hombro hacia el interior de la caravana.

Ella le siguió la mirada y se apresuró a decir:

—He venido a ver qué tal estaban las cosas después de lo de Willie. Por aquí hay gentuza que podría aprovecharse de que está postrado en el hospital. Husmear entre sus cosas y tal.

A Stone se le ocurrió que quizá fuera la madre quien había estado husmeando en las cosas de su hijo.

—¿Ya has ido a ver a Willie?

—Tengo intención de ir pronto. Está lejos, y mi coche no está para muchos trotes.

Stone echó una mirada al vehículo.

—Pues parece bastante nuevo.

—Sí, bueno, es una mierda. Me deja tirada cada dos por tres.

—¿Has encontrado todo en orden?

—Willie no es el hombre más ordenado del pueblo, así que no sabría qué decirte. Supongo que todo está en orden.

—¿Necesitas ayuda?

—No —respondió, quizá demasiado rápido—. Quiero decir que ya has ayudado de sobra. De no ser por ti, Willie estaría muerto. Te lo agradezco.

—Me alegra haber estado cerca en ese momento, pero Bob también me ayudó con Willie.

Ella ensombreció el semblante.

—Sí, al viejo Bob se le da muy bien ayudar a la gente. Al menos a quienes le caen bien.

—¿No te incluye en ese grupo?

—Podría decirse que nadie del pueblo me incluye en ese grupo.

«Vale». —Siento lo de tu marido.

Se puso tensa.

—¿Quién te lo contó? ¿Bob?

—No, el sheriff Tyree. Me contó lo del accidente de caza. Una tragedia.

—Sí, menuda tragedia.

Stone la miró con expresión de duda socarrona.

—Espero que Willie se recupere —dijo, tras un silencio incómodo.

—Joder, se recuperará. Tiene cuatro escopetas, un rifle para ciervos, dos arcos de caza, una caravana doble, televisión por cable y propano para calentarse, un hornillo para cocinar y dinero de la mina. ¿Por qué no querría volver a casa? Mi chico se ha fijado unas metas demasiado elevadas en la vida. —Sonrió, pero enseguida se puso seria—. Vale, tengo que irme —añadió—. Gracias de nuevo por salvar a mi niño.

Cerró la puerta y se dirigió al coche.

El observó cómo arrancaba y se alejaba.

Se colgó la bolsa y regreso a la carretera principal.

Al cabo de cinco minutos, un camión estuvo a punto de atropellarle al pasar como un bólido por su lado. Se apartó bruscamente, rodó y se levantó a tiempo de ver a un hombre que se arrojaba al asfalto desde la cabina. Corrió hacia él y le dio la vuelta.

Era Danny. Había recibido una paliza considerable pero todavía respiraba. Stone alzó la mirada. El vehículo se había detenido. A continuación dio la vuelta y se dirigió hacia él. Se detuvo cerca de donde Stone estaba arrodillado junto a Danny. Bajaron tres hombres armados con bates de béisbol.

31

Joe Knox estaba en su casa tomando un café mientras se planteaba qué hacer a continuación. El imbécil del artista de la agencia que tenía que realizar un retrato robot se había perdido de camino a casa de Leroy. Y cuando por fin había llegado, Leroy se había marchado en el dichoso barco. Leroy no tenía teléfono, por lo que la mejor opción sería enviar a otro agente allí para dar con él. Hasta que no tuviera una imagen que mostrar, Knox estaba en un punto muerto de la investigación. ¿Y si Leroy estaba implicado y había huido después de que el propio Knox le advirtiera sin saberlo?

«No habría forma de explicar un error tan de novato a Hayes», se dijo.

Decidió volver a repasar lo que había descubierto en el centro de documentación militar, por si se le ocurría algo más. Media hora más tarde, seguía en el mismo punto. Tal vez debiera regresar al centro y revisar otros documentos. El empleado había encontrado fácilmente las cajas para él. Sin duda no tardaría en...

Knox dejó la taza de café y fue al teléfono. Consiguió el número del centro de documentación y lo marcó. Al poco, después de que le pasaran por varias extensiones, oyó la voz del hombre que le había ayudado el día anterior. Knox se identificó y entonces formuló la pregunta:

—¿Cómo es que ayer encontró con tanta facilidad lo que yo necesitaba?
¿Acaso las cajas ya estaban fuera?

—Pues la verdad es que sí —respondió el hombre con timidez—. Quiero decir, las examinaron hace unos meses, seis más o menos, y debo admitir que nadie había vuelto a guardarlas. Últimamente andamos escasos de personal —se apresuró a añadir, como si sospechara que Knox fuera una especie de inspector de los archivos militares que se hacía el listo.

—¿O sea que alguien más revisó esos archivos? —preguntó Knox—. ¿Recuerda quién?

El hombre se excusó unos instantes. Al regresar le dio la respuesta.

—Un tal Harry Finn. En el registro de entrada consta que perteneció a los SEALs de la Marina. ¿Le sirve?

—Me sirve. Gracias.

Knox colgó y pasó la siguiente hora intentando localizar a Harry Finn, ex SEAL.

Una hora después aparcó el coche, subió unas escaleras y llamó a un timbre. Al cabo de unos instantes abrió un hombre alto y joven que lo fulminó con la mirada.

—¿Harry Finn?

Finn no respondió. Por instinto, comprobó que no hubiera nadie más detrás de Knox.

—Estoy solo. Bueno, tan solo como es posible en algo como esto.

—¿Algo como qué?

—¿Puedo entrar?

—¿Quién coño eres?

Knox le mostró las credenciales.

—Estoy aquí para hablar de Oliver Stone. Quizá lo conozcas por el nombre de John Carr.

—No tengo nada que decir.

—No sé por qué consultaste su expediente militar, ni si eres su amigo. Pero ha huido y en algún momento alguien lo encontrará. Y cuando eso suceda... —Knox se limitó a encogerse de hombros.

Finn estaba a punto de replicar cuando sonó el móvil de Knox. Tras haber visto el sedán negro aparcado calle abajo aquella llamada no le sorprendía. Sin embargo, su mirada experta no había reparado en la vulgar

furgoneta blanca aparcada más abajo. Quien llamaba era Macklin Hayes y, como de costumbre, no se anduvo por las ramas.

—¿Qué coño estás haciendo ahí, Knox?

—¿Dónde?

—Harry Finn es intocable.

Knox retrocedió por las escaleras y le dio la espalda a Finn.

—Nadie me lo había dicho.

—Pues te lo digo ahora. ¿Cómo has llegado a él? ¿Tiene algo que ver con la visita al centro de documentación militar?

—¿Y por qué considera necesario seguirme, señor? —Knox se giró y saludó a los hombres del sedán negro.

—¿Qué has descubierto?

—No mucho. Que luchó en Vietnam. Fue un buen soldado. Luego desapareció. Probablemente cuando lo reclutaron para... —Knox miró a Finn y sonrió— para esa cosa que no existe.

—Sal de ahí inmediatamente y no vuelvas más.

Hayes colgó. Knox se guardó el móvil en el bolsillo y se volvió hacia Finn.

—Te alegrará saber que, oficialmente, eres intocable, al menos eso acaba de decirme mi jefe. Pero ten en cuenta que está pasando algo muy raro con Carr. Ya he hablado con sus amigos, incluida una mujer que se hace llamar Susan Hunter. Me dijo que Carr tenía pruebas contra Carter Gray, pero que es probable que éste las recuperara en el Centro de Visitantes del Capitolio. Supongo que, a juzgar por tu expresión impertérrita, ya lo sabes. Quizás incluso estuvieras allí. Lo único que puedo decirte es que me han encomendado que localice a Carr. Eso es todo. Pero cuando lo localice, y no te quepa duda que lo haré, otras personas se harán cargo de él. Y dudo que tengan su bienestar como objetivo principal. La verdad es que no sé si te importa o te la suda, y lo cierto es que me da igual.

Le tendió la mano a Finn. Al estrechársela, Finn se encontró con una tarjeta que contenía los datos de contacto de Knox.

—Que pases un buen día, Finn.

Y volvió al coche bajo la atenta mirada del otro.

Knox no sabía exactamente por qué lo había hecho. Bueno, quizá sí. John Carr se había dejado la piel por su país y le habían dado por culo. Independientemente de otras cosas que hubiera hecho, aquello no estaba bien.

Annabelle marcó el número desde el interior de la furgoneta blanca. Harry Finn respondió enseguida. Le contó lo que Knox le había dicho y ella hizo otro tanto.

—¿Este tío es de fiar, Annabelle? —preguntó Finn.

—Al comienzo no me fiaba, pero ahora tengo mis dudas. Parece que está entre la espada y la pared.

—¿Y qué hacemos?

—Quédate a la espera. Quizá necesite tu ayuda más adelante. O, mejor dicho, Oliver te necesitará.

—A Oliver se lo debo todo. Así que cuenta conmigo para lo que sea.

OceanofPDF.com

32

Stone se levantó mientras se desabrochaba el cinturón con una mano. Se lo quitó y lo sujetó por el extremo opuesto de la hebilla, que quedó colgando a pocos centímetros de la carretera.

Los hombres lo rodearon con los bates preparados.

—Creo que la cosa no pinta bien, abuelete —dijo uno de ellos.

Al cabo de unos instantes, estaba en el suelo con la cara ensangrentada después de que la hebilla le impactara en un ojo.

Mientras se retorció y gemía tapándose la cara con las manos, uno de sus compinches dio un paso adelante y blandió el bate con violencia. Stone lo esquivó y le atizó con el cinturón en un lado de la cara. El tipo chilló de ira y contraatacó, agitando el bate a diestro y siniestro. Stone se apartó, pero recibió un golpe en el brazo. Soltó el cinturón, rodó por el suelo y, con el otro brazo, le arrebató el bate al hombre caído. Le golpeó primero en las rodillas para tumbarlo y luego le atizó en la nuca para que ya no se moviera.

El agresor que quedaba soltó el bate y echó a correr. Stone se giró y lanzó el bate que tenía. Voló por los aires y alcanzó al tipo en la espalda. Gritó, cayó al suelo, se levantó y logró llegar al camión. Stone se dispuso a atraparlo, pero se paró cuando Danny gimió. Corrió a su lado mientras el vehículo se marchaba a toda velocidad.

—Danny, Danny, ¿me oyes? ¿Puedes levantarte?

Stone miró alrededor. Un hombre inconsciente, y el otro retorciéndose en el suelo. Le preocupaba que el tercer agresor hubiera ido a buscar refuerzos. Y el brazo le dolía horrores.

—Danny, ¿puedes caminar?

El joven lo miró y asintió. Stone lo puso en pie a pesar del intenso dolor que sentía en el brazo. Logró sujetar a Danny mientras caminaban por la carretera. Llegaron a la caravana de Willie. Stone entró en la caravana y encontró las llaves del coche de Willie. Subió al chico, puso en marcha el vehículo y salió a toda prisa.

Primero se dirigió a la consulta del doctor Warner, pero no encontró a nadie. Condujo hacia el hospital.

El muchacho iba apoyado contra el asiento delantero. Tenía la cara ensangrentada y un brazo le colgaba de forma extraña.

—Aguanta, Danny, vamos al hospital.

Danny masculló algo.

—¿Qué?

—Llama a mi madre.

Stone vio que introducía lentamente la mano en un bolsillo y extraía el móvil. Sujetando el volante con las rodillas, Stone lo abrió, encontró el número en el menú de marcación rápida y pulsó la tecla.

Sonaron unos cuantos tonos, pero al final contestó.

—¿Sí?

—Abby, soy Ben. Estoy con Danny. Unos tíos lo han atacado con bates de béisbol. Nos dirigimos al hospital. Reúnete con nosotros allí.

Abby no se puso a gritar ni llorar, lo cual decía mucho de ella.

—Voy para allá —se limitó a decir.

Al cabo de menos de una hora Stone entró otra vez en el aparcamiento del hospital. Prácticamente cargó a Danny hasta Urgencias. Mientras lo examinaban, Abby frenó en seco en el aparcamiento, salió del Mini Cooper y entró corriendo. Stone la recibió en la puerta y la llevó junto a Danny, que yacía en una camilla en la sala de urgencias.

Las lágrimas le afloraron a los ojos al tomar la mano de su hijo.

—Danny, ¿qué demonios ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

—Sólo ha sido un accidente, mamá —murmuró—. No te preocupes. Saldré de aquí enseguida. Recibí golpes peores los viernes por la noche cuando había partido.

Abby miró a Stone.

—¿Un accidente?

Él negó con la cabeza.

—Tenemos que ingresarlo y hacerle algunas pruebas —informó el médico—. Ahora parece estable, pero podría tener una hemorragia interna.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Abby angustiada.

—Señora, tenemos que hacerle unas pruebas. Cuidaremos de él. Ya le informaremos de cómo evoluciona.

Se lo llevaron.

Abby se quedó allí, un poco tambaleante. Stone la rodeó con un brazo y la condujo hasta una silla de la sala de espera.

—Ha dicho que había sido un accidente.

—No ha sido ningún accidente. Tres hombres. Grandullones y malintencionados, armados con bates.

—¿Cómo lo sabes?

Stone no respondió de inmediato. Se le acababa de ocurrir una cosa. Uno de los hombres al que había apaleado le había resultado familiar. Intentó acordarse de dónde lo había visto, pero no lo ubicaba.

—¿Ben?

—¿Qué? Oh, porque han venido a por mí en cuanto han acabado con Danny.

—¿Cómo os habéis escabullido?

Él se tocó la cintura.

—Me ha costado el cinturón, aunque he dejado malheridos a dos de ellos. El otro ha escapado. Tengo que llamar a Tyree para informarle. ¿Tienes su número?

Ella le pasó el teléfono y Stone hizo la llamada.

Después de explicarle lo ocurrido al sheriff y describir a los hombres y su camión, escuchó un momento y asintió.

—De acuerdo, estaremos aquí —respondió.

Stone le devolvió el teléfono a Abby.

—Vendrá a tomar declaración después de pasarse por el lugar de los hechos.

—Me cuesta creer todo lo que está pasando. —Sus palabras sonaron un poco falsas y Stone se sorprendió.

—Cuando te he llamado no pareció asombrarte que Danny hubiera sufrido una agresión.

Ella no lo miró.

—Abby, ya sé que soy un forastero, pero he visto a esos tíos. Si Danny no se hubiera arrojado del vehículo, estaría muerto. Y quizás habrían vuelto para rematarlo.

Abby se secó los ojos con una mano.

—Últimamente pasan muchas cosas en Divine. Cosas raras.

—¿Por ejemplo? ¿Danny se marchó por eso y ahora a alguien le molesta que haya vuelto?

—No sé por qué se marchó. No quiso decírmelo.

—Abby, vi a Danny llorando como un desconsolado encima de la tumba de Debby Randolph.

Ella lo miró extrañada.

—¿Debby Randolph?

—Sí. ¿La conocía? ¿La quería?

—Salieron un par de veces en el instituto. Pero era la novia de Willie.

—¿Cómo murió?

—Se suicidó. Con una escopeta en un pequeño cobertizo detrás de la casa de sus padres.

—¿Qué motivos tenía para matarse?

—No sé. Supongo que estaba deprimida. Tyree está investigando el caso.

—¿Danny se marchó de Divine justo después de que ella muriera?

Abby hizo una bola con un pañuelo de papel y asintió lentamente.

—¿Te había hablado de Debby recientemente? —insistió Stone.

—No. —Se secó otra vez los ojos.

—Entonces, ¿a qué cosas raras te refieres?

—Cosas.

—Abby, ¿podrías especificar un poco más?

—Justo antes de que Danny se marchara se cometió un crimen.

—¿Un asesinato? ¿De quién?

—Un tipo llamado Rory Peterson.

—También vi su tumba. ¿Quién lo mató?

—No sé. Tyree todavía está investigando al respecto.

—¿Quién era Peterson?

—Un contable. También ayudaba a gestionar el fondo de la localidad.

—¿El fondo de la localidad?

—Divine ha pasado por muchos altibajos y por eso decidimos probar otro sistema. Todo el mundo aportó algo de dinero, los empresarios, la gente corriente. Yo puse más que la mayoría porque tenía más dinero. Lo depositamos todo en un fondo de inversión que ha funcionado muy bien. Rory llevaba las cuentas. El fondo paga dividendos trimestralmente. Ha sido una bendición para la gente del pueblo. Ha permitido que algunos negocios que iban mal continúen abiertos. La gente ha podido conservar la casa, pagar deudas, sobrevivir en tiempos difíciles.

—Dices que Peterson llevaba la contabilidad. ¿Se estaba quedando dinero y a alguien le sentó mal?

—No lo sé. Sé que Rory tenía contactos en Nueva York. Él era de allí. Ése es otro de los motivos por el que el fondo iba tan bien. Nos consiguió buenas condiciones con algunos fondos de rentas patrimoniales privados de allí. Al menos eso dijo. Los conocía de la época en que había trabajado en Nueva York. Fondos que no están muy controlados a nivel oficial, por lo menos a juzgar por los dividendos que recibo.

—¿Es posible que Danny estuviera implicado en eso de algún modo? ¿O Debby?

—No veo la relación. Danny nunca ha sido espabilado para los negocios. Sus intereses son mucho más básicos. Debby era artista. No tenía nada que ver con el fondo.

—Pues los tíos de esta noche no parecían de Wall Street, la verdad.

El teléfono de Abby sonó. Respondió y se lo pasó a Stone.

—Es Tyree.

—Ben —dijo el sheriff—, he ido al sitio que me has indicado. No había nadie y no he encontrado nada. Ni bates, ni sangre ni cinturón.

—Deben de haber vuelto para no dejar ningún rastro.

—¿Qué tal está Danny?

—Le están haciendo unas pruebas.

—¿Sabes quién le atacó?

—Dijo que fue un accidente.

—¿Y estás seguro de que no lo fue?

—Sí, a menos que consideres un accidente el que tres tíos vayan por ahí atizando a chicos con bates de béisbol.

—Voy para allá para hablar con Danny. ¿Cómo está Abby?

Stone la miró.

—Resistiendo.

Colgó y le devolvió el teléfono.

—Voy a buscar un café. ¿Te apetece uno?

Ella negó con la cabeza e intentó sonreír.

—No, gracias. Me quedaré aquí hasta que me confirmen que Danny se pondrá bien.

Stone se marchó a buscar una máquina de bebidas y estiró el brazo herido. Entonces se le ocurrió lo obvio. Willie Coombs seguía allí.

Crack y pupilas encogidas. Y ahora Danny había recibido una paliza brutal. Y una mujer muerta en medio de todo aquello.

El café podía esperar. Tenía que hablar con Willie.

OceanofPDF.com

33

El móvil de Knox sonó. El número aparecía como «privado». Vaciló antes de responder.

—¿Diga? —Knox tardó unos instantes en reconocer la voz de su interlocutor—. ¿Finn?

—He pensado en lo que me dijiste y creo que quizá te interese saber una cosa.

Knox cogió un pequeño bloc y un bolígrafo de la encimera de la cocina.

—Soy todo oídos.

—Estuve en el Centro de Visitantes con Oliver. Eso no es ninguna sorpresa para la gente de la CIA. Carter Gray también estaba allí, al igual que el senador Simpson.

—¿Qué estabais haciendo todos allí? ¿Celebrando una fiesta previa a una inauguración?

—Realizando un intercambio. Mi hijo a cambio del senador Simpson.

Knox se quedó de piedra.

—¿La CIA secuestró a tu hijo?

—Y nosotros secuestramos a un senador.

—¿Por qué Simpson?

—Él, Gray y Stone tienen una historia en común. Y no es buena.

—Ya me parecía que no eran amigos íntimos.

De todos modos, realizamos el intercambio, le dimos a Gray todo lo que quería, incluyendo un móvil que Stone tenía con una grabación.

—¿Grabación de qué?

—No lo sé, pero es el motivo por el que Gray dimitió de su cargo de zar de los servicios de inteligencia.

—¿Algún trapo sucio?

—Eso parece.

—Deduzco que después de realizar el intercambio no pensaban dejaros marchar así como así.

—Podría decirse que Gray tenía una idea distinta acerca de cómo saldríamos de allí. Vivos o muertos.

Knox escribía rápido y garabateaba preguntas en los márgenes.

—Una pregunta: ¿Milton Farb fue víctima de esa pequeña escaramuza?

—Está muerto, ¿no? Stone iba a sacarnos a todos de allí por una ruta planificada previamente. Sabía que Gray intentaría jugársela, por lo que tenía un plan alternativo. Pero mientras estábamos saliendo de allí, uno de los hombres de Gray mató a Milton. Stone decidió volver a entrar. —Finn hizo una pausa—. Yo le acompañé.

—¿Por qué?

—Salvó a mi hijo. Me salvó a mí junto con todas las personas que me importan. Estaba en deuda con él.

—Bueno, es comprensible. —Knox apretó el extremo del boli con los dientes.

—Otra cosa. Antes de que Simpson saliera del edificio, le gritó algo a Stone.

—¿Qué le dijo?

—Que él había sido quien había ordenado atacar a Stone y su familia cuando él pertenecía a la Triple Seis y Simpson estaba en la CIA. En ese ataque, su mujer fue asesinada y su hija desapareció. Stone se salvó y ha estado huyendo desde entonces. Le arrebataron todo lo que tenía, Knox. Todo.

—¿Por qué querían acabar con uno de los suyos?

—Él quería dejarlo. Se había hartado. Pero no pensaban permitírselo — se limitó a decir Finn.

Knox se acomodó en una silla y miró por la ventana hacia el pequeño jardín delantero mientras asimilaba la información.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Por dos motivos. Debido a algo que sucedió hace mucho tiempo relacionado con Gray y Simpson, mi familia y yo somos intocables para el gobierno de Estados Unidos. No van a venir por nosotros, independientemente de lo que diga o deje de decir.

—Sí, ya me lo había parecido. ¿Y el segundo motivo?

—Todavía tengo contactos y me he informado sobre ti. Te considero un buen tipo que está en un aprieto. Antes de que acabe todo esto quizá necesites un salvavidas más que cualquier otra persona.

—Espero que te equivoques, pero te agradezco la ayuda.

—Otra cosa más. Si intentas encontrar a Oliver Stone, no pienso desearte suerte.

—Lo entiendo.

—No es sólo por el motivo que crees.

—¿Cómo dices?

—Como he dicho, estuve con él la noche del Centro de Visitantes del Capitolio. Tenía un rifle de francotirador de hace treinta años y un objetivo mierdoso. Al otro lado había un grupo de expertos paramilitares de la CIA armados hasta los dientes con una ventaja de seis a uno. Pero nosotros salimos ilesos y ellos no. Nunca he visto nada igual, Knox, y he estado como SEAL en prácticamente todos los lugares del mundo donde hay conflictos. Oliver Stone es el hombre más honesto que conozco. Nunca decepciona. Es un tipo de palabra y daría su vida por sus amigos sin pensárselo dos veces. Pero con una pistola o un cuchillo en la mano, deja de ser humano. Conoce métodos para matar inimaginables. Así pues, si te cruzas con él tienes muchas posibilidades de palmarla. Pensaba que debías saberlo.

Finn colgó y Knox se quedó mirando por la ventana mientras trazaba garabatos absurdos en el papel.

La información que Finn acababa de proporcionarle, si bien resultaba apremiante e interesante, no tendría por qué afectarlo en lo referente a la misión que le habían encomendado.

Pero sí le afectaba.

A Knox no le había extrañado que su agencia no tuviera, ni mucho menos, las manos limpias. Su trabajo era sucio por definición. Pero aunque él era un veterano del mundo de la inteligencia, había algo en su interior — quizás en el fondo del alma, si es que todavía tenía— que se le había encogido de rabia al oír lo que Finn le había contado sobre John Carr y cómo su país lo había maltratado una y otra vez.

Hay cosas que están bien y otras que están mal, pero a veces cuesta diferenciarlas. También sabía que la justicia y la injusticia se confundían muy a menudo. No había respuestas fáciles y, fuera cual fuese el camino que uno tomara, el de arriba, el de abajo o, lo más probable, el del medio, muchas personas odiarían el resultado y muchas otras lo aplaudirían. Lo curioso del caso es que, en cierto modo, todas tendrían razón.

Sin embargo, mientras Knox cavilaba sobre todo aquello, le pareció que John Carr, independientemente de lo que hubiera hecho aquella mañana gris y lluviosa de hacía unos días, se merecía vivir como un hombre libre, si bien no atañía a Knox tomar esa decisión. Se dijo que tendría que verificar lo que le habían contado. Entonces actuaría en consecuencia.

34

Las horas de visita del hospital hacía mucho que habían pasado, pero una enfermera comprensiva dejó entrar a Stone en la sala después de que se identificara.

—Es verdad —dijo la chica—. El doctor Warner me lo comentó. ¿Quién habría dicho que el motor de un coche sirve para reanimar el corazón de una persona?

«Alguien que haya estado en una guerra».

Willie estaba incorporado en la cama y conectado a un gota a gota. Llevaba otros cables acoplados al cuerpo, que enviaban la información a un monitor en el que aparecía una sucesión de líneas y números.

Cuando Stone entró, el muchacho abrió los ojos.

—¿Quién coño eres?

—Ben. Ayudé a tu abuelo a traerte aquí.

Willie le tendió la mano.

—Mi abuelo me lo contó. Supongo que te debo la vida.

—Parece que estás mejor.

—No me siento demasiado bien.

—¿Te han dicho cuánto tiempo vas a estar aquí?

—No. Todavía no sé qué demonios pasó.

—Tomaste una sobredosis.

—Eso ya lo sé. Lo que no sé es cómo pasó.

—¿Qué te han encontrado en la sangre?

—Los módicos dicen que oxicodona mezclada con otras sustancias.

—Eso lo explicaría.

—Pero no tomé nada de eso. Esa mierda es cara si no la compras con receta. En la calle, una pastilla vale un par de cientos de pavos.

Stone acercó una silla y se sentó al lado de la cama. Willie Coombs tenía el pelo castaño y largo y facciones agradables, aunque alrededor de los ojos y labios ya habían empezado a asomarle pequeñas líneas de expresión. Se parecía a Danny Riker, pero más ajado.

—Bueno, ¿qué tenías y qué tomaste?

—Oye, ¿eres de la secreta o qué?

—Si lo fuera sería un caso claro de confesión inválida.

Willie exhaló un largo suspiro.

—Estoy demasiado cansado como para que me importe una mierda. Lo que hago normalmente es conseguir unos parches de fentanilo, los parto en dos, exprimo el jugo, lo caliento y me lo inyecto en los pies. Te da un buen subidón, como la heroína.

—¿El fentanilo? China blanca, ¿no?

—Hablas como si supieras de drogas.

—¿Dices que eso es lo que haces normalmente?

—Se me acabaron las recetas. Así que compré crack en la calle, normal y corriente. Nunca me había pasado algo así.

—Bob ya me dijo que era crack.

Willie se sorprendió.

—Pues si te lo dijo, ¿por qué coño me lo preguntas?

—Me gusta confirmar las cosas con una fuente fidedigna.

—¿Seguro que no eres poli?

—Qué va. Pero el crack es un estimulante. Las pupilas se te habrían dilatado, no contraído.

—Y yo qué sé.

—¿Cómo puedes tomar crack y luego ir a trabajar a las minas?

—Tenía un par de días libres. Estaba de baja —se apresuró a añadir.

—¿Seguro que esa noche no tomaste oxicodona?

—No la habría tomado aunque hubiera tenido.

—¿Por qué no?

—El doctor Warner me la recetó cuando me rompí el brazo en la mina hace un par de años. Me provocó una especie de reacción, así que no tomo esa mierda.

—¿Tomaste algo más? ¿Algo que recuerdes? De comer o beber.

—Tomé un par de birras. Compré algo de comida para llevar en el Rita's.

Stone se puso alerta.

—¿Qué comida?

—Hamburguesa con patatas y nachos a la plancha.

—¿O sea que comiste, bebiste y luego te metiste el crack?

—Sí. Empecé a ponerme nervioso y divagar y tal, pero como estaba solo no me preocupé. Antes de acostarme tomé un poco de Tylenol. De todos modos, siempre lo tomo, cada noche. Acabo de cumplir veintitrés años, pero hay días que me siento como si tuviera sesenta.

—¿Tylenol?

—Entonces recuerdo que apareció el abuelo. Y es cuando la cosa empezó a ponerse rara.

—¿Quién sabía que tomabas Tylenol todas las noches?

—Pues no es que fuera ningún secreto. Aquí mucha gente toma pastillas.

—Sí, he empezado a darme cuenta —repuso Stone con sequedad—. ¿O sea que cualquiera podría haberlo sabido?

—¿Adónde coño quieres ir a parar, tío?

—Si alguien hubiera sustituido el Tylenol por pastillas de oxicodona eso explicaría cómo acabó en tu organismo. ¿Cuántas tomaste?

—Un par por lo menos, me parece.

—¿Quedó alguna en el bote?

—Unas cuantas.

—¿Recuerdas si eran como las pastillas de Tylenol?

Willie se incorporó, por lo que tensó los tubos del gota a gota y los cables.

—¿Insinúas que alguien intenta matarme? ¿Quién coño querría hacer tal cosa?

—Eso debes de saberlo tú mejor que yo, Willie.

—Dudo que alguien vaya a por mí para robarme la caravana, las armas y el arco de caza. Aparte de eso, no tengo mucho más.

—Olvídate del factor económico. ¿Alguien te guarda rencor?

—¿Sobre qué?

—¿Has cabreado a alguien? ¿Le has robado la novia a otro?

—Tenía novia —espetó Willie—, ¡pero está muerta!

—¿Debby Randolph?

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Es un pueblo pequeño. Me he enterado de que se suicidó.

—Sí, eso dicen.

—¿Tú no lo crees?

—¿Qué putos motivos tenía ella para suicidarse? A ver, dime.

—Vi alguna obra suya en la tienda de artesanía. Tenía talento.

Willie adoptó una expresión orgullosa.

—Sabía dibujar y pintar, y modelar con arcilla. Se había montado un taller en un cobertizo detrás de la casa de sus padres. Allí es donde la encontró su madre —añadió con voz queda—. Por eso cogí la baja. Volví al trabajo después del funeral, pero, tío, estaba hecho un lío.

—Lo entiendo, Willie. De verdad que sí.

—¿Quieres ver una foto de ella?

Stone asintió y Willie abrió el cajón de la mesita y extrajo la cartera. Sacó una foto y se la pasó.

Willie y Debbie estaban uno al lado del otro. Willie, que era alto, le sacaba más de una cabeza a la menuda Debby. Tenía un pelo rubio ceniza, una sonrisa contagiosa y ojos que transmitían toda la calidez del mundo.

—Viéndole la cara queda claro que era una persona agradable.

Willie asintió lentamente mientras contemplaba el rostro de la difunta.

—¿Estaba deprimida?

—¡No, joder! Le había pedido que se casara conmigo y había dicho que sí. Más contenta que unas pascuas. Y de repente resulta que está muerta. —

La boca le tembló y las lágrimas empezaron a surcarle las delgadas y pálidas mejillas—. Por eso recaí en las drogas. No me quedaba nada.

—¿Contasteis a alguien que ibais a casaros?

—No, le pedí que no dijera nada hasta que le comprara un anillo. Quería demostrar a sus padres que iba en serio. Había ahorrado prácticamente todo el dinero. Acababa de salir del turno de la mina cuando me enteré. No me lo podía creer.

—¿A qué hora la encontraron?

—A primera hora de la mañana. Llevaba muerta varias horas, dijeron.

—Y nadie oyó el disparo.

—Viven en un pequeño valle. No hay vecinos cerca.

—Pero dices que fue en un edificio detrás de la casa.

—Su madre no oyó nada porque no llevaba los audífonos puestos. Toby, su padre, es camionero y estaba camino de Kansas cuando ocurrió. O sea que, a no ser que tenga orejas de elefante, tampoco oyó nada.

—¿De quién era la pistola?

—La del calibre diez de Toby.

—¿Le contaste al sheriff Tyree tus dudas?

—Hasta que me harté. Él no dejaba de decir: «¿Dónde están las pruebas, hijo?». En la pistola sólo estaban sus huellas y las de su padre. Estaba sola. Nadie tenía motivos para matarla, así que decretaron que se había suicidado. Qué listos.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que alguien quisiera matar a Debby?

—Nunca hizo daño a nadie. Era la mujer más dulce del mundo. Y era todo lo que yo tenía.

—Antes de morir, ¿estaba nerviosa o disgustada por algo?

Willie se encogió de hombros.

—No, yo no advertí nada.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—A eso de las once de esa noche. Parecía encontrarse bien.

Sollozó discretamente unos momentos y Stone guardó silencio.

Cuando Willie se recuperó, Stone preguntó:

—¿Te sorprende si te digo que a Danny Riker le afectó mucho su muerte?

Willie hizo una bola con los pañuelos de papel y la lanzó a la papelera.

—Supongo que no.

—¿Supones?

—Danny y ella habían salido juntos antes. Pero él salió con todas las chicas del instituto, así que en realidad no hubo nada.

—Danny también está aquí en el hospital.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Unos tíos le dieron una buena paliza. ¿Se te ocurre por qué?

—No. Danny y yo ya no somos tan amigos.

—Pero lo fuisteis.

—Íntimos. —Hizo una pausa—. Vino a verme aquí.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Charlamos un rato. Del fútbol americano de la época del instituto y tal.

—Fuisteis compañeros de equipo.

Willie sonrió y de repente Stone atisbó su juventud bajo las huellas de la mina.

—Tío, éramos el alma del equipo. Lanzó treinta y siete pases de ensayo en su último año y veintiocho fueron para mí. Los dos podíamos haber jugado para la Virginia Tech. Pero me acusaron de conducir bajo los efectos del alcohol y me rescindieron la beca, y Danny se lesionó la rodilla. Nuestros días de gloria son agua pasada. —La sonrisa se esfumó y la juventud se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido.

—¿Y Danny no te contó nada que explique por qué le agredieron?

—Nada. Me dijo que sentía mucho lo de Debby. Y me aconsejó que dejara las pastillas. Dijo que estaba pensando en marcharse otra vez y que quería que lo acompañase. Iríamos hacia el Oeste y empezaríamos de nuevo.

—¿Te interesaba la propuesta?

—Quizás. Aquí no hay nada que me retenga.

—Tengo entendido que la relación que teníais cambió cuando los Riker cobraron la indemnización, ¿no?

—Nuestra situación dio un giro radical por eso. Me refiero a que ellos tenían mucho y yo no tengo nada. Pero tendría que haberlo aceptado. No me debían nada. Y él perdió a su padre a cambio y tal. Sé lo que eso supone.

—Me han dicho que tu padre murió en un accidente de caza. ¿También trabajaba en las minas?

—No, era guarda en la prisión de Blue Spruce. Uno de sus mejores amigos fue quien le disparó, por equivocación.

—¿Quién?

—Rory Peterson.

—¿Peterson? Y luego acabó asesinado.

—Sí, pero eso fue hace poco. Mi padre murió hace más de dos años.

Stone comprobó la hora y se levantó.

—Tengo que marcharme.

—¿Danny se recuperará?

—No lo sé. Le han dado una paliza brutal. Pero mejor que te preocupes por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Si alguien intentó matarte dándote el cambiazo con las pastillas, es probable que vuelva a intentarlo.

OceanofPDF.com

Entrada la noche, Knox fue a Langley para hablar con unos viejos conocidos. En aquellos días, confiaba en ellos tanto como en cualquier otra persona. Lo más importante era que no podían ver a Macklin Hayes ni en pintura. Formuló las preguntas pertinentes y recibió las respuestas. Algunas le sorprendieron, otras no. No era más que el comienzo, pero ya sabía más que hacía unas horas.

La CIA había perdido un activo humano más o menos en la época de la desaparición de John Carr. Max Himmerling, apodado *Einstein* por sus compañeros, estaba a punto de jubilarse cuando murió en un accidente de helicóptero en el extranjero; su cuerpo acabó tan carbonizado que tuvieron que identificarlo mediante radiografías de la dentadura. Parecía la típica maniobra de Carter Gray para deshacerse de un agente que había cometido un acto imperdonable. Himmerling tenía casi setenta años, la aptitud física de una vaca y llevaba destinado en las oficinas de Langley los últimos treinta años. Por eso resultaba incongruente que apareciera en un helicóptero quemado en algún lugar de Oriente Medio. Sin embargo, nadie de la CIA ni del gobierno osaba poner en entredicho las circunstancias de la muerte de aquel hombre. Himmerling debía de haber hecho algo especialmente atroz, ya que había sido un hombre valioso para la CIA y Carter Gray. Aunque nadie se atrevía a decirlo en voz alta, a juzgar por lo que Knox averiguó, ese «algo» podía estar relacionado con John Carr.

Además había descubierto otra cosa. Los expedientes de la división Triple Seis no habían sido destruidos, como se había imaginado. La CIA, aparentemente reacia a deshacerse de ningún documento relacionado con su pasado, por políticamente incorrecto que pueda parecer transcurrido el tiempo, había trasladado esos documentos a otro lugar.

Y eso llevó a Knox a la siguiente fase de su investigación «paralela».

Lo condujo a varios lugares distintos, si bien era consciente de que los hombres de Hayes le seguían allá donde iba. De todos modos, tenía una buena tapadera: estaba realizando una investigación en nombre de Hayes. Tras muchas vueltas y revueltas a lo largo de la senda de la investigación, llegó a su destino. El complejo subterráneo de documentación de la CIA, bastante nuevo y ultra secreto, se encontraba en medio de una zona bucólica de ciento veinte hectáreas situada unos treinta y cinco kilómetros al oeste del Monticello de Thomas Jefferson, cerca de Charlottesville, Virginia. La CIA había comprado el terreno hacía más de veinte años por un precio excepcionalmente bueno que había costado al contribuyente estadounidense la friolera de once millones de dólares. Aquella había sido, con diferencia, la parte más barata del proyecto.

La finca contaba con graneros, establos, cercados e incluso una imponente mansión colonial de ladrillo, aparentemente propiedad de una multinacional con sede en Bélgica que, aparentemente también, la utilizaba para los retiros corporativos. De hecho, varias veces al año, largos convoyes de limusinas y todoterrenos con ejecutivos flamencos provistos de cámaras se dirigían a la mansión por el sendero de gravilla serpenteante. La CIA gastaba alrededor de un millón de dólares al año para perpetuar esa tapadera y consideraba bien empleado cada centavo invertido.

Unos ascensores de alta velocidad en el interior de la mansión y dos de los graneros permitían acceder a un complejo laberinto subterráneo de túneles de cemento, búnkeres y habitaciones protegidas contra todo tipo de escuchas. Parecía sacado de una película dejamos Bond, pero lo cierto es que había varios centros como ése repartidos por todo el país. En dos ocasiones, unas almas curiosas habían conseguido husmear en esas estructuras, una en el Noroeste y otra en Nevada, y habían visto lo que de

verdad se cocía en su interior. Knox nunca había sabido qué les había ocurrido a aquellos desventurados. Los equipos de desinformación de la agencia probablemente difundieran la historia de que habían sido abducidos por extraterrestres. Aquél era el coste de dedicarse a ese trabajo y velar por la seguridad de los estadounidenses. Bueno, salvo la de las personas que tuvieron la desgracia de husmear donde no debían.

Una vez terminado, el laberinto subterráneo había costado al pueblo americano más de mil millones de dólares, ninguno de los cuales constaba en ningún presupuesto del gobierno. Los trabajadores de la construcción fueron reubicados sin que llegaran a saber exactamente dónde habían estado. No obstante, guardar secretos era un asunto caro y la CIA tenía más secretos que la mayoría. Los gobiernos disponían de cientos de miles de millones de dólares para gastar en proyectos como aquél. Con ese presupuesto, no se alquilaban trasteros, sino que se construían ciudades de cemento bajo graneros desvencijados.

Mientras Knox descendía en el ascensor, repasó por enésima vez su siguiente paso. Disponía de prácticamente todas las autorizaciones existentes, pero no contaba con la necesaria para ir a donde creía que debía ir. Uno de los hombres que podía proporcionársela era Macklin Hayes. Conseguir que Hayes cooperase suponía que Knox tendría que engañar al jefe de los espías y además adelantársele en sus deducciones. Knox seguía sudando mientras el ascensor lo bajaba a toda velocidad hacia un lugar donde se mantenía una temperatura constante de dieciséis grados.

Al cabo de unos segundos, Knox caminaba con paso firme hacia su destino. Por el camino, pasó por más puestos donde comprobaron su documentación y fotografía, seguido por escáneres de retina y huellas dactilares, además de enseñar órdenes oficiales, autorizaciones y permisos varios a hombres de expresión adusta que lo examinaban a fondo antes de franquearle el paso a regañadientes. Por lo que parecía, a los espías ni siquiera les gustaba que otros colegas lucran a visitarles y husmearan en sus cosas. Knox contaba con una ventaja: un amigo que trabajaba allí. Marshall Saunders. Se sentó en el despacho de éste tras pasar media hora en el laberinto de las identificaciones.

—Cuánto tiempo, Joe —dijo Saunders, levantándose del escritorio para estrecharle la mano.

Allí abajo todo el mundo llevaba suéter y, de hecho, Knox notó que tiritaba a pesar de ir con americana.

—Has adecentado este sitio desde la última vez que vine, Marsh —comentó.

—Aquí todavía no han llegado los recortes de presupuesto. Cuestión de suerte, supongo.

Ambos sabían que era mucho más que cuestión de suerte. No se podía recortar lo que no tenía límites visibles.

—No te haré perder el tiempo. Estoy realizando un trabajo secreto para Macklin Hayes.

—Eso me han informado. Por cierto, ¿qué tal está el general?

—Igual. —Knox dejó que su amigo interpretara la respuesta como quisiera. Marshall, a quien todo el mundo llamaba Marsh, había estado tres años bajo el mando directo de Hayes. Eso suponía que si al morir acababa en el infierno, ya tendría una idea bastante aproximada de lo que le esperaba.

Knox le dijo lo que necesitaba y Marsh pareció incomodarse.

—Para eso tendré que llamarle.

—Lo sé —dijo Knox—. No obstante, lo recordé cuando venía hacia aquí; de lo contrario habría obtenido el permiso de antemano. No creo que haya ningún problema. —Y añadió con la mayor sonrisa que fue capaz de esbozar—: Por otro lado, si acabo desapareciendo, sabrás que estaba equivocado al respecto.

Marsh ni siquiera esbozó una sonrisa al oír esa broma burda y Knox pensó que no había sido muy acertado por su parte.

Marsh realizó la llamada y le pasó el teléfono a Knox.

Como si del estruendo lejano de una tormenta avecinándose se tratara, oyó berrear a Hayes.

—¿Qué pasa, Knox?

—Se me ha ocurrido esta otra opción, señor, pero tengo que revisar un par de documentos más.

—Explícame la nueva opción. Pero antes dile a Marsh que se vaya.

Knox miró a su amigo, que captó la señal, se levantó y se marchó. Si el espabilado agente se sintió ofendido porque lo echaran de su propio despacho, lo disimuló a la perfección.

Knox sujetó el auricular con fuerza.

—He encontrado una pista que me ha hecho pensar en algo del pasado de Carr.

—¿Qué parte de su pasado exactamente?

Knox no vaciló.

—La época de la Triple Seis.

—Knox...

—Ya sé qué me dijo, señor, pero tengo una teoría: si Carr perteneció a la Triple Seis y estaban matando a sus colegas de aquella época...

—Eso es coto vedado.

—Sé que Finn y su historia son intocables, pero si tengo que localizar a Carr, necesito comprender de dónde ha salido.

—No creo que sea relevante...

Knox se había esperado esa reacción y replicó:

—Con el debido respeto, señor, si usted decide lo que es relevante o no en este caso, búsquese a otro que le haga el trabajo.

—No intento...

—Si quiere resultados, general, entonces necesito asumir el control de la investigación. Me llamó para encomendarme un trabajo. ¡Déjeme hacerlo!

Knox esperó la respuesta intentando respirar con normalidad. Estaba convencido de cómo reaccionaría Hayes, y lo cierto era que podía recibir un duro castigo por tamaña insubordinación. «Un duro castigo». Por ejemplo, que lo enviaran a Afganistán de una patada en el culo para pasar una temporada en las montañas con los chicos de Osama en la frontera pakistaní.

—Soy todo oídos.

Knox suspiró de alivio y puso el piloto automático.

—Carr sabe que vamos a por él. Hace tiempo que huye. Como dijo, es leal a sus amigos. Quiere mantenerlos lo más al margen posible. Pero de todos modos necesita protección. Ayuda. —Knox hizo una pausa para dejar que fuera picando el anzuelo. Quería que fuera Hayes quien lo dijera; tenía que decirlo.

—¿Crees que recurrirá a algún ex triple seis para que le ayude?

«Bingo».

—Bueno, general, mírelo desde su punto de vista. Se carga a Gray y Simpson y huye. No puede contar con sus amigos. Sabe que la maquinaria se ha puesto en marcha para ir tras él, así que tiene que buscar protección en algún sitio. A estas alturas esos tipos ya están jubilados y en una situación de clandestinidad absoluta. Si consigo una pista sobre alguno que fuera íntimo de Carr y le sigo o le hago hablar, quizás encontremos a nuestro hombre. Es un atajo, pero podría funcionar. Sé que a usted le da igual cómo cumplimos nuestro objetivo, siempre y cuando lo cumplamos. Sabe tan bien como yo que cuanto más tiempo pase Carr por ahí, más posibilidades hay de que haga algo que nos perjudique.

Aunque Knox dijo «nos», en realidad quería decir «le».

Volvió a esperar. Casi era capaz de escuchar cómo las sinapsis del ex militar se ponían en marcha para sopesar desde todos los ángulos posibles la propuesta de Knox.

Desde todos los ángulos posibles, menos desde el verdadero, esperaba.

—Quizá valga la pena comprobarlo —reconoció Hayes al final.

—Y para que quede claro, ésta no será más que una línea de investigación tangencial. —Knox quería tranquilizarlo, aunque fuera de manera poco sincera—. Seguiré otras pistas al mismo tiempo. Lo único que cabe esperar es que alguna nos muestre el camino.

—Pásame a Marsh para que le dé las autorizaciones necesarias.

—Gracias, general. —«Eres un capullo», pensó.

Hayes indicó a Marshall lo que tenía que hacer y, al cabo de veinte minutos, condujeron a Knox hasta una de las zonas más seguras de una de las instalaciones más seguras del mundo.

36

Stone volvía a estar con Abby cuando Tyree irrumpió en Urgencias.

—¿Cómo está Danny? —preguntó al verlos.

—El doctor nos ha informado que se recuperará —dijo Abby con voz temblorosa.

Tyree se arrodilló y le cogió la mano.

—Gracias a Dios. ¿Has podido hablar con él?

—No.

El sheriff miró a Stone.

—Parece que siempre estás en el lugar adecuado en el momento adecuado. Primero Willie y ahora Danny.

—¿Alguna pista sobre esos tíos?

—Espero que Danny me lo cuente. ¿Tengo alguna posibilidad de que hable conmigo?

Stone señaló a un hombre con una bata blanca.

—Ahí está el médico.

Tyree se acercó al hombre y Stone habló con Abby.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—No. Me quedaré aquí. Si me marchara estaría demasiado angustiada.

—Entonces me quedo contigo.

—Ya has hecho suficiente. Le has salvado la vida a Danny. Por segunda vez. No sé cómo agradecértelo como corresponde.

—Abby, antes he hablado con Willie. Me ha dicho que Danny fue a verle ayer, y que los dos habían planeado marcharse juntos del pueblo, al Oeste.

—¿Willie sabe por qué alguien podría tener algo contra Danny?

—No, pero le he preguntado acerca de Debby Randolph. Dice que ella y Danny salieron juntos en el instituto, pero que no fue nada serio.

—No sé si Danny sabría ir en serio con una chica. Para él todo es juego y diversión.

—Willie no cree que Debby se suicidara, ya que le había propuesto matrimonio y ella había aceptado. La noche antes de que la encontraran muerta habló con ella a eso de las once. Estaba animada.

—No sabía que se lo había propuesto.

—Supongo que lo mantenían en secreto. Así que ahora tenemos a Willie en el hospital con una sobredosis de una droga que no tomó. Debby se suicida sin motivo aparente y Danny ha estado a punto de morir. Tiene que haber alguna relación.

—Yo no veo ninguna.

—Willie también me dijo que Rory Peterson fue quien mató a su padre por error.

—Pero eso ocurrió hace más de dos años.

—Aun así, quizá sea importante.

—¿Salimos un momento? Necesito un poco de aire.

Salieron a tiempo de oír el ruido de un aparato que pasaba por encima del hospital. Stone alzó la mirada.

—¿Un helicóptero?

Abby asintió y también miró.

—Va a Dead Rock. Transporte de prisioneros.

—¿No los llevan en un furgón?

—La mayoría de los presos que pasarán aquí el resto de sus días proceden de muy lejos, de zonas urbanas. Las carreteras de por aquí están hechas una pena y hay un montón de sitios para tender emboscadas. En cambio, es difícil ayudar a un colega a huir desde ahí arriba.

—Ya veo.

Abby se volvió para mirarlo.

—¿Qué hacías allí cuando te encontraste con Danny?

Stone contempló la camioneta de Willie con su petate en la parte trasera.

—Me marchaba del pueblo.

—Ajá. ¿Tiene algo que ver con el hecho de que Trimble quiera escribir un artículo sobre ti?

El se esforzó por aparentar sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Danny me dijo que viniste con él porque un coche del gobierno apareció donde bajasteis del tren.

—Me parece que lo ha malinterpretado.

—Si estás metido en un lío...

—No estoy metido en ningún lío, Abby.

—Me refiero a que si estás en un aprieto, quiero ayudarte.

—¿Por qué? Apenas me conoces.

—Has salvado a mi hijo. Y no sé explicar por qué exactamente, pero tengo la sensación de que te conozco de toda la vida.

Stone bajó la mirada y se puso a dar golpecitos en la acera con la punta del zapato.

—Te lo agradezco, Abby. De verdad que sí.

—Pero ¿vas a marcharte?

Él le lanzó una mirada.

—Yo no he dicho eso.

—Tampoco has dicho lo contrario. Todos tenemos problemas. No estás obligado a quedarte aquí para ayudarnos. Joder, esto no va contigo.

—¿Por qué no te marchas de aquí? Tienes suficiente dinero.

—¿Qué me vaya de mi pueblo? No, gracias. Yo no soy de esas.

—Pero Danny se marchó.

—Él no quería marcharse. Yo le obligué.

—¿Qué tú...?

—Este no es lugar para él. ¿Qué le ofrece este pueblo? ¿Trabajar en las minas o en la cárcel?

—¿Eso es todo? ¿Y qué me dices de las cosas raras que me has contado que ocurren aquí?

—Eso no tiene nada que ver contigo, Ben. Si tienes que marcharte, márchate. —Vaciló. A él le pareció que iba a añadir algo—. Será mejor que vaya a ver cómo está Danny. Y también pasaré a ver a Willie.

Abby lo dejó allí.

Stone se sentó en un murete de ladrillo. Una hora después seguía intentando decidir qué hacer.

Mientras estaba allí, empezó a llegar la brigada de mineros para el chute de metadona. Consultó la hora. Ni siquiera eran las cinco de la mañana. Observó a aquellos hombres huesudos mientras se apeaban de sus vehículos y entraban en la clínica antes de marcharse a pasar doce horas en los pozos del infierno, retorciendo el cuerpo de manera inhumana. Aquello sólo les causaba más dolor, les hacía tomar más analgésicos y caer en un círculo vicioso.

«Y todo para que las luces sigan encendidas en este país».

Volvió a mirar al cabo de unos minutos, cuando los hombres, con mirada ausente, se marchaban en sus Chevy y Ford polvorientos.

«Voy a empezar a usar velas y a prepararme la comida en una hoguera». Seguía allí sentado cuando Tyree salió y le informó que Danny se había negado a hablar de sus agresores.

—Sheriff —repuso Stone—, me parece conocer de algo a uno de los atacantes, pero no recuerdo de qué.

—Llámame en cuanto lo recuerdes.

Tyree se marchó al cabo de una hora y, finalmente, Abby salió, con ojos de sueño y encorvada.

—Danny se recuperará. Lo van a trasladar a una habitación dentro de poco. Creo que a una junto a la de Willie.

—Me alegro, Abby.

—Me ha dicho que les diste una buena tunda a esos cabrones.

—Tuve suerte.

—Que hayas tenido suerte una vez, vale. Pero dos veces, yo diría que no.

—Supongo que en el ejército me enseñaron un par de cosas de provecho. ¿Te llevo a casa?

—No, pero puedes seguirme. Prepararé café y el desayuno para los dos.

—Abby, llevas levantada toda la noche. No hace falta que te molestes.

—Sígueme a casa, Ben, a no ser que quieras marcharte del pueblo ahora mismo.

Se miraron de hito en hito.

—Me quedo, al menos de momento.

OceanofPDF.com

Cuando acabó en Charlottesville, Knox se dirigió al centro de Washington con la cabeza turbada por todo lo que había averiguado. John Carr había sido miembro de la Triple Seis. Tres componentes de su equipo habían sido asesinados hacía unos seis meses. El caso no sólo había quedado sin resolver sino que, al parecer, se había archivado. Knox se preguntaba si la inmunidad de Harry Finn guardaba relación con todo aquello. Sin embargo, no se lo planteó demasiado tiempo. Ya tenía repleta su agenda de problemas.

En la documentación oficial no constaba que Carr hubiera querido dejar la Triple Seis, si bien Knox tampoco había esperado semejante constatación. Los sentimientos personales, sobre todo si eran hostiles, nunca se reconocían oficialmente. Sin embargo, Carr había tenido una familia. Esa información se había anotado en los archivos aunque sólo fuera por motivos de seguridad y de valoración de amenazas. Carr aparecía oficialmente como «desaparecido en combate» en cierta fecha treinta años antes. Al contrastar esos datos con otras informaciones que había recopilado anteriormente, Knox llegó a la conclusión de que, al cabo de pocos días, el sargento John Carr, que milagrosamente volvía a estar alistado en el ejército y se había retirado poco después, había muerto en circunstancias misteriosas y había sido enterrado en Arlington. Resultaba asombroso ver

cómo la historia podía reescribirse tanto a gran escala como a escala personal.

Stone y Carr eran la misma persona. Aunque hacía tiempo que lo sospechaba, no estaba de más haberlo confirmado. Stone había huido de la Triple Seis. Al cabo de poco tiempo, habían enterrado un ataúd vacío con el nombre de Carr en la lápida blanca.

Más tarde esa misma mañana, Knox se sirvió una taza de café y la tomó junto a la encimera de la cocina mientras recorría con la mirada los artículos de la estancia que habían pertenecido a su esposa. No la había cambiado demasiado después de su muerte. La casa había sido de los dos, pero en realidad Patty la había hecho suya. Knox había pasado más tiempo en el extranjero que en su propio país. Exigencias de la profesión. Aquél era el espacio de ella. En cierto sentido, desde su muerte él sentía que no hacía más que arrendarlo.

El lugar al que se había dirigido en Washington era un centro de documentación periodística mantenido por el gobierno federal. No cabía duda de que los federales movían mucho dinero, pero había que reconocer que algunas de las cosas que compraban resultaban útiles. Durante los últimos días de Carr en la Triple Seis le habían destinado a Brunswick, en la zona de Georgia, con la tapadera oficial de monitor en el relativamente nuevo FLETC, Centro Federal de Formación de Agentes de la Ley. Según los registros diarios que Knox había encontrado, Carr se había ausentado bastante de su puesto. Knox había descubierto que, en varias ocasiones, cuando Carr no estaba en el FLETC, sino en algún otro lugar del mundo, una persona de interés para Estados Unidos había muerto o desaparecido.

Knox escudriñó los archivos periodísticos en busca de alguna información concreta. Tras buscar durante una hora, aunque sabía en qué semana se había producido, la encontró. Un artículo enigmático en el periódico local de Brunswick detallaba la desaparición de una pareja de la localidad y de su hija de dos años. Una foto con mucho grano de una mujer la identificaba como Claire Michaels. Su esposo John y su hija Elizabeth también habían desaparecido. Según el artículo, John Michaels era monitor del FLETC. Se rumoreaba que una organización contraria a la legislación

federal estaba implicada y que habían elegido como objetivo a los Michaels debido al trabajo de John. Knox buscó más noticias o cualquier otra novedad sobre el caso, pero no encontró nada. La CIA lo había ocultado todo con eficacia, desviando las sospechas.

Knox observó la vieja imagen en blanco y negro de Claire Michaels, que fotocopió de los archivos. Se preguntó si los fragmentos de otra foto de aquella mujer se encontraban en el gran orificio de bala del pecho de un senador de Alabama. Si hubiera estado en un casino, habría apostado todas sus fichas a que la foto adherida al periódico del senador Simpson aquella mañana aciaga era la de Claire Michaels, esposa de John Carr.

Bueno, Finn había dicho la verdad. Habían matado a la familia de Carr porque éste quería retirarse. A Knox le costaba aceptar que su gobierno fuese capaz de tratar tan cruelmente a un hombre que le había servido con lealtad durante tantos años, pero era muy probable que todo hubiese ocurrido así.

Se dirigió a su estudio-biblioteca. Perseguía a un hombre a quien su propio gobierno había traicionado. Ciertamente, la teoría de que Carr había acabado con Gray y Simpson era harto convincente. Knox miró la foto de su esposa en una pared. ¿Qué habría hecho él si hubiera descubierto que aquellos dos hombres habían matado a Patty? Se sentó y observó el suelo. Tal vez habría hecho exactamente lo mismo.

Por si fuera poco, el mismo hombre para el que Knox trabajaba había tratado a Carr de mala manera en Vietnam. Aquel héroe de guerra nunca había recibido un justo reconocimiento. Como ex militar, Knox se sentía indignado. Luchar ya era duro de por sí, y más aún sobrevivir cuando un capullo te niega algo que te has ganado con toda justicia. Y Knox seguía sin saber por qué Hayes le había negado la medalla a Carr. Si tuviera que aventurarse a dar una explicación, habría concluido que la culpa era de Hayes y no del heroico sargento.

El verdadero interrogante era el siguiente: ¿qué haría Knox a continuación? Tenía que seguir buscando a Carr, pero lo que hiciera cuando lo encontrara podía cambiar. Y eso lo convertiría en un traidor por ayudar al

enemigo. Podía acabar con su carrera, amargarle la jubilación, tal vez costarle la libertad o incluso la vida.

Todo por un hombre al que no conocía personalmente, pero a quien creía conocer mejor que a muchos de los que llamaba amigos.

¿Valía la pena arriesgarse tanto por John Carr?

Desconocía la respuesta. Al menos de momento.

OceanofPDF.com

38

Abby y Stone acababan de terminar el desayuno. Stone comió con voraz apetito, pero Abby apenas probó bocado.

Miró el plato de ella prácticamente lleno.

—Recuerda: Danny se repondrá.

—Ya. ¿Sabes?, no tendría que haber vuelto jamás.

—¿Y dices que sólo querías que se marchara porque aquí no hay trabajos decentes? Tienes un montón de dinero.

—¡No es por el dinero! Además, él odia la forma en que lo conseguimos.

—Mataron a tu marido, Abby. ¿De qué otra forma podía hacerse justicia? No es que se pueda enviar a prisión a una empresa entera.

—Pues alguien debería haber ido a la cárcel. —Se levantó, se sirvió otra taza de café y se sentó al lado de él—. ¿Tú sabes algo de la extracción de carbón en las montañas?

—Sólo que probablemente no me gustaría dedicarme a eso.

—Mi marido trabajaba en una mina de mala muerte. Supongo que no sabes cómo son.

—No.

—Pozos de poca envergadura, normalmente una brigada de un único turno y un capataz. No pagan tan bien como en las grandes y no hay seguro médico. Pero si te han encontrado restos de drogas en varios análisis de

sangre, los pequeños equipos tienden a ser más indulgentes que los grandes. Bonita alternativa.

—Así pues, ¿tu marido también tenía problemas con las drogas?

—Cavar en la tierra a cuatro patas revienta a cualquiera. Sam se operó tres veces de la espalda antes de cumplir los cuarenta. Se pilló una mano en la máquina de triturar las vetas del carbón. Pasó por el quirófano varias veces, aunque siguió teniendo la mano hecha polvo. El dolor era insoportable y las medicinas que le recetó el médico dejaron de surtir efecto al cabo de un tiempo. Cada día esnifaba oxicodona triturada por valor de seiscientos dólares.

—¿No los ayudan a superar las adicciones? ¿Aparte del zumo con metadona?

—No dejé de suplicarlo hasta que Sam lo intentó. Me destrozó el corazón verlo consumido después de varios días con el mono. Pero no fue capaz de continuar.

—Lo siento, Abby.

—A las empresas mineras les da igual, siempre y cuando pases los análisis de orina y vayas a trabajar. Ganan dinero y América se calienta.

—¿Cómo murió tu marido?

Ella dejó la taza y tendió la mirada más allá de Stone, quizás hacia el último día de vida de su marido.

—Cuando estás a trescientos metros bajo tierra hay muchas cosas de que preocuparse, pero, aparte de que se te caigan las rocas encima, existen dos prioridades: el dióxido de carbono y el gas metano. El primero te asfixia y el segundo te hace saltar por los aires. El metano acabó con Sam porque el medidor que la empresa le dio para comprobar un nuevo filón era defectuoso. Y lo sabían. La explosión provocó un hundimiento. Así fue.

Stone no supo qué decir, así que se limitó a mirarse las manos.

—Sí, ahora mismo hay un verdadero *boom*, el carbón y el gas natural salen a raudales de las montañas. Tiene gracia.

—¿El qué?

—La mayoría de la gente de por aquí utiliza propano o leña para calentarse y cocinar, ni carbón ni gas natural. A lo mejor nadie más sabe el

verdadero precio de extraer ese material de la roca, pero nosotros lo sabemos de primera mano. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Un joven recién salido del instituto con la orina limpia puede empezar en las minas cobrando veinte dólares la hora. En ningún otro sitio pagan tanto. Pero cuando llega a los treinta y cinco años tiene la espalda destrozada y está muy deteriorado, casi aparenta setenta años y tiene los pulmones llenos de mierda.

Al final lo miró y pareció enfocar la vista. Una lágrima le asomaba por el rabillo del ojo.

—Entonces, ¿te quedas o te vas?

Si a Stone le sorprendió la pregunta, lo disimuló muy bien.

—No voy a dejarte así, Abby.

Ella estiró la mano y le apretó el brazo. Él gimió de dolor sin querer.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es que... Bah, nada.

—Ben, ¿qué pasa?

—Uno de esos tíos me dio con el bate en el brazo.

—Oh, Dios mío, ¿por qué no lo has dicho?

—Abby, no es nada.

—Quítate la camisa.

—¿Qué?

—Que te la quites.

Cuando lo hizo poco a poco, ella exclamó:

—¡Cielo santo!

Tenía un cardenal negro y abultado del tamaño de una avellana en la parte superior del brazo izquierdo y el moratón se había extendido hasta el antebrazo.

Corrió al congelador a por una bolsa de hielo y se la colocó en la contusión.

—Vale, ya sé que eres un héroe, pero no hace falta ser estúpido —lo riñó—. Y si...

Se fijó en el pecho y el brazo. Stone siguió su mirada hasta las viejas cicatrices y marcas de bala.

Abby alzó la vista.

—¿Vietnam?

—Los mineros no son los únicos que tienen cicatrices —respondió él con voz queda.

Mientras el hielo surtía efecto, Abby salió de la habitación. Al cabo de media hora regresó. Se había cambiado de ropa y, a juzgar por el aroma, se había duchado y lavado el pelo. Ella le dedicó una mirada insondable mientras le examinaba el brazo.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, bien.

—Me alegro. —Se inclinó y lo besó. En el mismo movimiento, le rodeó la cintura con los brazos y él notó que le hincaba suavemente las uñas en la espalda. Antes de darse cuenta, Stone estaba devolviéndole el beso. Los labios de Abby tenían un sabor dulce y olía muy bien.

Stone notó que le deslizaba la mano por la espalda y se la apretaba, pero entonces se apartó.

—Abby, creo que no...

Ella le tapó la boca con la mano.

—No pasa nada. No hace falta que pienses. Vamos.

Le tomó la mano y lo condujo por las escaleras hasta su dormitorio. Cerró la puerta y le indicó con un gesto que se sentara en la cama. Se colocó delante de él y se desvistió.

Estaba de muy buen ver y tenía unas buenas curvas. Stone tragó saliva y se fijó en que llevaba tatuada una pequeña cruz cerca de la cadera izquierda. Ella se acercó a él y sus pechos cálidos entraron en contacto con aquel firme tórax. Empezó a masajearle los hombros y la espalda mientras emitía suaves gemidos en la oreja de él. Le quitó los pantalones con destreza. Al cabo de unos instantes los dos estaban tumbados en la cama.

Más tarde, se recostaron uno junto al otro mientras ella le sujetaba el brazo y le acariciaba el vello con suavidad.

—No había estado con nadie desde que Sam murió. —Se puso boca abajo y apoyó la barbilla en los brazos—. Ni una sola vez.

—Pues ocasiones no te habrán faltado, Abby. Eres... hermosa.

Ella le dio un beso en la mejilla y sonrió.

—Ocasiones sí; deseo por mi parte, no.

—¿Ni siquiera con Tyree?

—No tenemos esa clase de relación. Nos conocemos desde que éramos niños. Salimos una vez en el instituto y no congeniamos. Creo que él ahora querría más. Nunca se ha casado, pero yo no siento lo mismo por él.

—Yo también hace tiempo que nada de nada. Mucho tiempo. —Se preguntó si a Claire le habría importado lo que acababa de hacer. Después de casi cuarenta años de soledad, quizá lo habría entendido.

—¿Ocasiones o falta de deseo?

—Ambas.

Stone se colocó de costado y le frotó la espalda. Ella se estiró y sonrió. Tenía el pelo alborotado y le colgaban varios mechones delante de los ojos. Él retiró uno con cuidado y se encontró con una pupila verde que lo miraba fijamente.

—¿Alguna vez piensas en marcharte de Divine? —preguntó él.

—Continuamente.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Por miedo, supongo. Divine es como un pequeño estanque, pero lo conozco bien. Es difícil empezar de nuevo en otro sitio.

—Supongo que sí.

Stone se colocó boca arriba.

Ella se acurrucó a su lado y fue deslizándose la pierna por la de él.

—¿Te has planteado echar raíces en algún lugar?

—Muchas veces. De hecho creía haber encontrado el lugar perfecto, pero me equivoqué.

—¿Qué pasó?

—No era el lugar adecuado.

Ella le tocó ahí abajo.

Él le miró la mano.

—Abby, ya no tengo dieciocho años. No voy a estar preparado hasta dentro de un buen rato.

—Nunca se sabe. Cosas más raras se han visto.

—Eso no sería raro, sería un milagro.

Sonó el teléfono. Abby miró el reloj.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—¿El hospital?

—He hablado con ellos justo antes de desayunar. Y con Danny. Estaba bien.

—A lo mejor es el restaurante. La gente quiere su desayuno en el Rita's.

—Stone se alegraba del cambio de conversación.

—También les he llamado. Mis empleados han abierto el local.

Pasó por encima de Stone y cogió el teléfono. Él le puso una mano en el trasero y se lo pellizcó suavemente. Ella sonrió, le cogió la mano e hizo que le diera un cachete en la nalga. Luego se la soltó.

—¿Qué? —Miró a Stone—. No, no está aquí. Vale. Si lo veo podría preguntárselo, por supuesto. Sí, de acuerdo.

Colgó, se puso una almohada en el regazo y se sentó delante de él con las piernas cruzadas.

—¿Quién era?

—Charlie Trimble. Se ha enterado de lo de Danny y de lo que hiciste. Quiere hacerte unas preguntas. Parecía muy decidido.

—Perfecto. Bueno, no he cambiado de postura. No pienso responder a ninguna pregunta.

—Ben, escucha. Si no quieres hacerlo, vale. Pero si sigues negándote, Charlie empezará a investigar. Y, a no ser que te dé igual lo que pueda descubrir, lo más sensato sería hablar con él. Así se centrará en lo que pasó aquí y no en ti.

Stone abrió la boca y luego la cerró.

—¿Cómo es que además de guapa eres lista? No es muy justo que digamos.

—Pues he tenido suerte, supongo.

—¿Tienes su número?

—Sí, aunque también puedes presentarte en el periódico. Está al doblar la esquina del restaurante. No tiene pérdida.

—Llámale y dile que me pasará por allí esta tarde.

Abby se levantó para vestirse.

—¿Esta tarde? Podemos hacer muchas cosas mientras tanto. —Le puso el pie en sus partes pudendas con actitud juguetona.

—Suenan tentador, pero tengo que hacer algo que no puede esperar.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, un poco dolida.

—Te lo explicaré si lo encuentro.

Acabó de vestirse y se despidió.

Condujo la camioneta de Willie hasta la caravana. Al cabo de unos minutos, tras una búsqueda concienzuda, encontró el bote de Tylenol. Estaba vacío. ¿Acaso Willie había olvidado que había tomado las últimas pastillas? ¿Eran pastillas de oxicodona? Pero ¿por qué dejar un bote de medicinas vacío en el cajón? Mientras observaba la pocilga a la que Willie Coombs llamaba hogar, llegó a la conclusión de que un bote vacío en un cajón de aquel antro no demostraba nada. De todos modos, quizá fuera importante. Tal vez era lo que Shirley Coombs había ido a buscar.

Se lo guardó en el bolsillo y salió de la caravana en dirección a la camioneta.

Al cabo de unos instantes yacía inconsciente en el suelo, con una herida sangrante en la cabeza.

39

Stone se incorporó lentamente, le temblaban las extremidades, sentía punzadas en la cabeza y tenía el estómago revuelto. Se tocó el chichón. La sangre había coagulado en la herida. Al parecer llevaba un rato allí. Se puso en cuclillas y respiró hondo para contener el vómito.

Al final se levantó tambaleándose y miró alrededor, o por lo menos lo intentó. No veía absolutamente nada. Levantó una mano y rascó un techo bajo y duro.

Estaba en una cueva. Tomó aire y le entraron arcadas. No, estaba en una mina. Una mina de carbón. Y no tenía ni idea de cómo salir. Dio unos pocos pasos vacilantes y se paró en seco al oír un cascabeleo.

Retrocedió lentamente. Parecía haber más de una serpiente. Estar a oscuras con aquellos reptiles mortíferos constituía una pesadilla horrenda. La mayoría de las personas se quedarían petrificadas, a la espera de recibir una mordedura mortal. Stone no era imbécil y estaba asustado, pero no se había quedado paralizado. Extendió ambos brazos a los lados. Con la derecha rozó una pared y con la izquierda sólo aire. Se inclinó hacia la izquierda y entonces sí tocó los bordes rugosos de la roca. El pozo de la mina no era muy ancho. Alzó otra vez los brazos y tocó el techo bajo. Sabía que las serpientes cascabel veían poco en la oscuridad, pero sí captaban el calor corporal y percibían cualquier movimiento gracias a las vibraciones del aire.

Corría el grave peligro de ser mordido repetidas veces sin escapatoria posible. ¿Cuánto tardarían en encontrar su cadáver? ¿O sus huesos? Y entonces lo comprendió: por eso no lo habían matado antes. Allí moriría y nunca se descubriría. La gente supondría que se había marchado del pueblo. No hacían falta explicaciones ni encubrimiento alguno. Sin embargo, intuía que había algo más. Podían haberlo dejado en el pozo de la mina sin más, no era necesaria la guinda de las serpientes. Había sido un acto de malicia, un deseo de causar no sólo la muerte sino también pavor. Querían que muriera de una forma horripilante, además de solo y a oscuras. Entonces lo embargó el pánico, pero no por el motivo obvio.

«Abby».

Había estado con ella. Quizá lo supieran. Quizá pensarán que le había contado cosas. No estaba seguro de qué cosas, pero quizá fueran a por ella.

Fue palpando el techo hasta tocar lo que le pareció una viga de apoyo. Las vigas ayudaban a sostener el techo y evitaban que una lluvia de rocas lo aplastara, por lo que era comprensible que Stone se sintiera agradecido. Pero lo más importante era que en la viga había un cacharro para la luz sujeto con una robusta placa metálica. Como era de esperar, la luz no funcionaba. Sin embargo, no necesitaba luz sino el cacharro de metal.

Retrocedió, alejándose de las serpientes con el brazo levantado hacia el techo. A poco más de un metro, rozó otra viga y otro cacharro. Y un metro más allá, otro.

Calculó que las serpientes estaban entre él y la salida de la mina, por lo que regresó lentamente hacia los sonidos. Aquellos reptiles no tenían oído, por lo que no se oían a sí mismos, pero el cascabeleo era una señal destinada a la presa o el depredador, alertaba que la serpiente estaba enroscada y lista para atacar. Con cada paso vacilante, Stone se preparaba para recibir una mordedura. Cuando llegó a la primera viga que había tocado, alargó la mano y aferró el cacharro metálico. Rogando que fuera lo suficientemente fuerte para aguantar su peso, se elevó en el aire con las piernas dobladas hasta la altura del pecho. El brazo herido le dolía lo indecible, pero se centró en lo que estaba haciendo y ahuyentó el dolor. La división Triple Seis había hecho un gran trabajo inculcándole esa técnica en

el centro de formación de Murder Mountain, ya que eran expertos en causar toda suerte de dolores intensos, tanto físicos como mentales.

Se balanceó para coger impulso y luego se lanzó hacia delante con la mano estirada, como si estuviera en una estructura de barras similar a las que había utilizado durante su entrenamiento básico. Cerró la mano alrededor del siguiente cacharro. Manteniendo las rodillas en alto, soltó el primero y siguió avanzando. No tenía ni idea de si una serpiente podía atacar hacia arriba y morderle el culo, pero tampoco tenía ganas de averiguarlo.

Cuatro vigas más allá, y después de estar a punto de caerse por saltarse un cacharro, se paró a escuchar, colgado con las rodillas contra el pecho. Ya no se oían los cascabeles, pero todavía no quería dejarse caer al suelo. Siguió balanceándose hasta que la mano que tenía más adelantada tocó una pared de roca.

«¡Mierda!».

¿Se había equivocado de dirección? ¿O acaso las serpientes habían pasado por su lado mientras yacía inconsciente? ¿O quien lo había dejado allí, previendo lo que haría, había colocado las serpientes en el lado contrario a la salida? ¿O es que aquello era una pesadilla e iba a despertarse en cualquier momento?

Los brazos empezaban a pesarle y bajó las piernas con cuidado para apoyarse en el suelo. Estiró otra vez los brazos para calibrar el ancho de la galería. Tocó lo que le pareció la pared ciega y siguió avanzando por ese lado, sin toparse con nada. Desconcertado, al final cayó en la cuenta de lo que pasaba.

«Idiota de mí».

Aquello era un giro o recodo en la galería. Recuperó el sentido de la orientación, recorrió la roca con los dedos y avanzó aguzando el oído por si había más serpientes cascabel. Al cabo de unos minutos chocó contra madera.

Habían tapiado con tablas la entrada de la mina. Se veía un fino rayo de luz en el borde de la madera. Se planteó sus opciones, algo relativamente sencillo porque no tenía ninguna. Retrocedió unos pasos, trastabilló y cayó

de culo con el hombro magullado. Se dispuso a ponerse de pie y entonces rozó algo metálico con los dedos. Era largo y fino. Lo palpó. Era una especie de barra o mango.

Lo introdujo por un lateral del entablado y empezó a hacer palanca. Los clavos del marco cedieron un poco. Tanteó en otro punto y aplicó su peso contra la barra, aunque los pies le resbalaron y se deslizó por el esfuerzo. Al cabo de veinte minutos y mucho sudor, el borde superior derecho del entablado cedió y un gran haz de luz iluminó la mina. Animado, Stone se esforzó al máximo y, al cabo de otros veinte minutos, consiguió separar las tablas lo suficiente como para escurrirse por allí y caer de espaldas al suelo.

Exhaló un profundo suspiro de alivio. Luego, parpadeando con rapidez, miró alrededor intentando averiguar dónde estaba. Ni idea. Había un camino de tierra ennegrecida. Tardó unos instantes en comprender el motivo: años de tránsito de camiones cargados con carbón. Los neumáticos habían hundido el polvo negro y los fragmentos de roca en la arcilla rojiza y el negro había predominado. Se miró la ropa: también estaba negra. Se sacudió un poco el polvo y bajó por el camino. Se mantuvo alerta por si su agresor montaba guardia para que no escapara de aquella trampa mortal entablada.

Un kilómetro y medio más abajo dejó atrás el bosque y enfiló un camino de grava. En cuanto las piedrecillas crujieron bajo sus pies recordó una cosa y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. El frasco vacío de Tylenol había desaparecido. Perfecto. Tenía una fea herida en la cabeza y, encima, había perdido la única prueba que había encontrado en aquel lugar cada vez más peligroso.

Hizo autoestop y un camión lo llevó hasta el Rita's. Entró por la parte trasera, pero Abby no estaba allí. La llamó a casa desde el restaurante, pero no recibió respuesta. Fue a la caravana de Willie, cogió su camioneta, condujo rápidamente hasta la Finca de una Noche de Verano y se la encontró justo saliendo de su casa.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —le preguntó ella nada más verle.

Cuando se lo contó, Abby lo miró fijamente.

—Oh, Dios mío, Ben —balbuceó sorprendida—. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Has hablado con Danny?

—Hace un momento. Precisamente ahora iba a verle.

—Te he llamado desde el restaurante.

—Me pareció oír el teléfono, pero me estaba secando el pelo. ¿Qué vas a hacer?

Exacto: ¿qué iba a hacer?

—Iré a ver a Trimble, y luego me reuniré con Tyree para ver qué ha averiguado. —La cogió del brazo—. Abby, quiero que vayas con cuidado. Sé que tienes una escopeta. ¿También alguna pistola?

—Sam tenía un par. Están en el armario de arriba.

—¿Sabes disparar?

—¿Le estás preguntando a una chica de las montañas si sabe disparar?

—Vale. ¿Te importaría prestarme una pistola?

—No se me ocurre nadie que la necesite más que tú en estos momentos.

Entraron en la casa y Stone cogió las pistolas. Las cargó y le dio una a Abby.

—Me gustaría poder estar en contacto contigo en todo momento, pero no tengo móvil.

—Usa el de Danny, está en su habitación. —Abby se fijó en lo sucio que iba—. No puedes ir a ver a Charlie con esa pinta. Dúchate y cámbiate de ropa.

Stone miró hacia el coche. No se le había ocurrido comprobarlo. Miró en la cama. El petate ya no estaba.

—Es que... no tengo más ropa que ponerme.

—Ven, tienes una talla parecida a la de Danny.

Abby lo acompañó a la habitación de su hijo y escogió ropa para él. Al salir de la ducha, las prendas estaban bien dobladas en una bolsa, salvo unos pantalones, una camisa y ropa interior.

Vestido y con un móvil y pistola en mano, Stone abrazó a Abby.

—Gracias, me reuniré contigo en el hospital más tarde —dijo.

Observó a Abby marcharse. Luego él se fue en dirección contraria para llegar a tiempo a la cita con Trimble. Acto seguido iría a ver a Tyree. Tenía que hacer bien la jugada. De lo contrario, el único futuro que le esperaba era yacer a dos metros bajo tierra o ir marcando los días del calendario en los muros de una prisión federal.

OceanofPDF.com

40

Un hombre se apeó de un coche y corrió hasta la puerta de Knox, que la abrió para recibir en mano un paquete. El hombre se marchó sin más.

Knox se sentó en el estudio, introdujo el DVD en el ordenador y las imágenes inundaron la pantalla. El artista y Leroy por fin habían coincidido. Las facciones digitales del supuesto John Carr con barba poblada le devolvieron la mirada. Según las instrucciones de Knox, el dibujante también había recreado imágenes sin la barba y las gafas. Knox las comparó con las viejas fotos de John Carr de sus días en el ejército y con instantáneas más recientes extraídas de los archivos de la CIA. Parecían el mismo hombre. Imprimió varias copias en color y corrió hasta su coche.

Los neumáticos del Rover chirriaron cuando salió disparado por el camino de entrada.

Aparcado en la calle, Caleb puso en marcha la furgoneta y le siguió.

—Parece que nuestro sabueso tiene una pista sobre el zorro —dijo Annabelle mientras bajaba los prismáticos.

Knox fue primero al National Airport y Annabelle lo siguió hasta el interior. Salió al cabo de una hora y se marchó.

Annabelle volvió a la Chrysler.

—Parece que no ha encontrado nada en el aeropuerto. Veamos adónde se dirige ahora.

La siguiente parada de Knox fue Union Station. En circunstancias normales, habría empapelado la estación con las imágenes del John Carr cambiado, las habría introducido en la base de datos del Metro, en todas las compañías aéreas y comisarías, pero en este caso no podía hacerlo. Si el FBI reconocía al hombre de barba poblada como aquel al que habían permitido escapar, se preguntarían por qué la CIA se interesaba tanto por él. A pesar de que Hayes había garantizado que mantendría a los sabuesos de la ley a raya, vete a saber.

En la estación, Knox tuvo la sensación de que le había tocado la lotería. A una taquillera le pareció reconocer el retrato-robot de Stone con barba y gafas. Había pagado en efectivo el billete de tren, pero la taquillera no recordaba qué nombre le había dado.

—¿Recuerda qué tren cogió?

—Sí. No hay mucha gente que pague en efectivo. Tomó el Crescent. A Nueva Orleans.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con alguien que viajara en ese tren? ¿Un revisor, quizá?

La mujer descolgó un teléfono. Al cabo de unos minutos Knox habló con un supervisor. El hombre efectuó unas llamadas y le dijo a Knox que estaba de suerte. Uno de los revisores de aquel tren acababa de regresar a la ciudad. Se presentó en la estación una hora después de la llamada del supervisor. Knox le mostró la imagen, pero el hombre no lo reconoció. Knox le entregó otro retrato-robot, éste sin barba ni gafas.

—Sí, podría ser el hombre que se enzarzó en la pelea.

—¿Pelea?

—Vapuleó a tres jóvenes en el tren.

—¿De veras?

El revisor le contó el altercado, que había acabado con Stone y un joven bajándose en la siguiente estación. Le dijo a Knox el nombre del pueblo.

—Se negó a enseñarme la documentación. Prefirió bajarse del tren. Me pareció un poco sospechoso.

—¿Tiene el nombre de los otros tipos?

—No. Dijeron que también se apeaban y eso hicieron. Así me ahorré tener que rellenar un informe para la policía. Dichosos gamberros.

—Descríbamelos a todos.

Cuando Knox terminó de anotar la información lanzó una mirada al supervisor.

—¿Podemos obtener el registro de billetes nominativos correspondiente a ese tren?

—Sí, pero no podemos relacionarlos con el rostro de cada viajero.

—No importa, me llevaré la lista de nombres. Quizá surja algo.

El revisor imprimió la información y se la entregó a Knox.

—Así pues, ¿se trata de algo importante? —preguntó, curioso.

—Tan importante que probablemente nunca vuelva a oír nada sobre el asunto. Y le recomiendo que olvide este encuentro.

Knox salió de la estación seguido por Annabelle.

El todoterreno de Knox dejó el aparcamiento con estrépito y la furgoneta le fue detrás.

El Rover iba cada vez más rápido y amenazaba con dejar atrás a Caleb y Annabelle. Cuando Caleb empezó a adelantar a otros coches para no perderlo, ella le dijo que no hacía falta.

—Pero lo perderemos...

—No, no lo perderemos. —Extrajo un pequeño dispositivo del bolso—. Cuando estuve en su coche en Georgetown, coloqué un transmisor bajo el asiento. Tiene un alcance de unos treinta y cinco kilómetros.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Lo siento. Tenía muchas cosas en la cabeza.

Caleb refunfuñó un poco antes de añadir:

—Ponerle ese chisme ha sido muy buena idea —reconoció.

—Así podemos rezagarnos un poco, por si se da cuenta de que le siguen.

—A mí me parece un tipo de los que miran el retrovisor a menudo.

—Y a mí.

—Entonces ¿Oliver cogió ese tren?

—Eso parece.

El Rover de Knox entró en la interestatal 66 en dirección oeste. Tras dejar Gainesville atrás, el Rover salió de la autopista.

—Me parece que el tren no va por ahí —dijo Caleb.

—Veamos adónde se dirige.

Al cabo de veinte minutos, Annabelle exclamó:

—¡Mierda! ¡Mi gran idea se va al traste!

Observaron a Knox subir a un helicóptero que se elevó en un alarde de poderío.

—¿Y ahora qué? —preguntó Caleb.

—Volvamos a Union Station. —Lanzó una mirada a Caleb con expresión dudosa—. Un momento. —Cogió la cámara—. Quítate la gorra de béisbol y el suéter.

—¿Por qué?

—Tengo que hacerte una foto. —Annabelle tomó la instantánea—. Pararemos por el camino en una tienda de fotografía. También necesito un aparato para plastificar y otros materiales.

—¿Qué tramas? —preguntó Caleb mientras arrancaba la furgoneta.

—Estás a punto de cambiar de profesión.

OceanofPDF.com

41

El helicóptero dejó a Knox a unos cuarenta y cinco kilómetros del pueblo en que Stone había bajado del tren. Allí le esperaba un todoterreno. El transporte aéreo había sido cortesía de Hayes, quien se había mostrado alentado por teléfono al saber que Knox por fin iba tras una pista sólida.

Había dado instrucciones claras a Knox: localizar a Carr pero no intervenir.

—Telefonéame y yo me haré cargo de la situación a partir de entonces.

«No lo dudo, general».

Cuando Knox entró en el pueblo optó por dirigirse al primer lugar que pareciera concurrido. Casi de inmediato divisó el letrero del T Sola. Aparcó, entró, se acomodó en la barra y pidió una hamburguesa. El local estaba bastante vacío, pero Knox pensó que si Carr había ido allí a tomar algo tras apearse del tren tal vez alguien recordara haberle visto. Enseñó el retrato-robot y formuló las preguntas de marras, pero al cabo de media hora salió de allí sin ningún resultado.

Al parecer, la gente que trabajaba allí no era muy observadora, o quizá no les gustaba ofrecer información sobre terceros. La única reacción que obtuvo ante el retrato-robot fueron leves movimientos de cabeza. El hecho de que mostrara sus credenciales tampoco había servido de mucho; de hecho, podría haberle perjudicado. Knox era consciente de que por aquellos lares el gobierno federal probablemente era tan querido como Bin Laden.

Descubrió que había una estación de autobuses, aunque estaba cerrada y no abriría hasta dos días después. Por lo que parecía, a los lugareños no les hacía falta viajar a diario.

Se sentó en el coche y estudió el mapa. Era una zona de topografía accidentada y pueblos escasos, y las carreteras serpenteantes que los unían eran de un solo carril en cada sentido. Decidió buscar un sitio para pasar la noche. Tendría que visitar la estación de autobuses cuando la reabrieran. Había preguntado por los empleados de la estación, pero, al parecer, trabajaban siguiendo una especie de circuito y no regresarían hasta dentro de dos días. Así pues, esperaba obtener alguna pista en la estación de autobuses, si es que entretanto no surgía algo. Si no tenía coche, probablemente había muy pocas formas de salir de aquel pueblo de mala muerte, y un autobús parecía la principal. Cabía suponer que Carr había utilizado ese medio de transporte.

El motel, cutre y de paredes pintadas de amarillo, tenía precios tan bajos que las dietas que le pagaba el gobierno lo cubrían de sobra. El servicio de habitaciones consistía en galletas saladas y refrescos suministrados por una máquina situada en el exterior de la diminuta recepción. Mostró el retrato-robot al encargado, quien negó con la cabeza y siguió viendo la tele con una lata de Bud en la mano. Knox dedicó otra hora a recorrer las calles, enseñando la foto a peatones y tenderos. O nadie había visto a Carr, o no querían admitirlo.

Knox se sentó en la cama de su habitación y tomó un sándwich de queso y mantequilla de cacahuete y una Coca-Cola *light*. Hizo *zapping* y de las guerras y los desastres naturales pasó a los escándalos de corrupción, los deportes y las carreras de NASCAR. Finalmente se decidió por un canal que emitía un episodio antiquísimo de *Happy Days*.

Carr era la presa y Knox el cazador. Por lo menos ésos eran los papeles oficiales. Pero tales roles podían intercambiarse en cualquier momento y, vista la destreza de Carr, la posibilidad de tal intercambio era bastante probable. Después de lo que había averiguado, Knox sentía cierta aprensión por el flanco trasero que tenía al descubierto, porque ahí era donde

acechaba el maestro de la emboscada y el reparto de culpas: Macklin Hayes.

Sacó el teléfono y marcó el número.

—¿Sí?

—Melanie, soy papá.

—Vaya, precisamente estaba pensando en ti. ¿Quieres que quedemos mañana por la noche? Tengo entradas para ir a ver *Wicked*.

—Lo siento, cariño. No puedo. Estoy fuera.

—¿Dónde? ¿París? ¿Amsterdam? ¿Kabul? ¿Tikrit? —preguntó con tono desenfadado, aunque Knox conocía lo suficiente a su hija para intuir la ansiedad que ocultaba su voz.

—Estoy un poco más al oeste que tú, en un entorno rural.

—¿Ahora los terroristas se ocultan en los valles?

—Nunca se sabe. ¿Has recibido noticias de tu hermano últimamente?

—Me ha mandado un email esta mañana, adjuntando unas fotos. Parece que está bien, aunque hay una mala noticia. Estaba previsto que su compañía regresara dentro de un mes, pero acaban de notificarles una prórroga de medio año. Al parecer, los talibanes están otra vez muy activos. Mark dice que van a trasladar a veinte mil soldados de Irak a Afganistán y que quizás acabe allí.

Knox masculló un improperio.

—Ya sé que no puede revelar dónde se encuentra, pero ¿sabes si está en la línea de fuego?

—Sólo decía que mantenía la cabeza gacha e intentaba cumplir con su cometido.

Knox se desplomó en la cama.

—Mira, ¿qué te parece si hacemos algo los tres juntos cuando él regrese? —propuso—. Podríamos ir de vacaciones al Mediterráneo. Los tres solos. Para relajarnos y tomarnos un respiro. Pago yo.

—Me encantaría. Pero ya sabes que probablemente gano más dinero que tú. ¿Qué le parece si yo también apoquino?

Mark es quien tiene menos dinero. Por servir a su país le pagan el salario mínimo.

—Insisto: pago yo. Tú tienes que ahorrar.

—¿Para qué?

—Para cuidarme cuando sea viejecito. No voy a dedicarme a esta mierda toda la vida.

Su hija advirtió el cambio de tono.

—Papá, ¿va todo bien?

—Sí, cariño. Y un consejo, no desperdicies unas buenas entradas para el teatro con un viejo chocho como yo. Búscate a un joven guapo que te acompañe a ver *Wicked*. Quiero nietos, ¿vale? Yo no voy a hacerme joven precisamente.

—Ya, vale.

—Te volveré a llamar pronto, hija.

—Adiós, papá. Y... cuídate.

—Eso siempre.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Seguro que estás bien?

Knox no quería vacilar, pero de todos modos lo hizo.

—Todo irá bien, Mel.

Colgó y soltó el teléfono encima de la cama. Ahora se sentía peor que antes. Sabía que había asustado a su hija y que no podía remediarlo. Quizás había querido asustarla. O por lo menos prepararla para cuando no regresara a casa, o incluso para cuando tuviera que ir a identificar su cadáver.

Recorrió con la mirada la lúgubre habitación. ¿En cuántos antros, pueblos de mala muerte y países de mierda había pasado la mayor parte de su vida? La respuesta estaba muy clara: en demasiados.

Se tumbó en la cama sintiéndose más solo que nunca.

—¿*Wicked*?^[2]

—Sí, yo sí que sé de perversiones, querida. Pero si te lo contara odiarías a tu padre, y antes prefiero comerme una bala de metralleta.

Sonó el móvil.

Era Hayes. Lo supo sin siquiera mirar. No quería responder, pero estaba obligado. Protocolo oficial, lo cual significaba que no quería que lo

traspasaran a una misión secreta en, por ejemplo, Teherán o Pyongyang.

—Joe Knox.

—¿Dónde estás? —espetó Hayes.

—De caza.

—¿De caza dónde en concreto?

—En el suroeste de Virginia.

—Eso no es lo bastante preciso.

—Para serle sincero, ni siquiera estoy seguro de dónde estoy y aquí la cobertura es una mierda, señor, apenas le oigo.

Hayes alzó la voz.

—¿Lo has visto?

—Si lo hubiera visto ya le habría llamado. Estoy siguiendo algunas pistas y tratando de obtener una ubicación más precisa.

—¿Por qué no dejaste que el helicóptero te llevara hasta allí?

«Porque entonces usted sabría exactamente dónde estoy». —Que un ingenio con hélice dejara a un federal en medio de este lugar habría levantado ciertas sospechas, ¿no cree? Si Carr está por aquí, no habría tardado en marcharse. Voy a fisgonear un poco y ya le informaré.

—No estoy muy de acuerdo sobre cómo estás llevando esto, Knox.

—Me dejo guiar por la intuición, señor. Lo hago lo mejor posible, teniendo en cuenta todas las prohibiciones de hacia dónde puedo mirar o los caminos que puedo tomar.

—En cuanto te enteres de algo, Knox... ¡llámame! —Y colgó.

Knox alzó la vista a tiempo de ver a Fonz pronunciar su frase característica en la tele.

—Espera sentado, cabrón —dijo Knox imitando a Arthur Fonzarelli.

OceanofPDF.com

42

Annabelle y Caleb entraron en Union Station y se dirigieron a la taquillera con quien Knox había hablado. Annabelle le mostró su placa falsa del FBI.

—Agentes Hunter y Kelso. ¿Ha venido aquí un hombre hace un rato a hacer preguntas y enseñar un retrato-robot? ¿Y ha dicho que se llamaba Joe Knox? ¿Y que pertenecía al Departamento de Seguridad Interior?

—Así es —respondió la mujer, nerviosa.

Annabelle dejó escapar un audible suspiro.

—Entonces tenemos un problema.

La mujer la miró angustiada.

—¿Cuál? Hemos ayudado al agente Knox lo mejor posible.

Caleb intervino.

—El problema es que no se llama Knox y no trabaja para Seguridad Interior.

La mujer palideció.

—Oh, Dios mío.

—Eso mismo digo yo —espetó Annabelle—. Debo entrevistar a todas las personas que han hablado con él. ¡Ahora!

Al cabo de unos minutos, Annabelle y Caleb estaban sentados en el despacho del supervisor. El revisor también estaba allí porque se había quedado en la estación para encargarse del papeleo.

—Pensábamos que era un agente federal.

—Claro. Probablemente les dijo que no dijeran nada a nadie sobre su presencia, ¿verdad? —dijo Annabelle.

—Es verdad.

—La típica excusa.

—Pero sus credenciales parecían auténticas —dijo el supervisor de Amtrak.

Caleb le mostró las credenciales para que las viera más de cerca. Todavía estaban un poco calientes porque Annabelle las había hecho durante el trayecto hasta la estación.

—Yo sí que pertenezco al Departamento de Seguridad Interior. ¿Se fijó si en el extremo superior derecho de la foto de su credencial había una «e» minúscula al revés, como en la mía?

Los ferroviarios intercambiaron una mirada y negaron con la cabeza.

—No sabía que tenía que mirar eso —reconoció el supervisor.

—Porque resulta que es un secreto —explicó Annabelle—. Para evitar que falsifiquen nuestras credenciales. Es una espada de doble filo, ¿saben? Es un secreto que se supone que la gente normal no debe saber. Pero creía que habían enviado una nota explicativa a los funcionarios públicos. Amtrak es una empresa pública, ¿no?

—Semipública —repuso el supervisor antes de añadir enfadado—: Y permítame que le diga que nadie del gobierno federal nos dice nada. Joder, muchos incluso cuestionan la necesidad de que exista servicio de trenes en este país. Teniendo en cuenta que las autopistas están colapsadas y los cielos repletos de aviones, y cuando todos los países civilizados construyen trenes y raíles a velocidad récord, cabe pensar que aquí también podrían plantearse.

—En la siguiente reunión de presupuesto romperemos una lanza por Amtrak —dijo Caleb con sarcasmo—. Pero ahora mismo tenemos que encontrar a ese farsante.

—Un momento, ¿no se supone que llevan cazadoras con el acrónimo en la espalda? —preguntó el revisor de tren.

—Sí —respondió Annabelle con impaciencia—. ¡Cuándo derribamos una puerta para arrestar a alguien, joder! No cuando vamos de incógnito para intentar pillar a un espía.

Caleb le dedicó una ensayada mirada torva junto con un rápido asentimiento de la cabeza.

—¿Es un espía? —exclamó el supervisor.

—Sí, eso mismo —reconoció ella—. Ahora necesito saber exactamente qué le contaron.

Los dos hombres les informaron mientras Caleb tomaba notas. Cuando acabaron, Annabelle dijo:

—No les culpo de lo ocurrido, y espero que podamos localizarlo gracias a la información que nos han facilitado.

—Deséennos suerte —dijo Caleb con acritud—. La vamos a necesitar porque nos lleva bastante ventaja.

Se marcharon rápidamente de regreso a la furgoneta.

—Buen trabajo, Caleb —dijo Annabelle.

—En la universidad estuve en el grupo de teatro. Tenía sueños, ¿sabes? No de llegar a Hollywood, Dios no lo quiera, sino de estar en un escenario.

—¿Querías actuar en Broadway y acabaste de bibliotecario? ¿Cómo es eso?

—Me encantaba ser actor, pero había un inconveniente que no fui capaz de superar.

—¿Qué inconveniente?

—Miedo escénico. Me pasaba horas enfermo antes de cada representación. Perdí tanto peso y tuve que cambiar tantas veces de vestuario que al final me vi obligado a dejarlo.

—Pues hoy has brillado como una estrella.

OceanofPDF.com

43

La entrevista con Charlie Trimble estaba yendo mejor de lo que Stone había esperado. Las preguntas eran corteses pero estaban bien preparadas. Sin embargo, de repente, el tono empezó a cambiar. El periodista estaba sentado en su vieja silla giratoria, con una expresión penetrante, lo cual incomodaba a Stone.

—Me resultas familiar de algo, Ben. ¿Nos hemos visto antes?

—No creo.

—¿Has estado en Washington alguna vez?

—Nunca.

Trimble se reclinó en el asiento y tamborileó con los dedos sobre el viejo escritorio.

—¿Por qué viniste aquí?

—¿Para asegurarme de que Danny estaba bien?

—¿Eso es todo?

—Ajá. —Antes de que Trimble formulara otra pregunta, Stone se lanzó

—: ¿Qué sabes de las muertes de Debby Randolph y Rory Peterson?

Trimble pareció desconcertado.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Intentaron matar a Danny y creo que alguien trató de que Willie muriera de una sobredosis.

—Hablé con Bob Coombs sobre el asunto. ¿Tienes alguna prueba?

—Sólo lo que me contó Willie y lo que los médicos encontraron en su organismo.

—Willie consume drogas, así que no es la persona más fiable del mundo.

—¿Has hablado con él? —preguntó Stone con tono abrupto. Trimble negó con la cabeza—. Entonces no estás en situación de valorar su credibilidad, ¿no?

Trimble se sonrojó, pero luego sonrió.

—Tienes razón. Tendré que hablar con él.

—Volviendo a mi pregunta: Danny y Willie están en la mira de alguien. Los dos conocían a Debby. Y Willie y ella se habían prometido en matrimonio.

—No lo sabía.

—Al parecer nadie lo sabía. Entonces supuestamente Debby se suicida. Willie considera que eso es imposible. Habló con ella la noche antes de que la encontraran muerta. Parecía estar perfectamente.

—El sheriff Tyree investigó todo eso. Parecía una locura que Debby hiciera una cosa así, pero todas las pruebas apuntaban al suicidio.

—Es fácil hacer que un asesinato parezca un suicidio si se tiene un poco de maña.

Trimble le lanzó una mirada aguda.

—¿Tú sabes de esas cosas?

—Sólo intento averiguar la verdad, señor Trimble.

—Llámame Charlie. ¿Y por qué estás tan empeñado en eso? Llevas aquí muy poco tiempo.

Stone se frotó el hombro y luego la cabeza.

—Digamos que no me gusta que abusen de mí. —«Por no mencionar a Abby»—. ¿Cómo mataron a Peterson?

—Un disparo. Probablemente durante un robo. La caja fuerte de su despacho estaba forzada. Parece que faltaban dinero y documentos. Tyree también ha estado investigando, pero no ha descubierto gran cosa, por lo menos que yo sepa. Él es todo el cuerpo policial del que disponemos aquí, o sea que no le sobran los recursos, que digamos.

—Podría llamar a la policía estatal.

—Podría. —Trimble sonrió—. O a lo mejor a su hermano.

—¿Su hermano?

—Howard Tyree. Es el alcaide de la prisión de Blue Spruce.

—No lo sabía.

—Bueno, me parece que no se llevan muy bien. O sea que mi sugerencia de que pidiera ayuda a su hermano fue una broma pésima.

Al cabo de unos minutos Stone se marchó de la redacción del *Divine Eagle* y se dirigió a ver al sheriff.

Lo encontró en su oficina revisando unos documentos.

Cuando le contó lo que le había pasado en el pozo de la mina, el policía casi se cae de la silla. Mientras se lo explicaba, Tyree empezó a asentir.

Cuando Stone hubo acabado, el sheriff dijo:

—En el hospital han confirmado que Willie tenía oxicodona en el organismo. Willie era alérgico a esa sustancia. Nunca la habría tomado voluntariamente. Además es bastante cara sin receta.

»Cientos de dólares por una sola pastilla. Aquí se abusa de fármacos que requieren receta. Dedico mucho tiempo a esa mierda. Una mancha negra en un sitio que, por lo demás, es muy agradable. Pero no se puede encerrar a todos los adictos. Joder, es que no habría mineros para trabajar. Intentan rehabilitarlos, les dan la dosis de metadona todos los días, pero no basta. Todos los policías de los pueblos mineros de los Apalaches sabemos que estamos librando una batalla perdida. Pero nos faltan recursos. Estamos desbordados.

—Es una zona bastante aislada. ¿De dónde sacan tanta droga? No es que haya una farmacia en cada esquina.

—La consiguen de varias maneras. Farmacias ilegales de internet, contrabando por la frontera con México. Más de un minero se ha ventilado los ahorros de toda una vida y su matrimonio por esa mierda. Por aquí se dice que la metanfetamina te mantiene despierto y la oxi te da el subidón.

—Sheriff, creo que existe una relación entre Danny, Willie y la muerte de Debby Randolph. —Y le contó que Willie la había pedido en matrimonio

y que había hablado con Debby la noche antes de que la encontraran muerta.

—No sabía que estaban prometidos, pero sí que Willie está convencido de que no se suicidó. Me insistió mucho al respecto. Pero todas las pruebas apuntaban al suicidio.

—¿Quién realizó la autopsia?

—El doctor Warner. No es patólogo a tiempo completo, pero está cualificado como forense. Y parecía un caso muy claro. Se puso una escopeta en la boca y apretó el gatillo. —Tyree no miró a Stone al decir esta última frase.

Stone reparó en ello.

—No pretendo decirte cómo hacer tu trabajo, pero es poco habitual que una mujer se mate con una escopeta —dijo—. Y teniendo en cuenta que aquí las drogas campan a sus anchas, habría sido más normal que se tomara unas cuantas pastillas y muriera discretamente.

—Lo sé. Es un quebradero de cabeza.

—Aquella noche vi a Danny encima de la tumba de Debby —informó Stone con prudencia.

Tyree se sorprendió.

—¿Dónde estabas?

—Detrás del muro de piedra. Oí algo y fui a ver. Iba a acercarme a Danny cuando apareciste.

Tyree se mostró incómodo.

—No he visto mayor locura en la vida. Ni siquiera entendía qué estaba haciendo allí. Lo atribuí a su carácter.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa que es impredecible.

—Abby le obligó a marcharse del pueblo.

Tyree se reclinó en el asiento y miró ceñudo a Stone.

—Nunca se molestó en decírmelo —dijo dolido—. ¿Y te lo ha dicho a ti?

—Supongo que temía por él. Y a juzgar por lo que le ha pasado en cuanto ha vuelto, parece que tenía razón. Y quizá le diera miedo contártelo.

—¿Por qué?

—Tú representas la ley. Quizá Danny estuviera metido en algún asunto turbio.

El enfado de Tyree se desvaneció.

—Supongo que es comprensible. Por cierto, he enviado la descripción que me diste de esos hombres a la policía estatal y a los sheriffs de otros pueblos. Pero a mí no me sonaban, y conozco a toda la gente de por aquí.

—Bueno, estaba oscuro y todo sucedió muy rápido. Tampoco es que los viera muy bien, así que mi descripción es aproximada. Pero pillé a Shirley Coombs fisgoneando en la caravana de Willie justo antes de que agredieran a Danny. Creo que buscaba algo.

—¿Cómo qué?

Stone le contó lo del bote de Tylenol.

—Y Josh Coombs murió víctima del disparo de su amigo, Rory Peterson, que fue asesinado en su despacho. Demasiadas coincidencias.

Tyree asintió.

—Hay muchos cabos sueltos —añadió Stone.

—Pero ¿cómo atarlos todos? Ése es el problema.

Stone se levantó.

—Me voy al hospital a ver a Danny y Willie.

—Bueno, dile a Danny que tiene que decidirse a contarme la verdad. Sólo con su ayuda llegaremos al fondo de todo esto. Y cuando su historia se sepa, esos matones no se atreverán a volver a acercársele.

—Se lo diré.

Cuando se disponía a marcharse, Stone se fijó en una escopeta de cañón largo que había encima de una mesa con una etiqueta.

—¿Qué es eso?

—La escopeta con que Debby se mató.

—¿Te importa?

—Adelante.

Stone cogió el arma. La sostuvo por la culata y luego por la boca.

Cuando volvió a dejarla en su sitio parecía perplejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tyree.

—No estoy seguro. Ya te lo diré.

Pero sí que estaba seguro. Él medía más de un metro noventa y tenía brazos largos. Había probado si con la boca del arma en la suya habría podido apretar el gatillo. A duras penas. Recordó la foto de Debby que Willie le había enseñado. Era imposible que la menuda Debby lo hubiera hecho.

Alguien la había matado.

Stone salió a la calle. Entonces se fijó en el letrero del edificio de una planta del otro lado de la calle.

«Servicios de Contabilidad Peterson».

Cruzó la calle y atisbó por una ventana. Vio un escritorio, archivadores y estanterías, además de una planta reseca. Daba la impresión de que habían vaciado el local. No se veía ningún ordenador, impresora o fax. Se percató de que algunos transeúntes lo miraban. Les sonrió y se marchó caminando tranquilamente. Volvió a cruzar la calle y fingió contemplar los escaparates. Pasó junto a la panadería y decidió entrar al ver a Bob Coombs junto al mostrador.

—Hola, Bob, ¿qué tal está Willie?

Bob sonrió.

—Los médicos dicen que volverá a casa muy pronto.

—Hoy iré a visitarlo. He estado utilizando su coche. Espero que no le importe.

—Después de lo que hiciste, puedes utilizar todo lo que quieras de él.

Bob pidió un café y unos donuts mientras Stone admiraba el mural a medio hacer de una escena pastoril en la pared de detrás de la caja registradora. Bob quiso invitar a Stone a un café, pero éste rehusó.

—El otro día me encontré con tu nuera —dijo Stone en cuanto salieron a la calle—. Me dijo que el pueblo la culpa de algo. ¿Tienes idea de qué?

Bob ensombreció el semblante mientras daba un mordisco al donut.

—Fue por la muerte de Josh. Aquel dichoso día no tenía que haber salido a cazar. Shirley le había estado pinchando porque esa temporada no había matado ningún ciervo. Josh era buen cazador, pero lo cierto es que a Shirley le importaba un bledo comer venado. Se negaba a cocinarlo como

Dios manda. Era su forma de bajarle los humos. Bueno, pues no paró de darle la lata y al final Josh se marchó solo esa mañana. Estaba muy disgustado.

—¿Cómo te enteraste de todo eso?

—Josh me llamó cuando se dirigía al bosque y me contó lo que había pasado. Al cabo de una hora mi hijo estaba muerto.

Cuando los dos hombres se separaron, Stone lanzó una mirada al juzgado. Había un Cadillac blanco aparcado delante en cuya matrícula ponía AEEJ. Stone se quedó paralizado al verla.

¿Por qué estaba Shirley Coombs en el juzgado?

OceanofPDF.com

Tras un largo trayecto en coche, Annabelle y Caleb llegaron al pueblo donde Stone se había apeado con Danny. Ella hizo un reconocimiento de la pequeña zona del centro y luego se sentó a la barra del venerable T Sola. Había unos cuantos traseros aposentados cerca del de ella, todos masculinos. A más de un joven de la barra se le fueron los ojos al verla. Ella dedicó una sonrisa aquí y un asentimiento allá para mantener el interés latente, por si lo necesitaba más tarde.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la camarera cuando le sirvió el café.

—Winchester, Virginia. —Para Annabelle aquello bastaba para otorgarle cierta credibilidad rural.

—Un primo mío vive allí arriba. Tiene una granja de caballos.

—Es una zona bonita —reconoció Annabelle, sorbiendo el café y mirando la carta—. Me recuerda un poco a esta zona, aunque es un poco más llano.

El hombre que estaba a su lado se rio por lo bajo. Era alto y corpulento y vestía camisa a cuadros, cazadora tejana y botas deslucidas.

—Cualquier sitio es más llano que esto.

—¿Has estado en las Rocosas? —preguntó Annabelle.

—No, señora, la verdad es que no.

—Son más altas que estas montañas, pero ni de lejos tan bonitas. Son macizas y marrones y están coronadas con nieve. Pocos árboles. Estas

montañas son verdes.

—¿Estás de paso o vienes a agenciarte un trozo de verde? —preguntó la camarera a Annabelle cuando volvió después de ordenar en la cocina su pedido.

—Ninguna de las dos cosas, la verdad. Estoy buscando a una persona. A lo mejor la habéis visto.

La camarera y el hombre intercambiaron una mirada.

—¿De quién se trata? —preguntó él con recelo.

—Del cabronazo de mi ex marido, que se ha largado adeudándome un año de pensión alimenticia de nuestros dos hijos.

—Menudo cabrón —dijo el hombre—. ¿Qué aspecto tiene?

Annabelle les describió a Knox.

—Me suena al tío que estuvo aquí haciendo preguntas —dijo la camarera mientras hacía garabatos en la libreta de pedidos—. Es agente federal, al menos eso dijo. Pero no me gustan los que vienen a hacer preguntas.

—Y el Tío Sam le paga lo suficiente para dar de comer y vestir a sus hijos, os lo aseguro —dijo Annabelle—. Me han chivado que estaba trabajando en algo por aquí. Por eso he venido. Estoy harta de que aparezca y desaparezca a su antojo. ¿Creéis que le importa que yo ni siquiera pueda pagar las medicinas para nuestro pequeño? Tiene ataques de asma muy fuertes. Incluso estuvo a punto de morir una vez.

—Qué cabrón —repitió el hombre de la chaqueta tejana mientras se llevaba a la boca una tortita con salsa; la masticó con una fuerza equiparable a sus palabras.

—Si lo veis, no hagáis nada —advirtió Annabelle—. Va armado y es peligroso. No le cabreéis. Creedme, sé lo que me digo por experiencia.

—¿Me estás diciendo que ese gilipollas te ha pegado? —preguntó el vaquero mientras engullía otro bocado y casi levantaba el ancho culo del estrecho asiento.

—Tened mucho cuidado si lo veis, ¿entendido? —insistió Annabelle. Cada vez que hablaba, su voz impostaba el típico acento de la zona. Lo hizo sentarse de nuevo en el taburete con un gesto de la mano.

—¿Y qué plan tienes? —preguntó la camarera, mostrando creciente interés en aquel drama doméstico.

—Pienso encontrarlo. —Annabelle le tendió un papel—. Si lo ves, llámame a este número, por favor.

La camarera asintió.

—Mi ex me hizo lo mismo. Tardé ocho años, pero al final conseguí el dinero.

—Espero tener la misma suerte. ¿Hay algún sitio para alojarse por aquí?

—No vayas al Skip's Motel, que está calle abajo —dijo la camarera, con una sonrisa en los labios.

—¿Por qué no?

—Porque él se aloja allí, cielo. O por lo menos preguntó por un sitio donde pasar la noche y le dije que fuera allí. Prueba en casa de Lucy, en el otro extremo del pueblo. Tiene un par de habitaciones bonitas para alquilar.

—Gracias. Skip's, ¿eh?

—Eso mismo, cielo.

La camarera cogió el plato de Annabelle de la ventanilla que daba a la cocina y se lo colocó delante.

—¿Y cómo esperas pillar a ese pedazo de mierda?

—He venido con un amigo —dijo Annabelle—. Trabaja para los federales y está especializado en pescar a otros federales que se comportan como cerdos.

—Joder —se asombró el hombre de la cazadora tejana—. ¿También tienen un departamento para eso? No me extraña que paguemos tantos impuestos.

—Cállate, Herky —dijo la camarera—. ¿No ves que esta señora está angustiada?

—Lo siento, señora —dijo Herky bajando la mirada, y se metió media salchicha en la boca.

—¿O sea que vas a darle su merecido a esa sanguijuela? —dijo la camarera.

—Algo así. Llámame si lo ves. Iré a echar un vistazo por el Skip's. Gracias por la información.

Annabelle acabó de comer y pidió algo para llevarle a Caleb.

Salió del restaurante mirando alrededor con ojo avizor. Regresó a la furgoneta y le contó a Caleb lo sucedido.

—Al parecer, se aloja en el Skip's Motel. Podemos acercarnos discretamente y seguirle el rastro. De todos modos, ahora tengo amigos en las altas esferas de por aquí.

Caleb observó el plato de comida.

—Es pura fritura —se alarmó.

—Lo siento, Caleb, no tenían otra cosa.

—¿Ni siquiera yogur? ¿O fruta? ¿Tienes idea de cuánto colesterol malo tengo? Y tengo los triglicéridos disparados. Podría caerme muerto en cualquier momento, Annabelle.

—Es un restaurante barato, Caleb. Está lleno de grandullones zampándose medio buey sin nada de fruta a la vista, ¿vale? Además, ¿qué ha sido del nuevo Caleb? ¿El Caleb peligroso que no teme a nada y va armado con dos pistolas?

El la observó con expresión siniestra.

—Oh, qué coño. Probablemente acabemos muertos de todos modos. —E hizo una mueca antes de zamparse una loncha gruesa de beicon frito.

OceanofPDF.com

La recepción del juzgado estaba vacía. Stone esperó un momento y entonces vio las pilas de cajas contra una pared. Se acercó y cogió una de arriba. Estaba llena de documentos legales. Debía de ser uno de los envíos de documentación sobre la recertificación minera de la que el juez Mosley le había hablado. Cogió lo que parecía un manifiesto de envío. Ochenta cajas grandes. Stone contempló la montaña de cartón y se preguntó cómo podía Mosley conservar la cordura después de repasar aquella pila de jerigonza legal soporífera.

Oyó que alguien se acercaba, dejó el manifiesto encima de una caja y se acercó al mostrador de recepción, en medio del vestíbulo. Al cabo de unos instantes Shirley Coombs apareció por una puerta interior con la mirada puesta en unos papeles que llevaba en la mano. Alzó la vista y soltó un gritito al ver a Stone.

—¿Trabajas aquí? —le preguntó él.

Ella asintió llevándose una mano al pecho.

—Me has asustado.

Stone echó un vistazo alrededor.

—¿Eres la recepcionista del juzgado?

—La secretaria. Hace años que lo soy. ¿Por qué? ¿No tengo aspecto de secretaria judicial? —preguntó con frialdad—. ¿O es que parezco una mera recepcionista?

—He ido a ver a Willie. Se recuperará.

Shirley se entretuvo con otros papeles que tenía en la mesa.

—Pronto iré a hacerle una visita.

«Ya». —Hay un Cadillac aparcado ahí fuera con una matrícula personalizada.

—¿AEEJ?

—Sí.

—Es el coche del juez Mosley.

—¿Qué significa «AEEJ»?

—«Aquí está el juez» —dijo, como si Stone fuera imbécil por no haberlo deducido por sí solo.

—Por cierto, ¿encontraste todo lo que necesitabas en la caravana de Willie?

—¿Perdón?

—Creo que te dejaste un bote de Tylenol —dijo Stone—. Lo cogí pero luego lo perdí. —La miró con toda la intención y luego se frotó la nuca. «¿Para qué andarse con sutilezas a estas alturas?». Shirley lo observó como si él estuviera apuntándola con una pistola.

—No me dejé nada.

—¿Estás segura?

—Segurísima. Y yo tomo Advil desde el susto que nos llevamos con el Tylenol.

—Willie creía que en el bote quedaban pastillas, pero cuando lo encontré estaba vacío. Y ahora ha desaparecido. Quizás alguien lo quisiera recuperar.

—¿Un bote vacío? ¿Para qué?

—Bueno, quizás hubiera algún residuo.

—¿Un residuo de qué?

Stone se dio cuenta de que mentía. Lo notaba en cada movimiento de la cara y por el temblor de la voz. Había sido ella. Había intentado matar a su propio hijo.

«¿Y quién me habrá metido a mí en aquel nido de serpientes? —suspiró para sus adentros—. Desde luego, no ha sido doña Secretaria Judicial con

sus tacones de aguja y un pitillo de Pall Mall». —No te creas nada de lo que dice Willie. El chico siempre está colocado.

—Estaba colocado de un estimulante y no de un depresivo. Pero en el hospital le hallaron oxycodona en el organismo. Es un depresivo.

—Willie no sabe qué es la mitad de lo que se mete. Probablemente se olvidó de que lo había tomado.

—O alguien quiso que pareciera precisamente eso.

Ella lo miró con severidad.

—¿Qué insinúas?

—Pues que quizás alguien quiso que pareciese que había tomado una sobredosis por equivocación.

—¿Quién iba a perder el tiempo intentando matar a Willie? —repuso ella en tono de burla—. Me refiero a cuál sería el móvil. No es que tenga dinero.

—No es el único motivo para querer matar a alguien.

—¿Y entonces cuál? —dijo ella con un atisbo de temor en la voz.

—Willie me contó que había pedido a Debby Randolph que se casara con él. ¿Lo sabías?

Shirley se sonrojó. Rebuscó en el bolso y extrajo un cigarrillo y un encendedor.

—No, supongo que a Willie no le parecía oportuno contármelo, a mí, que soy su madre.

—Deduzco que conocías a Debby...

—En Divine todo el mundo se conoce —dijo con resignación mientras encendía el pitillo.

—¿A alguien del pueblo podría haberle parecido mal tal cosa?

Exhaló una bocanada de humo y lo miró de hito en hito.

—¿Y a ti qué coño te importa? No eres de aquí. No nos conoces. Y el hecho de que ayudaras a Willie no significa que tenga la obligación de responder a tus puñeteras preguntas.

—Pensé que te interesaría ayudarme, ya sabes, por si resulta que alguien intenta matar a tu hijo.

—Oye, nadie intenta matar a Willie.

—Pues teniendo en cuenta que estuvo a punto de morir y que dice que no tomó la droga que casi acaba con él... da que pensar.

Shirley lanzó una mirada a la pila de cajas.

—Tengo mucho trabajo.

—Ya. ¿Necesitas ayuda? Mi tarifa es barata.

—Será mejor que te marches. Ahora mismo.

Stone se giró y salió del edificio.

En cuanto se marchó, se abrió otra puerta y el juez Dwight Mosley entró lentamente en la recepción. Llevaba el nudo de la corbata deshecho e iba en mangas de camisa.

—Shirley, ¿ha venido alguien? Me ha parecido oír que hablabas.

—Hablabas sola, señoría. Ya me conoce.

—Sí, te conozco. —Sonrió y regresó a su despacho.

Shirley le dio una calada al cigarrillo mientras contemplaba la pared con aire pensativo.

OceanofPDF.com

46

Joe Knox estaba tumbado en ropa interior en un jergón mientras intentaba atar cabos. Carr había matado a un pez gordo, uno de los más gordos, y se había largado después de haber estado delante de las narices de los federales disfrazado de tonto del pueblo con barba y cojera. Se había desviado de su camino en el tren y había acabado en aquel pueblo de mala muerte. Knox no tenía ni idea de su actual paradero. Preguntando por ahí, había averiguado que el autobús había salido la misma noche que Carr había llegado al pueblo, menuda suerte la suya. Para entonces podía estar bien lejos.

Se incorporó y se vistió. Se lavó la cara, se pasó el dedo por los dientes y se alisó el pelo con la mano. Si iba a seguir yendo de caza, tendría que procurarse ropa y artículos de tocador, aparte de lo que llevaba en su inseparable bolsa de viaje pequeña. Se remeti6 la camisa y comprobó el móvil. Ningún mensaje, aunque a aquella altitud uno no podía fiarse de la cobertura.

Hayes era el director de orquesta de aquella obra dramática; Knox, su fiel perro de presa. Bueno, «fiel» no encajaba del todo en esos momentos. Se puso a mascar chicle y miró por la ventana. Al registrarse la noche anterior, había conocido al tal Skip, un anciano que hablaba poco pero que había sacado la mano para recoger el dinero correspondiente a la estancia

con la rapidez de pegada de un peso ligero. Al parecer, el viejo Skip no creía en las bondades del plástico para pagar bienes o servicios.

Hayes la tenía tomada con Carr por motivos que no se había molestado en compartir con Knox, pero éste lo veía cada vez más claro. Si Hayes se salía con la suya cuando Knox localizara a Carr, no le leerían sus derechos, ni podría llamar a un abogado ni sería juzgado ante un tribunal. Pero ¿por qué matar a un hombre merecedor de la Medalla de Honor? Habría sido un mérito en el expediente militar del entonces comandante Macklin Hayes contar con un hombre tan distinguido a su servicio. Estaba claro que Carr había cabreado de algún modo a su jefe. El análisis de la documentación había puesto de manifiesto que la cadena de mando inferior consideraba oportuno que Carr llevara la más alta distinción americana colgada del pecho. Hayes era quien lo había impedido. ¿Qué había hecho Carr para merecer tal obstrucción? El rencor al parecer había durado más de treinta años.

El dilema ante el que Knox se encontraba resultaba obvio. Si conseguía su objetivo y encontraba a Carr, sería como entregarlo a su verdugo. Una parte de su mente le decía que no era asunto suyo ni era su batalla personal. «Entrégalo, acaba con este asunto y empieza a cobrar la pensión». Roma en verano, sus hijos, el Mediterráneo, el vino, la comida. Sus hijos.

«Ojalá Patty no hubiera sufrido el puto aneurisma...».

La otra parte de su mente caía sobre esa teoría como un luchador de ciento ochenta kilos que saltaba por encima de las cuerdas del ring. Si Carr había matado a aquellos hombres, debería demostrarse y luego aplicarle el castigo correspondiente. En cuanto se permitía que hombres petulantes y listos como Hayes hicieran ese tipo de jugadas, creyéndose dioses con cualquier excusa, la cosa olía muy mal. Ya puestos, más valía desmontar el tenderete de la democracia y telefonear a Stalin para que volviera. Los viejos Estados Unidos de América estarían acabados. Y Knox no quería formar parte de aquello. Veinte años atrás su reacción habría sido distinta, pero no en el presente. Resultaba curioso y un poco de imbéciles, pero ahora creía en los principios fundamentales de América con más firmeza que cuando había empezado con ese trabajo. Por aquel entonces, era un

novato engreído salido de las filas de la infantería y ansioso por forjarse una reputación como agente de inteligencia. Había hecho todo lo posible por alcanzar ese objetivo, muchas veces pasándose un poco de la raya y otras pisoteándola directamente. No se sentía especialmente orgulloso de aquella época suya, pero lo consolaba saber que su trabajo había salvado vidas y que, al final, había acabado en el lado bueno. Conocía a muchos que nunca habían dado ese paso crucial. Estaba claro que Hayes era uno de ellos.

No es que no fuera cínico. Era imposible dedicarse a ese trabajo durante tanto tiempo y no haber cruzado esa línea hacía mucho tiempo. La experiencia sin cinismo era un indicio claro de que el cerebro se te había estropeado y ni siquiera te habías dado cuenta. En la actualidad acudía a todas las reuniones de alto nivel sabiendo que, por lo menos, había tres prioridades en cartera y que a él sólo le hablarían de una.

Se puso la americana y palpó la cartera con una mano y las llaves del coche de alquiler con la otra. También podía largarse y dejar que Hayes se buscara a otro lacayo que le hiciera el trabajo sucio. Había muchos haciendo cola. Y, a decir verdad, Knox era consciente de que cuantos más detalles averiguaba sobre Carr y las posibles razones de Hayes para acabar con un héroe de guerra que nunca había recibido la puñetera medalla, menos ganas tenía de encontrarle.

Bajó hasta el coche y se planteó si debía ir al T Sola y volver a probar. Decidió que quizá valiera la pena, pero que ya iría más tarde. Primero quería dar una vuelta por ahí, ver lo que la noche anterior le había ocultado. Tenía serias dudas de que una de esas cosas fuera John Carr. Había empezado con el único deseo de encontrarle, pero ahora una parte de él esperaba que nunca sucediera. Y no sólo porque un enfrentamiento con Carr, la bestia parda de los asesinos del gobierno, no tendría buenas consecuencias para él.

Era algo relacionado con la justicia, concepto que Knox no había olvidado por completo, aunque al parecer sí su jefe.

—Ahí va —anunció Annabelle. Observaron desde la furgoneta aparcada en la esquina cómo Knox se marchaba en el coche.

—¿Qué hacemos? —preguntó Caleb.

—Seguirle. —Sostuvo un dispositivo—. Tengo otro rastreador que puedo colocar en ese coche.

Caleb puso la marcha.

—He de reconocer que has venido preparada.

—Espera a ver lo que traerá Reuben.

Lo siguieron a una distancia prudencial mientras Knox daba una vuelta por la zona. Luego aparcó en el T Sola y entró en el local.

—Esto sí será interesante —dijo Annabelle con una amplia sonrisa.

Knox se sentó en la barra. Herky, que estaba dos asientos más allá, zampándose su tercer plato de salchichas, alzó la mirada y frunció el ceño. Se acercó a Knox mientras la camarera se apresuraba a tomarle nota.

—¿Otra vez por aquí? —dijo ella.

—He pensado que quizá la noche os haya refrescado la memoria —respondió Knox.

—Lo único que me ha refrescado es saber que no me equivoqué al decirte que te den por saco.

Knox intentó tomarse a broma el comentario.

—Oye, a ver si muestras un poco de respeto hacia uno de los chicos del Tío Sam, ¿vale?

Herky se adelantó un poco y golpeó en el brazo a Knox, que le lanzó una mirada ceñuda.

—¿Pasa algo?

—Nada —repuso Herky con expresión amenazadora.

La camarera se dispuso a hacer una llamada.

—¿Tienes hijos? —preguntó Herky.

A Knox le sorprendió la pregunta.

—Sí, dos, ¿por qué? —respondió.

—¿Y por qué no te ocupas de ellos? —espetó Herky, y se llevó una tortita a la boca.

—¿De qué coño hablas? Mis hijos son mayores e independientes. Ellos son los que deberían cuidar de mí.

—Cabrón —masculló Herky mientras masticaba.

—¿Qué?

—Has dejado a tu mujer y tus hijos sin nada. Cabrón —repitió.

—¡Herky! —dijo la camarera—. ¡Cállate!

—Doris, este hombre permite que su mujer y sus hijos pasen hambre.

—¿Pasar hambre? Mi mujer está muerta. ¿Con quién coño has habla...?

Herky le dio otro golpe.

—Tengo ganas de llevarte fuera y enseñarte modales, tío.

—No te lo aconsejo.

—¡Toma consejo! —le espetó Herky, y trató de propinarle un puñetazo, pero Knox lo paró, le retorció el brazo a la espalda y le incrustó la cara en el plato de huevos y gachas.

—¡Eh, quietos! —gritó la camarera cuando otros clientes se levantaron para ayudar a su amigo.

Knox sacó la placa y el arma.

—Volved a sentaros si no queréis pasar una temporadita en una prisión federal. Los hombres se quedaron paralizados, salvo Herky, que estaba escupiendo gachas y yema de huevo.

Knox miró a la camarera.

—¿Quién os ha contado que...?

La camarera cometió el error de mirar hacia la puerta.

Knox salió disparado y escudriñó la calle arriba y abajo.

Annabelle atisbó desde la furgoneta, cuya parte delantera apenas quedaba en el ángulo de visión de Knox. Todavía tenía el teléfono en la mano después de la llamada de la camarera.

—Maldita sea, se han ido de la lengua. Pon la marcha atrás y retrocede despacio.

Caleb así lo hizo y, cuando ya no estaban a la vista de Knox, giró en un aparcamiento, puso la primera y se largó a toda velocidad.

—Nos ha ido por los pelos, pero al menos le he puesto el rastreador en el coche mientras estaba en el restaurante. —Miró el pequeño dispositivo que tenía sobre el regazo—. Se ha subido al coche. Vamos, pero con calma.

Knox sabía que alguien lo seguía, pero no quién. Lo más probable es que Hayes hubiera tomado el camino más directo. ¿O sería uno de los amigos de Carr? ¿La mujer de la lengua afilada? ¿El agente del Servicio Secreto? Pero ¿cómo era posible que lo hubieran seguido hasta allí? Continuó echando vistazos al retrovisor mientras se dirigía a la estación de autobuses. Se suponía que estaría cerrada un día más, pero Knox se había cansado de esperar. No le gustaba la sensación de ser seguido sin que se diera cuenta. Removería cielo y tierra hasta encontrar a alguien que le contara algo.

Aporreó la puerta de la estación hasta que apareció un hombre de mediana edad con aspecto contrariado. Knox pegó las credenciales al cristal. Al verlas, el hombre palideció y abrió rápidamente la puerta.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo con voz temblorosa.

—Más te vale.

Al cabo de veinte minutos, tenía la respuesta que buscaba y volvió rápidamente al coche.

El empleado había reconocido a Carr. Viajaba con un muchacho. Habían tomado un autobús que iba al suroeste. El empleado había localizado al conductor en su casa y éste recordaba dónde había dejado a aquellos dos. Básicamente, en el culo del mundo, pero por ahí se empezaba.

Knox pisó el acelerador.

Empezaba a pensar que encontrar a John Carr quizá fuera la única manera de sobrevivir a todo aquello.

OceanofPDF.com

Conducía a toda velocidad por la carretera intentando entender cómo alguien había logrado seguirle hasta allí. Ni siquiera Macklin Hayes, con todos los medios a su alcance, había sido capaz. Era como si supieran exactamente dónde...

Estuvo a punto de salirse de la carretera. Dio un volantazo y se adentró por un sendero oscuro. Aparcó el vehículo, se desabrochó el cinturón de seguridad y revisó el habitáculo minuciosamente. No encontró nada. Pero la inspección exterior resultó más productiva. Sostuvo el pequeño dispositivo rastreador con el lateral magnético. Estaba en un hueco de una de las ruedas traseras. Mientras lo sostenía, esbozó una sonrisa. Aquello podía acabar siendo divertido.

Annabelle conducía y Caleb observaba la pequeña pantalla mientras los restos de la comida rápida yacían en una bolsa en el suelo.

—Hamburguesas, patatas fritas y beicon grasiento. Debo de haber engordado cinco kilos —se lamentó—. Y también noto que se me obstruyen las arterias.

—Todo sea por una buena causa —espetó Annabelle con la vista fija en la carretera—. ¿Qué tal vamos?

—Está ahí arriba, a menos de dos kilómetros de distancia. Va recto. —Tenían la pared vertical de una montaña a un lado y al otro una caída de casi un kilómetro sin valla protectora—. ¿Oliver tomó un autobús?

—A juzgar por lo escopeteado que Knox salió de la estación de autobuses, diría que es bastante probable.

Él le lanzó una mirada.

—¿Dónde está Reuben?

—He hablado con él. Viene detrás a no mucha distancia —dijo ella—. Acabará alcanzándonos la próxima vez que Knox pare.

Caleb miró el paisaje.

—Qué sitio tan aislado.

—¿Qué esperabas? ¿Qué Oliver se fuera a vivir a una zona residencial?

—A veces el mejor sitio para esconderse es donde hay mucha gente.

—Sí, y otras no. Créeme, lo digo por experiencia. Podría estar en algún sitio en lo alto de esas montañas. Al terrorista de la clínica abortista de Carolina del Norte le funcionó.

—Pero al final lo pillaron —observó Caleb.

—Vale, pero...

—¡Oh, mierda!

—¿Qué?

Caleb observaba la pantallita que registraba los movimientos del coche de Knox.

—Ha dado la vuelta. Viene directo hacia nosotros.

Annabelle echó un vistazo a la pantalla y no le cupo duda que el punto rojo que representaba a Knox iba hacia ellos a todo trapo.

—¡Rápido, desvíate! —exclamó Caleb.

—¿Hacia dónde? ¿Al interior de la montaña o por el precipicio en caída libre?

—¡Por ahí! —Caleb señaló una estrecha franja de tierra que discurría entre una arboleda a la izquierda, donde la pendiente de la montaña no era tan pronunciada.

Annabelle así lo hizo. Los dos se volvieron para observar la carretera. Al cabo de un minuto un camión cisterna de Exxon pasó rápidamente.

Caleb miró la pantalla.

—Tenemos un problema.

Annabelle lo comprendió.

—Ha encontrado el rastreador y se lo ha puesto al camión cisterna.
¡Mierda!

Caleb asintió distraídamente antes de tirar al asiento de atrás elartilugio ya inservible.

—¿Y ahora qué hacemos?

Annabelle puso la marcha atrás y salieron a la carretera. Pisó el acelerador.

—Seguimos conduciendo y observamos. Con un poco de suerte volveremos a encontrarle.

—No creo que tengamos tanta suerte.

—Pues yo sí.

—¿Por qué?

—Porque soy irlandesa. Siempre nos guardamos un poco en la reserva.

OceanofPDF.com

Joe Knox se sentía bien por primera vez desde hacía mucho tiempo. Había burlado a sus perseguidores y podía retomar la investigación con tranquilidad. Miró el mapa que tenía en el asiento del pasajero. El empleado de la empresa de autobuses le había dado indicaciones bastante precisas del lugar en que el autobús había dejado a Carr y su amigo. Knox calculó la distancia aproximada. Probablemente una hora más de conducción.

Al llegar, redujo la velocidad y miró en derredor. La verdad era que sí estaba en el culo del mundo. O quizá no. Pulsó varios botones del sistema de navegación y en la pantalla aparecieron varias poblaciones relativamente cercanas.

—Tazburg, Mize, Divine, South Ridge —leyó en voz alta.

Aquellos poblados estaban diseminados en distintas direcciones. ¿Hacia cuál ir? ¿Y qué debía hacer cuando llegara? Su experiencia en el último pueblo no había resultado positiva. Juró no volver a enseñar la placa de federal bajo ningún concepto. Y encima era forastero, por lo que la gente recelaría de todos modos. Si Carr seguía todavía en alguno de esos lugares, quizá ya se hubiera congraciado con los lugareños. Era posible que Knox se estuviera metiendo en algo que acabaría no gustándole. Y el conductor del autobús había dicho que Carr iba acompañado por un joven. ¿Acaso era un lugareño? Si ése era el caso, no se lo había dicho al conductor.

Knox aparcó a un lado y dejó el motor en marcha mientras estudiaba el GPS. Suspiró. Joder, incluso para expertos en servicios de inteligencia como él, a veces la situación se reducía a decisiones tan sencillas como aquélla.

Cerró los ojos y presionó la pantalla con el dedo. Cuando abrió los ojos y retiró el dedo, apareció el nombre del pueblo escogido. Tenía un veinticinco por ciento de posibilidades de acertar.

«Tazburg, Virginia, allá voy». Puso la marcha y regresó a la carretera.

Mientras Joe Knox disfrutaba de un momento de euforia poco habitual, Annabelle golpeaba el volante con las manos. Habían estado dando vueltas intentando encontrar el rastro, pero la tercera vez que pasaron por delante de la misma gasolinera, entró y se detuvo derrapando. En ese momento observaba con mala cara a un perro que tomaba el sol junto a la bomba de aire, y que cada poco se lamía sus partes pudendas.

—No vamos bien, ¿verdad? —dijo Caleb.

—¡A ti qué te parece!

—¿Se te ocurre algo?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué es siempre a mí a quien tienen que ocurrírsele las ideas, don Bibliotecario del Congreso?

—He preguntado porque resulta que tengo una... me refiero a una idea.

Annabelle tamborileó con los dedos en el volante mientras lo miraba expectante.

—¿Quieres saberla? —preguntó Caleb con sequedad.

—¡Sí!

—No me gusta que me griten.

Annabelle se inclinó hacia él.

—¿Preferirías que te sacara de este pedazo de chatarra y te diera de hostias?

Caleb puso una mano en el tirador de la puerta, como dispuesto a salir por peteneras.

—¿Qué te parece si te explico mi idea?

Annabelle agarró el volante con tal fuerza que le temblaban los antebrazos.

—Eso me satisfaría enormemente —dijo rechinando los dientes.

—¿Lo ves? No es tan difícil ser cortés. —Annabelle le dedicó tal mirada asesina que Caleb se apresuró a continuar—: Bueno, volvemos al pueblo en que sirven infartos en vez de comida. Tú vas a la estación de autobuses, haces la farsa que se te ocurra, quizás enseñes un poco la pierna, compras un billete y le pides al conductor que te deje exactamente en el mismo sitio en que dejó a Oliver. Quizás oyera algo sobre adónde se dirigían. Yo te seguiré en la furgoneta y, cuando llegues, te recogeré y seguiremos a partir de ahí. De ese modo, al menos estaremos en las inmediaciones del lugar donde se apeó Oliver. ¿Qué te parece?

Annabelle tuvo que reconocer que era una buena idea. Puso la marcha y volvió a la carretera para regresar de nuevo al pueblo.

Sonó el móvil de Caleb. Era Reuben. Hablaron unos minutos y luego colgó.

—¿Y bien? —preguntó Annabelle.

—Dice que está a unas dos horas de distancia. Le he explicado el plan y se reunirá con nosotros allí.

—Bien.

—Entonces, ¿te gusta mi idea?

—La estoy poniendo en práctica, así que algo de bueno tiene —espetó ella.

—Annabelle, ¿te importa si te hago un comentario personal?

La mujer respiró hondo.

—Soy toda oídos.

—Tienes que hacer algo para controlar tus ataques de ira.

Ella lo miró con expresión incrédula.

—Llevo tanto tiempo en esta furgoneta que ni siquiera recuerdo haber estado en otro lugar. Estoy cansada, voy asquerosa, estoy preocupada y frustrada, ¿vale? No tengo ataques de ira.

Caleb sonrió.

—Ése ha sido un primer paso para dejar aflorar tus sentimientos. Sólo así podrás experimentar mejoras reales.

—¿Puedo compartir otro sentimiento contigo? —repuso ella amablemente.

—Por supuesto.

—O vuelves a ser el Caleb poco cargado de testosterona y un poco gracioso o cierras la puta boca. Otra opción es que vuelvas caminando a Washington D.C.

Como era de esperar, prosiguieron el viaje en silencio.

OceanofPDF.com

50

Knox entró en Tazberg y pasó por la comisaría. Aparcó y observó a los agentes uniformados entrando y saliendo, algunos a pie, mientras que otros subían a viejos Ford LTD embarrados y se marchaban deprisa. El centro de la población estaba compuesto por unos cuantos edificios de ladrillo visto y madera, algunos ligeramente inclinados entre sí, con viejas líneas de teléfono que los conectaban y los coches aparcados en batería delante. Había pasado por un largo túnel que cruzaba una parte de la montaña para llegar allí. Le parecía haber cruzado una frontera.

«¿En qué país estoy?».

Extrajo las fotos de Carr y las repasó una vez más. Puso el coche en marcha y fue parando poco a poco. Recorrería la pequeña zona del centro calle por calle. A juzgar por lo que veía, no tardaría más de cinco minutos. Luego iría a comer algo al restaurante del pueblo. No sacaría la placa ni enseñaría las fotos. Se limitaría a observar. Contaba con una gran ventaja. Sabía bastante bien qué aspecto tenía Carr, mientras que éste no tenía ni idea de él. Aprovecharía esa circunstancia al máximo. Si aquello no funcionaba, acabaría yendo a la policía para pedir su colaboración. Al menos tenía un plan.

Al cabo de tres horas y después de haber aposentado el trasero en tres locales de mala muerte y tomado más cafés de los que su estómago necesitaba, llegó a la conclusión de que había fallado.

Aparcó delante de la comisaría, entró, enseñó sus credenciales, explicó su misión de la forma más sucinta posible, es decir, soltándoles la típica sarta de galimatías intimidantes. No le sirvió de nada, porque si bien los policías se emocionaron al saber que un peligroso delincuente podía estar en su entorno, no le ayudaron en nada. Ninguno de ellos había visto a nadie que se pareciera al hombre de la foto. Aunque un joven ayudante del sheriff mencionó que un hombre que se parecía a aquél había vivido en Tazburg durante sesenta y tres años, y no era otro que su padre. Knox les dio las gracias y volvió al coche.

Antes de llegar, le sonó el móvil.

Era Hayes. El jefe no estaba contento. De todos modos, Knox nunca le había visto realmente contento por nada. Knox estaba con él cuando cayó el muro de Berlín. Mientras todos alzaban las copas de champán y brindaban por la victoria, Hayes se había limitado a sorber un refresco y a mascullar: «Ya era hora, joder». —¿Sí, señor?

—¿Alguna vez me has oído dar una orden en vano?

—Nunca.

—Cuando te ordené que me informaras regularmente, no me refería a cuando te plazca —bramó.

Knox pisó el acelerador y dejó atrás rápidamente el pueblecito de Tazburg. No quería que la inminente explosión de megatones de Hayes llegara a arrasar aquel lugar.

—Bueno, general, usted es un hombre ocupado y, si tuviera algo relevante de lo que informarle, lo haría. —Antes de que Hayes le soltara otra andanada, añadió—: De hecho estaba a punto de llamarle. He reducido la zona de búsqueda a cuatro localidades. Acabo de estar en una y me dirijo a otra ahora mismo.

—Dame los nombres.

Knox se esperaba esa orden.

—Con el debido respeto, señor, ¿puedo saber por qué?

—¿Por qué quiero saber dónde se desarrolla tu investigación? ¿Estás colocado, Knox?

—Totalmente sobrio, se lo aseguro. Pero si su plan es llenar la zona de agentes, en mi opinión eso resultaría contraproducente. Aquí nos miran con recelo y, según tengo entendido, Carr ya ha entablado amistad con lugareños. Quizá le protejan.

—¿Por qué harían tal cosa?

—Somos los malos del gobierno que van por un veterano de Vietnam. Puede haberse inventado cualquier historia sobre su pasado. Créame, señor, he visto suficientes furgonetas con escopetas y rifles para cazar ciervos en los portaequipajes, banderas confederadas ondeando en los porches y adhesivos para el guardabarros que ponen: «Gracias por la visita, ahora lárgate», como para darme cuenta de cuándo nos es hostil el ambiente. Incluso he visto un graffiti de tres metros de alto en un paso elevado ferroviario que aseguraba: «¡Los federales no valen una mierda!». No pude evitar fijarme en que, a juzgar por el estado de la pintura, lleva décadas allí sin que nadie haya intentado limpiarlo.

—¿Dónde coño estás, Knox? ¡Contesta de una vez!

«Bueno, ahora pasamos al plan B.»

Aceleró, bajó la ventanilla y sacó el teléfono para dejarlo a merced del viento. Luego se asomó por la ventanilla y habló.

—General... kilómetro... frontera... hora... berg.

—¡Knox! —bramó Hayes—. Te estoy perdiendo.

Fingió no oírle. De perdidos, al río. Tal vez su hija abogada pudiera representarle en el juicio por insubordinación. Aunque probablemente Hayes no se molestara en ir a ningún juicio. Knox sencillamente desaparecería.

—A continuación... informe... investigación... oeste... pista. —Era tan absurdo que tenía que contener la risa.

—¡Maldita sea, Knox!

Apagó el teléfono, volvió a subir la ventanilla y se arregló el pelo. Con un poco de suerte, a Hayes le entraría tal ataque que lo encontrarían con la cabeza sobre su escritorio, víctima de un ataque al corazón mortal inducido por Joe Knox.

Dirigió el vehículo hacia la siguiente población de la lista.

51

Stone oyó risas mientras recorría el pasillo del hospital. Al llegar a la habitación de Willie comprendió por qué. Danny estaba en la cama contigua y Abby sentada entre los dos.

Todos alzaron la vista al verlo.

Danny tenía la cabeza vendada y un ojo hinchado, además de cortes en la cara. Al incorporarse, se movió con lentitud y rigidez. De todos modos, sonrió con su característica actitud arrogante.

—Fíjate quién ha llegado. Don Deshace Entuertos. El Salvador de la Humanidad o, por lo menos, de dos desgraciados chicos pueblerinos.

Abby sonrió.

—Parece que los «chicos» están mejor desde que los han puesto en la misma habitación.

—Ya lo veo. —Stone acercó una silla y se sentó al lado de ella—. Danny, ¿qué tal estás?

—Mejor que nunca. Los dos golpes que me dieron en la cabeza me pusieron el cerebro en su sitio.

—Lástima que no pasara cuando jugábamos al fútbol americano —intervino Willie—. ¿Te acuerdas del partido tan horroroso que jugaste en las semifinales estatales cuando estábamos en secundaria? Yo estaba solo y tú vas y lanzas la pelota fuera del campo. La jugadita estuvo a punto de costarnos el partido.

—El partido iba bien. El único problema es que estaba distraído mirando a las animadoras del otro equipo cuando solté el balón. Una estaba todo el rato agachándose. Supongo que intentaba distraerme.

—Hay cosas que nunca cambian —dijo Abby con tono cansino—. Los chicos nunca se hacen mayores, sólo son más altos, tienen más pelo y la gente empieza a llamarles hombres.

—Tyree me ha dicho que había venido a verte —le dijo Stone a Danny.

El muchacho cambió de expresión. Miró hacia la ventana y guardó silencio, algo poco habitual en él.

—Esos hombres estuvieron a punto de matarte, Danny. Casi me matan a mí también.

—Lo siento, Ben. No era cosa tuya.

—¿Quiénes eran?

—No me acuerdo. Los médicos dicen que sufrí una conmoción cerebral.

—Volvió a mirarles con expresión más animada—. Sufrí unas cuantas en el instituto. ¿Verdad, Willie?

—Y que lo digas. Siempre se aferraba a la pelota demasiado tiempo.

—Lo hacía para que pudieras abrirte, tontorrón. Si hubieras corrido un poco más rápido, tendría mejor el cerebro.

Willie esbozó una amplia sonrisa.

—En cuanto salgamos de aquí, Willie y yo nos marchamos a California —anunció Danny—. ¿Verdad, Willie?

Este asintió.

—Anoche lo hablamos. Lo tenemos todo pensado.

—¿Seguro que no estabais bajo los efectos de los analgésicos? —dijo Abby.

—Seguro. Divine no es lo bastante grande para los dos, ¿eh, Willie?

—Ni por asomo.

—Va a dejar las minas y yo voy a ser una estrella de cine. Willie será mi agente.

—¿Qué sabréis vosotros de todo eso? —dijo Abby con expresión escéptica.

—Pues yo sé que los actores son mentirosos que cobran. Memorizan unas frases y luego las dicen. Y, mamá, tú siempre has dicho que yo era capaz de soltar la mayor sarta de mentiras que has oído jamás.

—Tiene razón, señora Riker —dijo Willie.

—California está muy lejos —repuso ella lentamente.

Danny la miró.

—¿Quieres que me quede aquí?

—Lo que quiero es que seas feliz, hijo. Y que estés a salvo. Y si eso tiene que pasar en California, que así sea. A lo mejor voy a visitarte.

—Joder, cuando esté forrado te compraré una casa contigua a la de Brad Pitt. Pero tendrás que dejarme utilizarla para espiar a la señora Pitt.

—Vale, Danny, vale —repuso ella con voz queda y expresión angustiada.

Danny pareció darse cuenta. Sacó una mano de debajo de las mantas y cogió la de su madre.

—Mamá, todo irá bien. ¿Entendido? Te lo prometo.

—Claro. Ya lo sé.

—¿No recuerdas nada de anoche? —insistió Stone.

—No. Pero serás el primero en enterarte si me vuelve la memoria.

Stone iba a añadir algo cuando entró una enfermera.

—Willie, el doctor va a darte el alta. Estamos acabando el papeleo. ¿Tienes algún medio de transporte para volver a casa?

—He venido aquí en tu coche. Puedo llevarte —se ofreció Stone.

—Vale, pero llamaré al abuelo. Querrá estar allí cuando llegue a casa.

—Oye, Willie, que no se te olvide: California nos espera.

—No lo dudes, tío.

Los dos entrechocaron los nudillos para cerrar el acuerdo.

—¿Cuánto rato te vas a quedar? —preguntó Stone a Abby.

—Unas horas. ¿Por qué no vienes a cenar esta noche?

—Eh, ¿hay algo entre vosotros dos o qué? —preguntó Danny.

—Mira, estrella de cine, no eres el único que tiene sueños —dijo Abby sonrojándose ligeramente.

En el trayecto de regreso al pueblo, Stone preguntó a Willie algo que le desconcertaba.

—Me dijiste que Debby te llamó la noche antes de que la encontraran muerta. ¿Desde dónde?

—Desde la panadería. Estaba haciendo un trabajo allí. Preferían que fuera cuando ya habían cerrado. A la gente que va a comprar magdalenas y galletas no le gusta que huela a pintura. No es bueno para el negocio.

Stone recordó el mural medio acabado que había visto en el establecimiento.

—Y la panadería está justo enfrente del despacho de Rory Peterson.

—Sí, ¿y qué?

—A él también lo mataron.

—Pero en el pueblo. Y la noche anterior. Debby estaba en casa de sus padres.

—El cadáver lo encontraron a la mañana siguiente, pero dices que ya llevaba bastante tiempo muerta. Tal vez la mataron la noche anterior, la misma que a Peterson. Probablemente su cadáver lo encontraron también por la mañana.

—Vale, pero la casa de sus padres está por lo menos a veinticinco kilómetros del pueblo.

—Pero a las once de la noche te llamó desde la panadería y estaba animada. Pongamos por caso que Peterson fuera asesinado más o menos a esa hora. El mural que estaba pintando estaba en la parte delantera de la tienda y desde allí disfrutaba de una buena vista de la calle y del edificio de enfrente.

Willie se irguió más en el asiento.

—¿Insinúas que quizá vio quién mató a Peterson?

—Es posible que viera entrar a alguien en la oficina y que luego fuera a investigar o que los asesinos la vieran y la cogieran por ser una testigo potencial. Se la llevan a la casa de sus padres, la matan, simulan un suicidio y a nadie se le ocurre relacionar las dos muertes.

—Joder —dijo Willie lentamente—. La verdad es que todo encaja. Tenemos que contárselo a Tyree.

—Es lo que pienso hacer.

Cuando aparcaron en el patio de la caravana de Willie vieron que el coche de Bob Coombs ya estaba allí. Willie salió al tiempo que la puerta principal se abría para dar paso a un sonriente Bob que los saludó con la mano. Willie se apresuró a subir los escalones para abrazar a su abuelo mientras Stone, que iba detrás del muchacho, dio media vuelta y volvió al coche para recoger la bolsa de éste.

Acababa de cerrar la puerta del automóvil cuando la fuerza de la explosión lo derribó y le lanzó al lodoso suelo. Mientras los escombros caían alrededor, Stone alzó la cabeza, aturdido. No quedaba ni rastro de la caravana. Ahora veía perfectamente los árboles de atrás. Algo aterrizó al lado de su cabeza, despidiendo humo. No lo identificó. Y no era de extrañar.

Eran los restos mortales de Willie Coombs, lo poco que quedaba de él. Stone apoyó la cabeza contra el suelo y se quedó inmóvil.

OceanofPDF.com

Annabelle y Caleb habían vuelto a la estación de autobuses y se enteraron de que, un poco antes de la hora programada, el mismo conductor estaba a punto de salir con varios pasajeros para hacer la misma ruta que Stone. Annabelle consiguió un asiento justo detrás del conductor y lo acribilló a preguntas mientras Caleb los seguía en la furgoneta. Cuando llevaban media hora de trayecto, Annabelle vio que una motocicleta 1924 Indian con un curioso sidecar a la izquierda los adelantaba, pero luego se rezagaba para situarse detrás de la furgoneta.

Suspiró aliviada. El gran Reuben Rhodes había llegado. Era muy probable que necesitaran su poderío. Le había pedido a Reuben que trajera unas cuantas cosas que podrían serles útiles. Observó con satisfacción que el sidecar iba bien lleno.

Al cabo de unas horas, Annabelle se apeó del autobús en medio de una carretera con curvas flanqueada por la montaña por un lado y una marcada pendiente por el otro. Según el conductor, allí era donde Stone y su amigo habían bajado.

—Pues sí que despiertan interés esos dos —añadió antes de que ella bajara—. ¿Qué pasa?

—Seguridad nacional.

—¿Seguridad nacional? Pues parecían un par de vagabundos.

—Si usted linyera de los federales, ¿cómo se vestiría?

—Ya.

—¿Está seguro de que no recuerda que mencionaran adónde iban?

—El chico se levantó y pidió que lo dejara aquí. El tipo mayor bajó con él. —Hizo una pausa—. El chico llevaba una cazadora de estudiante. De esas de deporte.

—¿Se fijó en el nombre de la escuela? ¿Universidad? ¿Instituto?

—No me fijé tanto.

Annabelle le enseñó una hoja en la que había tomado notas.

—¿Estas son las poblaciones cercanas? ¿Todas? ¿Seguro?

—Señora, no hay muchas que digamos. Feliz búsqueda.

Cerró la puerta y el autobús se alejó.

Annabelle se reunió con Caleb y Reuben y les contó lo que había averiguado.

—Knox está haciendo exactamente lo mismo que nosotros —dijo—, la única diferencia es que nos lleva ventaja.

—Sí, pero nosotros somos tres —repuso Reuben—. Podemos dividirnos. Yo iré a dos de esos sitios y vosotros a los otros.

—Buena idea —aprobó Caleb.

—¿Has traído todo lo que te pedí? —preguntó Annabelle.

—Sí, pero me siento como si llevara un departamento de atrezo de Hollywood.

—Nunca se sabe cuándo pueden resultar útiles ciertas cosas. Las cargaremos en la furgoneta.

Cuando acabaron, ella miró el papel.

—Caleb y yo iremos a Mize y Tazburg. Reuben, tú irás a South Ridge y Divine. —Sacó unos mapas del bolso y se los tendió a Reuben—. Los he cogido en la estación de autobuses. Las poblaciones parecen estar a dos o tres horas de distancia entre sí. No están tan lejos en línea recta, pero todas las carreteras son secundarias y con curvas, y atraviesan montañas.

—Carreteras con curvas. El terreno perfecto para ir en la Indian —dijo Reuben, dando una palmada cariñosa al depósito de la motocicleta.

—Yo me mareo —dijo Caleb—. Y no es una queja —añadió rápidamente cuando Annabelle le lanzó una mirada.

—Nos mantendremos en contacto a través del móvil. Cuando alguno de nosotros descubra algo concluyente, podemos reunirnos en apenas un par de horas. —Le entregó una fotografía a Reuben—. Aquí tienes una foto de Knox, por si te lo encuentras.

—Gracias —dijo Reuben mientras montaba en la moto y volvía a encasquetarse el casco y las gafas antiguas.

—¿Y si encontramos a Oliver a la vez que Knox? —preguntó Caleb.

—Pues le convencemos de que deje que Oliver venga con nosotros —dijo Reuben.

—Es un federal, no va a hacer tal cosa, Reuben.

—Sí que lo hará si somos realmente convincentes.

—No podemos cargarnos a un federal —dijo Caleb—. Incluso el nuevo Caleb con testosterona tiene sus límites.

—Caleb —dijo Annabelle—, ya nos preocuparemos de eso si es necesario. Ahora mismo lo único que quiero es encontrar a Oliver. Y cuanto más tiempo pasemos aquí parados, más posibilidades tendrá Knox de encontrarlo antes.

Reuben accionó el pedal de arranque de la Indian y el motor rugió. Se despidió con un pequeño gesto, lanzó una mirada a uno de los mapas y se marchó en dirección este.

Annabelle se disponía a sentarse al volante, pero Caleb se lo impidió.

—Conduzco yo —dijo. Subió a la furgoneta de un salto e introdujo las llaves en el contacto.

—¿Por qué?

—No sabes conducir por carreteras con curvas. Eres demasiado brusca. Por eso me he mareado.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pasa si, llegado el momento, necesitamos conducir realmente rápido, Caleb?

—¡Sube!

—¿Qué?

Caleb encendió el motor y Annabelle tuvo que rodear el vehículo rápidamente y montarse antes de que saliera disparado. Aceleró tan rápido que ella se cayó al asiento trasero.

—¿Qué coño estás haciendo? —gritó mientras intentaba levantarse.

—¡Llegado el momento, yo soy quien va al volante!

Ella se las apañó para sentarse en el asiento delantero y se ciñó el cinturón rápidamente mientras Caleb tomaba una curva tras otra a casi ochenta kilómetros por hora. Cuando lo miró, se dio cuenta de la pericia con que manejaba el volante y luego se percató de la suavidad con que la voluminosa furgoneta, que no estaba ni mucho menos diseñada para ese tipo de terreno, se deslizaba por la carretera.

—Caleb, ¿cómo lo haces?

—Sé conducir, ¿vale? Tenías que haberme visto en casa de un tío que se llama Tyler Reinke. Hice volar el Nova.

—Ya veo que sabes conducir. Pero ¿cómo?

Caleb suspiró.

—¿Por qué te crees que he conservado esa birria de Nova todos estos años?

—No sé. Pensé que eras tacaño o que tenías mal gusto. O ambos.

—Bueno, soy tacaño pero lo cierto es que tengo gusto. No, es por mi padre.

—¿A qué te refieres?

—Mi padre era piloto de carreras en pista de tierra.

—¡No me lo puedo creer!

—Cuando se retiró de las carreras trabajó en el equipo de boxes para Richard Petty en la NASCAR.

—¿Richard, *el Rey*?

Caleb asintió.

—Yo era su protegido.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿Qué fuiste el protegido de Richard Petty? Anda ya. Te estás quedando conmigo.

—Annabelle, empecé a pilotar karts con seis años. Luego pasé a los coches de carreras júnior, después a las carreras de aceleración en coches preparados, y continué hasta acabar siempre entre los tres primeros e

incluso ganar el premio al novato del año en una ocasión. Acabé siendo el número uno en la escuela de conducción para la NASCAR, y estaba a punto de iniciar mi trayectoria en las grandes competiciones como segundo piloto del equipo Chevy de Billy Nelson. Habían ganado la Copa Winston tres años seguidos y Bobby Addison, su primer piloto y ganador en cuatro ocasiones de la Daytona 500, sería mi mentor. Estaba todo preparado, pero se fue al garete.

—¿Qué ocurrió?

—Estaba dando una vuelta de entrenamiento en Darlington cuando me salí de la tercera curva a casi trescientos kilómetros por hora. Perdí el control del coche, choqué contra un muro, reventé un neumático delantero, me cargué la suspensión, me deslicé hasta la zona interior, di una vuelta de campana y arrollé a un equipo de boxes.

—Oh, Dios mío.

—Mi equipo de boxes —puntualizó Caleb con solemnidad—. Mi equipo de boxes particular.

Annabelle soltó un grito ahogado.

—Entre ellos no estaba tu padre, ¿verdad?

Caleb le echó un rápido vistazo con ojos llorosos.

—Pasó cuatro meses en el hospital, pero al final se recuperó. Después de lo ocurrido fui incapaz de seguir. No podía cambiar de marcha, ni pisar a fondo un acelerador, ni siquiera era capaz de subir al coche. Así que lo dejé. Di un giro a mi vida. Pasé de la velocidad a las bibliotecas. Me alejé todo lo posible de aquella vida, pero conservé el Nova. Era uno de los primeros coches con que había participado en una carrera. Lo pinté de ese gris tan feo para tapar los números y las franjas. El coche número veintidós, me llamaban el Doble Dos. No tenía un aspecto extraordinario, pero, bajo el capó, ese coche tenía poderío. Doble carburador, leva superior, más de cuatrocientos caballos y un acelerador que nunca me defraudaba. Siempre que necesitaba meterle caña respondía. Hace años, a altas horas de la noche solía llevarlo por rectas, cuando Centreville era todavía un pueblo. Más de una vez lo puse a casi 250 por hora. Qué tiempos aquéllos...

—Caleb, lo siento mucho. —Le dio un ligero apretón en el hombro.

Hubo unos instantes de silencio.

—Eh, te lo has creído, ¿verdad?

Ella lo miró. Caleb sonreía de oreja a oreja.

—Venga ya, ¿yo el protegido de Richard Petty? ¿Yo?

—¿Te lo has inventado? ¡Cerdo! —Le dio un buen mamporro en el hombro, pero su expresión era de admiración.

—Siempre pensé que tenía talento para contar historias. Me he pasado gran parte de mi vida adulta rodeado de libros. En algo se me tenía que notar.

—Pero eso no explica que sepas conducir tan bien.

—Crecí en la ladera de una montaña en Pensilvania. Lo primero que conduje fue una excavadora Bobcat por un camino de tierra que hace que esta carretera llena de grava parezca una autopista alemana. —Hizo una pausa—. Y sí que participé en alguna carrera cuando cumplí los dieciocho. Sobre todo en cafeteras por caminos de tierra. Pero después de mi tercer accidente casi mortal, decidí dedicarme a la bibliotecología. Pero sigo siendo un gran fan de la NASCAR.

—Caleb, veo una nueva faceta tuya.

—Sí, bueno, todos tenemos secretos.

—El Camel Club más que la mayoría, por lo que veo.

OceanofPDF.com

53

Stone abrió los ojos y, más que ver, percibió a las personas que le rodeaban.

—¿Ben?

Se giró hacia la derecha y centró la vista en Abby, que estaba de pie, cogiéndole de la mano. Miró más allá y se dio cuenta de que se encontraba en una habitación de hospital.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó, intentando levantarse.

Abby y alguien más le empujaron suavemente hacia atrás.

—Tranquilo, Ben.

Era Tyree, al otro lado de la cama.

Stone se recostó en la almohada.

—¿Qué ha pasado? —repitió.

—¿Qué recuerdas? —preguntó Abby.

—Que llevé a Willie en el coche a su casa.

—Pues explotó —dijo Tyree con voz queda—. Me refiero a la caravana. Explotó.

—¿Willie? ¿Bob? Él también estaba allí.

Abby le apretó la mano.

—Los dos han muerto. —La voz se le quebró.

—¿Cómo ocurrió?

—Creen que fue la bombona de propano. Es lo único que puede explotar de esa manera —informó Tyree—. Si hubieras estado más cerca también habrías muerto. Tienes suerte de haber estado al otro lado de la caravana. Te protegió de la explosión.

Stone caviló unos instantes.

—Recuerdo que algo cayó justo a mi lado.

Abby y Tyree intercambiaron una mirada.

—Escombros —se apresuró a decir ella.

—¿Cómo pasó lo del gas?

—Lo estamos investigando —dijo Tyree—. Al parecer tenía un hornillo y unas bombonas de propano cerca de unas cajas de munición.

—Me da igual. No puede haber sido un accidente —declaró Stone—. Imposible.

—Creo que estás en lo cierto —reconoció el sheriff—. Sólo necesito alguna prueba.

Stone consiguió incorporarse ligeramente.

—Un momento. De camino a casa, Willie y yo hablamos sobre Debby.

—Entonces les contó lo que había deducido sobre el hecho de que Debby viera quién había matado a Peterson.

Tyree se frotó la barbilla.

—No se me había ocurrido, pero es que Willie nunca llegó a decirme que ella estuvo en la panadería aquella noche. Aunque ya sabía que Debby no se había suicidado.

—¿Cómo? —preguntaron Stone y Abby a la vez.

—No tenía los brazos lo bastante largos como para ponerse el cañón en la boca y apretar el gatillo.

Stone lo miró con súbito respeto.

—De hecho me di cuenta al ver la escopeta. Willie me había enseñado una foto de Debby. Vi que era muy menuda.

—Tyree, nunca dijiste que sospechabas que Debby había sido asesinada —dijo Abby.

—Porque no sé quién la mató, ni por qué. Supuse que sería alguien de por aquí. Era preferible que el asesino pensase que soy un palurdo inútil.

Quizá cometa un error que me lleve hasta él.

—Está claro que no eres un palurdo —dijo Stone. El sheriff le dedicó una mirada de agradecimiento—. ¿Danny sabe lo de Willie?

Abby asintió.

—Lo ha afectado tanto que han tenido que darle un calmante. Se ha puesto a berrear como un niño.

—Se acabó el sueño californiano —dijo Stone.

—¿Qué? —preguntó Tyree.

—Es una larga historia —contestó Abby.

—Tenemos que poner manos a la obra, Tyree, antes de que se produzcan otras muertes. —Stone se dispuso a levantarse.

El sheriff lo empujó hacia atrás.

—Tranquilo. Has estado a punto de saltar por los aires y el médico dice que tienes que hacer reposo durante un día o dos.

—No tenemos un día o dos.

—Voy a investigar un poco. Con lo que me has contado puedo verlo desde otra perspectiva.

—Danny y Abby necesitan protección.

—¿Yo? —preguntó ella.

—Mira lo que le pasó a Bob. Les da igual a quién matan.

—Estoy de acuerdo —convino Tyree—. Tengo a un par de hombres a los que nombré ayudantes en el pasado. Uno vendrá aquí con Danny y otro se quedará con Abby.

—Tyree, no hace falta.

—Pero lo haremos, Abby. Si te pasara algo, no me lo perdonaría. Me refiero a que... bueno... que no va a pasar. ¿Entendido? —La rotundidad de sus palabras lo sorprendió incluso a él, que se sonrojó ligeramente.

—De acuerdo —aceptó ella con docilidad.

Tyree acercó una silla y se sentó.

—Dices que tres hombres apalearon a Danny. El no quiere hablar conmigo del asunto, pero creo que por lo menos uno de ellos era un minero.

—¿Por qué? —preguntó Stone.

—Cuando vine a ver a Danny al hospital inspeccioné su ropa. Tenía polvo de carbón. Supongo que cayó de uno de los tipos que lo atacaron porque, que yo sepa, Danny nunca ha estado en una mina.

—Eso es verdad corroboró Abby —. Pero ¿por qué iba a atacarlo un minero?

—Maldita sea, ¡ya sabía yo que lo había visto antes! —exclamó Stone. Los dos lo miraron—. Fue el primer día que estuve en el restaurante. Tyree se había marchado y tú estabas en la trastienda. Danny había acabado de comer y estaba a punto de marcharse cuando ese tiarrón le bloqueó el paso. Le preguntó si esta vez pensaba quedarse o si iba a abandonarles otra vez. Es uno de los bateadores.

—¿Ese tío tiene nombre?

Stone pensó un momento.

—Lonnie.

—¿Lonnie Bruback?

—Describemelo. —Tyree lo hizo—. Es él —confirmó Stone.

—Lonnie hace el primer turno en la mina número dos de Cinch Valley. De siete a siete. Es uno de los chicos que recibe metadona en la clínica. Ni siquiera sabía que él y Danny eran amigos.

—Que yo sepa, no lo eran —precisó Abby—. Nunca ha venido a casa. No es bien...

—Abby es demasiado educada para decir que Lonnie es de baja estofa —explicó Tyree—. Me he topado con él unas cuantas veces, delitos menores, robo de gasolina, caza furtiva, y la adicción, por supuesto. Gracias por recordar ese detalle, Ben.

—¿Alguien le ha dicho a Shirley lo de Willie y Bob? —preguntó Abby.

—Yo no, pero supongo que a estas alturas ya se habrá enterado. También pasaré a verla a ella.

—Yo la vigilaría también a ella, sheriff.

—¿Crees que Shirley está implicada en esto?

—Digámoslo así: una no le da la lata a su marido para que vaya a cazar ciervos y luego resulta que se lo cargan mientras caza. ¿Qué probabilidades hay?

—¿Crees que fue premeditado?

—No necesariamente, si no fuera porque quien le disparó, Rory Peterson, acabó asesinado.

—Cierto. —Tyree dio un golpecito a la cartuchera con el pulgar—. ¿Quién iba a decir que el pueblo de Divine acabaría como el dichoso Salvaje Oeste?

Se marchó.

Abby acercó la silla y puso una mano encima de la de Stone.

—Te he traído el macuto. Está en el armario.

—Gracias, Abby.

—Siento todo lo que te ha pasado.

—Creo que tú has sufrido más que yo.

—Qué enrevesado es todo esto. Me pregunto si llegaremos al fondo de la cuestión. —Bajó la mirada y Stone creyó saber por qué.

—Si Danny está metido en algo turbio, estoy convencido de que no tiene nada que ver con un asesinato.

Abby alzó la mirada.

—¿También lees el pensamiento? Resulta un tanto inquietante. —Exhaló un suspiro—. Conozco a mi hijo, o al menos eso creo. Pero también existe esa posibilidad.

—Quiero contarte algo: cuando los tíos del tren fueron otra vez por nosotros, Danny derribó a uno de ellos de un puñetazo en el vientre. El chico se revolvió y le devolvió el golpe a Danny. Tu hijo podía haberle asestado un directo pero no lo hizo. Dijo que golpear a un hombre caído no era jugar limpio. Esa actitud no me parece típica de un asesino a sangre fría.

—Ya perdí a Sam. No puedo perder también a Danny.

Stone le cogió el brazo y la acercó.

—No lo perderás, Abby. Te lo prometo.

OceanofPDF.com

Reuben estaba en un apuro. Tras llegar a South Ridge había estado a punto de toparse con Joe Knox mientras caminaba por la calle del desangelado pueblecito. Al cabo de una hora, volvió al coche y se marchó. Telefoneó a Annabelle emocionado y se lo contó. Luego, mientras salía del pueblo y le faltaba poco para perderlo de vista, se le había pinchado una rueda de la Indian. Había parado a un lado de la carretera y vuelto a telefonar a Annabelle.

—No hagas nada, Reuben —le dijo ella—. Vamos a acabar con los dos pueblos que nos faltan e iremos a recogerte.

—¿Por qué no venís ahora y así seguimos a Knox?

—Para cuando lleguemos, ya estará lejos. Si no ha encontrado a Oliver en South Ridge, quizá lo encontremos nosotros antes. ¿A qué pueblo crees que irá ahora?

Reuben consultó el mapa y miró alrededor.

—Diría que a Divine.

—De acuerdo, vuelve a llamar si hay alguna novedad.

Reuben colgó, miró la rueda pinchada con cara de pocos amigos y le dio una patada. Después de tantos años, la Indian al final le había fallado. Lo peor era que normalmente llevaba una de recambio en el sidecar, pero la había sacado para que cupieran todos los trastos que Annabelle le había pedido.

Se sentó en el arcén y consideró la situación. Si aquél era el primer pueblo que Knox visitaba, todavía le faltaban tres. Así pues, había un tercio de posibilidades de que Oliver estuviera en Divine. No era gran cosa, pero podía ser peor. Tendría que cruzar los dedos para que Divine no resultara ser donde al agente federal le tocara el gordo y Oliver encontrara su más que probable pena de muerte.

Melanie Knox había llamado a su padre varias veces en vano. El hecho de que Joe Knox no respondiera ni le devolviera la llamada no le sorprendía. Sin embargo, su última conversación con él la había dejado preocupada. Sus comentarios habían tenido cierto deje fatalista. Una especie de «vive el presente», como si desconfiara del futuro.

Así pues, fue en taxi a la casa de su padre y pidió al taxista que esperara. Al abrir la puerta, le sorprendió no oír la alarma. Su padre era muy escrupuloso y siempre la conectaba cuando se ausentaba. Encendió las luces y tuvo que reprimirse para no gritar.

La casa estaba patas arriba. Al principio pensó que habían entrado a robar y su primer impulso fue salir corriendo por si los ladrones seguían allí. Por precaución, salió a poner al corriente al taxista y le pidió que llamara a la policía si no regresaba en cinco minutos. Volvió al interior, cogió un pesado jarrón del recibidor y avanzó con cautela. Dejó la puerta de entrada abierta por si acaso.

Tardó menos de cinco minutos en comprobar que ya no había nadie. Se asomó a la ventana del dormitorio de la planta de arriba e indicó con señas al taxista que todo iba bien. Volvió dentro y se puso a buscar de forma más concienzuda. Sabía que su padre tenía dos cajas fuertes en la casa. Una estaba en el dormitorio y la otra detrás de un panel del garaje; ambas estaban intactas. Tampoco parecía que faltara ningún objeto de valor.

Aquello apuntaba a una única posibilidad: quien había entrado en la casa no buscaba objetos de valor, y además conocía el código de la alarma.

Entró en el estudio de su padre y miró alrededor. Sabía que allí era donde guardaba las cosas del trabajo. Aunque Melanie también sabía que,

por norma, su padre no dejaba ningún documento importante por ahí. Encendió la luz, se agachó y empezó a revisar las pilas de papel que había por el suelo. Media hora más tarde sólo había encontrado una cosa interesante: una lista con nombres. No le sonaba ninguno, pero uno le llamó la atención.

Alex Ford era un agente del Servicio Secreto que trabajaba en la oficina de campo de Washington. Ignoraba por qué figuraba en la lista de su padre. Pero sí sabía una cosa: lo llamaría para preguntarle si estaba al corriente de en qué andaba su padre.

Corrió al taxi después de cerrar la puerta con llave y encender la alarma. Cuando se arrellanó resollando en el asiento, tuvo la inquietante sensación de que el «trabajo» de su padre había acabado volviéndose contra él.

OceanofPDF.com

Alex Ford estaba sentado en la cocina tomando con parsimonia un plato de sopa y una cerveza. En gran medida, desde el último encuentro con el Camel Club, o lo que quedaba de él, había seguido trabajando por inercia. Había pasado con el coche por la casita del cementerio de Mt. Zion con la esperanza de que Annabelle hubiera regresado. Había llamado a Reuben varias veces, en vano. Y Caleb se había ausentado de la biblioteca; cuando lo llamó al trabajo, le dijeron que se debía a asuntos personales inesperados.

Sabía qué estaban tramando: cómo salvar a Oliver.

Y la mitad de su ser, o quizá más de la mitad, esperaba que lo consiguieran y que Oliver escapara a la acción de la justicia.

Cuando sonó el teléfono, arrugó el ceño. Probablemente fuera su jefe para endosarle alguna hora extra en una misión de protección de bajo nivel. Pues esa noche estaba ocupado. Tenía dos reposiciones de Tivo pendientes, la sopa de tomate que acabarse y cervezas por liquidar.

—¿Sí?

Era su jefe, pero no para que hiciera horas extras. Le dijo a Alex que recibiría una visita de inmediato y que se esforzase por cooperar.

—¿De quién se trata?

Pero su jefe ya había colgado.

Llamaron a la puerta al cabo de medio minuto, lo cual indicó a Alex que su jefe se comunicaba con las «visitas» y acababa de darles el visto bueno.

Vertió el resto de la cerveza por el fregadero de la cocina, se remeti6 la camisa en la cinturilla, se ajust6 r6pidamente la corbata y abri6 la puerta.

Alex medía metro noventa y cinco, pero aquel hombre de pelo cano y rostro anguloso le sacaba por lo menos siete centímetros.

—Agente Ford, soy Macklin Hayes. Me gustaría hablar con usted.

Alex dio un paso atr6s para que entrara, al tiempo que atisbaba m6s all6 para ver si iba solo. No vio a nadie, pero Alex sabía lo suficiente sobre Hayes para intuir que aquel hombre no iba solo a ning6n sitio. Cerr6 la puerta y seál6 una silla para que se sentara.

—Gracias.

Alex ocup6 la silla delante de 6l e intent6 mostrarse despreocupado.

—¿En qu6 puedo ayudarle, seńor?

—Tengo entendido que uno de mis subordinados, Joe Knox, vino a verle para tratar cierto asunto.

Alex asinti6.

—Así es. Me hizo unas preguntas sobre una persona que conozco.

—¿John Carr?

—Me pregunt6 por Carr, pero no conozco a nadie que se llame así.

—¿Oliver Stone, pues? ¿Conoce usted al hombre que se hace llamar Oliver Stone?

—La mayoría de los agentes del Servicio Secreto que han realizado misiones de protecci6n de la Casa Blanca le conocen.

—Pero ¿usted mejor que los dem6s?

Alex se encogi6 de hombros.

—Yo diría que es un conocido.

—Era mucho m6s que un conocido, y me va a contar todo lo que sabe sobre sus planes para asesinar a Carter Gray y al senador Simpson. Y si le ayud6 a huir. En el peor de los casos eso le convierte en co-conspirador. En el mejor, cómplice antes y despu6s. En un asunto tan grave, cualquiera de las dos opciones le conducir6 a la c6rcel de por vida.

«Vaya, no se anda con eufemismos».

—No sé de qu6 demonios est6 hablando.

Hayes sac6 un papel del abrigo y lo mir6.

—Casi veinte años en el Servicio Secreto, buena hoja de servicios. Usted fue quien protegía al presidente en Pensilvania cuando lo secuestraron.

—Fui el único que quedó en pie.

—O sea que estaba allí cuando desapareció. ¿Tuvo algo que ver con su reaparición? Y más en concreto, ¿su amigo Stone participó?

—Repito que...

Hayes no le dejó terminar.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Murder Mountain? ¿De un agente de la CIA que desapareció, Tom Hemingway? ¿De unas pruebas que su amigo Stone tenía contra Carter Gray? ¿O de una ex espía rusa llamada Lesya?

Alex estaba al corriente de todo aquello, pero guardó silencio, ya que ¿qué podía decir que le beneficiase?

—Lo interpreto como un sí.

—Oliver ayudó a desarticular una red de espionaje en Washington D.C. Uno de sus empleados estaba implicado. ¿Le suena? Recibió una mención del director del FBI.

—Me alegro por él, pero dudo de que le sea útil cuando lo pillen y lo juzguen por dos asesinatos.

—¿Qué desea de mí exactamente?

—Saber qué le preguntó Knox y qué le contestó usted.

—¿Y por qué no se lo pregunta directamente? Seguro que lo tiene apuntado en un detallado y pulcro informe y... —Alex lo comprendió—. ¿No sabe dónde está el agente Knox?

—No estoy aquí para responder preguntas, sino para formularlas. Tengo entendido que ha recibido una llamada de su superior pidiéndole que se esfuerce por cooperar.

Alex dedicó los dos minutos siguientes a contarle lo que él y Knox habían hablado.

—¿Nada más? —dijo Hayes, claramente decepcionado—. Tendré que decirle a Knox que haga un curso de actualización de técnicas de interrogatorio.

—Me dijo que regresaría a hacerme más preguntas. Ya le diré que le está buscando —repuso Alex con cierto deje irónico.

Hayes se levantó.

—Un consejo: si descubro que algo de lo que acaba de contarme no es verdad, o si me ha ocultado algo importante, ya puede irse preparando para pasar una buena temporada en el Castle.

—¿La prisión militar de Leavenworth? Yo no soy militar.

—También es para quienes cumplen condena por delitos contra la seguridad nacional. Pero para responder a su pregunta más claramente: usted es lo que yo quiera que sea.

En cuanto quedó a solas, Alex se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Exhaló una bocanada y se levantó con piernas temblorosas. Ya puestos, mejor que se hubiera aliado con el Camel Club para encontrar a Oliver, dado que todo apuntaba a que acabaría en la cárcel de todos modos.

El teléfono volvió a sonar. Probablemente fuera su jefe para reprocharle que no había cooperado demasiado y que qué le parecía quedar suspendido de empleo y sueldo.

Pero se equivocaba.

—¿Agente Ford? Soy Melanie Knox, la hija de Joe Knox. Alguien ha allanado su casa y no consigo localizarlo. Lo único que he encontrado es una lista en la que consta su nombre.

—¿Cuándo tuvo noticias de su padre por última vez? —Ella se lo dijo—. Yo hablé con él con anterioridad. Desde entonces no he sabido nada de él. Podría tratarse de un robo. Debería llamar a la policía.

—No han robado nada de valor. Las dos cajas fuertes estaban intactas.

—No sé qué espera de mí.

—¿De qué habló con usted?

—Lo lamento, pero no puedo revelarlo.

—Agente Ford, estoy muy preocupada. La última vez que hablé con mi padre lo noté... pues... como si hablara conmigo por última vez. Estoy convencida de que se encuentra en un buen aprieto.

«Tal vez por eso he recibido la visita de Hayes. Su perro fiel ha perdido el rastro y el viejo va a ciegas». —Cuando habló con él, ¿le dio alguna indicación de dónde estaba?

—Dijo algo sobre que se encontraba al oeste de aquí, en un entorno rural. Yo bromeé sobre el hecho de que hubiera terroristas en los valles. Y dijo que nunca se sabía.

—La verdad es que no es mi especialidad, señorita Knox.

—Soy abogada en un bufete privado y tengo muchos contactos, y si bien mi padre nunca ha mencionado lo que realmente hace para el gobierno, sé que no se trata de ninguna misión diplomática del Departamento de Estado, eso no es más que una tapadera. Por favor, ¿puede confirmarme eso por lo menos?

Alex vaciló, pero el tono suplicante acabó tocándole la fibra.

—Que yo sepa, estaba haciendo una labor de investigación para la CIA, o al menos cooperaba con ellos de algún modo.

—¿Sobre algo importante?

—Lo bastante. Está buscando a alguien que no quiere que le encuentren.

—¿Esa persona es peligrosa?

—La mayoría de las personas que no quieren ser encontradas lo son.

Le pareció que la chica gemía.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó—. Mi madre ha muerto y mi hermano está con los marines en Irak. ¿Qué debo hacer, agente Ford? No sé a quién más recurrir.

Alex se quedó con la mirada perdida. Le pareció que sus casi veinte años en el servicio se esfumaban de su memoria. Si Hayes se salía con la suya, eso podría convertirse en realidad. Así pues, ¿por qué quedarse sentado esperando a que el misil le diera de lleno en la cabeza?

—Deme un número donde pueda llamarla a cualquier hora. Investigaré a ver qué averiguo.

—Oh, Dios mío, muchas gracias.

—No puedo prometerle que, si descubro algo, vaya a ser lo que usted quiere oír.

—Agente Ford, sé que no conoce a mi padre, pero si estuviera usted en un apuro, querría que Joe Knox le cubriera las espaldas. Es honesto como pocos. Espero que eso signifique algo para usted.

—Sí, y mucho —repuso Alex con voz queda.

OceanofPDF.com

56

Stone se incorporó en la cama del hospital mirando la pared que tenía delante. Consultó la hora, abrió la mesilla de noche y sacó el teléfono de Danny. Primero llamó a Abby y luego a Tyree. En vano. Abby estaba trabajando en el restaurante y Tyree había salido en busca de Lonnie Bruback, que al parecer había desaparecido. En la caravana de Willie no había encontrado nada aparte de un par de bombonas de propano destrozadas y los restos de una cocina, le dijo a Stone.

—Va a venir un artificiero de la policía estatal de Virginia para inspeccionar la escena. Ya sé que no lo crees, pero quizá fuera un accidente. Willie no estaba, tal vez hubo un escape de propano y Bob encendió un cigarrillo cuando el chico llegó, y ¡bum!

—Si había un escape de propano, habría explotado antes. Como te dije, vi a Shirley allí y estaba fumando. Y cabe suponer que Bob habría oído el propano. El olor que le añaden al gas es bastante acre precisamente para eso.

—Lo sé. Pero ¿por qué tantas ganas de matar a Willie? —objetó Tyree—. ¿Primero una sobredosis y ahora una bomba?

—El chico sabía que Debby no se suicidó. Iba a seguir insistiendo hasta que la verdad saliese a la luz. Es obvio que eso desagradaba a alguien.

—Pero con su asesinato ha despertado nuestras sospechas, justo lo que no querría.

—Él o ellos saben que no tenemos ninguna prueba de que se haya cometido un crimen. Así pues, a sus ojos es mejor.

—Bueno, no pienso tirar la toalla. Llegaré al fondo de esto.

—Tyree, aquí todo el mundo tiene que andarse con mucho cuidado, incluso tú.

—Lo tendré en cuenta.

Stone colgó y observó el teléfono. Danny tenía un último modelo de móvil Verizon con todos los accesorios, incluido correo electrónico. Stone nunca había utilizado ninguna versión de correo que no incluyera papel y boli. Repasó la lista de contactos de Danny. Los nombres eran sobre todo femeninos. Incluso había hecho anotaciones en cada entrada para indicar la especialidad de la dama en cuestión, y además incluía una foto digital de la mujer. En opinión de Stone, varias de las imágenes podían considerarse pornográficas. Los apodos de las chicas también resultaban muy sugerentes: «Putón Verbenero; Cachonda Total; Piernas Abiertas».

Meneó la cabeza. Las relaciones entre chicos y chicas habían cambiado mucho desde su juventud, pero no estaba muy convencido de que los avances hubieran sido para bien. Danny necesitaba mejorar la calidad de sus relaciones femeninas.

Miró al exterior. Estaba oscureciendo. Se levantó despacio de la cama. Se sentía bastante rígido y dolorido, pero moverse le favoreció. Tenía el culo entumecido de pasar todo el día en la cama.

Salió de la habitación y se dirigió al puesto de enfermería. Después de que lo reprendieran por haberse levantado, preguntó cuál era la habitación de Danny.

Recorrió el pasillo y vio a un hombre sentado junto a la puerta de Danny. Se levantó en cuanto Stone se acercó.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Eres el ayudante que Tyree ha asignado a Danny?

—Así es. Un momento, tú eres el tal Ben, ¿no?

—Sí. ¿Puedo ver a Danny?

—Teniendo en cuenta que le salvaste el pellejo, adelante.

Stone asomó la cabeza y vio al chico sentado en la cama con el rostro enrojecido y los ojos, convertidos en rendijas, hinchados.

—Danny, ¿puedo pasar?

No dijo nada, pero le indicó que entrara con un débil movimiento de la mano.

Stone acercó una silla y se sentó.

—Siento mucho lo de Willie.

Danny mantuvo la vista fija en la almohada que sujetaba contra el vientre. Cuando habló, lo hizo con voz pesada y lenta. Stone lo atribuyó a la medicación.

—No se merecía morir de ese modo.

—No lo merece nadie.

Danny lo miró con furia.

—Algunas personas sí.

—Supongo que tienes razón. Algunas personas puede que sí.

—Nunca hizo daño a nadie, ¿sabes?

—Lo sé.

—Y Bob. Joder, era un anciano y también se lo cargaron.

—¿Quién se lo cargó, Danny? ¿De quién estamos hablando?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—¿Por qué te marchaste de Divine?

—Quería comenzar de nuevo, como te dije.

—¿Y por qué regresaste?

—Es asunto mío.

—¿Quieres hablarme de Debby Randolph?

—¿Qué esperas que te diga? Era la novia de Willie. Él la quería, tío. Iban a casarse.

—Entonces, ¿tú lo sabías?

Danny asintió con expresión ausente.

—Yo le insistía mucho para que dejara las drogas. El trabajo de minero lo estaba matando. Tenía dolores, vale, lo entiendo. Pero vi lo que esa mierda le había hecho a mi viejo. No quería que le pasara lo mismo a Willie. Y entonces apareció Debby y ella lo devolvió al buen camino, ¿me

entiendes? El estaba bien. Me llamó un día y me dijo que estaba pensando en proponerle matrimonio. Me pidió mi opinión. Por un lado, pensé en decirle: «No, tío, olvídale de eso, eres demasiado joven. Tenemos cosas que hacer. Montones de chicas con las que acostarnos». Pero en realidad estaba celoso, tío. Yo no tenía más que cuerpos en la cama, mientras que él tenía a una mujer que lo amaba.

—Entonces, ¿qué le dijiste al final?

—Le dije que muy bien. Conocía a Debby. Era una gran chica. Y perfecta para él. Me pidió que fuera su padrino.

—Parece que habíais zanjado vuestras diferencias...

—Nunca tuvimos diferencias importantes. No eran más que tonterías.

Danny se quedó callado. Stone se reclinó en la silla y lo contempló mientras la oscuridad iba apoderándose del exterior.

—Te vi llorando encima de la tumba de Debby —comentó al cabo—. ¿Quieres hablar de ello?

Danny irguió la cabeza rápidamente.

—No hay nada que contar. Me duele que esté muerta. Y sabía que Willie estaba destrozado por ello.

—Sabes quién la mató, ¿verdad?

—Si lo supiera, se lo habría dicho a Tyree, ¿no?

—¿Seguro?

—Estoy cansado, tío. Quiero dormir.

—¿Seguro que no quieres decírmelo?

—Tan seguro como que estoy aquí tumbado como un inútil.

Stone regresó a su habitación, pero no se metió en la cama. Algo le corroía por dentro. Algo que había visto, oído o quizás ambas cosas. Algo que no acababa de cuadrar.

Sacó el teléfono de Danny. Repasó otra vez la lista de contactos. Quizás algún nombre le diera una pista para entender por qué el muchacho se negaba a contarle lo que había pasado. Pero nada le llamó la atención.

Siguió pulsando botones hasta llegar a opciones avanzadas de la memoria del teléfono. Y paró cuando apareció una pantalla con un solo

nombre y número: «Tyree». Sin embargo, el número del sheriff no era el que Stone tenía. Lo marcó. Al cabo de unos tonos, una voz contestó:

—¿Danny?

Stone colgó. Era Tyree. ¿Por qué tenía Danny el nombre y un número especial escondidos en la memoria del móvil? Y si el número tenía que ser secreto, ¿por qué no memorizarlo? ¿Por qué introducirlo en un sitio en el que alguien como Stone podría encontrarlo? Volvió a mirar la lista de contactos normal. Allí figuraban los números de casa de Abby y del restaurante, números que Danny debería recordar con facilidad. Sin dudarlo, llamó a Abby y le contó su conversación con Danny, aunque no lo de su hallazgo en el móvil.

—Abby, ¿tu hijo tiene algún problema para recordar números?

—Desde el instituto. Los médicos dijeron que era por las conmociones sufridas jugando al fútbol. Le dije que dejara de jugar, pero le gustaba demasiado. Se quedó hecho polvo cuando el problema de rodilla le impidió jugar para la Tech. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada, es que estoy aquí sentado sin nada que hacer. Gracias.

Colgó y oyó un retumbo procedente del pasillo. Se asomó y vio a un celador que pasaba cargado con cajas. Esa imagen de lo más normal le produjo una reacción extraordinaria.

Le sobrevino en una pequeña caja propia.

«Sesenta, no ochenta. Polvo negro en vez de la arcilla rojiza normal. Y mineros que salían del pueblo para conseguir el chute de metadona mucho antes del amanecer».

Parecía una revelación espontánea, pero Stone sabía que en realidad no lo era. Hacía tiempo que aquel asunto le daba vueltas en el subconsciente. Y por fin había aflorado a la superficie.

Cogió su talega del armario y se puso ropa limpia.

«Ojalá siga aquí», se dijo mientras rebuscaba en la bolsa.

Al final encontró la pistola que Abby le había prestado. Se la guardó en la cinturilla y disimuló el bulto con la camisa. Al cabo de unos instantes se asomó por la puerta. Cuando el puesto de enfermería estuvo vacío, se

marchó rápidamente por el pasillo. Las enfermeras que fueran por la noche a darle la medicación encontrarían la habitación vacía.

Ignoraba que encontrarían exactamente lo mismo en la habitación de Danny. El joven había burlado la vigilancia y había huido, contusionado y ensangrentado, hacía una hora.

OceanofPDF.com

Knox entró en Divine sin saber muy bien a qué atenerse. Era tarde, estaba oscuro y apenas se veían luces encendidas en la calle principal. Condujo mirando a derecha e izquierda, aunque dudaba encontrarse con John Carr apostado en una esquina esperando su llegada. Pasó delante de un restaurante llamado Rita's. Vio el juzgado y la oficina del sheriff, ambos aparentemente vacíos a esas horas. Se planteó si despertar al policía local para que le ayudara en su búsqueda, pero recordó que los policías de los otros pueblos no le habían ayudado en nada. Esta vez probaría otra táctica.

Salió de la calle principal y se dirigió al oeste, por lo menos según la brújula del coche. El sentido de la orientación de Knox hacía horas que se había atascado, culpa del tiempo que llevaba vagando por los achaparrados Apalaches.

Aminoró la velocidad cuando vio lo que parecían los restos de una caravana. Pensó que un tornado debía de haberlo destrozado, pero los árboles y el terreno circundante estaban intactos. Paró el coche, salió e inspeccionó el lugar.

Los restos ennegrecidos e irregulares y el diámetro de los escombros le indicaron que se había tratado de una explosión. Un poco raro, desde luego. No significaba que John Carr estuviera en aquel lugar, pero, por lo menos, era algo inusual.

Luego recorrió el centro del pueblo un par de veces. Entonces vio la pensión. Aparcó un poco más abajo y subió caminando, alerta por si veía algún indicio de Carr.

Llamó a la puerta varias veces, hasta que al cabo de unos minutos oyó pasos acercándose con parsimonia.

—¿Sabe qué hora es, joven?

A Knox no le llamaban «joven» desde hacía por lo menos veinte años. Disimuló una sonrisa.

—Disculpe, pero he llegado más tarde de lo que preveía.

—¿Quiere decir que ha venido expresamente a Divine? —preguntó el hombre con incredulidad.

—¿Existe alguna ley que lo prohíba? —repuso Knox, sonriendo de oreja a oreja para ablandar al hombre.

—¿Qué desea? —dijo el hombre bruscamente.

Nada de ablandamiento.

—Ahora mismo, un sitio donde dormir, ¿señor...?

—Llámeme Bernie. Lo siento, pero estamos completos.

Knox miró por encima del hombro.

—¿Es temporada alta en Divine?

—Sólo tengo dos habitaciones disponibles.

—Entiendo. Lo que pasa es que tenía que reunirme aquí con un amigo. A lo mejor le ha visto. Es un tipo alto y delgado de unos sesenta años. Pelo blanco muy corto.

—Oh, Ben. Ocupa una de las habitaciones, pero ahora mismo no está.

—¿Tiene idea de dónde está?

—¿En el hospital, quizá?

—¿Se ha hecho daño?

—Pues casi sale volando por los aires. Bob y Willie Coombs murieron y su amigo estuvo a punto de pasar a mejor vida.

Knox mantuvo un tono tranquilo y sereno.

—¿Dónde está el hospital? Iré a ver cómo se encuentra.

—Oh, se ha recuperado. Todos nos alegramos de ello. Ben es todo un héroe.

—¿Cómo es eso?

—Ha ayudado a un par de personas del pueblo. A Danny Riker cuando se metió en líos en un tren. Y a Willie Coombs cuando estuvo a punto de morir por las drogas. Ben los salvó a los dos. Un hombre muy bueno. Y luego agredieron a Danny aquí en el pueblo. Y Ben volvió a salvarlo. Apaleó a tres tíos, o eso dijeron.

—Vaya, muy típico de Ben. Siempre en medio de todas las movidas. Le daré recuerdos de su parte cuando lo vea en el hospital. ¿Dónde me ha dicho que estaba?

Bernie se lo dijo.

—Pero hace mucho rato que acabó el horario de visitas.

—Veré si hacen una excepción.

Knox deslizó un billete de veinte dólares en la mano del viejo cuando se dieron la mano.

—Puedes dormir en la habitación delantera —dijo Bernie, indicando el espacio que había detrás de él.

—Gracias, quizá lo haga.

Volvió al coche con paso despreocupado.

Mientras conducía con una mano por la calle serpenteante, utilizó la otra para abrir la guantera. Extrajo su pistola de 9 mm y la colocó en el asiento del copiloto.

«John Carr, allá voy».

OceanofPDF.com

58

Annabelle bajó la mirada hacia el teléfono, que vibraba.

—¿Quién coño me llama a estas horas?

—¿Reuben, quizá? —sugirió Caleb mientras conducía.

—No. No reconozco el número. —Abrió el teléfono—. ¿Sí?

—¿Annabelle? ¿Qué tal va?

—¿Qué coño quieres? —espetó.

—Yo también me alegro de oírte —dijo Alex Ford en tono agradable.

—Tengo mucho trabajo, Alex.

—Ya lo imagino.

—Un momento. ¿Desde dónde llamas? No he reconocido el número.

—Desde una cabina.

—¿Por qué una cabina?

—Porque creo que el teléfono de mi casa, el móvil y el del trabajo están pinchados.

—¿Y eso por qué? ¿Knox sigue dándote la lata?

—Por eso llamo. He recibido una llamada desesperada de Melanie, la hija de Knox. Es abogada en Washington. Su padre ha desaparecido.

—No, no ha desaparecido. Busca a Oliver y nosotros le pisamos los talones.

—¿Y dónde está pasando todo eso?

—En el quinto pino del sudoeste de Virginia. Así pues, ya puedes decirle a la pequeña Melanie que su papá está bien. Por lo menos de momento.

—Eso no es todo. Su casa estaba patas arriba. Alguien la allanó para buscar algo, y no me refiero a un robo normal y corriente. Y encima he recibido la visita del egregio Macklin Hayes.

—No me suena de nada.

—No hay motivos para que te suene. Es un ex general del ejército con tres estrellas que se ha pasado al sector de la inteligencia. Tiene la misma fama que Carter Gray, pero más siniestro y malvado. Además, es el jefe de Knox y no sabe dónde está su hombre, lo cual significa que Knox va por libre.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—No sería de extrañar si ha descubierto algo que le hace sentirse incómodo acerca del fondo de este asunto. No creo que Knox sea un asesino. Es rastreador, y si Hayes lo ha puesto a seguir a Oliver, debe de ser el mejor. Lo que parece claro es que cuando Knox encuentre a Oliver y lo comunique a Hayes, éste enviará su artillería Hayes para que acabe el trabajo.

—¿Qué puede haber averiguado Knox que le haya hecho ir por libre?

—Ni idea. ¿Os falta mucho para encontrar a Oliver?

—Es difícil de saber. Hemos reducido la búsqueda a cuatro pueblos de por aquí. Ya hemos investigado en dos y ahora nos dirigimos al tercero.

—¿Caleb y Reuben están contigo?

—Por supuesto. Somos el Camel Club, ¿recuerdas?

—O lo que queda de él.

—Sí, parece que los componentes van cayendo como moscas. Claro, algunos deciden marcharse y a otros no les quedó más remedio.

—Annabelle, intento ayudar, ¿vale? Corro un gran riesgo por el mero hecho de hablar contigo sobre este asunto.

—Nadie te ha pedido que corras riesgos, Alex. Vuelve a tu bonito y seguro trabajo federal.

—¿Por qué será que me cabreas tanto?

—¿Por mi personalidad infantil?

—Vale. Ten en cuenta esto, infanta: si Knox va por libre, entonces a ojos de Hayes se ha convertido en un objetivo, igual que Oliver. Hayes se cargará a los dos y a cualquiera que se interponga en su camino.

—Nosotros tres estamos dispuestos a correr ese riesgo.

—Ya sé que tú sí, pero ¿te has molestado en preguntar a los otros dos?

—No hace falta que pregunte. El hecho de que estén conmigo es una respuesta. A diferencia de otras personas...

Caleb lanzó una mirada nerviosa a Annabelle.

—De acuerdo, pero no digas que no te he advertido.

—Sí, gracias por tu ayuda. —Colgó y tiró el teléfono al suelo.

—Deduzco que la conversación no ha ido demasiado bien —dijo Caleb.

—Podría decirse así.

—¿Qué ha dicho?

—Un momento. Ahí está Reuben.

El grandullón estaba haciéndoles señas desde el arcén a oscuras. Pararon y en cuestión de minutos habían cargado la motocicleta en la trasera de la furgoneta. Cuando volvieron a ponerse en marcha, Annabelle explicó lo que Alex le había contado. Al oír el nombre de Hayes, Reuben palideció ligeramente.

—¿Macklin Hayes?

—Sí. ¿Le conoces?

Él asintió.

—Estuve a sus órdenes en la inteligencia militar. También hice algunos trabajos de campo para él en ciertas zonas del mundo donde el buen general tenía fama de dejar a sus hombres en la estacada cuando la cosa se ponía fea. Yo resulté ser uno de sus pequeños sacrificios. Pero la mierda nunca le salpicó. Motivo por el que el cabrón ha llegado a donde está.

—Pues por lo que parece, va a por Oliver y ahora también a por Knox.

—Entonces, ¿el plan de Hayes es liquidar a Oliver? —dijo Reuben lentamente.

—Pero le llevamos la delantera en ese aspecto —dijo Annabelle al notar la expresión nerviosa de Reuben—. Y como te la jugó, ésta sería una forma

ideal de zanjar el asunto —añadió.

—Con un tipo como Macklin Hayes no se zanjan asuntos, Annabelle. Tiene un ejército detrás y es un desalmado, aparte de listo y artero como pocos. Nunca he tenido constancia de que saliera perdiendo en algo.

—Reuben, podemos derrotar a ese capullo.

—Pero en realidad no sabemos si Knox huye de Hayes —intervino Caleb—. No es más que la opinión de Alex. Quizá todavía trabajen juntos en esto. Tal vez la visita de Hayes a Alex fuera una artimaña para darnos una falsa sensación de seguridad.

—Eso no tiene sentido, Caleb —espetó Annabelle.

—Tiene tanto sentido como que nosotros vayamos por el país intentando encontrar a Oliver al mismo tiempo que la CIA. Es decir, ¿de verdad creemos que podemos ganarles en esto? ¿Y qué pasa si encontramos primero a Oliver? ¿Entonces qué? ¿Cómo lo hacemos desaparecer sin dejar rastro, teniendo en cuenta toda la gente que le persigue? No somos expertos en eso.

—Yo sí —replicó Annabelle.

—Vale, tú sí. Yo no. O sea que hacemos desaparecer a Oliver. ¿Y luego qué? ¿Vuelvo a mi trabajo de la biblioteca después de una extraña ausencia? ¿No crees que me atosigarán? —Miró a Reuben—. Y si me torturan, me iré de la lengua. No soy tan ingenuo como para creer que podré aguantar. Y entonces pasaré el resto de mi vida en la cárcel. ¡Qué bien! ¡Yupi!

—Si eso es lo que piensas, ¿por qué coño has venido? —replicó Annabelle enfurecida.

—Hemos venido porque apreciamos a Oliver y queríamos ayudarle —respondió Reuben.

—¿Y habéis cambiado de opinión? —preguntó ella.

—No es tan sencillo, Annabelle.

—Claro que sí —repuso con fiereza—. La pregunta no ha cambiado, así que la respuesta sí que debe de haber cambiado. —Miró a uno y luego al otro—. ¿Y ahora qué? ¿Os rendís? ¿Queréis volver a la ciudad? ¡Pues muy bien, largo! ¡Largaos de aquí! Tampoco es que os necesite.

Reuben y Caleb se miraron con expresión culpable.

—Para la furgoneta, Caleb —ordenó ella—. Yo me bajo.

—Tranquilízate —instó Reuben alzando ligeramente la voz.

—No, no pienso tranquilizarme. Me cuesta creer que vosotros y Alex seáis tan blandengues...

—¡Cierra la puta boca! —rugió Reuben.

Annabelle lo miró como si acabara de recibir un puñetazo en la cara.

Reuben le dedicó una mirada severa, con la expresión de un hombre apenas capaz de controlar su ira.

—He luchado en guerras por mi país. Me han disparado en el culo por mi país. He estado a punto de morir unas doce veces siguiendo a Oliver en sus aventurillas. Le quiero como a un hermano y he contado con él cuando no he tenido a nadie más. Con él entré en una cámara mortífera llamada Murder Mountain y casi no salimos para contar el cuento. ¿Y sabes quién estaba con nosotros? Alex Ford. Puso su carrera en peligro cuando podía haberse lavado las manos. Y también le dispararon, hizo frente a un grupo de ninjas coreanos que querían cortarnos el cuello, se llevó un disparo destinado al presidente de Estados Unidos, y prácticamente sin ayuda nos sacó de ese pozo siniestro. —Miró a Caleb—. Y a este hombre lo han secuestrado, golpeado, casi asfixiado y hecho saltar por los aires, y nos ha salvado el pellejo a Oliver y a mí en varias ocasiones. Y los dos tuvimos que soportar que mataran a uno de nuestros mejores amigos. Y lo único que hicimos fue levantar la cabeza e intentar seguir adelante. Y ahora estamos aquí, en el culo del mundo, intentando que Oliver siga con vida mientras un capullo que haría parecer una madre abnegada a Charlie Manson nos pisa los talones. Así pues, si ésa es tu definición de blandengue, entonces somos blandengues con mayúsculas, señora.

Durante el minuto siguiente lo único que se oyó en la furgoneta fue la respiración pesada de Reuben Rhodes.

Annabelle se lo quedó mirando mientras una serie de emociones encontradas competían en su interior, hasta que una salió vencedora.

—Soy una idiota, Reuben. Lo siento. Lo siento mucho.

—Sí, ya. Mierda. —Sulfurado, bajó la mirada y dio un puñetazo al asiento con su manaza.

Caleb habló antes de que Annabelle tuviera tiempo de añadir algo más.

—Tal vez deberíamos seguir adelante.

Reuben lo miró con ojos enrojecidos y sonrió con expresión sombría.

—No será la primera vez. Y esperemos que tampoco sea la última.

Annabelle estiró los brazos y cogió una mano de cada uno de los hombres.

—Acabo de darme cuenta de algo —reconoció.

—¿De qué? —preguntó Caleb.

—De que probablemente debería mantener el pico cerrado. Me he comportado como si fuera la cabecilla, pero ni siquiera soy miembro de pleno derecho del Camel Club. No me lo he ganado.

—Vas por el buen camino —dijo Reuben dedicándole una sonrisa fugaz.

Ella le apretó las manos y le devolvió la sonrisa.

—Bueno, ¿cuál es el siguiente pueblo de la lista? —preguntó Reuben.

Caleb miró el papel.

—Divine.

OceanofPDF.com

Stone se agachó empuñando la pistola. No le gustaba hacer aquello solo, pero, teniendo en cuenta que ahora Tyree estaba implicado en lo que pasaba allí, fuera lo que fuera, no tenía muchas posibilidades de contar con ayuda. Las camionetas ya se estaban poniendo en fila: la brigada del chute de metadona. Camionetas oxidadas con mineros más oxidados si cabe en busca del elixir de la alegría. Sólo que no iban a encontrarlo allí. Los hombres salían del viejo granero en la parte posterior de la finca de Abby Riker cargados con grandes cajas. Las colocaban en la trasera de cada vehículo y las tapaban con una lona. A continuación, los conductores se marchaban en sus vehículos.

Stone se reprendió mentalmente por no haberse percatado de la verdad antes. La misma noche en que había llegado al pueblo y visto esa caravana de mineros dirigiéndose a la clínica de metadona, Danny le había dicho que se levantaban tan temprano porque tenían que volver a tiempo de empezar el turno de las siete en las minas. Sin embargo, el viaje de ida y vuelta desde la clínica hasta allí era de sólo dos horas. Stone lo había hecho varias veces. De hecho, había visto a los hombres entrando en la clínica de metadona a las cinco de la mañana aproximadamente.

En el juzgado había visto el manifiesto de la entrega de los documentos legales. Enumeraba ochenta cajas, pero allí sólo había sesenta. Seis montañas de diez cajas cada una. Aquello no había significado nada para él

hasta que reparó en la discrepancia de tiempo entre la ida de los mineros a la clínica y la salida. Por lo menos tres horas extras, cajas que faltaban y una cosa más.

Echó un vistazo a la hierba delante del granero. La había visto cuando había trabajado allí, pero no le había prestado atención. La alfombra de hierba estaba gastada y ennegrecida, ennegrecida por los neumáticos de las camionetas de los mineros cuando iban allí a recoger el cargamento. Al igual que el camino de la mina llena de serpientes de la que había escapado a duras penas. Tierra negra, hierba negra, tenía que haberse percatado antes.

Así pues, la pregunta del millón era: ¿qué contenían aquellas cajas?

Tras unir las piezas del rompecabezas, Stone creyó saber la respuesta. Pero ¿tendría la oportunidad de comprobarlo?

Quedaba una camioneta. Las cajas estaban en la plataforma de carga. Justo antes de sujetar la lona alrededor de las mismas, el conductor abrió una de las cajas y extrajo lo que parecía una pequeña bolsa negra. Cerró la caja y estaba a punto de sujetar la lona cuando otro de los hombres que le había estado ayudando a cargarlas le llamó. Entraron juntos en el granero.

Stone se deslizó la pistola en la cinturilla y salió agazapado del bosque, manteniéndose lo más pegado al suelo posible. Llegó a la camioneta sin dejar de mirar hacia el granero. Apartó la lona y deslizó una caja hacia él. Por suerte no estaba cerrada con cinta. Abrió la tapa y atisbó en el interior.

Había estado en lo cierto. Bolsas transparentes llenas de fármacos para los que se requería receta médica. Probablemente de la familia de la oxicodona. ¿Doscientos dólares la pastilla en la calle? Según ese precio, sólo en esa caja había millones de dólares.

Y lo más probable era que la bolsa negra que el minero drogadicto había cogido fuera el pago por transportar las cajas hasta el siguiente eslabón de la cadena, con destino final en alguna zona urbana importante de la costa Este. El hecho de que todos sus empleados fueran adictos suponía una ventaja considerable. Harían lo que fuera por conseguir los analgésicos que no podían costearse. También resultaba realmente despiadado, lo cual no es de extrañar en el caso de los narcotraficantes.

Con su sexto sentido, Stone reaccionó a la presencia que notó de repente a su espalda. De todos modos, fue una fracción de segundo demasiado tarde.

Tenía una pistola detrás de la cabeza y una voz le dijo:

—Si te mueves, eres hombre muerto.

Stone notó que el hombre lo cacheaba con gesto experto. Le sacó la pistola de la cinturilla y la mandó de una patada debajo de la camioneta.

Stone no se movió. Se quedó sujetando con fuerza una bolsa de pastillas.

—¿Qué coño es eso? —preguntó el hombre.

—Fármacos ilegales —respondió Stone, confundido—. ¿Por qué... quién coño eres?

—Joe Knox. CIA. Y tú eres John Carr.

Stone no sabía si sentir cierto alivio por haber sido pillado por la CIA en vez de por los narcotraficantes. Sin embargo, el resultado final quizá no fuera a ser tan distinto.

—Bueno, señor Knox, pues acaba de toparse con un transporte de drogas.

—¿Qué?

—Sugiero que mantengamos esta conversación en otro sitio.

Stone señaló a los hombres que salían del granero.

—¡Eh! —gritó uno de ellos al ver a los dos al lado de la camioneta.

Los hombres sacaron rápidamente escopetas y pistolas mientras otros salían del granero alarmados.

—¡Corre, Knox!

Sirviéndose del vehículo como escudo, ambos salieron disparados y se internaron en el bosque. Los hombres corrieron tras ellos.

—¿Qué coño pasa aquí? —espetó Knox, corriendo a la par de Stone.

—El momento de tu llegada ha sido tan inoportuno como el pueblo que elegí para esconderme. —Stone echó un vistazo atrás—. Cuidado. —Cogió a Knox por la manga y lo apartó del sendero. Al cabo de un instante, la detonación de una escopeta arrancó la rama de un árbol donde había estado Knox.

Knox apuntó por encima de su cabeza y disparó cuatro veces hacia direcciones distintas para retrasarlos un poco. Lo único que ganaron fue una lluvia de balas, una de las cuales rozó el brazo derecho de Knox.

—¡Maldita sea! —Se agarró el brazo herido.

En un abrir y cerrar de ojos, Stone le arrebató la pistola, se dio media vuelta y vació el cargador sobre sus perseguidores. Alcanzó a uno de ellos y su puntería era tan buena que los demás se vieron obligados a cubrirse.

—¡Por aquí, rápido! —indicó Stone.

Atajaron por un barranco, llegaron a una carretera asfaltada, la cruzaron y se internaron en el bosque.

—¿Qué tal el brazo?

—He sufrido cosas peores.

—¿Tienes otro cargador?

Knox introdujo la mano en el bolsillo y se lo lanzó.

—Lamento haberte desarmado.

—Yo también. —Stone colocó el cargador y amortilló el arma.

—No podemos correr más rápido que ellos —dijo Knox, jadeando, aunque miraba nervioso su pistola empuñada por Stone.

—No, no podemos. Son más jóvenes que nosotros.

—Eres un tirador de primera.

—No creo que valga de mucho en esta ocasión.

—Eres John Carr, ¿verdad?

—Carr ha muerto.

—Lo interpreto como un sí.

Les llegó otra ráfaga de balas que les obligó a girar hacia el este. Subieron corriendo una ladera y el aliento de ambos se fue convirtiendo en jadeos mientras reducían la marcha. Stone resbaló en un charco de barro y se cayó. Knox lo ayudó a levantarse.

Ya estaban casi en lo alto de la colina.

—Colócate detrás de ese árbol, Knox. Aquí estamos en terreno elevado y tenemos una oportunidad.

Knox se cobijó y observó como Stone trepaba con agilidad a un roble, se acomodaba en una rama gruesa y apuntaba. Cuando apareció el primer

hombre fuera de los matorrales, abrió fuego. El hombre gritó y cayó. Detrás de él aparecieron otros dos. Cuando alzaron las armas, Stone disparó a uno de ellos en la pierna. Al cabo de unos instantes, una andanada de fuego salió del bosque. Stone la devolvió, repartiendo disparos por todo el frente de la arboleda. Bajó al suelo de un salto, se reunió con Knox y le devolvió la pistola.

Knox pareció sorprenderse.

—¿Eres consciente de que estoy aquí para arrestarte por los asesinatos de Carter Gray y el senador Simpson?

—Ajá.

—Entonces, ¿por qué me devuelves el arma?

—Porque está vacía.

Corrieron a la máxima velocidad de que son capaces dos hombres de mediana edad por terreno accidentado.

—¡Mierda! —exclamó Knox.

Los hombres se les acercaban.

—La cacería ha terminado —admitió Stone jadeando.

Se detuvieron cuando cuatro hombres armados con escopetas irrumpieron entre la maleza y les encañonaron. Detrás de ellos había cuatro más, jadeando y apuntándoles con sus armas.

Knox bajó la pistola.

—¿Serviría de algo decir que soy agente federal y que mis muchachos ya vienen hacia aquí?

Uno de los hombres efectuó un disparo que pasó a tres centímetros de la oreja derecha de Knox.

—¿Eso responde a su pregunta? —dijo el tirador—. Ahora deje la pistola muy despacito, don agente federal.

Por varios motivos, Stone casi esperaba ver a Tyree allí, pero no reconocía a aquel tipo.

—Estoy aquí para detener a este hombre —dijo Knox, señalando a Stone—. Me importa un canijo qué más esté pasando aquí.

—Ya, y entonces nosotros seguimos con lo nuestro y confiamos en que tú y tu amigo no abriréis el pico. Suelta el arma, no voy a repetirlo.

Knox se inclinó y dejó la pistola en el suelo. Uno de los hombres la recogió y se la guardó en el bolsillo junto con la cartera y el móvil de Knox. A Stone le hicieron lo mismo.

El hombre que había disparado abrió la cartera y comprobó la documentación. Alzó la vista hacia Knox y negó con la cabeza lentamente porque le costaba asimilar la situación. Habló por el *walkie-talkie*.

—Tenemos un problema gordo aquí.

Tras un minuto de conversación, el hombre metió el *walkie-talkie* en una funda que llevaba en el cinturón.

—¿Los matamos aquí? —preguntó uno.

—No, no los matamos aquí —espetó el cabecilla—. Tenemos que pensar en una solución. —Hizo una seña a sus hombres—. Atadlos.

Se abalanzaron sobre Knox y Stone y los ataron juntos rápidamente. Luego los condujeron de vuelta a la carretera y los colocaron boca abajo en la trasera de una camioneta. El vehículo se puso en marcha mientras los demás hombres subían a los otros vehículos.

Al cabo de cinco minutos la camioneta salió de la carretera a toda velocidad y entró en un claro donde paró derrapando y levantando un remolino de tierra y hierba arrancada.

Stone lo oyó antes que Knox.

—Un helicóptero.

Aterrizó al lado de la camioneta. El batir de las hélices era tan potente que, a pesar de estar atados juntos, a Stone y Knox les costó mantener el equilibrio cuando los introdujeron en el helicóptero. Dos hombres armados subieron con ellos y el aparato despegó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Knox. Como los hombres no respondieron, miró a Stone—. ¿Alguna idea?

Stone recorrió con la mirada el interior del helicóptero. Con anterioridad, sólo había visto otro helicóptero por aquella zona.

—Creo que nos dirigimos a Dead Rock.

—¿Qué demonios es Dead Rock? Stone miró por la ventanilla. —Eso.

Knox se inclinó a un lado y observó las luces del presidio. —Una prisión de máxima seguridad —añadió Stone.— ¿Cómo coño unos

narcotraficantes nos llevan a una prisión de má...? —Knox se calló y palideció—. Estamos jodidos. —Bien jodidos.

OceanofPDF.com

60

Mientras la furgoneta iba por la calle sin rumbo fijo, Annabelle, Caleb y Reuben observaban a los peatones; varios de los cuales los miraban con recelo.

—No parece gente muy hospitalaria, ¿no? —dijo Caleb.

—¿Por qué iban a serlo? —gruñó Reuben—. No saben quiénes somos ni qué queremos. Lo único que saben es que no somos de aquí.

Annabelle asintió pensativa.

—Tendremos que ir con pies de plomo.

—Quizá no tengamos tiempo para eso —comentó Reuben—. Knox nos lleva una buena ventaja. Quizá ya haya localizado a Oliver.

—Allí hay un lugar obvio por dónde empezar —señaló Caleb.

Los tres miraron hacia la oficina del sheriff, contigua al edificio del juzgado, de mayor tamaño.

—Aparca, Caleb —dijo Annabelle—. Voy a entrar.

—¿Quieres refuerzos? —ofreció Reuben.

—Ahora no. Tenemos que guardarnos un as en la manga por si se va todo al carajo.

—¿Qué numerito será esta vez? —preguntó Caleb—. ¿FBI o mujer agraviada?

—Ninguno de los dos. Nueva interpretación.

Se miró la cara y el pelo en el retrovisor, abrió la puerta deslizante y bajó.

—Si no he vuelto en diez minutos, poneos en marcha y esperadme al final de la calle.

—¿Y si no sales? —preguntó Reuben.

—Entonces dad por sentado que la he cagado y largaos sin mirar atrás.

Se alejó y entró en el edificio.

—¿Hola? —dijo en voz alta—. ¿Hay alguien?

Una puerta se abrió y Lincoln Tyree apareció en la pequeña zona de espera.

—¿Puedo hacer algo por usted, señora?

Annabelle repasó con la mirada al alto agente de la ley, resplandeciente con su uniforme recién almidonado y las botas relucientes, con una mandíbula de hombre seguro y ojos soñadores.

—Eso espero. Estoy buscando a una persona. —Sacó una foto del bolsillo y se la enseñó—. ¿Le ha visto?

Tyree observó la foto de Oliver Stone, pero no reaccionó.

—¿Por qué no entra aquí? —Le abrió la puerta de su despacho.

Annabelle vaciló.

—Sólo quiero saber si le ha visto.

—Y yo quiero saber por qué le busca.

—Entonces, ¿le ha visto?

Tyree le señaló la puerta abierta.

Annabelle se encogió de hombros y entró en el despacho. Se encontró con otro hombre sentado allí. Llevaba un traje de cloqué y una pajarita roja.

—Le presento a Charlie Trimble, el director del periódico local.

Trimble estrechó la mano de Annabelle.

Tyree cerró la puerta y le indicó que se sentara. Él se dejó caer en la butaca detrás de un pulcro escritorio y observó la foto.

—¿Por qué no me explica de qué va todo esto? —pidió.

—Se trata de un asunto confidencial —dijo ella, mirando a Trimble—. No se lo tome a mal, pero me gustaría hablar con el sheriff en privado.

El periodista se levantó.

—Ya seguiremos hablando, sheriff. —Lanzó una mirada a la foto. Desde su posición, vio que se trataba del hombre que se hacía llamar Ben —. Quizás usted y yo también podamos hablar más tarde, señora.

En cuanto se hubo marchado, Annabelle dijo:

—Me llamo Susan Hunter. Aquí está mi documentación. —Le tendió un carné de conducir falso que tenía todos los elementos para parecer auténtico —. El hombre de la foto es mi padre. Quizá se haga llamar Oliver o John, o quizá de otro modo.

—¿Por qué tantos nombres? —preguntó Tyree mientras observaba el carné antes de devolvérselo.

—Mi padre trabajó muchos años para el gobierno. Lo dejó en circunstancias un tanto especiales. Desde entonces ha estado más o menos huyendo.

—¿«Circunstancias especiales»? ¿Lo busca la justicia?

—No, las circunstancias son que los enemigos de este país quieren matarlo por lo que les hizo.

—¿Enemigos? ¿Cómo quién?

—Regímenes de ciertos países. No estoy al corriente de toda la historia, sólo que entre mi sexto cumpleaños y mi ingreso en la universidad nos mudamos catorce veces. Cambios de nombre y de historia familiar; a mis padres les proporcionaban trabajos, teníamos contactos.

—Entonces, ¿estaban en una especie de programa de protección de testigos?

—Sí, más o menos. Mi padre es un verdadero héroe americano que realizó un trabajo sumamente peligroso por su país. Aunque tuvo que pagar un alto precio por ello. Hace tiempo que llevamos pagando ese precio.

Tyree se frotó la mandíbula.

—Eso explicaría muchas cosas.

Annabelle se inclinó hacia delante con avidez.

—Entonces, ¿ha estado aquí?

Tyree se reclinó en el asiento.

—Así es. Se hacía llamar Ben, Ben Thomas. ¿Cómo le ha seguido el rastro hasta aquí?

—Consiguió enviarme una especie de mensaje cifrado, pero no ha sido fácil. He estado en todos los pueblos de esta zona. Ya empezaba a desesperarme.

—Bueno, como he dicho, estuvo aquí pero ya no está.

—¿Adónde ha ido?

—La última vez que le vi fue en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Estaba herido?

—Casi salta por los aires. Estaba bien. Esta mañana he pasado por el hospital para visitarle, pero se había marchado.

—¿Voluntariamente?

—Eso no lo sé.

—¿Dice que casi salta por los aires?

—Por aquí han pasado cosas muy raras. Todavía no he llegado al meollo de la cuestión. Su padre me ayudó. Y él no es el único que ha desaparecido. Un chico llamado Danny Riker también estaba en ese hospital. Tenía un guarda en la puerta de su habitación porque habían intentado matarle. Su padre le salvó la vida. Pero Danny despistó a mi hombre y también ha desaparecido.

—¿Y no tiene ni idea de dónde podría estar mi padre?

—No, señora, no la tengo. Ojalá la tuviera. Es un hombre listo. Y el cuerpo de policía de este pueblo está formado por este único servidor. Pero si estaba protegido, ¿por qué huye ahora?

—Hace unas semanas intentaron matarlo. Él se aseguró de que a mí no me pasara nada y luego se marchó. Por cómo se produjo el intento de asesinato, pensó que esta vez iban muy en serio.

—Vaya, si lo que quería era ocultarse aquí y tener un poco de paz y tranquilidad, se equivocó de pleno.

—¿A qué se refiere?

Tyree dedicó unos minutos a explicarle por encima lo ocurrido en Divine desde la llegada de Stone.

Annabelle se reclinó en la silla para pensar. No quería quedarse atascada en los sucesos de Divine. Sin embargo, si aquellos acontecimientos estaban

relacionados con la desaparición de Oliver, quizá también fueran la única forma de encontrarle.

Frotó las manos nerviosamente contra los brazos de la silla.

—¿Ha llegado alguien más al pueblo, algún forastero, que haya hecho preguntas sobre mi padre?

—Que yo sepa, no. Se alojaba en Bernie's, una pequeña pensión a la vuelta de la esquina. Podría mirar allí.

—Lo haré, sheriff, y gracias. —Se levantó y Tyree hizo lo mismo—. ¿Hay alguien más del pueblo con quien crea que debo hablar?

—Pues Abby Riker. Es la dueña del Rita's, un poco más abajo en esta misma calle. Ella y Ben se llevaban muy bien.

¿Eran imaginaciones suyas o detectó cierto deje de celos en la voz?

—Gracias. —Le tendió una tarjeta—. Aquí está mi número de teléfono, por si se le ocurre alguien más.

Dejó a Tyree en su despacho con aspecto preocupado.

En la calle se encontró con el periodista, que se había quedado a esperarla.

—No he podido evitar ver la foto del hombre al que busca. Lo entrevisté en relación con ciertos acontecimientos que están sucediendo en el pueblo. ¿Se lo ha explicado el sheriff?

—Asesinatos, suicidios y gente que salta por los aires, sí, me lo ha contado. ¿Dice que habló con él? ¿Qué le contó?

—Bueno, quizá podríamos negociar un poco.

—¿Cómo dice?

—Soy periodista, señora. Cuando me jubilé y me mudé aquí, acepté hacerme cargo del periódico local. Pensé que la noticia más emocionante que publicaría sería la de algún camión accidentado o un derrumbe en una mina. Ahora resulta que hay asesinatos y suicidios misteriosos, explosiones y agresiones violentas. Tengo la impresión de estar de vuelta en Washington.

Annabelle estaba impaciente y un poco asqueada de aquel tono de regodeo.

—¿Qué quiere exactamente?

—Que me cuente cosas, y yo le contaré cosas a usted.

—¿Cómo por ejemplo?

—Como quién es Ben en realidad.

—Y si se lo digo, ¿qué me contará usted?

—Vista la situación, tengamos un poco de buena fe. Pero puedo decirle que enseguida me di cuenta de que no era la típica alma contemplativa. Habla demasiado bien y es muy astuto. Y sus habilidades físicas son bastante elocuentes. Según me han contado, apalizó a tres hombres en un tren, salvó la vida de un hombre empleando cables para batería y tumbó a otros tres armados con bates. No es la típica alma contemplativa.

—Posee ciertas habilidades especiales, sí.

—¿Y la relación de usted con él?

—Es mi padre.

—Excelente. He oído decir que estuvo en el ejército.

—Vietnam.

—Fuerzas especiales.

—Muy especiales.

—¿Y tiene por costumbre vagar por zonas rurales?

—Trabajó para el gobierno durante un tiempo, pero se cansó de estar sentado a un escritorio.

Trimble le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Dudo que su padre se sentara jamás detrás de un escritorio. Si no me dice la verdad, no tendré motivos para hacerlo yo.

—Bueno, tengo la impresión de que ya le he contado mucho. ¿Qué le parece si ahora aporta algo usted?

—De acuerdo. Su padre ha pasado mucho tiempo con Abby Riker y su hijo Danny. Es un joven problemático, una especie de personificación del chico perfecto en el instituto. Alcanzó su mejor momento a los dieciocho y luego todo le ha ido cuesta abajo.

—¿Es drogadicto? ¿Alcohólico?

—Drogas no, pero bebe lo suyo. Su madre ganó un juicio importante contra una empresa minera relacionado con un accidente que le costó la

vida a su esposo. O sea que tienen dinero y viven en una suerte de mansión, pero Danny lleva algún tiempo descarnado.

—El sheriff dice que también ha desaparecido.

—Me pareció que su padre era un buen hombre que intentaba hacer el bien. Mi consejo es no dar por supuesto que la gente de aquí tiene esas mismas intenciones, incluido Danny, aunque su padre le salvara la vida.

—¿Esa reserva le incluye también a usted?

—Yo soy prácticamente un recién llegado. Viví en Washington cuarenta años. Trabajaba en el *Post*. Todavía tengo muchos amigos allí, y me mantienen bien informado. Además... —Trimble se interrumpió y dio la impresión de atravesar a Annabelle con la mirada y ver algo más interesante.

—¿Señor Trimble? —A ella no le gustó nada esa mirada.

Pareció volver a centrar la mirada en ella, pero tenía la mente en otro sitio.

—Disculpe, señorita, tengo que comprobar una cosa ahora mismo. —Y se marchó rápidamente.

Annabelle corrió calle abajo y subió a la furgoneta. Comunicó a sus amigos lo que Tyree le había contado y su encuentro con el reportero.

—¿Crees que sospecha de quién es Oliver en realidad? —preguntó Caleb.

—No me atrevería a descartar esa opción. Y ahora mismo nuestro margen de error es cero.

—Joder, menuda suerte la de Oliver, ¿no? —exclamó Reuben—. ¡Ha venido a parar a un nido de asesinos!

—Vamos a la pensión. El tiempo vuela.

Eso hicieron, y al cabo de unos minutos Annabelle se había camelado al viejo Bernie para que le contara toda la historia.

Regresó a la furgoneta.

—Knox ha estado aquí y conoce el paradero de Oliver. El casero le dijo que Oliver estaba en el hospital o que, si no, probara en casa de Abby Riker, se llama Finca de una Noche de Verano. Si Knox fue al hospital y resulta

que Oliver no estaba, probablemente haya ido a esa finca. Vamos, en marcha.

OceanofPDF.com

61

Stone y Knox estaban sentados en una habitación de bloques de cemento sin ventanas pintada de gris, esposados a unas sillas de metal atornilladas a un suelo de losas. Llevaban allí cuatro horas y hacía tanto frío que ambos tiritaban. Se sobresaltaron cuando la puerta se abrió con brusquedad y el grupo irrumpió en la estancia. Eran cinco, todos con un uniforme azul y armados con pistolas y porras que colgaban de sus gruesos cinturones. Formaron un semicírculo humano detrás de los prisioneros, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho.

Stone y Knox estaban tan pendientes de este pequeño ejército que no advirtieron que entraba otro hombre hasta que cerró la puerta.

Cuando Stone se giró para mirar al recién llegado, dio un respingo.

Era Tyree. Pero no era Tyree. En todo caso, no Lincoln Tyree. Era una versión más baja y rechoncha del mismo hombre.

Stone cayó en la cuenta: Howard Tyree, el hermano mayor, el alcaide de la prisión. Llevaba un polo azul marino, pantalones caqui bien planchados y mocasines con borlas; unas gafas de montura metálica adornaban su rostro perfectamente afeitado. No se parecía en nada al alcaide tipo rottweiler de una prisión de máxima seguridad. Parecía un vendedor de seguros que dedicaba sus vacaciones a jugar al golf.

—Buenos días, caballeros —dijo.

A Stone se le cayó el alma a los pies: era la voz que había oído al llamar desde el teléfono de Danny. Él y el sheriff tenían una voz casi idéntica. «¡Maldito hijo de puta!». Los otros hombres se habían puesto firmes en presencia de Tyree. Se sentó detrás de una pequeña mesa situada frente a Stone y Knox. Tenía una carpeta en la mano. La abrió y leyó el contenido.

Al cabo de un minuto, se quitó las gafas y miró a Stone.

—Anthony *el Carnicero*, autor de tres asesinatos, suficientemente afortunado de haberlos cometido en un estado que no cree en la pena capital. Por eso te cayó cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, en vez de la ejecución que tanto te merecías. Has pasado por cuatro correccionales distintos a lo largo de los últimos doce años, incluyendo la prisión de máxima seguridad de Arkansas, visto que tienes problemas para controlar la ira. —Bajó la mirada al expediente—. Y un problema de falta de respeto a la autoridad.

Stone miró a Knox y luego otra vez a Tyree. La furia por aquel atropello bullía en su interior inconteniblemente. Stone sabía que no debía, pero fue incapaz de morderse la lengua.

—¿Cuánto cuesta uno de esos guiones, Howie? Deben de resultar muy útiles en tu profesión.

El alcaide dio un golpecito en la mesa con el pulgar y uno de los guardas le tendió la porra y una toalla, junto con una correa elástica. Tyree se levantó, se tomó su tiempo para envolver la toalla en el extremo de la porra y sujetarla con la correa.

Al cabo de unos segundos, Stone estaba caído de lado en la silla con un reguero de sangre en la cara magullada.

Tyree volvió a sentarse después de soltar la porra ensangrentada en la mesa. Se puso a mirar los papeles tras secarse meticulosamente una mota de sangre de Stone de las gafas con un pañuelo impoluto.

—Con la toalla no deja mucha marca —murmuró con desenfado—. Aquí nos resulta útil para mantener la disciplina. Los presos tienen demasiado tiempo para quejarse de nimiedades.

Fue pasando varias páginas más del expediente y luego señaló a Knox.

—Eres Richard Prescott, también conocido como Richie Patterson del gran estado de Misisipí. Mataste a dos personas en un atraco a mano armada en Newark hace veintiún años y a una más desde que entraste en el sistema de correccionales. En tu estado ya no te querían, por lo que ahora serás nuestro huésped para el resto de tus días. —Pronunció aquella parrafada como si estuviera dictando una conferencia tediosa ante alumnos de primer año de carrera.

—Me llamo Joseph P. Knox y soy miembro de la CIA. Y dentro de unas veinticuatro horas habrá aquí un ejército de federales, y antes de que os deis cuenta, vosotros, capullos, seréis los que os pudriréis en una prisión de máxima seguridad.

Tyree golpeó a Knox con la porra con tal fuerza que la silla se soltó de la base y él cayó inconsciente en el suelo de loseta.

El alcaide cerró la carpeta.

—Ponedlos de pie.

Los guardias los desengancharon de las esposas de la silla y los incorporaron a la fuerza.

Tyree miró a Knox, inconsciente.

—Despiértalo, George. Tiene que escuchar esto —dijo con tono desganado.

Le vaciaron un cubo de agua en la cara. Jadeando, el de la CIA volvió en sí y escupió agua junto con su propia sangre.

Tyree esperó a que Knox recuperara el aliento y entonces caminó delante de ambos con las manos a la espalda.

—Estamos en la Prisión de Máxima Seguridad Blue Spruce, situada cerca de Divine, Virginia. Es distinta de cualquier otra prisión que conozcáis, caballeros. Me llamo Howard W. Tyree y tengo el honor de ser el alcaide de este centro excepcional. Aquí recibimos reclusos de todas partes que tienen problemas de adaptación a la vida entre rejas, o sencillamente problemas en general. Las otras cárceles os envían aquí porque la especialidad de Blue Spruce es solucionar problemas. Aquí nunca hemos tenido disturbios ni, huelga decir, lugas. Somos una organización profesional. Siempre y cuando cumpláis las normas, no tendréis motivos

para preocuparos de vuestra integridad física por culpa de otros presos, ni de los buenos guardias que custodian este lugar.

Stone y Knox goteaban sangre en el suelo mientras Tyree hablaba. Chasqueó con impaciencia los dedos hacia uno de sus hombres, que rápidamente la limpió con la toalla de la porra.

—La fuerza sólo se emplea cuando es estrictamente necesario. Os lo demostraré para que quede claro.

Dejó de caminar de un lado a otro y se puso frente a los dos hombres.

—Si un preso no obedece en el acto la orden de un guardia, se puede emplear y se empleará este nivel de fuerza.

Tyree le cogió la porra al guardia y golpeó con el extremo a Stone en el vientre, que se dobló y vomitó lo poco que le quedaba en el estómago antes de desplomarse en el suelo.

El alcaide continuó tan tranquilo.

—Por favor, tened en cuenta que en Blue Spruce, a diferencia de otros correccionales, no es preceptivo realizar advertencias de ningún tipo a los internos y, normalmente, no se hacen. El comportamiento inadecuado de un recluso tiene represalias inmediatas. —Hizo una pausa para permitir que levantaran a Stone, que seguía teniendo arcadas y jadeando.

»Si un preso insulta a un guardia —prosiguió con la lección—, entonces se empleará este nivel de fuerza.

Arremetió contra Knox, lo tiró al suelo y le presionó la porra contra la garganta hasta que empezó a ponerse azulado y tener espasmos por asfixia.

Tyree se incorporó, le lanzó la porra a uno de los guardias y levantaron a Knox, que tenía arcadas.

—Si un preso amenaza con causar daños materiales y/o agrede físicamente a un guarda, se puede emplear y se empleará fuerza letal sin advertencia previa.

El alcaide asintió a uno de sus hombres, que sacó la pistola y se la entregó. Comprobó que hubiera una bala en la recámara, quitó el seguro, alzó el arma y apuntó a Stone en la cabeza.

—¡Joder! ¡No! —gritó Knox con la boca destrozada.

La puerta se abrió e hicieron entrar a un negro alto con la cara hinchada y ensangrentada; llevaba grilletes en manos y piernas, lo cual le obligaba a arrastrar los pies. Los guardias lo empotraron contra una pared que tenía unos paneles de un material correoso lleno de protuberancias y lo apartaron.

—Este hombre ha atacado a un guardia hace apenas cinco minutos —explicó Tyree—. Ha considerado que ser apaleado por hacer un gesto obsceno con el dedo a uno de mis hombres, que ha hecho una broma tonta sobre su mamaíta, suponía una violación de sus derechos civiles.

Y a continuación giró la pistola y disparó al negro en la cabeza. Se desplomó en el suelo con un orificio de salida en el cogote. Una parte de los sesos junto con la bala quedaron empotrados en la pared de caucho de atrás, produciendo otra protuberancia.

—Y fue abatido mientras intentaba huir escudándose en un rehén, todo lo cual quedará debidamente documentado para las inspecciones reglamentarias.

Tyree devolvió la pistola y siguió paseándose.

—Básicamente, éstas son las normas. Son pocas y sencillas para que no os cueste recordarlas y cumplirlas. Tened en cuenta que aquí no gozaréis de intimidad, derechos, dignidad o expectativas de nada, aparte de lo que os digamos que podéis tener. En cuanto entrasteis en este centro dejasteis de ser seres humanos. Debido a los crímenes que cometisteis contra la humanidad, habéis renunciado a todo derecho de ser considerados seres humanos. Ningún guardia de esta prisión tendrá reparos en poner fin a vuestra vida en cualquier momento y por el motivo que sea. Ahora procederemos a realizar vuestro ingreso oficial en nuestra población reclusa. Si no causáis problemas, puedo garantizaros que aquí pasaréis vuestra vida con relativas tranquilidad y seguridad, aunque no sé cuánto durará esa vida. Los centros de máxima seguridad son, por naturaleza, lugares peligrosos. Por supuesto, nosotros haremos todo lo que esté en nuestra mano para garantizar vuestra seguridad, pero no hay garantías. —Hizo una pausa—. Bienvenidos a Dead Rock, caballeros. Lo que sí os aseguro es que vuestra estancia entre nosotros no será grata.

62

Annabelle se paró en el umbral del Rita's para estudiar el panorama. La mitad de las mesas estaban ocupadas, al igual que los taburetes de la barra.

—¿Quieres algo?

Un hombre había rodeado la barra y la estaba mirando.

—Estoy buscando a Abby Riker.

—No está aquí. Está en casa.

—¿La Finca de una Noche de Verano?

—¿Quién pregunta?

—El sheriff Tyree me dijo que hablara con ella.

—Oh, entonces no hay problema. Podrías llamarla a su casa y hablar con ella.

—¿Tienes el número?

Annabelle hizo la llamada. Cuando Abby respondió, adivinó que había estado llorando. No se mostró locuaz hasta que Annabelle mencionó a Stone, al que ella conocía como Ben.

—Es mi padre —explicó. Y le resumió la misma historia que le había contado a Tyree.

—Me dijo que su hija y su esposa habían muerto —replicó Abby con frialdad.

—Mi madre murió hace un montón de años. Te dijo que yo estaba muerta porque ésa es su forma de protegerme.

—¿Es una especie de espía para el gobierno? Ya sabía yo que no era un tipo normal. Es distinto, ¿verdad?

—Sí, mi padre es así. No tiene nada de normal. ¿Sabes dónde podría estar?

—Ayer estaba en el hospital. Junto con mi hijo, Danny. Pero han desaparecido los dos. Me tienen loca de preocupación por muchos motivos.

—El sheriff Tyree me contó cómo están las cosas por aquí. Supongo que tienes motivos para preocuparte. ¿Puedo ir a verte?

—¿Por qué?

—Ahora mismo eres la persona que más cerca ha estado de mi padre.

—Ya te he dicho que no sé dónde está. Ni tampoco mi hijo.

—Pero quizá recuerdes algo si hablamos del tema. Por favor, es mi única posibilidad.

—De acuerdo. —Abby le explicó cómo llegar a la casa y, al cabo de un rato, Annabelle estaba sentada en su sala de estar, después de que Caleb aparcara la furgoneta bastante lejos.

Annabelle tanteó distintas líneas de interrogación y Abby respondió a todas, pero sin revelar nada que resultara útil.

—¿Os habéis hecho amigos?

Abby respondió eligiendo las palabras con cuidado.

—Sabe escuchar y no emite juicios. Me parece una combinación difícil de encontrar. Espero que esté bien. —Una lágrima le surcó la mejilla—. Además tiene un don especial: me hacía sentir bien conmigo misma.

—Esa descripción encaja perfectamente con mi padre. ¿Crees que es posible que él y tu hijo se hayan marchado juntos del hospital?

—No lo sé. Danny estaba bastante hecho polvo. De no ser por Ben... —Miró a Annabelle—. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Annabelle vaciló, pero el interés de Abby por Stone parecía genuino.

—Oliver.

—De no ser por Oliver, ni siquiera me quedaría mi hijo, así que haré lo que haga falta para ayudarte.

—Si te acuerdas de algo que pudiera resultar útil, llámame a este número.

Le tendió una tarjeta, le dio un apretón de manos para tranquilizarla y se marchó.

Al regresar a la furgoneta, se sentó ensimismada en el asiento del copiloto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Caleb, mientras Reuben la observaba expectante.

—¿Estás bien? —preguntó este.

Annabelle se sobresaltó y lo miró.

—¿Qué? Sí, estoy bien.

—Joder, Abby Riker está forrada —declaró Reuben cuando miró hacia la mansión.

—Sí, lástima que la pagó con la muerte de su marido.

—¿Qué hacemos ahora? —insistió Caleb.

Annabelle no contestó porque no sabía qué responder.

«¿Dónde coño estás, Oliver?».».

OceanofPDF.com

Ingresar oficialmente en Dead Rock implicaba levantarse los genitales y colocarse inclinado hacia delante con las nalgas expuestas mientras un grupo de hombres y una mujer inspeccionaban esas partes. La mujer también grababa el acto en vídeo, lo cual añadía una dignidad considerable a la situación. Una vez concluido el registro de las cavidades corporales, procedimiento que dejó a los ya maltrechos Stone y Knox con los labios sanguinolentos tras habérselos mordido para mitigar el dolor, les raparon la cabeza.

Stone oyó decir a un guardia que era para evitar la transmisión de piojos mientras otro bromeaba diciendo que quizá llevaran un arma escondida en las raíces del pelo.

Desnudos, se agacharon en un rincón mientras unos funcionarios les restregaban con cepillos rígidos que parecían tener cerdas de acero. Después los arrollaron con el chorro de agua de una manguera de incendios con tal fuerza que quedaron clavados contra la pared como hormigas a merced de una manguera de jardín.

Finalmente, vestidos con monos naranja, esposados y con grilletes, los llevaron por un pasillo de piedra hasta una celda. Los guardias portaban pistolas inmovilizadoras, deseosos de tener un motivo para soltarles una buena descarga de voltios. La puerta de la celda era de acero macizo, con un grosor de cinco centímetros con una ranura para pasar la comida y poner y

quitar las esposas en la mitad inferior y un pequeño ventanuco en la superior. Los hicieron entrar de un empujón, les quitaron los grilletes, cuyos eslabones dentados dejaban la carne al rojo vivo, y luego cerraron la puerta y echaron el cerrojo ruidosamente.

Knox y Stone se desplomaron uno junto al otro y recorrieron con mirada apática aquel espacio de 2,5 metros por 3,50. Había un inodoro y un lavabo de acero atornillados al suelo sin empuñaduras que pudieran utilizarse como armas. También había una plancha de acero que hacía de mesa y dos más en la pared, cada una con un delgado colchón de gomaespuma y una almohada. Una rendija vertical de doce centímetros en el bloque de hormigón y pared reforzada constituían la única ventana. Estaba tapada de forma que no se viera el exterior.

Durante la media hora siguiente, los hombres gimieron, se quejaron y se frotaron los cardenales, cortes y golpes que tenían en el cuerpo.

Al final, Knox se sentó contra la pared, se soltó con el dedo una muela que le bailaba en la boca y miró a Stone.

—Vaya, nos han escamoteado las garantías procesales.

—Cada vez están menos de moda —repuso Stone mientras se frotaba la inflamada zona lumbar.

—Me sorprende que nos hayan puesto juntos. Creía que nos separarían.

—Nos han puesto juntos porque les da igual lo que hablemos.

—¿Te refieres a que nunca saldremos de aquí?

—En realidad no existimos. Pueden hacer lo que quieran. Y se cargó a un hombre delante de nosotros. Eso demuestra que no espera que prestemos testimonio en un futuro próximo. ¿Crees que la celda está pinchada?

—Dudo que les importemos tanto, pero vete a saber.

Stone se le acercó y bajó la voz a un susurro, además de golpear la pared con los zapatos para entorpecer una eventual vigilancia acústica.

—¿Existe alguna posibilidad de que tu agencia te encuentre?

Knox se sumó al golpeteo de la pared.

—Siempre existe esa posibilidad. De momento es la única que tenemos. No obstante, aunque me encontraran, aquí hay muchos sitios donde podrían escondernos. No existimos.

—Y por tanto podrían matarnos en cualquier momento. Si no existimos, tampoco podemos morir. ¿Quién te mandó tras mis pasos?

—Supongo que sonaría tonto decir que es información confidencial, dadas las circunstancias. Macklin Hayes.

Stone esbozó una sonrisa.

—Tiene su lógica.

—Estuviste a sus órdenes.

—Si quieres llamarlo así...

—¿Cómo debería llamarlo?

—No estuve a sus órdenes. Sobreviví a sus órdenes.

—No eres el primero que me lo dice.

—Lo contrario me sorprendería.

—Te merecías esa medalla. ¿Por qué no te la dieron?

Stone se sorprendió.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Investigué un poco. Protagonizaste toda una gesta.

—Cualquier soldado de mi compañía habría hecho lo mismo por mí.

—Eso no te lo crees ni tú. Yo también estuve allí. No todos los soldados son iguales. Así pues, ¿por qué no te la dieron? Revisé el papeleo. El trámite se atascó en Hayes.

Stone se encogió de hombros.

—No he reflexionado mucho al respecto.

—Hiciste algo que lo cabreó, ¿verdad?

—Si así fuera, ahora da igual, ¿no?

—Cuéntamelo.

—Ni hablar.

—Vale, pasemos al siguiente punto. Sé que mataste a Gray y Simpson.

—Felicidades.

—¿Es una confesión?

Stone aumentó la intensidad del golpeteo.

—Ahora tenemos que encontrar una manera de salir de aquí. De lo contrario, bien poco importará lo que hice o dejé de hacer.

—De acuerdo, soy todo oídos —dijo Knox.

—Si escapamos, ¿qué piensas hacer?

—¿Respecto a qué?

Stone lanzó destellos de ira.

—Lo sabes perfectamente. Qué piensas hacer conmigo.

—Así, a bote pronto, diría que cumpliré mi misión y te entregaré.

Stone asintió.

—Vale. Ahora sabemos a qué atenernos.

—Cuéntame qué sucedió para que acabáramos aquí.

Stone lo hizo. Al cabo de media hora había terminado, aunque los dos seguían tamborileando en la pared con los zapatos.

—¡Mierda! —exclamó Knox—. No bromeabas cuando dijiste que te habías equivocado al escoger pueblo para esconderte. —Se frotó un corte que tenía en la sien—. Por cierto, hablé con tus amigos.

—¿Qué amigos?

—Ya sabes cuáles.

—¿Están bien? Dime la verdad. —Stone lo miró de hito en hito.

—No les hice nada. Y, que yo sepa, están bien.

—No saben nada y no hicieron nada. Si conseguimos salir de ésta, quiero que conste en el informe. Ellos no tienen nada que ver con esto.

—De acuerdo. —Se acercó más a Stone y le susurró al oído—: Pero de todos modos han conseguido seguirme hasta aquí.

—¿Estás seguro? ¿Les has visto?

—No exactamente, pero seguro que eran ellos. Al menos la chica está por aquí. Susan, aunque seguro que no se llama así. Se inventó una historia en un restaurante de la zona y por su culpa casi me dan una paliza.

—Si es así, lo hizo por la amistad que la une a mí. Déjala en paz. Ya me tienes a mí.

—¿Crees que podrían averiguar que hemos acabado aquí?

—No lo sé. Ni siquiera yo acabo de creerme que estamos aquí.

Knox golpeó la pared con la mano.

—¿Cómo crees que manejan una red de narcotráfico desde una prisión de máxima seguridad?

—Todavía no lo tengo muy claro. Desde luego, no tienen que preocuparse por posibles testigos. Cuentan con un público «entregado».

—Y es posible que los presos ni siquiera lo sepan. Pero supongo que todos los guardias están metidos en esto.

—No tiene por qué ser así —repuso Stone con expresión pensativa.

—¿Por qué?

—Conozco el caso de un guardia que trabajaba aquí. Murió en un accidente de caza de ciervos que tuvo muy poco de accidente. Se llamaba Josh Coombs y creo que descubrió por casualidad lo que se cuece aquí y pagó por ello.

—¿Coombs? Es el apellido de las víctimas de la explosión.

—Sí. Willie sabía que Debby Randolph no se había suicidado. Su madre está metida en esto, estoy convencido. La utilizaron para que intentara matarlo con una sobredosis. Cuando el intento fracasó, se decantaron por un artefacto explosivo de fabricación casera.

—¿Una madre que mata a su propio hijo?

—En un pueblo llamado Divine, sí.

La puerta de la celda recibió un golpe tremebundo. Los dos hombres se pusieron en pie tambaleándose y retrocedieron.

—¡Callaos de una vez! —gritó un hombre al otro lado de la puerta.

—Vale, ya nos callamos —dijo Knox.

—He dicho que os calléis, capullos.

Knox y Stone se quedaron mirando la puerta.

—Una palabra más y os arrepentiréis.

Silencio.

—Vale, os lo habéis ganado. Acercaos a la ranura de la puerta, daos la vuelta y pasad las manos por la ranura.

Ambos intercambiaron una mirada. Stone fue el primero en obedecer. Lo esposaron con dureza y se cortó la muñeca con el borde de la ranura. Knox fue el siguiente.

—Ahora apartaos de la puerta —ladró la voz.

Retrocedieron hasta el fondo de la celda.

La puerta se abrió y lo que sucedió a continuación se convirtió en una imagen borrosa.

Cinco hombres con chalecos antibalas y mascarillas irrumpieron en la celda armados con dos gruesos escudos de plexiglás. Golpearon a Knox y Stone con dureza y los empotraron contra la pared de piedra. Les rociaron spray de pimienta en los ojos y los dejaron paralizados con los disparos de una taser. Ambos cayeron al suelo y deseaban arrancarse los ojos, pero con las extremidades rígidas por el electrochoque y las manos esposadas, aquella opción era impracticable. Los desnudaron, los alzaron en volandas y los llevaron pasillo abajo. Los arrojaron en la ducha y los azotaron con potentes chorros de agua que, al menos, les mitigaron la agonía del spray en los ojos.

Luego los trasladaron a una sala provista de dos camastros de acero cubiertos de orines y heces. Los estamparon contra aquellos catres duros y los sujetaron por cinco puntos. Antes de marcharse, los guardas volvieron a dispararles con la taser.

—¿A qué coño viene esto? —alcanzó a gritar Knox mientras la corriente hacía estragos en su cuerpo.

Un guardia con un galón en la manga le asestó un puñetazo en la boca.

—Por no obedecer las órdenes. Esta cárcel no es como las demás, abuelo. Esto es Dead Rock. No sé de qué trullo has salido, pero aquí no hay avisos que valgan. Ningún puto aviso. Y para que te enteres, puedo darte con la taser cuando me dé la puta gana, incluso si estoy de malhumor porque la parienta no me la ha chupado o porque el perro se ha cagado en la alfombra.

—Soy agente de la CIA.

—Ja. Eh, tíos, aquí tenemos a un espía. Seguro que tu amigo es del KGB.

Se acercó al otro catre y golpeó a Stone en la cara.

—¿Eres del KGB, abuelete? —Bajó la mano enguantada a la entrepierna de Stone y se la apretó—. Te he hecho una pregunta.

Stone se limitó a observarle los rasgos a través de la máscara transparente. Y de repente lo reconoció. Era uno de los bateadores que

habían apaleado a Danny. Era el tercero, el cobarde que había huido corriendo, aunque Stone había conseguido darle en la espalda con un bate.

—¿Tus colegas saben que los dejaste tirados? —dijo con voz queda cuando el efecto de la descarga disminuyó.

El guardia soltó una risita nerviosa bajo la mirada penetrante de Stone, observó a los otros guardias y apartó la mano. Cuando se disponía a marcharse con el resto de los guardas, Stone consiguió girar la cabeza lo suficiente, a pesar de las correas, para seguir mirándolo. Entonces cerraron la puerta.

—Supongo que intentan desmoralizarnos —gimió Knox.

—Tendrán que esforzarse más.

—¿Eso crees?

—Sí, eso creo. —El deje de su voz hizo que Knox le lanzara una mirada.

—¿Fuiste prisionero de guerra alguna vez?

—Seis meses. Lo cierto es que este sitio es casi acogedor, comparado con las comodidades que ofrecía el Vietcong. Allí lo único que tenía era una especie de foso con una sábana encima, palizas siempre que les apetecía, junto con unas técnicas de interrogatorio que hacen que los simulacros de ahogamiento parezcan un día de pesca. Y la comida que nos lanzaban una vez al día no la hubieran comido ni los perros.

—Pero es que ya no tenemos veinte años, Carr.

—Llámame Oliver. Carr está muerto.

—Vale, pero aun así no tenemos veinte años.

—Todo está en la cabeza, Knox. Si creemos que no podrán hundirnos, nunca lo conseguirán.

—Sí, ya —repuso el otro, poco convencido.

—¿Tienes familia?

—Hijo e hija. El chico está con los marines en Irak. Mi hija es abogada en Washington D. C.

—Yo tenía una hija, pero murió. ¿Y tu mujer?

—También murió.

—Como la mía. ¿Lo tuyo ocurrió en Brunswick, Georgia? ¿Tu mujer se llamaba Claire?

Stone no dijo nada.

—Un tío llamado Harry Finn me contó que Simpson reconoció haber hecho que la mataran —añadió Knox—. Que había ordenado un ataque de la CIA contra ti y tu familia.

Stone contempló el techo, flexionando las extremidades lentamente contra las gruesas correas de cuero.

—Harry es un buen tipo. Sabe cubrir las espaldas a los demás —dijo por fin.

—Siento lo de tu familia... Oliver.

—Duerme un poco, Knox. Vas a necesitarlo. —Y Stone cerró los ojos.

Al cabo de unos minutos, Joe Knox, exhausto, hizo lo mismo.

OceanofPDF.com

64

—El tiempo se acaba —aseveró Caleb.

Estaban sentados a una vieja mesa de picnic en un pequeño claro en un desvío de la carretera de Divine. Annabelle había puesto en la mesa la comida comprada en el Rita's.

Reuben mordisqueó un trozo de pollo frito y ella miró ceñuda a Caleb.

—Se aceptan sugerencias —dijo.

—A lo mejor Alex podría ayudarnos —dijo Caleb mientras despellejaba su muslo de pollo.

—¿Ayudarnos a qué? ¿A cagarla?

—Ya hemos hablado de Alex —terció Reuben—. Es un profesional como la copa de un pino y valiente como ninguno. Y me parece que Caleb tiene razón.

—¿Qué esperas que haga? ¿Qué venga corriendo a ayudarnos? Eso complicaría su vida profesional. Ya le oíste.

—Siempre se puede preguntar.

—¿Por qué yo?

—Vale, ya le llamo yo —se ofreció Reuben—. Cualquier cosa con tal de ayudar a Oliver. Annabelle observó a ambos hombres, suspiró y sacó el teléfono.

—Llamo yo. ¿Alex? —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Annabelle? ¿Estáis bien?

—Yo... Necesitamos un favor.

Al cabo de cinco minutos colgó.

—¿Y bien? —preguntaron Reuben y Caleb al unísono.

—Nos ayudará. Ya viene hacia aquí.

Reuben dio una fuerte palmada a Caleb en la espalda que a punto estuvo de mandarlo de cabeza al recipiente de ensalada de patata.

—Lo sabía. La amistad pesa más que las obligaciones profesionales.

—Sí, bueno, ya veremos —murmuró la chica—. Pero mientras tanto no podemos quedarnos aquí sin mover el culo. Tenemos que seguir investigando.

Reuben lanzó los huesos del pollo, se limpió la boca e hizo una bola con la servilleta.

—Vale —dijo—. Haré un reconocimiento de la zona, a ver si encuentro algo.

—¿Y Caleb y yo? —preguntó Annabelle.

—Hablad con más gente del pueblo. Caleb irá contigo. Recordad que un asesino anda suelto. Nos reuniremos aquí más tarde.

—Me preocupa ese reportero —reconoció ella—. Aunque encontráramos a Oliver, ese tío podría fastidiarlo todo. Me da mala espina. Se comportó como si de repente se le hubiera ocurrido algo.

—Bueno, a lo mejor tendremos que convencerle de que no le conviene seguir husmeando —dijo, y tiró los restos de pollo en un cubo de basura al lado de un árbol que presentaba incontables corazones y mensajes de amor eterno grabados.

Annabelle consideró la sugerencia.

—Quizá tengas razón.

Reuben se marchó en la Indian mientras Caleb y Annabelle volvían a Divine en la furgoneta. Cuando llegaron a la calle principal, ella le dijo que aparcara cerca del juzgado.

—El sheriff me dijo que la madre de Willie Coombs trabaja de secretaria en el juzgado. Intentaré hablar con ella.

Caleb miró alrededor y se le iluminó la mirada al ver la biblioteca.

—Me parece que ya sé qué puedo hacer —declaró—. Pero si necesitas guardaespaldas, me quedo contigo. Como ha dicho Reuben, un asesino anda suelto.

Annabelle le dedicó una mirada magnánima.

—Te lo agradezco, chicarrón, pero ya me espabilaré. La oficina del sheriff está justo al lado.

Caleb se marchó y Annabelle entró en el juzgado.

Shirley Coombs alzó la vista de la mesa cuando se abrió la puerta. Annabelle se presentó y explicó el motivo de su visita. Aunque no tenía forma de saberlo, Shirley Coombs parecía haber envejecido varios años.

—Siento mucho lo de su hijo.

Shirley la miró con recelo.

—¿Conocías a Willie?

—No, pero el sheriff Tyree me contó lo sucedido.

—No se espera que los padres sobrevivan a sus hijos —musitó antes de encender un pitillo; los dedos le temblaban tanto que apenas lograba accionar el mechero.

—Desde luego que no.

—También perdí a mi marido. En un accidente —se apresuró a añadir—. Y a mi padre en el derrumbe de una mina.

—Dios mío, qué horror.

—Sí, la vida es un horror, ¿verdad? —dijo con sarcasmo—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quizá sepas algo sobre mi padre.

—No llegué a conocerle —respondió sin vacilar.

Annabelle la observó con ojo crítico, pero sin que lo pareciera.

«Menuda mentira». Dirigió la vista hacia la pila de cajas.

—Tengo mucho trabajo —dijo Shirley.

—Ya veo. Estoy muy preocupada por mi padre.

—Alguien me contó que pensaba marcharse del pueblo.

—¿Quién?

—No me acuerdo. Probablemente lo oyera en el Rita's.

—¿Eres amiga de Abby Riker?

En ese momento se abrió una puerta y Mosley salió tranquilamente. Llevaba traje y la gorra de conducir en la mano.

—Shirley, voy a... —Se interrumpió al ver a Annabelle. Esbozó una amplia sonrisa—. Soy el juez Mosley —se presentó.

Annabelle le estrechó la mano y notó que los dedos de él se demoraban entre los suyos más de lo necesario. Explicó quién era y el motivo de su visita.

—Ben me pareció un hombre muy interesante —dijo Mosley—. Ojalá le hubiera conocido mejor. Espero que lo encuentres. Bueno, tengo que irme.

—¿Va a la prisión, señorita? —preguntó Shirley.

—Así es. —Se dirigió a Annabelle—. Voy allí una vez a la semana a resolver disputas entre los presos y los guardias. Y hay muchas, me temo.

—No lo dudo.

—Lo importante es la rehabilitación —declaró—. Aunque pocos hombres de Blue Spruce recuperarán la libertad, incluso como reclusos merecen cierto respeto y dignidad.

—Eso mismo pensaba Josh —soltó Shirley.

Se giraron para mirarla y ella se sonrojó.

—Mi marido. Era guardia de la prisión. —Miró a Annabelle—. Es el que murió en el... accidente. Consideraba que había que tratar a los hombres con respeto, presos o no.

—Exacto —convino Mosley—. Soy el primero en reconocer que Howard Tyree no comulga precisamente con esa idea, pero por eso vale la pena insistir. Y espero que mi presencia semanal sirva para que todos vean que es posible alcanzar puntos en común.

—¿Howard Tyree? —preguntó Annabelle.

—Es el hermano del sheriff —informó Shirley—. El alcaide de Dead Rock.

Mosley dedicó una sonrisa a Annabelle.

—El nombre oficial es Blue Spruce, pero la gente de por aquí la llama Dead Rock.

—La llaman así —explicó Shirley— porque un grupo de mineros quedó atrapado tras un hundimiento. Nunca llegaron a ellos. Se quedaron encerrados allí y luego construyeron esa puta prisión encima. Y uno de ellos era mi padre.

Las lágrimas le corrieron el rímel mientras Annabelle y Mosley apartaban educadamente la mirada.

—La minería es un trabajo muy peligroso —comentó el juez.

—Ya —repuso Annabelle.

—Bueno, que pasen un buen día, señoras.

En cuanto se hubo marchado, Annabelle se levantó.

—Bien, debo marcharme.

—Siento no haber podido ayudar —dijo Shirley con sequedad.

«Oh, y tanto que me has ayudado».

OceanofPDF.com

Stone y Knox permanecieron atados durante casi seis horas, que pasaron durmiendo. A los guardias que fueron a buscarlos para devolverlos a la celda pareció disgustarles que hubieran soportado tamaño suplicio con aparente facilidad.

Volvieron a ponerles el mono naranja y les llevaron a la celda. Ambos tuvieron que demostrar un autocontrol considerable ante las pullas de los guardias. Knox se mordía el labio mientras Stone se limitaba a mirar al frente sin pestañear. Si tenía paciencia, ya se le presentaría una oportunidad.

Al cabo de una hora volvieron a someterlos a un registro integral. Luego les pusieron grilletes y los condujeron al comedor, donde los soltaron para que pudieran comer.

A Knox le gruñía el estómago cuando se sentaron a una mesa. Observaron el mar de presos que había a su alrededor. Haciendo un cálculo rápido, Stone contó casi quinientos, cuyas tres cuartas partes eran negros, mientras que todos los guardias eran blancos.

Algunos reclusos les devolvieron la mirada con una gama de expresiones que iban de la curiosidad a la indiferencia, pasando por la hostilidad.

Sólo unos pocos hablaban. La mayoría se concentraba en la comida. Knox bajó la mirada cuando le sirvieron el plato.

Luego le dijo a Stone:

—Me pregunto si tendrán un buen cabernet para acompañar esta bazofia.

—Sentido del humor, Knox, así me gusta. Ayuda a que el tiempo pase más rápido. ¿Qué ves aquí? —Señaló a la población de reclusos.

—Unos pobres desgraciados igual que nosotros, aunque la diferencia es que nosotros no hemos cometido ningún delito. Rectifico: yo no he cometido ningún delito.

Stone tomó un bocado con una cuchara de poliestireno flexible, el único utensilio que les suministraban.

—Habías visto el interior de una cárcel antes, ¿verdad?

—Sí, pero no como recluso.

—¿Y ves alguna diferencia? Piénsalo.

Knox miró alrededor.

—Pues parece un grupo bastante modoso, teniendo en cuenta que son la escoria de la sociedad.

—Eso es. Subyugados, apaleados, asustados. ¿Algo más?

Knox observó al grupo que tenía más cerca. Cuatro hombretones negros comían despreocupadamente sin siquiera mirarse entre sí.

Knox los observó de reojo para seguir sus movimientos aletargados y mirada vidriosa.

—¿Y drogados?

—Y drogados, exacto. Ya sabemos que tienen pastillas más que suficientes para eso.

—¿Crees que es aquí donde traen las remesas de pastillas?

—No. Ese material es para vender en la calle, probablemente en Nueva York, Filadelfia, Boston, Washington y otras grandes ciudades de la costa Este. Seguramente utilizan un poco de excedente para dejar groguis a estos tipos.

—¿Drogan a los presos contra su voluntad? Eso debe de vulnerar un millón de derechos.

De repente Stone se agachó y empezó a comer sin pausa. Como intuyó el motivo, Knox lo imitó. Los pasos se acercaron a ellos por detrás y se detuvieron.

—Manson, ¿los nuevos presos se están adaptando a la rutina? —preguntó Howard Tyree al guardia fornido que lo acompañaba.

Ni Stone ni Knox alzaron la mirada.

Manson llevaba un parche en el ojo derecho. Y Stone sabía por qué. Él mismo le había destrozado el ojo con la hebilla del cinturón.

«La situación mejora por momentos».

—Requieren un esfuerzo extra, pero los pondremos en vereda, señor.

Stone observó cómo Manson abría y cerraba los dedos mientras lo contemplaba con el ojo sano. El hombre no ocultaba sus intenciones homicidas. Desenfundó la porra y apretó la punta contra el carrillo de Stone.

—Este necesitará un esfuerzo extra, pero conseguiremos que se adapte a nuestras costumbres.

—Bien hecho —asintió Tyree.

Cuando Manson retiró la porra lo hizo de tal manera que le rasguñó la mejilla. Empezó a sangrar, pero Stone no hizo ademán de limpiársela.

—Ya sabéis que en la mayoría de las cárceles de máxima seguridad, los presos comen en su celda y el tiempo de esparcimiento se pasa en solitario. Pero aquí en Blue Spruce somos un poco más liberales. —El alcaide escudriñó el recinto, donde reinaba un silencio sepulcral—. Aquí permitimos que nuestros reclusos disfruten de algunas libertades. Una buena comida en compañía, un poco de camaradería.

Tyree apoyó una mano en el hombro de Stone y se lo apretó ligeramente. Stone habría preferido la mordedura de aquellas serpientes antes que el contacto repulsivo de aquel hombre. Sin embargo, no se inmutó y Tyree acabó por soltarlo.

—Y debido a nuestra compasión y comprensión sobre asuntos como ése —continuó—, tarde o temprano aprenden nuestras costumbres. Pero me consta que a veces el camino resulta tortuoso.

Siguió su recorrido rodeado de varios guardias, mientras los presos clavaban la vista en el plato, como si fuera la comida más exquisita que hubieran probado en su vida.

«Estos tíos no sólo están drogados sino cagados de miedo —pensó Stone—, porque saben que este cabrón puede matarlos cuando le venga en gana. A mí también puede matarme, y probablemente lo haga. A no ser que Manson o el otro guarda capullo me pille antes por banda».

No se limpió la sangre con la servilleta hasta que Manson y Tyree se marcharon del comedor.

OceanofPDF.com

66

Tras la comida les permitieron pasar media hora al aire libre. Este consistía en un suelo de cemento en medio del patio con un tejado de alambre de púa y un único aro de baloncesto sin red y una pelota parcheada como único divertimento.

«Menuda libertad», pensó Stone.

Algunos reclusos hacían *jogging* lentamente en círculos, uno botaba la pelota, pero la mayoría permanecía de pie mirándose los zapatos. Los guardias estaban apostados en los pasadizos de las torres, con los AK74, escopetas y rifles de francotirador preparados, claramente visibles para todos los hombres del foso. Stone se fijó en una línea azul que delimitaba la cancha de cemento.

—Si cruzas esa línea o pones un dedo del pie en ella, el guardia de ahí arriba te dispara —le dijo un recluso bajito, con un bigote puntiagudo y entrecano, el pelo alborotado y ojos temerosos.

—Gracias —respondió Knox—. Se olvidaron de decírnoslo en la clase de orientación.

El otro lo miró y sonrió.

—Eh, ésa ha sido buena. Muy buena. —Miró a Stone—. ¿Vosotros saldréis algún día?

—No lo creo —respondió Stone—. ¿Y tú?

—Perpetua, perpetua y perpetua —dijo el hombre con voz cantarina—. Tres perpetuas consecutivas, una tras otra, no simultáneas, al mismo tiempo. Hay una gran diferencia, sí, señor.

—Entiendo. —Stone observaba metódicamente la posición de los pasadizos de las torres y los ángulos de tiro de que disponían los centinelas. Le impresionó el diseño del lugar. No hacía falta ser muy hábil para abatir a cualquiera de los hombres de allí abajo antes de que tuviera ocasión de dar tres zancadas.

—¿Es la pena de la mayoría? ¿Cadena perpetua? —preguntó Knox.

—De todos los que conozco sí, y llevo aquí once años. Bueno, me parece que son once. Antes llevaba un calendario, pero la pared se me acabó. Da igual. El viejo Donny no puede pedir la condicional.

—¿Qué hiciste para que te la nieguen? —preguntó Knox con tono de censura, aunque el viejo no pareció percatarse.

—Maté a tres niños pequeños —respondió con la misma tranquilidad con que diría su fecha de nacimiento. Se sonó la nariz ahuecando las manos y se las limpió en los pantalones.

—¿Y por qué demonios hiciste tal cosa, viejo Donny? —repuso Knox mientras cerraba el puño.

—Porque aquella zorra me dijo que lo hiciera, por eso. Eran los hijos de su segundo matrimonio, tío. Por la pasta del seguro. Al menos es lo que dijo. La muy guarra me engatusó. Me dejó que le diera por culo. Además, cuando los maté estaba completamente colocado. Podría haber servido como atenuante, ¿no? Pues una mierda. Me estafaron, tío. Porque ¿dónde coño está la responsabilidad, pregunto yo?

—¿Responsabilidad? —repitió Knox incrédulo.

—Sí, tío. Abogados, jueces, zorras que te dejan darles por culo para que hagas maldades. Nadie quiere asumir la responsabilidad de nada. Es una puta pena. Que Dios bendiga América, pero en este país tendríamos que comernos la mierda juntos.

Knox apretó los dientes.

—¿A ella le cayó alguna condena?

—¿A esa zorra? ¡Qué va, joder! Me echó la culpa de todo. Y se casó otra vez y vive como una reina gracias al dinero del seguro, mientras yo me pudro aquí dentro. En el juicio me llamó maníaco. Y eso que tomábamos cócteles juntos, tío. Lo juro por Dios.

—Me parece que habrías necesitado un mejor abogado. De todos modos, creo que estás donde tienes que estar, Donny. ¿Por qué no buscas otro rincón donde pasar el rato? —dijo Knox, dando un paso amenazador hacia el hombre.

Antes de que Donny tuviera tiempo de moverse, Stone lo cogió por el brazo, a pesar de que uno de los guardias no les quitaba ojo, con las manos puestas en su arma.

—Oye, Donny, ¿has estado en muchas cárceles? —preguntó Stone.

—¿Yo? Pues sí. Ésta es la cuarta. Y la segunda de máxima seguridad —añadió con orgullo.

—¿Por qué te enviaron aquí?

—Por atizar a un guarda. No les gusta recibir golpes, pero les importa un cojón perforarnos el culo, ¿verdad?

—Ya, ¡qué injusta es la vida! —exclamó Knox.

—Seguro que eres un buen observador. ¿Has visto algo raro por aquí? —preguntó Stone.

—¿Observador? Tío, sólo tenemos una hora al día para salir. Media para el desayuno y media para esta mierda de recreo. Veintitrés horas en una celda diminuta no dejan mucho tiempo para observar nada.

Mientras hablaban, el hombre que botaba la pelota dejó que se le escapara. Rodó más allá de la línea azul y se dispuso a ir por ella.

—Joder —dijo Knox al verlo—. ¡Eh, amigo, detente!

El hombre no le oyó o le dio igual. Cruzó la línea y una bala le dio de lleno en la espalda. Se desplomó boca abajo. Stone y Knox casi echaron a correr hacia él, pero hubo otros disparos y se pararon en seco.

Mientras miraban, dos guardias se acercaron como si nada y recogieron al hombre. Stone se fijó en que no había sangre.

—Utilizan esas putas balas de pega si es la primera vez. Duelen un cojón. Te dejan hecho una puta mierda, pero no te matan. Pero si es la

segunda vez, pues ya no habrá una tercera, ¿lo pillas?

Volvieron al rincón mientras se llevaban al hombre inconsciente.

Stone continuó con la conversación anterior.

—¿Qué me dices de la biblioteca de la cárcel? ¿Hay clases? ¿Talleres? ¿Te has fijado en algo?

—Oye —resopló Donny—. ¿Has estado viendo reposiciones de *La fuga de Alcatraz* o qué? Mira alrededor, tío. Aquí no hay ningún Clint Eastwood. Llevan prometiendo una biblioteca desde que entré en este condenado sitio y todavía no he visto ni un puñetero libro. También se supone que teníamos que tomar clases por la tele para sacarnos el graduado escolar, pero dicen que siempre está estropeada. Tampoco hay talleres. No hay nada de nada. Una ducha de cinco minutos tres veces por semana y encima te meten un puto atizador por el culo cada vez, como si tuvieras un bazuca oculto en el agujero. Duele como su puta madre. Prefiero ir como un guarro. Tampoco es que tenga adonde ir.

Se metió un chicle en la boca y lo mascó con los pocos dientes que conservaba.

—¿Visitas, llamadas a casa? ¿Abogados?

Se rio por lo bajo.

—En Dead Rock hay que ganarse las visitas. Se consiguen un máximo de dos al mes. Si la cagas en lo más mínimo, pues te quedas sin visitas. ¿Y sabes qué más? Por lo que he oído, en los últimos cinco años nadie se ha ganado una visita. Yo tampoco. Tampoco es que fuera haya una cola de gente deseando verme, pero bueno. Y hay que llamar a cobro revertido si consigues acercarte al dichoso teléfono. Ni siquiera mi jodida madre pagaría una llamada a cobro revertido por mí. Y aquí no vienen abogados. Para estos chicos no hay más recursos de apelación. Estamos dejados de la mano de Dios. Ya no somos nadie. Somos como rocas muertas. Vamos a morir aquí, qué remedio. Mejor irse haciendo a la idea. —Se tragó el chicle y tosió con fuerza hasta sacar flema.

Stone echó un vistazo al resto de los reclusos.

—Aquí la gente parece ir un poco puesta. —Miró a Donny—. Un poco demasiado puesta.

Donny esbozó una sonrisa y se le acercó.

—¿Tú también te has percatado? La mayoría de estos chicos nunca se ha dado cuenta.

—¿Y qué droga utilizan?

—Ni idea, pero es bastante fuerte.

—¿La ponen en el rancho?

Donny asintió.

—¿En qué comida?

—Al mediodía o por la noche. Ahí está el truco: nunca sabes en cuál.

—¿Y a ti por qué se te ve tan animado?

Donny parpadeó.

—Podría contaros mi secretito, pero ¿qué me dais a cambio? Esa es la pregunta del millón.

Stone fue a decir algo, mas Knox se adelantó.

—Cuéntanoslo, y si consigo salir te sacaré de aquí.

—Venga ya, tío. No vas a salir de aquí en tu puta vida.

—Soy agente federal, Donny. Mi misión consiste en investigar las prisiones corruptas. ¿Crees que en este sitio hay corrupción?

—A porrillo. Pero si eres un federal, ¿por qué ibas a sacarme de aquí?

—Los federales tienen libertad de acción, Donny. Si me ayudas, el Tío Sam te ayudará.

—Y no es que tengas mucho que perder por hacerlo —añadió Stone.

Donny se lo planteó.

—Vale. No me trago que seas un federal, pero qué coño. —Bajó la voz—. Cuando os pongan la comida, no os comáis las dichas zanahorias, tiradlas por el váter y luego poned cara de colgados delante de los chicos de la porra.

Un guardia rondaba cerca de ellos y Donny optó por alejarse.

—Vaya, nos ha dado información pero no especialmente útil, aparte de lo de las zanahorias. ¿Te crees lo que ha dicho?

—A lo mejor. —Alzó la vista de nuevo hacia los muros—. Este sitio está bien diseñado, Knox. No veo demasiados puntos débiles.

—La cosa mejora por momentos.

Sonó una bocina y los presos empezaron a entrar arrastrando los pies.

—La única forma que veo... —empezó Stone.

El disparo alcanzó el suelo justo a su lado y las lascas de cemento rasguñaron las pantorrillas de ambos. Se agacharon cuando otro disparo resonó cerca de ellos. Desde luego, no eran balas de fogeo.

—¡Manos arriba! —gritó el centinela de una torre a través de un megáfono; el tirador estaba a su lado con la mira puesta en la cabeza de Stone.

Los dos levantaron los brazos mientras la sangre les corría por los pantalones y zapatos.

—¿Qué coño...? —dijo Knox.

—No camináis bastante rápido, chicos —se burló Donny.

—¿No se suponía que en la primera falta utilizaban balas de fogeo? —espetó Knox cuando hubieron alcanzado al grupo.

—Por lo visto, eso no se nos aplica a nosotros. Tendremos que tenerlo en cuenta.

—Ya —gruñó Knox.

Más tarde, una enfermera fue a su celda. Los desnudaron, registraron y les pusieron los grilletes mientras ella les observaba rodeada de guardias.

Por la puerta abierta, Stone vio una cámara de vídeo atornillada a la pared del pasillo. Supuso que, siempre que se producía una salida de celda, la cámara estaba colocada en la posición perfecta para obtener una bonita imagen de los guardias de espaldas mientras daban una paliza a algún recluso.

«Un recluso invisible a la cámara». La enfermera les limpió las heridas y se las vendó mientras los guardias soltaban comentarios maliciosos sobre cobardicas.

Ni Stone ni Knox dijeron una sola palabra.

Sin embargo, cuando la enfermera hubo acabado, Stone le dijo:

—Gracias, señora.

De inmediato recibió un golpe en la boca con una porra envuelta en una toalla.

—¡No le hables a la señora, capullo! —gritó Manson, el guardia tuerto, mientras se agachaba hacia el rostro ensangrentado de Stone.

La enfermera dedicó una sonrisa magnánima a su protector cuando salían.

Knox le ayudó a levantarse.

—Tenemos que salir de aquí, Oliver, o somos hombres muertos.

—Lo sé —repuso Stone mientras se limpiaba la sangre de la cara. De repente se quedó inmóvil.

Un guardia le estaba mirando antes de cerrar la puerta de la celda. No era un arrogante joven sádico, sino un hombre mayor, el pelo entrecano le asomaba bajo la gorra. Justo antes de cerrar la puerta con un crujido metálico, le dirigió un breve asentimiento a Stone.

OceanofPDF.com

Cuando Reuben y Caleb se reencontraron con Annabelle más tarde aquel día en la zona de acampada, el grandullón no tenía gran cosa que informar. Pero sí tenía un comentario que hacer.

—Comparado con los pueblecitos de por aquí, Divine es distinto.

—¿Distinto en qué? —preguntó Caleb.

—Aquí hay dinero. Negocios prósperos, coches nuevos, edificios rehabilitados, juzgado y cárcel. He ido a la iglesia, incluso he rezado un poco. He hablado con el padre y me ha dicho que todo se ha hecho en los últimos años.

—¿Qué tapadera estás utilizando? —preguntó Annabelle.

—Soy un escritor que pretende ambientar una novela en un pequeño pueblo de montaña. Todo el mundo lo ha aceptado bien. Supongo que tengo pinta de escritor —añadió dándose aires.

Caleb observó a su enorme amigo de pelo largo, negro y rizado y barba entrecana.

—Yo diría que tienes una pinta más bien bohemia, pero probablemente será que le busco tres pies al gato. De todos modos, entiendo lo que dices. La biblioteca es muy bonita. El bibliotecario me ha dicho que la habían reformado recientemente. Cuenta con un centro de información nuevecito, ordenadores, de todo.

—¿Y cómo te has presentado? —preguntó Reuben con sequedad.

—Un bibliófilo viajero. Creo que encajo bastante bien con esa descripción.

—¿De verdad has dicho eso? —preguntó Annabelle.

—No, sólo bromeaba. He dicho que estaba buscando trabajo como pinche de cocina y quería ver las demandas por esta zona. Por algún motivo se lo ha tragado sin rechistar, aunque no tengo pinta de cocinero —añadió con rigidez.

—Y que lo jures. ¿Y tú qué has descubierto, Annabelle? —preguntó Reuben.

Les contó la conversación mantenida con Shirley y el juez Mosley.

—La mujer sabe algo, eso está claro. Creo que deberíamos seguirla y ver si descubrimos algo más.

—Me parece bien.

—¿Cuándo llegará Alex? —quiso saber Caleb.

—Pronto, al menos eso espero.

—Echas de menos al agente de la ley, ¿eh? —dijo Reuben.

—No, es que estoy cansada de ser la única que piensa.

—Bueno, aquí tienes algo más para pensar. ¿Dónde vamos a pernoctar?

—En el pueblo no —dijo ella—. ¿Qué os parece si dormimos en la furgoneta aquí fuera?

—¿En la furgoneta? —refunfuñó Caleb—. ¿Sin baño?

Annabelle señaló hacia el bosque.

—El que ofrece la naturaleza.

—Oh, por el amor de Dios —masculló Caleb.

Reuben alzó una mano.

—Caleb, si los osos cagan en el bosque, los bibliotecarios también pueden.

—¿Y qué me dices del reportero? —inquirió Caleb.

—Tengo una especie de plan, pero necesito la ayuda de Alex. Reuben, ¿por qué crees que Divine es una población tan próspera?

—A lo mejor si descubrimos la respuesta encontramos la explicación de por qué matan y/o hacen saltar por los aires a la gente.

—¿Crees que le ha pasado algo a Oliver? —preguntó Caleb.

—Nunca he conocido a nadie más capaz de cuidarse solito que Oliver
—respondió Reuben.

«Por lo menos eso esperamos», pensó Annabelle.

OceanofPDF.com

Cuando Shirley Coombs salió del juzgado ya eran las siete de la tarde y la oscuridad se había cernido sobre Divine, pues era un pueblo rodeado de montañas. Paró en la tienda de comestibles para comprar unas botellas de vino. Luego dejó la bolsa en el coche y fue caminando al Rita's. Salió un par de horas más tarde y se subió a su Infiniti último modelo, rojo y de dos puertas, aparcado detrás del juzgado. Al parecer, iba tan absorta en sus pensamientos que no vio la furgoneta blanca que la siguió cuando se incorporó a la carretera y pisó el acelerador.

Llegó a casa y entró tambaleándose ligeramente.

Caleb detuvo la furgoneta un poco más abajo de la casa. Shirley Coombs vivía en una casa de vinilo con un pequeño porche delantero decorado con macetas con pensamientos. Un sendero de gravilla conducía a un garaje independiente. Detrás de la casa, a apenas veinte metros, se extendía un frondoso bosque. En un patio adyacente habían montado un huerto, aunque ahora lo único plantado era un par de estacas peladas para tomates. El patio trasero estaba dominado por unas tumbonas oxidadas y un montículo de leña. La mujer no tenía vecinos; ahí abajo sólo estaba su casa.

Reuben se inclinó entre los dos asientos delanteros y observó la casa mientras se encendían las luces.

—¿Esperamos a que se muera y entonces registramos la casa?

—¿Por qué no pruebas a echar un vistazo al interior por una ventana?
—sugirió Annabelle.

—Iré con él —se ofreció Caleb.

—¿Por qué?

—Cuatro ojos ven mejor que dos.

Salieron de la furgoneta y se encaminaron a la casa, manteniéndose pegados a los árboles hasta alcanzar la vivienda. Entonces fueron directos al porche trasero agachándose.

Al cabo de cinco minutos ya habían vuelto a la furgoneta.

—Para que luego hablen de diamantes envueltos en papel de embalar —dijo Reuben.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Annabelle.

—Pues que el interior de la humilde morada de Shirley Coombs no pega con el exterior. Los muebles son de gama alta, en las paredes hay óleos auténticos de un par de artistas conocidos, alfombras persas en los suelos, y tiene una escultura que podría exhibirse en un museo.

—La secretaria del juzgado de este pueblecito está montada en el dólar —resumió Reuben.

—Pero no quiere que se sepa —comentó Annabelle—. Por eso tiene una casa que por fuera parece una birria. Además, seguro que no le gusta recibir visitas.

—Más bien estar rodeada de lujos —apuntó Caleb.

—Me gustaría ver el saldo de su cuenta corriente —dijo Annabelle.

—Y aun así sigue viviendo en este sitio —dijo Reuben—. ¿Por qué?

—Avaricia —aseveró Caleb—. Está haciendo algún tejemaneje aquí, algo en el juzgado, y le pagan por ello. Pero quiere más y no lo conseguirá si se marcha.

—Supongo que tienes razón, Caleb. Buena deducción. Ya me pareció una mujer avariciosa.

—La pregunta es: ¿sabemos si está relacionado con lo que le pasó a Oliver? Tal vez estemos perdiendo el tiempo con ella y, mientras tanto, Oliver podría encontrarse en un buen lío.

—Creo que está relacionado, Reuben —dijo Annabelle.

Por lo que me contó el sheriff, Oliver estuvo metido en todo esto. No me creo que en un pueblo pequeño como éste haya dos secretos importantes que no guarden relación. Sea lo que sea lo que trama Shirley, tiene que estar relacionado con todo lo demás. Seguro. Es la única pista que tenemos.

Transcurrió una hora y luego otra más. Al final, Shirley salió de la casa. Vestía vaqueros, blusa de manga larga y zapatos planos, y llevaba una bolsa. Visto que se acercó a su coche dando tumbos, quedó claro que había bebido buena parte del vino comprado en la tienda.

—¿Va a conducir así, como una cuba? —dijo Caleb preocupado.

—Da marcha atrás, rápido —instó Annabelle.

Cuando Shirley salió por el camino de entrada, Caleb había situado la furgoneta detrás de unos arbustos. La siguió. Regresaron al pueblo y lo cruzaron. Al final tomó un desvío y condujo por un camino de tierra. Detuvo el coche delante de la caravana destrozada.

Salió del coche con la bolsa y se tambaleó hacia lo que quedaba de las escaleras para sentarse allí. Abrió la bolsa, sacó una botella de vino y bebió a gollete. Le sentó mal y acabó vomitando. Arrojó la botella a un lado y encendió un pitillo. Entonces rompió a llorar con la cabeza apoyada en las rodillas.

—¡Willie! ¡Oh, Willie! —sollozaba.

—¿Necesitas ayuda?

Shirley dio un respingo y vio a Annabelle. Se limpió la cara con la manga, la observó con recelo unos instantes y luego meneó la cabeza cansinamente.

—Nadie puede ayudarme. Ahora no. —Señaló los escombros que tenía detrás.

—¿Fue aquí donde tu hijo...?

Shirley asintió y dio una calada al cigarrillo.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —farfulló.

—Pasaba por aquí y he oído lloros. Lo lamento, Shirley, de verdad que lo lamento. Sé cómo te sientes. La sensación de pérdida y todo eso. —Annabelle se sentó a su lado en los escalones.

Shirley tiró la colilla y se frotó los ojos.

—Por lo de tu padre, ¿verdad?

—Sí. He hablado con todo el mundo y nadie ha sido capaz de ayudarme.

—Estaba intrigado por lo que le había pasado a Willie —dijo Shirley—. Vino a verme por eso.

—Ah, ¿sí? Pensaba que no habíais llegado a hablar.

—Te mentí —reconoció Shirley sin reparos—. No sabía quién eras y tal —añadió con vaguedad.

—Ya, lo entiendo.

Shirley se deslizaba las manos nerviosa por los muslos. Señaló al frente.

—Ahí en la oscuridad hay muchas cosas, no se ven hasta que es demasiado tarde.

—Ya. ¿De qué habló contigo?

—Me dijo que alguien había intentado matar a Willie. Dijo que le habían puesto algo en el Tylenol. Creo que pensó que había sido yo. Pero yo nunca le habría hecho eso a mi Willie. Incluso fui a su caravana una noche para ver qué pastillas tenía. Temía que alguien quisiera meterle algo malo en el cuerpo. Tu padre también lo pensaba. Y creía que había sido yo. Pero yo quería a mi niño.

Empezó a sollozar de nuevo y Annabelle la consoló con una mano en el hombro.

—Seguro que mi padre sólo intentaba ayudar.

La otra se secó los ojos y tomó aire fresco, serenándose.

—Eso lo sé ahora. Y tenía razón. Ahora estoy tan convencida de que alguien mató a Willie como de que estoy aquí hablando contigo.

—¿Sospechas de alguien en especial?

—Sospechas no me faltan, eso está claro. —A Shirley le temblaban las mejillas.

—¿Puedes contármelo?

—¿Para qué?

—Shirley, quien haya matado a Willie podría haber ido a por mi padre por intentar ayudarle.

—Claro, tiene su lógica, supongo. Oh, no sé. Es que ya no sé...

—Yo te ayudaré. Si confías en mí.

Shirley le cogió la mano.

—Dios mío, chica, ¿tienes idea de cuánto tiempo hace que no confío en nadie en este maldito pueblo?

—Confía en mí y te ayudaré. Te lo prometo.

Shirley miró hacia atrás, a los restos de la caravana.

—Cuando mi padre resultó enterrado en el derrumbe de la mina, todos quedamos hechos polvo. Las personas mueren, claro, pero lo normal es despedirse de ellas, enterrarlas como Dios manda. Pero no en el caso de un derrumbe. ¿Sabes lo que recibes? Una carta de pésame de la empresa escrita por un puto abogado para que ningún ejecutivo de la empresa diga algo que luego pueda utilizarse en su contra en un juicio. Ya sabes, admisión de responsabilidad y tal. Trabajo para un juez, conozco esas tácticas.

—Por supuesto, es terrible —dijo Annabelle mientras seguía cogiéndola con fuerza de la mano.

—La empresa minera no pensaba hacer nada, así que el resto de los mineros se juntaron y cavaron un pozo paralelo allí arriba con la intención de llegar hasta donde estaban atrapados sus compañeros. Trabajaban día y noche, con material que pidieron prestado. Esto sucedió mucho antes de la época de internet y muchos de los hombres que había allí arriba ni siquiera tenían tele ni nada, y no había ningún furgón de noticias que emitiera vía satélite, ni nada de lo que se ve ahora por todas partes cuando los famosos se emborrachan y van a juicio. O sea que nadie sabía lo que estaba pasando realmente. Mi madre, el resto de las mujeres y yo montamos una cocina y una lavandería y teníamos camas plegables para los hombres que estaban cavando. Y mira que llegaron a cavar. Abrieron un pozo muy hondo y estaban a punto de llegar cuando se produjo una explosión en el otro pozo. Probablemente a causa del metano. A mi padre y los demás se les cayó encima media montaña. Después de eso no hubo nada que hacer. Todos sabíamos que habían muerto. Era imposible sobrevivir a tamaña explosión. Así que lo taparon y construyeron una puta prisión encima. Menuda lápida le fueron a poner a mi padre.

»Y cuando Josh, mi marido, consiguió un trabajo allí, no me gustó ni un pelo. Pero, como él decía, era la cárcel o las minas. Además, yo no quería que cavara para obtener el mismo mineral negro que había matado a mi padre. Así que le tocó trabajar en prisión. Quiso conseguirle un puesto a Willie allí, pero el chico prefirió la mina. Josh le estaba presionando para que lo dejara cuando lo mataron.

—Dijiste que fue un accidente...

Shirley soltó un bufido.

—¿Accidente? Sí, fue tan accidente como esto. —Señaló los restos de la caravana.

—¿Insinúas que tu marido fue asesinado? ¿Por quién? ¿Por qué?

Shirley la miró de hito en hito.

—No tendría que contarte estas cosas. No debería contárselo a nadie. Pero hace años que me quema en el estómago.

—Sólo quiero ayudar. Y encontrar a mi padre. Has perdido a tu hijo y tu marido. Shirley, ya va siendo hora de que se sepa la verdad. —«Vamos, mujer, desembucha».

—Así es. Lo sé en lo más profundo de mi corazón.

—Entonces también sabrás que tienes que contármelo.

Shirley respiró hondo.

—Estoy tan cansada... Y esto se ha desmadrado demasiado.

—Por favor, Shirley.

Al final, dio la impresión de que Shirley enfocaba los ojos enrojecidos al mirar hacia la noche oscura.

—Recibimos continuos cargamentos en el juzgado. Montones de cajas. Pero el manifiesto y las cajas nunca coinciden.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que si en el manifiesto pone que hay cincuenta cajas, sólo aparecen treinta.

—¿Sabes por qué?

—Yo no husmeo en lo que no me incumbe.

—No soy policía, Shirley. Lo único que quiero es encontrar a mi padre.

—He sido pobre toda la vida. Ahora se ve que el pueblo es próspero. Todo el mundo está contento. ¿Por qué no iba yo a aprovecharme? Ya me entiendes.

—Te entiendo. Es justo.

—Claro que lo es. Yo quería ir a la universidad. Mi hermano lo consiguió pero yo no. No teníamos dinero suficiente.

—Claro —dijo Annabelle pacientemente.

Shirley recogió la botella y tomó otro trago de vino. Daba la impresión de que ni siquiera era consciente de la presencia de Annabelle. Parecía estar hablando sola.

—¿Y se supone que yo tenía que saber que iban a matar a Josh cuando fue a cazar ciervos? Rory sólo me dijo que le hiciera ir y que luego le llamara. Y eso es lo que hice. ¿Cómo iba a saberlo, joder?

—Era imposible saberlo. Pero ¿y esas cajas? —insistió Annabelle.

—Aquí hay un grave problema de drogadicción. La gente es capaz de cualquier cosa para conseguir la dosis.

—¿Eso contienen las cajas? ¿Drogas?

«Si Oliver ha topado con una red de narcotráfico, probablemente ya esté muerto. Y si no lo está, quizá no le quede mucho tiempo». —Pastillas que requieren receta. Generan un montón de dinero en metálico.

—¿Cómo las trasladan? Me refiero a las cajas que faltan.

Shirley encendió otro cigarrillo y miró a Annabelle con expresión astuta.

—Niña, tenemos muchos mineros drogadictos que van a recibir su dosis de metadona a la clínica todas las mañanas antes de entrar al turno de las siete en las minas.

—Vale. Pero ¿qué relación tiene eso con todo lo demás?

—Se ponen en camino a eso de las dos. Lo sé porque los he visto. Se tarda menos de una hora en cubrir el trayecto y un minuto en recibir la dosis. Si alguien les pregunta por qué van tan temprano, contestan que no pueden dormir y que van a la clínica y charlan. Pero no es así. Lo que pasa es que esas cajas son transportadas muy lejos de aquí y se dejan en lugares preestablecidos.

—Vale, pero ¿dónde las recogen? —«Quizás Oliver lo descubrió y fue allí».

Shirley se puso en pie y bajó por los escombros ennegrecidos tambaleándose hacia el coche.

—Shirley, ¿adónde vas?

—Me largo de aquí. Estoy harta de Divine. Tenía que haberme' marchado hace mucho tiempo.

Annabelle corrió tras ella y la agarró por el hombro.

—Por favor, Shirley, es mi padre. Por favor. Es lo único que me queda.

—Ya he hablado demasiado. El alcohol me suelta la lengua.

—¿No puedes decirme nada? Lo que sea. Al menos para que sepa por dónde buscar.

Shirley vaciló y luego miró la caravana destrozada antes de volver a mirar a Annabelle.

—Vale. Pero tendrás que esforzarte.

—De acuerdo.

—¿Dónde le ponen al tejedor las orejas de burro?

Annabelle se quedó perpleja.

—¿Cómo?

Shirley soltó una risotada de borracha.

—Ya te he dicho que tendrás que esforzarte. Si tantas ganas tienes de encontrar a tu padre, ya se te ocurrirá la manera.

Se dirigió al coche haciendo eses y subió.

—¿Estás en condiciones de conducir?

Shirley asomó la cabeza por la ventanilla.

—Joder, niña, he conducido borracha desde los trece años.

Shirley se largó y Annabelle corrió hacia la furgoneta para contar las novedades. Caleb había aparcado detrás de unos árboles carretera abajo. Al llegar, se encontró con cuatro hombres esperándola, en vez de dos. Y los recién llegados iban armados.

La cena se sirvió a las seis y media en punto: dos bandejas deslizadas por la ranura. Knox y Stone las recogieron, se sentaron en los catres y empezaron a comer.

Knox señaló las zanahorias. Al cabo de unos momentos tiró de la cadena y las hortalizas desaparecieron girando por la taza metálica.

Stone vio un borde blanco cuando estaba cortando la carne, lo cual resultaba un poco difícil, ya que sólo disponía de una cuchara endeble para hacerlo. Le dio un codazo a Knox mientras deslizaba un papel hacia fuera. Lo desdobló y leyó mientras Knox miraba por encima del hombro.

«Soy el guardia que estaba en la puerta cuando la enfermera acabó. Josh Coombs era mi amigo. Mañana en el patio de recreo. Seguid mis instrucciones. Tirad esta nota por el water».

Ambos intercambiaron una mirada. Knox cogió la nota, la releyó y luego la mandó tuberías abajo a las alcantarillas para que se reuniera con las zanahorias adulteradas con droga.

—¿Qué opinas? —preguntó en voz baja cuando volvieron a ponerse a comer. Los dos golpeteaban el suelo con los pies para amortiguar el sonido de la conversación.

—Le he visto cuando estaba en la puerta. Y me dirigió un gesto con la cabeza. No entendí a qué venía, pero me infundió cierta esperanza.

—Pero ¿seguiremos sus instrucciones?

—Tendrá que cubrirse las espaldas. Sí, haremos exactamente lo que nos diga.

Al cabo de veinte minutos se oyó un golpe en la puerta.

—Bandejas —bramó una voz, y las empujaron por la ranura.

Ambos se sentaron en los catres.

—¿Por qué crees que se molestan en mantenernos con vida? —preguntó Knox—. ¿Por qué sospechan que alguien vendrá preguntando por mí?

—Si alguien se acerca a este sitio, lo sabrán con antelación. Entonces, o nos matarán o nos esconderán en alguna mazmorra.

—¿Y por qué no nos matan ahora? No es que quiera, pero...

Stone caviló sobre su encierro en la mina con aquellas serpientes. Ahora estaba convencido de que había sido obra de Tyree.

—Matar es rápido, un segundo de dolor y se acabó. Sin embargo, eso no parece bastarle a Howard Tyree. Quiere controlar cada segundo de nuestras vidas. Acabará matándonos, no tengo duda, pero entretanto quiere hacernos sufrir.

—Tiene rasgos de asesino maniaco.

—Lo es, sólo que está en el lado equivocado de los barrotes.

Knox se tumbó en el catre.

—Entonces, ¿esperamos mansamente?

—Ahora mismo no veo otra opción, ¿y tú?

Golpearon la puerta con un objeto duro.

—¡Pasad las manos por la ranura para esposaros! —ordenó una voz.

—Joder. ¿Qué querrán ahora? —gimió Knox.

—Recuerda que nos han drogado, así que muéstrate aturdido.

—Estoy tan cansado que no me costará.

Los esposaron, desnudaron y registraron sus cuerpos. Aquello se había convertido en algo tan normal como orinar. Ambos hombres bajaban la cabeza y se dejaban hacer.

Luego los condujeron pasillo abajo flanqueados por guardias, arrastrando los pies por culpa de los grilletes. Subieron unas escaleras hasta el final. Stone calculó que estaban en la torre oeste de la prisión, pero no estaba seguro. Allí su brújula interna no era tan fiable como de costumbre.

La estancia a la que los llevaron era circular, con una mesa y dos sillas en el centro. Unas rendijas de unos diez centímetros de ancho dejaban entrever la oscuridad del exterior. Un fluorescente parpadeaba por encima de sus cabezas. Los colocaron en las sillas y los guardias retrocedieron, a la espera.

Knox y Stone también esperaron, con aprensión. No sabían qué les tocaría esta vez, sólo que iba a dolerles.

La puerta se abrió y apareció Tyree seguido de cuatro guardias, incluido el de un galón que había sujetado a Stone por las pelotas, y Manson, el tuerto.

—Caballeros —anunció el alcaide—, tenemos que hablar.

Stone lo miró con expresión apática. Knox tenía la vista fija en la mesa como si no hubiera entendido.

Un guardia le susurró a Tyree al oído. Él asintió.

—Vale. Pues entonces pínchales. Necesito toda su atención.

Un guarda extrajo una jeringuilla de una bolsa negra. A Stone le frotaron ligeramente con un algodón y luego le administraron la inyección en el brazo. Limpiaron la aguja con alcohol y a continuación pincharon a Knox.

La sustancia surtió efecto de inmediato. Stone notó cómo se le aceleraba el corazón y todos los nervios iniciaban una actividad frenética. Lanzó una mirada a Knox y vio que tenía la misma reacción.

—Bien —dijo Tyree—. Ahora conéctalos.

Abrieron una talega de lona y sacaron dos gruesos cinturones de cuero provistos de cables negros. Le ciñeron uno a cada uno y los cerraron con un candado. Entregaron a Tyree una caja negra con botones.

Presionó uno de ellos y se encendió una luz verde. Se colocó delante de los prisioneros y se centró en Knox.

—Bueno, don CIA. ¿Sabe alguien que viniste al pueblo de Divine?

—Sí.

Tyree pulsó el botón y Knox brincó y profirió un alarido al recibir una descarga. El alcaide soltó el botón y Knox se desplomó en la silla como una marioneta, jadeando y balanceándose.

El torturador miró a Stone.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Oliver Stone.

Al cabo de unos segundos, Stone brincó y tuvo la certeza de que el cerebro y el corazón iban a estallarle.

Tyree retiró el dedo y Stone cayó contra el suelo. Los guardias lo sujetaron y lo plantaron otra vez en la silla.

El alcaide se dirigió otra vez a Knox.

—¿Sabe alguien que viniste al pueblo de Divine?

—¡No!

La descarga volvió a inundarle. Al desplomarse en la silla, aulló:

—¿Qué coño quiere que responda?

—La verdad.

—¡Pues una de las dos tiene que ser verdad, gilipollas!

El hermano del sheriff mantuvo el botón apretado tanto tiempo que Stone temió que Knox no sobreviviera. Pero lo logró, sudando y perjurando.

Tyree se dirigió a Stone.

—¿Oliver Stone?

«Bueno, cabrón, vamos a ver si las encajas tan bien como las repartes».

—En realidad me llamo John Carr. Hace décadas trabajé como ejecutor para el gobierno, en una división especial de la CIA tan secreta que ni siquiera el presidente estaba al corriente de la misma. Me peleé con mis superiores. He estado huyendo desde entonces. Knox es uno de los mejores agentes de la comunidad de inteligencia. El presidente de Estados Unidos le encomendó personalmente que me buscara porque creen que maté al senador Roger Simpson y a Carter Gray. Seguro que has oído las noticias. Bueno, pues Knox se merece la fama que tiene porque me encontró. Ahora estamos aquí en Dead Rock sufriendo palizas y torturas a manos de una panda de narcotraficantes que se hacen pasar por funcionarios de prisiones.

—Recorrió a los guardias con la mirada—. Pero no tenéis de qué preocuparos. Es probable que el presidente olvide el asunto y no haga

ningún seguimiento. Dudo que les importe lo que me pase a mí. O a uno de sus mejores agentes.

Stone vio la reacción que buscaba. Sudor. Sudor y miradas de nerviosismo, sobre todo del guardia del galón y de Manson, que parecían a punto de orinarse en las botas tipo Gestapo que calzaban.

Al cabo de unos segundos Stone estaba en pie, sintiendo el relampagueo de la corriente por todo el cuerpo. Cuando Tyree soltó el botón, Stone tardó un poco en recuperarse: jadeaba y respiraba de forma entrecortada, los músculos recorridos por espasmos.

—Puedes someterme al polígrafo —dijo entre jadeos—. Estoy seguro de que dispones de ese aparato, visto lo mucho que te gustan los juguetes electrónicos. Claro, disfrutas causando dolor, pero así no conseguirás nada. Así que por una vez sé listo, alcaide de pacotilla. Conéctame al polígrafo y vuelve a preguntarme quién soy. Así sabrás la verdad. De todos modos, yo no me preocuparía. No creo que dieciséis agencias de inteligencia más el Departamento de Seguridad Interior, con miles de agentes especializados y presupuestos de un total de unos cien mil millones de dólares, sean capaces de encontrarnos aquí.

Entonces, por fin, Stone también advirtió el nerviosismo en los ojos del alcaide. Tyree toqueteó la caja, pero no volvió a pulsar el botón. Tampoco miró a Stone a los ojos.

Más tarde, esa misma noche, después de que sus cuerpos se recuperaran, los conectaron a unos polígrafos. Les hicieron preguntas y las contestaron. Y se interpretaron los resultados. Las líneas serpenteantes del polígrafo no parecieron del agrado del alcaide. Stone lo supo al ver que el hombre no le miraba cuando ordenó que los trasladaran de nuevo a su celda.

«Esta noche sudarás tú, mamarracho». Se tumbaron en los catres mirando el techo, recuperándose del sufrimiento producido por el electrochoque, y sin duda soñando despiertos que estrangulaban con sus propias manos al honorable Howard Tyree.

—Muy astuto, Oliver —dijo Knox por fin—. Me ha encantado cuando ha cumplido tu «orden» sobre el polígrafo. ¿Y has visto la cara que han

puesto los guardias cuando has explicado la situación?

—Sí.

—¿Qué crees que harán ahora?

—Seguro que están confundidos respecto a qué hacer. Y eso nos proporcionará lo que necesitamos.

—Tiempo —respondió Knox.

—Exacto.

Oyeron un sonido en la puerta y se prepararon para otra salida dolorosa. Sin embargo, lo único que recibieron fue una nota. Cayó al suelo. Knox la cogió rápidamente y se la pasó a Stone.

Éste la leyó.

—En el siguiente rancho, estate atento a Manson.

Stone alzó la mirada hacia Knox.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —preguntó.

—Por supuesto, pero podrían matarnos, o fastidiarnos la posibilidad que tenemos con este guardia decente.

—No si lo hacemos bien.

OceanofPDF.com

70

—Harry, ¿qué estás haciendo aquí? —Annabelle miró a Harry Finn y luego a Alex Ford cuando subieron a la parte posterior de la furgoneta.

—Alex me contó lo que está pasando. Me pareció que necesitaríais un poco de ayuda.

Harry Finn, que quizá no fuera tan letal y habilidoso como Oliver Stone, era capaz de luchar y pensar a la vez como cinco hombres.

—¿Qué le has sacado a la pobre Shirley? —preguntó Reuben.

—Mucho. —Y resumió a Alex y a Harry todo lo que habían descubierto, incluida su conversación con Shirley.

—¿Dónde le ponen al tejedor las orejas de burro? —dijo Alex—. ¿Qué coño de pista es ésta?

—Está muy claro —respondió Caleb, que iba al volante. Todos lo miraron—. Nick Bottom es un personaje, un tejedor, cuya cabeza se convierte en una cabeza de burro.

Todos se quedaron perplejos antes de que Reuben preguntara:

—¿Has tomado algún tipo de crack para bibliotecarios?

—No; significa que la alcohólica Shirley es muy culta porque es una escena de *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare.

—¡La finca de Abby Riker! —exclamó Annabelle.

—Me parece una buena pista —empezó Alex, pero se interrumpió al ver que Harry levantaba una mano. Todos aguzaron el oído.

—Hay alguien ahí fuera —susurró Caleb.

Harry y Alex sacaron las armas. Alex le lanzó una pistola a Reuben, que se apostó cerca de una de las ventanas.

—Caleb, ¿sabes conducir...?

Casi se cayeron hacia atrás cuando Caleb pisó el acelerador y la furgoneta arrasó unos arbustos para llegar a la carretera, a pesar de que las balas golpeteaban los laterales del vehículo.

Alex empujó a Annabelle al suelo antes de agacharse.

Reuben bajó la ventanilla, apuntó y disparó hacia atrás. Alex y Harry hicieron lo mismo desde el otro lado.

Caleb llegó a una recta y puso la furgoneta a la máxima velocidad.

—Esta chatarra no supera los ciento treinta —vociferó—. La próxima vez dame un coche decente si quieres que corra más que esos cabrones. ¡Joder, no se puede hacer salsa de tomate sin tomates!

Confundido, Alex miró a Harry y luego a Annabelle.

—Es una larga historia —explicó ella.

Durante los cinco minutos siguientes, Caleb tomó temerariamente una serie de curvas cerradas, atajó por varios caminos y atacó una curva a toda velocidad mientras las ruedas de la izquierda giraban en el vacío por el borde de un precipicio. Al final redujo la marcha.

—No veo luces detrás de nosotros desde hace un par de minutos —dijo—. ¿Adónde vamos ahora?

—A la finca —respondió Alex—. Rápido, pero sin matarnos, por favor.

Sin bajar la guardia, retrocedieron lentamente y cruzaron el centro de Divine. Al llegar al otro extremo, vieron las luces rojas del coche de policía aparcado en el arcén al lado de una pronunciada pendiente. También había otros vehículos, incluido un coche de bomberos. Varios hombres trajinaban y había una manguera extendida ladera abajo.

—Para, Caleb. Es el sheriff de Tyree.

Caleb se detuvo y Annabelle bajó y se acercó corriendo a Tyree, que estaba con las manos en los bolsillos y apariencia de estar mirándose los zapatos.

—Sheriff, ¿qué ha ocurrido?

La miró con expresión severa.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas?

—Sigo buscando a mi padre. —Echó un vistazo por la empinada ladera y allá abajo vio una columna de humo y unos hombres alrededor de un coche destrozado. Entonces se fijó en las marcas que había dejado al despeñarse—. ¿Un accidente?

Tyree asintió.

—Shirley Coombs, o lo que queda de ella.

Annabelle inspiró bruscamente.

Él la miró muy serio.

—¿Qué pasa?

—He hablado con ella hace menos de una hora.

—¿Dónde?

—En la caravana de su hijo, o lo que queda de ella.

—¿Qué estabas haciendo allí?

—Pasaba por allí con el coche y la vi. Intenté consolarla.

—¿Había bebido?

Annabelle vaciló antes de responder.

—Sí.

—La muy tonta se salió de la carretera.

Annabelle miró alrededor y vio las marcas de los neumáticos y un trozo de metal gris que yacía en la carretera bajo el resplandor de las luces. Se agachó para recogerlo.

—¡No toques eso! —exclamó Tyree.

Annabelle se incorporó.

—Pero si el coche de Shirley era rojo.

Tyree la sujetó del brazo y la apartó para llevarla al otro lado de la carretera, donde varios hombres los miraron con curiosidad.

—Sheriff, ¿qué está pasando? —exclamó—. No ha sido un accidente. Alguien chocó con ella.

—Lo sé. Pero no quiero que los demás lo sepan.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, ¡por eso! Bueno, ¿qué te contó Shirley para que acabaran matándola?

Annabelle se humedeció los labios con nerviosismo. Shirley había dejado claro que no se fiaba de nadie. ¿Cómo iba pues a fiarse ella?

—Oye, quiero llegar al fondo de este asunto. Es mi pueblo y tengo que hacer las cosas bien.

Annabelle advertía cuándo alguien le tomaba el pelo y vio que no era el caso.

—Venga conmigo —le dijo.

Lo llevó hasta la furgoneta y abrió la puerta trasera para que viera a los ocupantes. Se los presentó uno a uno.

—Sheriff, ¿tiene tiempo para escuchar lo que sabemos? Es una larga historia.

—Entonces vayamos a mi despacho. Aquí hay demasiado público.

Al cabo de una hora, sentados en el despacho del sheriff, éste se frotó la cara, se puso de pie y miró con aire sombrío por la ventana.

—O sea que no es tu padre, pero sí trabajó para el gobierno y hace años que está en la clandestinidad. ¿Y tú y tus amigos sois agentes del FBI cuya misión es encontrarlo?

—Eso es —repuso Annabelle. Por supuesto, no había mencionado que Joe Knox andaba detrás de Stone por los asesinatos de Simpson y Gray. No obstante, había contado buena parte de la verdad, lo cual suponía una nueva táctica por su parte.

—Me mentiste en una ocasión, ¿y ahora se supone que tengo que creerte? ¿Qué te parece si llamo al FBI de Washington? ¿Os conocerán?

Alex se levantó y mostró sus credenciales.

—Yo no pertenezco al FBI. Somos un grupo de trabajo mixto. Puede llamar a mi central de Washington y verificar que soy quien digo ser. Esperaremos aquí. Pero si piensa hacerlo, dese prisa. Tenemos que encontrar a Oliver lo antes posible.

Tyree miró las credenciales de Alex y meneó la cabeza.

—Os creo. —Volvió a su escritorio y se sentó en el borde mientras Annabelle lanzaba una mirada de agradecimiento a Alex—. ¿Y creéis que

tiene algo que ver con la finca de Abby Riker?

—La pista es una referencia clara a su finca —dijo Caleb.

—Pero no estaréis insinuando que Abby tenga algo que ver, ¿verdad? Es imposible.

—Yo no estoy acusando a nadie. Pero su hijo ha desaparecido —apuntó Annabelle.

—Una red de narcotráfico que actúa desde Divine —dijo Tyree—. Y si Shirley dijo que no todas las cajas llegaban al juzgado, el juez también debe de estar implicado. Muy ingenioso, porque ¿quién comprueba los documentos legales que van a un juzgado? ¿Y utilizar a los mineros que reciben las dosis de metadona? ¿A quién demonios se le habrá ocurrido?

Llamaron a la puerta y entró un hombre. Charlie Trimble lucía unos pantalones caqui y una camisa a rayas de botones.

—He visto la luz encendida, sheriff... —Se interrumpió al ver a los demás.

—Estoy ocupado, Charlie.

Trimble miró a Annabelle.

—Ah, la hija. ¿Sigues buscando a tu «padre»?

A Annabelle no le gustó el tono del hombre.

—Pues en realidad no es mi padre. —Se volvió hacia Alex—. Es el hombre del que te he hablado. El reportero que busca una primicia a toda costa.

—Ya veo. A expensas de la seguridad nacional, pues va a ser que no.

—¿Seguridad nacional? —repitió Trimble, sorprendido.

—Al parecer Ben no es quien creíamos que era.

—Eso ya lo sé —dijo Trimble—. Creo saber quién es y tengo la noticia preparada. Pero...

Se calló cuando Annabelle le plantó sus credenciales en la cara. Alex la imitó.

—Trimble —empezó—, no va a publicar ni una sola palabra relacionada con este asunto.

—No piense que va a intimidarme —replicó el periodista con tono desafiante.

—No intentamos intimidarle, sólo advertirle como es debido —aseveró Alex.

—¿Advertirme? ¿Sobre qué?

—Si publica una sola palabra sobre esto y le pasa algo a nuestro hombre, acabará con sus huesos en el Castle.

—¿El Castle? ¿Qué castillo es ése?

—Leavenworth.

—¿Leavenworth?

—Es una prisión militar.

—En realidad —dijo Alex, reprimiendo una sonrisa—, también es para los civiles que atentan contra la seguridad nacional. Y usted puede ser uno de ellos si yo lo decido.

—¿Qué me dice de la Primera Enmienda?

Reuben, que era mucho más alto que él, se le acercó.

—¿Qué me dice de la Segunda Enmienda? —dijo con tono amenazador, dejando que se viera la pistola que llevaba en el cinturón.

—Yo... eh, nada, nada.

Annabelle lo cogió por el brazo.

—¿Trimble?

—¿Sí? —dijo éste con voz temblorosa.

—Vete a casa ahora mismo antes de que acabes escaldado.

El periodista así lo hizo sin rechistar.

Annabelle se dirigió al sheriff.

—Creo que es hora de ir a ver dónde le ponen al tejedor las orejas de burro.

71

La furgoneta iba detrás del coche patrulla. Este paró a unos cuatrocientos metros de la finca, y la furgoneta lo hizo detrás.

—Recorreremos el resto del camino a pie —dijo el sheriff al salir del coche—. No quiero que nadie se asuste. Tenemos tiempo antes de que lleguen los mineros.

Avanzaron sorteando los árboles hasta llegar a la finca y montaron un puesto de observación cerca de la casa, que estaba a oscuras. La furgoneta y el Mini Cooper de Abby estaban aparcados delante.

—En la finca hay un camino que lleva a un viejo granero. Probablemente ahí también deberíamos apostar a alguien, por si acaso.

Reuben, Harry y Caleb se encaminaron hacia allí siguiendo las indicaciones de Tyree.

Los dos grupos se agacharon y esperaron.

Al final, Alex consultó la hora.

—Las cuatro de la mañana. No creo que esté pasando nada. Quizá no transporten todas las noches.

Tyree desentumeció las piernas.

—Han matado a Shirley, así que quizás hayan aplazado el envío.

En ese momento Harry se acercó corriendo.

—¿Habéis visto a alguien? —preguntó Alex.

—No hemos visto a nadie, pero sí algo. Venid.

Le siguieron a toda prisa. Cuando llegaron al lugar donde esperaban Caleb y Reuben, Harry señaló un punto en el bosque justo delante de la entrada del granero.

—Se nota que alguien ha arrasado esta zona. Los arbustos y las ramas bajas están destrozados.

—Sigamos el rastro —dijo Tyree, encabezando la marcha. Sacó una linterna y se quitó otra del cinturón para pasársela a Alex.

—Nunca había trabajado con un federal.

—Para mí también es una nueva experiencia, sheriff —repuso Alex irónicamente.

Llegaron a un camino de tierra en el bosque.

—Mirad —dijo Annabelle.

Era el coche de Joe Knox.

Fueron hasta él y miraron en el interior.

—No está la documentación del alquiler —dijo Tyree—. ¿Sabéis a quién pertenece?

Annabelle lanzó una mirada a los demás mientras pensaba rápidamente. ¿Tenía eso algo que ver con los narcotraficantes? ¿Acaso Knox había localizado a Oliver y ya lo había matado? Pero entonces, ¿qué hacía ahí el coche de Knox? ¿Habría Oliver matado a Knox?

—No —respondió al cabo.

Poco después, Tyree advirtió las manchas de sangre.

—Ahí, allí y más allá —dijo mientras apuntaba con la linterna.

—No es buena señal —comentó Caleb retóricamente.

Annabelle se desanimó aún más. Al parecer, uno había resultado herido o muerto. Pero ¿cuál de los dos?

Siguieron el sendero que cruzaba el camino y ascendía por la colina, donde encontraron más manchas de sangre. Recorrieron más terreno y se pararon. Había muchas pisadas en el barro blando, y más manchas oscuras. Annabelle se puso más alerta. Siguiendo las marcas llegaron a un punto donde parecía que las personas habían desfilado.

—O cargado con algo. O con alguien —dedujo Alex.

Siguieron el sendero hasta otro punto de la carretera. Allí había más manchas oscuras y también una especie de vertido de gasolina o aceite.

—Parece que introdujeron a alguien en un vehículo —dijo Harry.

—Un camión —observó Tyree. Iluminó el asfalto con la linterna—. El neumático ha pasado por la mancha de gasolina y ha dejado marca. La banda de rodadura es de camión. Quizá podamos localizarlo.

A medida que la noche empezaba a envolverles en su manto oscuro, se afanaron en busca de más pistas por la carretera.

Reuben fue quien lo vio primero.

—El camión cruzó por aquí. —Señaló una mancha de aceite—. Y entró en este campo.

Siguieron el rastro. Resultaba fácil ver las rodadas del camión en la tierra blanda. Cuando llegaron al centro del campo, Alex describió un amplio arco con la linterna.

—Para. Enfoca allí —dijo Harry.

Alex obedeció. Harry se arrodilló y rozó con la mano una larga depresión en la tierra. Alzó la mirada.

—Es la marca de los patines de un helicóptero. —Miró a Tyree—. ¿Quién tiene helicóptero por aquí?

La linterna del sheriff enfocaba la marca y su expresión denotaba incredulidad.

—Tyree, ¿conoce a alguien de por aquí que tenga un helicóptero? —preguntó Alex, tirándole del brazo.

—Sí —repuso lentamente—. El cabrón de mi hermano.

Se oyó un zumbido. Tyree sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Sí?

Al alto sheriff le fallaron las rodillas.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—¿Qué ocurre? —preguntó Annabelle.

—Ahora mismo voy. —Colgó y miró a los demás.

—¿Qué ocurre? —insistió Annabelle.

—Era el compañero al que encargué que escoltara a Abby. Acaba de volver en sí.

—¿Qué acaba de volver en sí? —dijo Alex con inquietud.
Tyree ya estaba regresando a la carretera a toda prisa.
—¡Tienen a Abby! —gritó.

OceanofPDF.com

Knox y Stone desayunaban en silencio, esforzándose por parecer tan aletargados como el resto de la población reclusa a consecuencia de la dosis diaria de droga. En realidad, ambos escudriñaban el comedor con la mirada.

Casi al final del desayuno, Knox, que se había sentado enfrente de Stone para controlar ambos extremos de la sala y que no les sorprendieran por detrás, emitió un carraspeo y desvió la mirada a las nueve en punto. Un segundo antes de recibir el golpe, Stone levantó la bandeja a modo de escudo. El cuchillo resbaló en el plástico duro. En el siguiente movimiento, Stone le puso la zancadilla y el impulso del corpulento Manson le hizo deslizarse por la mesa, arrasando platos y vasos de plástico hasta caer al suelo por el otro lado, arrastrando con él a dos presos que estaban al lado de Knox. En el alboroto subsiguiente, Knox tiró su plato de la mesa con el codo y los restos de gachas fueron a parar a la cabeza de Manson.

Los otros guardias acudieron corriendo, pero sólo encontraron a Stone y Knox sentados tan tranquilos, con expresión desconcertada y mirando el montón de cuerpos en el suelo.

Cuando los guardias levantaron a Manson, seguía sujetando el cuchillo.

—Frank, ¿qué coño estás...? —empezó uno sus camaradas, pero Manson lo apartó bruscamente.

Con un grito de rabia, intentó lanzarse sobre la mesa contra Stone. Sin embargo, éste se levantó con rapidez y el salto acabó en una caída brusca.

La barbilla se le empotró contra la mesa delante del sitio de Stone. Como en un movimiento ensayado, Knox se puso de pie y obstruyó la vista de los demás guardias.

—Permitan que me aparte para que puedan encargarse de este psicópata —dijo educadamente.

En ese preciso instante, y con una velocidad tal que ni siquiera los presos que estaban sentados a ambos lados de Stone lograron ver, Oliver Stone asestó un codazo demoledor a Manson en la nuca. Cuando los guardias apartaron por fin a Knox, Stone ya estaba en el otro extremo de la mesa, como un simple observador de los acontecimientos.

Manson fue trasladado inconsciente en una camilla. Hasta el preso más comatoso de la enfermería esbozó una sonrisa de satisfacción al verle.

Más tarde, Stone y Knox se hallaban en el patio de recreo. Nadie había ido a por ellos después del incidente con Manson, aunque a Stone le habían dado una colleja por, según dijeron, masticar haciendo demasiado ruido.

—¿Lo atizaste muy fuerte? —preguntó Knox.

—Lo suficiente.

—Me gusta tu estilo.

El viejo Donny les dedicó una sonrisa desdentada y le enseñó el pulgar levantado a Stone. Los centinelas de las torres estaban haciendo la ronda, repasando a la población de reclusos con prismáticos en trípodes fijos. Y las armas. Las armas siempre estaban a la vista y centradas. El poder. La fuerza disuasoria. Stone pensó en ello mientras se apoyaba en una pared y se preguntaba cómo iba a montárselo el guarda, independientemente del método elegido.

Knox siguió inspeccionando la periferia con disimulo mientras permanecía junto a Stone.

Un preso estaba botando la pelota. Hizo una bandeja, cogió el rebote y probó un tiro en suspensión. Al igual que la mayoría de los presos, era negro, joven, alto y musculoso. Parecía consciente y despejado; quizá Donny hubiera divulgado su secreto sobre las dichas zanahorias a otros. Falló el tiro y Stone se puso tenso cuando el negro corrió a recuperar el balón, que había sobrepasado la línea azul.

Sin embargo, antes de llegar a ella, otro preso chocó contra él y ambos cayeron al otro lado de la línea, encima del balón. Los dos se levantaron y se enfrentaron. Sonó una bocina y los fusileros de las torres apuntaron sus armas. Se oyó un disparo, pero no procedía de la torre. Los guardias miraron en todas direcciones, desconcertados.

Como si en ese instante le hubieran dado la entrada, un preso derribó a otro de un puñetazo en la nariz. Hubo un nuevo disparo. Los silbatos resonaron, tronaron las bocinas y un grupo de reclusos del patio salió huyendo, gritando. Dos guardias que corrieron a detener aquella estampida humana fueron arrollados, las gorras y porras desaparecieron bajo la avalancha de prisioneros en desbandada.

Unas manos empujaron a Stone y Knox.

—¡Volved a vuestras celdas inmediatamente! —ordenó una voz.

Stone se encontró entonces con el guardia que pretendía ayudarlos. Los empujaba hacia una de las entradas de la cárcel.

Knox aprovechó la confusión para derribar al viejo Donny de un puñetazo, y el asesino de tres niños se desplomó inconsciente en el frío patio de cemento de Dead Rock.

—Toma, a esto le llamo yo responsabilidad —musitó Knox mientras seguía a Stone.

En el interior del edificio, el guardia les hizo subir por una escalinata y entrar en una pequeña sala, cuya puerta cerró.

—Daos la vuelta.

Lo hicieron, aunque con cierta vacilación.

Rápidamente los esposó y les puso los grilletes.

—No tenemos mucho tiempo —dijo—. Josh Coombs era mi mejor amigo. He oído decir que ayudaste a Willie.

—Sí. Ha muerto, supongo que te has enterado. Bob también. Saltaron por los aires.

El guardia asintió.

—¿Sabes qué está pasando?

—Drogas. —Stone se lo contó en medio minuto y añadió—: Y Josh fue asesinado porque lo había descubierto.

—Ya me lo imaginaba. He oído y visto cosas raras, pero nada que pueda demostrar. Pero lo que sí sé es que vosotros no sois presos trasladados.

—¿Cuántos guardias piensan como tú?

—Dos o tres. Tyree se ha metido a los demás en el bolsillo.

—Soy de la CIA —dijo Knox—. Me llamo Joe Knox. Necesito que te pongas en contacto con un hombre llamado Marshall Saunders y le digas dónde estoy. El número de teléfono es... —Se interrumpió y miró a Stone—. Dile también que estoy solo —acabó Knox.

—No voy a permitir que hagas eso —afirmó Stone.

—Mira, después de todo lo que hemos pasado juntos... Además, me salvaste la vida.

—Los dos conocemos a Hayes. Si se entera de que le has engañado, tu siguiente destino será un centro de torturas en Afganistán, y no serás tú quien haga el interrogatorio. Así que vuelve con tu familia y acaba la vida como quieres tú, no él.

—Oliver, ya sabes de lo que es...

Stone le interrumpió.

—Siempre lo he sabido. Hay cosas que nunca cambian.

—Vale —dijo el guardia, nervioso—. Daos prisa, joder.

Knox miró a Stone un segundo más y luego le dio el número de teléfono al guardia, al que encargó que dijera que estaba con John Carr.

—Llámale también a este número y di dónde estamos. Date prisa.

Volvieron a la celda cuando toda la población reclusa se quedaba incomunicada.

—Me aseguraré de que obtienes un trato justo —dijo Knox cuando se sentaron en la celda con los grilletes puestos. No voy a permitir que Hayes te haga desaparecer. Por eso he pedido al guardia que llame a un compañero de la CIA.

—Ya he desaparecido. De hecho, hace treinta años que soy invisible.

Guardaron silencio.

—¿Por qué Hayes no dejó que te concedieran la dichosa medalla? —volvió Knox al punto que más le indignaba.

Stone se levantó y se apoyó en la pared.

—Fue hace muchos años, ya ni me acuerdo.

—Seguro que sí. Vietnam nunca se olvida.

Stone lo miró.

—¿Cuándo estuviste allí?

—Los últimos dieciocho meses de la guerra.

—Yo estuve antes. —Stone miraba el suelo mientras hablaba. Nunca le había contado eso a nadie, pero sabía que ya no importaba. O bien morirían en ese sitio o él moriría en otra cárcel, si es que antes no lo ejecutaban. Alzó la mirada hacia Knox—. Macklin Hayes tenía una forma de combatir: echar el máximo de soldados de infantería a la picadora y ver adónde iban a parar los trozos. Independientemente del resultado, siempre se aseguraba de que en todos los informes para sus superiores quedara clara su brillantez en el campo de batalla. Aunque lo más cerca que estuvo de un combate verdadero fue una bronca ocasional en el comedor de oficiales.

—Tuve algún superior igual que él. Hablaban de grandes hazañas, pero nunca daban la cara.

—Hayes pensó que por mi culpa no le habían ascendido a teniente coronel. Y quizá fuera cierto.

—¿Cómo es eso?

—Había tres pueblos en una franja de terreno, y de repente los jefazos decidieron que había que tomarlos. Supongo que fue para que en casa pareciera que estábamos ganando la guerra. Le encargaron la misión a Hayes. Una bonita zanahoria para su siguiente ascenso por la escalinata hacia la consecución de una estrella. Ordenó avanzar a tres compañías, una para cada pueblo. La noche anterior al ataque, Hayes convocó una reunión con todos los sargentos.

—¿Y los capitanes?

—Todos muertos. Nos fuimos quedando rápidamente sin capitanes ni alféreces. De todos modos, nos ordenaron que arrasáramos esos lugares. Que no quedara nadie.

—Ningún soldado, quieres decir.

—Quiero decir nadie, Knox, hombres, mujeres y niños. Nadie. Luego teníamos que incendiar el pueblo y decir que había sido obra del Vietcong.

Se trataba de una campaña cabrona de desinformación montada por Hayes. Hacía ese tipo de cosas continuamente. Era como una especie de reencarnación de Maquiavelo. Creo que lo consideraba una manera de lograr ascensos.

—¿Qué ocurrió?

—Dos compañías obedecieron órdenes. Una no.

—¿Y Hayes fue a por ti?

—Lo intentó, pero lo amenacé con contar la verdad a todo el mundo. No podía acusarme de haber desobedecido sus órdenes, porque las órdenes que daba tenían que haberlo llevado ante un consejo de guerra. Como un pueblo sobrevivió, la cadena de mando no quedó satisfecha. Así que el viejo Hayes tardó un poco más en conseguir su racimo de hojas de roble.

—Pero encontró otra forma de hacerte daño: la medalla.

—En aquel momento, lo cierto es que me importaba un bledo. Había luchado en una guerra interminable. Todos los amigos que tenía allí habían muerto. Estaba cansado y harto del Sudeste Asiático, de la lluvia y el calor, de pasar cada minuto de cada día tomando y cediendo cien metros de tierra y selva, ¿y para qué? ¿Para qué, Knox?

—¿Fue entonces cuando te alistaste en la Triple Seis?

Stone vaciló.

—Supongo que te has ganado el derecho a saberlo.

—Descuida, no se lo contaré a nadie. Si te condenan, no será gracias a mi ayuda.

—Sí, entonces llegó el momento de la Triple Seis, aunque yo no diría que me «alisté». Me dejaron claro que era mi única opción. Acabé cambiando un infierno por otro. Ése ha sido siempre mi sino.

—Doy por supuesto que eras muy bueno en tu trabajo. Así pues, ¿por qué se volvió la CIA contra ti?

—Pasaron los años y me casé con Claire y tuvimos una niña.

Lo mejor que me ha pasado en la vida. No quiero parecer un cursi, pero es que fue como si un mundo nuevo lleno de posibilidades se abriera ante mí. Y decidí no continuar con aquel juego. Es que era incapaz de apretar el gatillo, Knox. No me soportaba a mí mismo. No podía volar al otro extremo

del mundo, disparar a alguien en la cabeza y volver a casa y abrazar a mi niñita y besar a mi mujer. No podía seguir así.

—¿Y no se dieron cuenta?

—Los hombres como Hayes piensan que siempre serán tus dueños. Y quizá lo sean.

Stone se dejó caer deslizándose por la pared hasta el suelo, echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

—Te ayudaré, Oliver. Te lo juro.

—Ayúdame a ti mismo, Knox. Para mí es demasiado tarde. Y lo único que recibiré es exactamente lo que me merezco.

OceanofPDF.com

73

Todos durmieron unas pocas horas en casa de Tyree, a unos tres kilómetros del centro de Divine. Era una cabaña de tamaño medio en un bonito terreno ubicado en una colina y con un amplio prado detrás.

Tyree preparó café y el desayuno. El sheriff tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Perdonad la escasez de alimentos. No suelo tener a tanta gente en casa.

—Con esto tengo más que suficiente —dijo Reuben, y bebió un sorbo de café solo.

Habían llegado a casa de Abby Riker y la escena con la que se encontraron había hablado por sí sola. La puerta de entrada estaba reventada, los muebles volcados y el ayudante del sheriff caído en el suelo con la cara ensangrentada. Aparte de eso no había ninguna pista acerca de quién se había llevado a Abby ni adónde. Tyree había enviado un mensaje urgente para alertar a todos los policías de la zona, pero nadie sabía nada. Y con cada hora que pasaba, encontrar a Abby sana y salva parecía más difícil.

—Me remuerde la conciencia no haber caído antes en la cuenta —se culpó Tyree.

—Asignaste a un hombre para que la protegiera, sheriff —señaló Annabelle.

—Earl no es demasiado avisado, pero es lo único que tenía.

—Debí haberla protegido yo. Si le sucede algo... —Bajó la mirada y una lágrima cayó en la mesa de la cocina.

—¿Por qué crees que se la han llevado? —preguntó Alex tras un silencio incómodo.

Tyree se secó la mejilla y alzó la vista, carraspeando.

—He estado pensándolo. Danny está por ahí en algún sitio. Tal vez temieran lo que pudiera hacer. Así que se llevaron a su madre como rehén. El chico quiere mucho a su madre.

—¿Crees que Danny estaba implicado en el tráfico de drogas? —preguntó Annabelle.

—No sé. El hecho de que utilizaran ese viejo granero me hace pensar que sí.

—Pero dices que se marchó del pueblo.

—Tras la muerte de Debby. A lo mejor le pareció que se habían pasado de la raya cuando empezaron a matar a sus amistades.

—¿Alguna noticia del juez? —inquirió Alex.

—¡Sorpresa: también ha desaparecido!

—O sea que probablemente esté implicado en la trama y ha recibido un chivatazo —dijo Harry.

Tyree asintió.

—Fue juez en Texas. Y pasó algún tiempo en América del Sur, al menos eso me dijo.

—Allí son expertos en narcotráfico.

—He leído sobre lo fácil que es enviar material desde Texas procedente de la frontera mexicana —añadió Tyree—. Parece que hay dos formas de traficar con fármacos. Robándolos o fabricándolos.

—¿Fabricar fármacos que requieren receta? —preguntó Caleb sorprendido.

Alex asintió.

—Los laboratorios de Columbia, en concreto, han estado fabricando toneladas de oxicodona falsa y pasándola de contrabando aquí. Por supuesto, la sustancia no es pura. Un laboratorio clandestino no se somete a

los mismos controles de calidad que un fabricante de fármacos legal. Y por eso es tan peligroso.

—O sea que quizá nuestro amigo el juez tenía contactos allá abajo. Quizás allí estuviera en una situación comprometida. Y cuando se tropezó con el viejo pueblo de Divine le pareció un buen lugar donde pasar desapercibido un tiempo.

—Así pues, el juez es quien tiene los contactos en el exterior. ¿Y tu hermano podría tener contactos en las grandes ciudades para distribuir la droga?

—El ochenta por ciento de los reclusos de Dead Rock son de ciudades grandes y la mayoría se dedicaba al trapicheo y están condenados por homicidio. Por eso acabaron aquí. O sea que sí, es muy probable que tenga contactos para la distribución.

—Pero si tu hermano está metido en esto, ¿cómo se encontraron? ¿Eran amigos?

—Mosley va a la prisión una vez al mes a hacer de mediador. Cuando me enteré me pareció muy curioso.

—¿Porqué?

—Mi hermano no es de los que hace concesiones. El es del estilo «lo tomas o lo dejas, aquí mando yo».

—No parece sorprenderte mucho que tu hermano pueda ser un criminal. Tyree esbozó una débil sonrisa.

—Yo era el hijo que ganaba todos los premios deportivos y Howard el que consiguió todas las becas por sus logros académicos. El deportista bobo y el hermano mayor listo. Pero tenía otra faceta. Supongo que podría llamársele cruel. Antes de que lo superara en estatura, me pegaba si hacía algo que no le gustaba. Por eso nunca hemos congeniado. Y a él siempre le ha gustado vivir bien. Y mientras él sea el perro guardián de ese lugar, los guardias no van a ganar mucho dinero, ni siquiera por estar en una prisión de máxima seguridad.

—Peterson era contable. Quizás él llevara la contabilidad de la red. Tal vez los estaba timando y lo descubrieron —sugirió Alex.

Tyree se frotó el mentón con la mano.

—De hecho, puede que la cosa sea incluso más complicada.

—¿A qué te refieres?

—Aquí tenemos un fondo del pueblo. Un fondo de inversiones cuya contabilidad también llevaba Peterson.

—¿Un fondo de inversiones? —preguntó Annabelle.

—Sí, los particulares y los empresarios reunieron un poco de dinero. Abby aportó bastante porque tenía más que los demás. Ha ido bien durante los últimos años, arrojando unos dividendos considerables.

—Motivo por el que Divine es más próspero que otros pueblos de los alrededores —observó Reuben.

—Pero quizá no sea por las grandes inversiones —aventuró Harry.

—No —convino Alex—. Podría deberse a otros motivos.

Tyree golpeó la mesa con el puño.

—Están utilizando el fondo del pueblo para blanquear las ganancias de la droga.

—Exacto —dijo Alex—. Y es una forma perfecta de hacerlo. Un montón de cheques librados. Un pueblo en racha. ¿Quién iba a sospechar? El dinero sale perfectamente limpio.

—¿Y si vuestro hombre está en esa prisión? ¿Cómo llegamos a él? No tenemos pruebas para obtener una orden de registro.

—Al infierno con la orden de registro —espetó Annabelle—. Lo que tenemos que hacer es ir a esa cárcel y sacarlo de allí.

Todos se la quedaron mirando, Tyree con súbito nerviosismo.

—No sé si será muy buena idea. Mi hermano es muy listo. Y si está implicado en todo esto, seguro que no nos dejará entrar en la cárcel a echar un vistazo.

—No pasa nada, sheriff, pocas veces entro por la puerta delantera. Shirley me contó lo de los mineros que murieron y que por eso llaman Dead Rock a la prisión. Me habló de un pozo paralelo. ¿Sabes dónde está y hasta dónde llega?

—No conozco los detalles —reconoció Tyree.

—Puedo consultarlo en la biblioteca local —se ofreció Caleb.

—Y descubre todo lo que puedas sobre la prisión de Dead Rock —añadió Annabelle. Miró a Tyree—. Y te agradecería que me describas ese lugar.

—Me encantaría, pero es más enrevesado que un laberinto.

—Ya lo suponía —dijo Annabelle.

OceanofPDF.com

En las proximidades de Divine había otro helicóptero que sobrevoló los árboles antes de aterrizar en el aparcamiento de la prisión de Blue Spruce.

Del aparato salió un hombre que caminó con paso pausado hacia la puerta.

Para registrar su entrada se necesitaron unos minutos y una llamada de teléfono. El alcaide en persona salió a recibir al ilustre visitante.

Macklin Hayes estrechó la mano de Howard Tyree.

—¿Qué busca aquí la CIA? —preguntó éste con tono arisco.

—Creo que tienes aquí a uno de mis hombres —respondió el jefe de la CIA, afable.

—No sé de qué me habla.

—Muy bien, juguemos. De momento. Se llama Joe Knox. Mide casi un metro noventa, pelo entrecano lacio peinado hacia atrás. Debería estar con otro hombre. Más alto, más delgado, pelo cano muy corto. Responde al nombre de Oliver Stone o John Carr según el día y la situación.

—Aquí no hay nadie que encaje con esa descripción. Y ahora tengo que pedirle que se marche. Esto es una prisión de máxima seguridad y los visitantes intempestivos no son bienvenidos. —Los guardias se acercaron a su jefe.

Hayes adoptó una expresión de ligero asombro.

—Parece que me superas en número. Cielo santo, ¿en qué estaría yo pensando? —Colocó su maletín encima de una mesa, lo abrió y extrajo una carpeta delgada de la que sacó varias hojas—. Tráfico de drogas, ¿no es eso? Sí, eso es. —Fingió estremecerse—. Seguro que todos sois tan duros y peligrosos como cabría esperar, así que me andaré con cuidado. —Presionó sus dedos largos y huesudos contra las páginas—. Estos documentos aguardan la firma del fiscal general del Estado para autorizar el cierre de la prisión y el despido de todo su personal.

—¿Por qué motivo?

—Porque vuestra red de narcotráfico está desviando capital a organizaciones terroristas que se han infiltrado en Estados Unidos.

—Eso es ridículo.

—Ya tenemos la prueba preparada. Este documento —continuó Hayes, imperturbable— es una orden de arresto contra Joseph Knox, John Carr y Howard Tyree. Ya ves que está debidamente firmada.

El alcaide ni siquiera se molestó en echar un vistazo a los documentos.

—Tal vez en Washington sea usted un pez gordo, pero, por si no se ha percatado, esto no es Washington. Así que yo no voy a ningún sitio.

—Precisamente de eso se trata —dijo Hayes—. Déjame ver a Knox y Carr y no tendrás más problemas.

—Ya. Si estuvieran aquí, y no estoy diciendo que lo estén, ¿cómo puedo saber que no van a contar alguna historia inventada que luego se utilice en mi contra?

Hayes consultó la hora. Al levantar la vista del reloj, su sonrisa había desaparecido.

—Tus trapicheos con las drogas me importan un cojón. Teniendo en cuenta cómo están las cosas hoy en día, ni siquiera llegas al nivel de una almorrana en mi culo. Tienes un minuto para traerme a esos hombres.

—¿Y si no lo hago? —espetó Tyree.

—Mira que eres pesado. Hayes introdujo la mano en el bolsillo lentamente, sacó un teléfono y pulsó un botón.

Al cabo de un segundo se produjo una explosión en el aparcamiento.

Tyree y sus hombres corrieron a la ventana y contemplaron los restos chamuscados del coche del alcaide. La boca del cañón lateral del helicóptero seguía humeando.

—¡Eso era mi puto Cadillac! —chilló Tyree.

—Lo sé. Hemos comprobado la matrícula. No habría desperdiciado una bala tan cara con el vehículo de un mero guardia. A ver si te enteras de una puta vez: éste es un asunto de seguridad nacional. Ni siquiera el presidente en persona podría inmiscuirse. Y tú, amiguito, no eres presidente. ¡Llévame a verlos ahora mismo! Y el Tío Sam a lo mejor te compra otro Caddy —añadió con tono más suave.

Stone y Knox estaban sentados a la mesa con los grilletes puestos. Todos en la prisión habían oído la explosión, pero nadie sabía qué estaba pasando. Cuando la puerta se abrió y Knox vio quien entraba, exclamó:

—¡Coño!

—Me alegro de verte, Knox. —Hayes dedicó una sonrisa a los dos antes de sentarse.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Tenía una lista con todas las personas con las que podías ponerte en contacto. Cuando Marsh recibió la llamada, yo ya estaba preparado. Y no pierdas el tiempo preguntándote si vendrá a ayudarte. Ya ha sido trasladado al extranjero. No tenías que haberme tomado por imbécil, Knox. De verdad que no.

Clavó su mirada imperturbable en el aturdido Knox y luego se dirigió a Stone.

—Cuánto tiempo sin vernos, John. No puedo decir que para ti los años no hayan pasado.

—Para mí han pasado menos que para ti, Mack.

—Cuéntame, John. ¿Cómo te sentiste al matar a Gray y Simpson? ¿Se te hinchó el pecho de orgullo?

—Es verdad, tú no sabes qué se siente al matar a alguien. Siempre tienes a otras personas que lo hacen por ti.

Hayes abrió el maletín y extrajo una hoja. Se la enseñó a Knox. Era la orden firmada por Hayes dando por rechazado el otorgamiento de la

Medalla de Honor a John Carr.

—Cuando me llamaste para decirme que la gente de esta zona de mala muerte podría ponerse a favor de un veterano de Vietnam «perseguido», me pregunté qué querías decir. Y cómo lo habías descubierto. Fui a los archivos militares. Me resultaron muy útiles para ver qué habías consultado. Por desgracia, las cajas no estaban inventariadas, pero esta página había dejado un poco de tinta en el interior de la caja. Fue suficiente para que mi gente registrara tu casa. Y encontrara esto. Pensaba que lo habían destruido hace mucho tiempo. Lo cual demuestra que nadie es realmente infalible.

Lanzó una mirada a Stone.

—Y estoy convencido de que nuestro amigo John te ha contado nuestro pequeño desacuerdo en la jungla con pelos y señales.

—No le he contado nada. Trabaja para ti. ¿Crees que me fiaría de él? —espetó Stone.

Hayes se reclinó en el asiento y colocó las manos sobre el regazo.

—John, se te da mucho mejor matar que mentir. La prevaricación es mi especialidad. Y siempre la detecto en los demás.

—No fuiste capaz de superarlo, ¿verdad?

—¿Por qué iba a superarlo? Me hiciste daño hace mucho tiempo. ¿Qué justicia hay en eso?

—¿Justicia? —saltó Knox—. ¡Usted impidió que obtuviera la Medalla de Honor!

—Y él impidió que me concedieran el ascenso que me tocaba.

—¿Está comparando lo que hizo este hombre en el campo de batalla con esperar dos meses para conseguir una puñetera condecoración?

—El era soldado de infantería. Teníamos millones como él. Pero no había tantos oficiales de mi calibre. Estoy convencido de que con sus actos entorpeció el esfuerzo bélico.

—¿De verdad cree que habríamos ganado la guerra de Vietnam si lo hubieran nombrado teniente coronel antes? —preguntó Knox, incrédulo.

—Reconozco que tengo un buen ego.

—Eso no es tener ego, eso es ser un puto psicótico.

Hayes extrajo un mechero, lo encendió junto al borde del viejo documento y lo dejó reducido a cenizas en cuestión de segundos.

—Vamos a ver si os queda claro. —Señaló a Knox—. Eres un atracador a mano armada y asesino. Mal asunto. Ojalá lo hubiera sabido. —Se dirigió a Stone—: Y tú eres Anthony *el Carnicero*. Por lo menos ese imbécil de alcaide tiene sentido del humor, si bien carece de estilo. Asesino por partida triple. Qué perfección, aunque ese recuento apenas te haga justicia.

Se levantó y cerró el maletín con un clic.

—Creo que eso es todo. Os dejo aquí para que paguéis vuestra deuda con la sociedad. Le he dicho al alcaide que sea especialmente atento con vosotros, ya me entendéis.

—¡Hayes! —gritó Knox forcejeando con los grilletes—. No se saldrá con la suya. ¡Ni siquiera usted!

Hayes se paró en la puerta.

—Pues lo cierto es que acabo de hacerlo. Oh, un detalle más. Respecto al guardia que se puso en contacto con Marsh de tu parte, yo no esperaré otra vez su ayuda. Rastremos la llamada hasta el teléfono de su casa. Lo he comentado con el bueno del alcaide, que sin duda sabrá qué hacer con él.

Cerró la puerta suavemente a su espalda.

OceanofPDF.com

—Hace años que los representantes de Human Rights Watch y de Amnistía Internacional, entre otros, intentan entrar en Blue Spruce —dijo Caleb tras haberles dado detalles sobre el funcionamiento de la prisión. Habían vuelto todos a casa de Tyree, su centro de operaciones.

»La lista de supuestas violaciones de los derechos humanos es interminable —continuó—. Pero la prisión ha denegado todas las peticiones de visita de Amnistía y otras organizaciones. Cielos, hasta en Rusia han dado permiso a esa gente para visitar las prisiones. Y cuando en Blue Spruce varios reclusos fueron víctimas de disparos de pistolas paralizantes, entraron en coma y murieron. Se presentaron más peticiones para entrar en la cárcel, pero fueron denegadas.

Alex miró a Tyree.

—Ya sé que es su hermano, pero ¿todo esto pasa en sus narices y nunca ha hecho nada al respecto?

—Es otro de los motivos por los que Howard y yo no nos llevamos bien. ¿Quién cree que envió a Amnistía Internacional a ese sitio?

—¿Usted? —preguntó Caleb.

—Una vez trasladé allí a un preso y fisgoneé un poco. Supongo que mi hermano me consideraba un tipo fiable. No se imaginan lo que vi y oí. Sí, los llamé. Howard se enteró más tarde. Aquello supuso el fin oficial de

nuestra relación fraternal y desde entonces no ha vuelto a invitarme a Blue Spruce.

—¡Llamemos al sitio por su nombre! ¿Vale? —exigió Annabelle con dureza—. ¡Dead Rock!

—Teniendo en cuenta todo esto, ¿cómo es que el Departamento de Justicia o la sección de Derechos Civiles no han abierto una investigación? —preguntó Harry—. ¿O, por lo menos, el departamento de correccionales de Virginia?

Caleb consultó sus notas.

—Al parecer, las administraciones estatales y federales actuales no tienen como prioridad los derechos de los reclusos. Se habló de una investigación a nivel estatal, pero quedó en agua de borrajas, y el Departamento de Justicia no tiene nada pendiente. Además, durante los últimos dos años, la cárcel ha estado más o menos cerrada a las visitas. Lo cual significa que los presos no pueden hacer oír su voz en el exterior. Básicamente no existen.

—O sea que Howard Tyree tiene su pequeño feudo personal y hace lo que le viene en gana. Venta de drogas incluida —masculló Reuben—. Y retención de hombres inocentes.

—Eso parece —convino Caleb.

—¿Qué me dices del pozo de la mina? —preguntó Annabelle.

—He encontrado algo de información al respecto —respondió Caleb mientras sacaba unas páginas que había impreso en la biblioteca—. Se practicó en paralelo al pozo en que los mineros quedaron atrapados. Leí un par de artículos de prensa sobre el tema y luego los cotejé con los documentos relativos a la construcción de la cárcel. De todos modos, no lo sé a ciencia cierta, ya que no van a colgar en internet los planos de una prisión de máxima seguridad. Pero me pareció que el pozo de rescate discurría hasta lo alto de esa cresta, que es donde quedaron atrapados los mineros. Cuando se produjo la explosión, se hundió el túnel en el que estaban esos pobres diablos, pero el túnel de rescate sobrevivió. Lo sé porque los otros mineros pudieron salir. La entrada de la mina quedó cerrada, pero no se dice nada sobre la entrada del pozo de rescate.

—Pero si se construye una prisión de máxima seguridad encima de una mina y se sabe que hay un pozo subterráneo, seguro que lo taponan.

—Taponar sí, pero quizá de una forma que permita destaponarlo —repuso Annabelle mientras se paseaba por la habitación, pensativa.

—Howard colaboró en el trazado de los planos de construcción, eso lo sé —dijo Tyree—. Sería propio de él permitirse cierta flexibilidad.

—Pero ¿por qué hacer tal cosa? —preguntó Alex—. Los presos podrían escapar por ahí.

Annabelle se giró para mirarlo.

—Por lo que Caleb nos ha contado de Blue Spruce, todos los presos están separados, llevan grilletes y los registran cuando tienen que ir al lavabo; hay casi tantos guardias como reclusos, sólo salen de la celda una hora al día, así que las posibilidades de fuga son prácticamente nulas. Pero ¿y si se dedican al tráfico de drogas y eso exige que algunos hombres salgan de la prisión habitualmente a las tantas de la noche?

—Pero si algunos guardias están implicados, ¿no podrían salir desde su propia casa? —objetó Caleb.

—Al parecer, Howard Tyree es un obseso del control. Seguro que quiere tener a todos sus hombres dominados.

—No le quepa duda —convino Tyree.

—Si estos envíos llegan periódicamente al juzgado y algunas cajas se desvían por el camino, ¿adónde cree que van a parar? —preguntó Alex.

—A la cárcel —respondió Tyree—. Es bastante fácil. Las cárceles reciben paquetes de comida, suministros, etc., todos los días. Y los archivos con registros del juzgado son una gran tapadera para enviar la droga. Las autoridades los dejan pasar sin ningún control.

—O sea que pegan el cambiazo en algún punto intermedio —concluyó Annabelle— y las cajas desviadas van a la prisión hasta que están preparadas para ser despachadas a través de los mineros adictos. Lo cual me lleva de nuevo a mi suposición: no sería inteligente que un puñado de guardias saliera por la puerta principal todas las noches con cajas de sustancias ilegales. Y tampoco van a coger cada noche el helicóptero, porque si no la gente empezaría a olerse algo raro.

—O sea que salen por la puerta de atrás —concluyó Harry.

—Exactamente —dijo Annabelle—. Y creo que esa puerta es el pozo de la mina.

Alex la miró con expresión incrédula.

—¿O sea que vamos a encontrar la entrada del pozo de esa mina, entrar como sea, aunque la hayan sellado, y luego salir de ella ilesos? ¿Y luego irrumpiremos de incógnito en una prisión de máxima seguridad vigilada por guardias armados hasta los dientes y que, encima, son narcotraficantes?

—Pues a mí me parece un buen plan —dijo Reuben con impaciencia.

—Y a mí, un suicidio —replicó Alex.

—En realidad —dijo Annabelle—, los dos estáis equivocados.

OceanofPDF.com

76

—Juro que aunque sea lo último que haga, mataré a Macklin Hayes — murmuró Knox a Stone. Los dos estaban otra vez en su celda y ya habían transcurrido varias horas desde que Hayes se presentara a poner el clavo definitivo en su ataúd.

—Pero eso es ilegal. Y habría gente que te perseguiría y acabarían encerrándote —dijo Stone, mientras atisbaba por la rendija llamada «ventana» en la prisión. Daba al aparcamiento delantero, pero era difícil ver más allá debido a la opacidad de la protección de la ventana.

—Sí, soy consciente de lo irónico de la situación, créeme, pero aun así pienso hacerlo.

—Si conseguimos salir de aquí.

—Sí, también soy consciente de la imposibilidad de ello en estos momentos.

—Creo que quizá te equivoques.

Knox se incorporó.

—¿En serio?

—No te emociones. Es por una razón mala, no buena.

—¿A qué te refieres?

—¿No has advertido que desde la marcha de Hayes no se han molestado en darnos de comer ni en sacarnos de la celda?

—Sí, mi estómago me lo recuerda con insistencia. ¿Y qué?

—Pues que se avecina el fin de nuestra estancia aquí.

—Ya. No quieren desperdiciar comida con dos cadáveres. Qué impropio de nuestro cortés alcaide.

—Ya no tienen motivo para mantenernos aquí. Siempre cabe la posibilidad de que aparezca alguien y registre el centro. ¿Para qué arriesgarse?

—¿Adónde crees que nos llevarán?

—Sé que por aquí hay minas abandonadas. Nos soltarán en un viejo pozo y sellarán la entrada. La gente de por aquí está acostumbrada a que haya cadáveres en el interior de las montañas. De hecho, de ahí le viene el nombre a este sitio.

Stone presionó un lado de la cara contra la pared, intentando encajar el ojo entre los extremos de la ranura para atisbar el exterior. Reconoció la silueta de las montañas a lo lejos. Podrían haber estado perfectamente en Marte. Lo único que los separaba de la libertad era un metro de hormigón, cien metros de espacio abierto, alambre de púas y un batallón de tiradores con el dedo flojo en el gatillo.

«No tenemos escapatoria», pensó.

—Cuando te metes en esta profesión sabes que cualquier día te puede llegar la hora —dijo Knox—. Y lo asumes. Pero sigues adelante porque es tu trabajo, un trabajo que juraste llevar a cabo lo mejor posible. Servir al país hasta el final.

—O hasta que tu país te la juega —corrigió Stone.

—Cuando me encomendaron que te encontrara, no tenía ni idea de dónde me metía. Sabía que eras un tipo peligroso, pero imaginé que te habías corrompido, como les pasa a algunos. Pero cuanto más averiguaba... Bueno, no hay nadie que se merezca más que tú una disculpa por parte de su país.

—Qué curioso, yo estaba pensando lo mismo de ti, Knox.

—Mis amigos me llaman Joe, Oliver.

Stone se volvió para mirarlo. Knox le tendió la mano.

Stone la aceptó y ambos se la estrecharon con brevedad pero de corazón.

—¿Cuándo crees que vendrán a por nosotros?

—Esta noche. —Stone miró otra vez por la rendija—. Y, por lo poco que veo, diría que faltan unas seis horas...

Se interrumpió y volvió a intentar encajar el ojo en la ranura. Un grupo de personas bajaban de un coche y se dirigían a la entrada de la cárcel. Un hombre alto y con mucho pelo destacaba de entre los demás. «No puede ser otro», se dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Knox—. ¿Qué ves?

Stone se giró para mirarlo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Veo esperanza Joe. Esperanza.

OceanofPDF.com

—Señor, creo que debería bajar —dijo el guardia por teléfono.

—¿Qué pasa? —vociferó el alcaide, sentado tras su gran escritorio, desde el que disfrutaba de una vista panorámica de su pequeño reino—. Estoy ocupado.

El guardia se dirigió al grupo que tenía delante.

—Ha dicho que está ocupado.

Alex Ford le arrancó el auricular de la mano.

—Soy Alex Ford, del Servicio Secreto. Estoy aquí con un grupo de operaciones especiales y tenemos unas preguntas para usted, alcaide. Si no vemos aparecer su careto en un minuto, la siguiente persona con que hablará será un fiscal federal, que le leerá los cargos en su puta cara.

A Tyree casi le dio un síncope.

—No sé de qué...

—¡Baje aquí ahora mismo!

Al cabo de exactamente un minuto, Tyree apareció todo envarado en la recepción.

Alex le mostró sus credenciales.

—Soy Alex Ford. —Señaló a los demás. Reuben, Caleb y Harry Finn llevaban cortavientos azules del FBI. Annabelle iba enfundada en una chaqueta de la DEA—: Y ellos los agentes Hunter, Kelso, Wright y Tasker.

—¿De qué coño va todo esto? —preguntó Tyree, de repente envalentonado.

Alex lo miró con desdén.

—¿De verdad quiere que esto ocurra en público? ¿No preferiría un poco de intimidad, o es que todo hijo de vecino está metido en esto?

—¿Metido en qué? —preguntó Tyree, impostando indignación.

—Tyree, no puede ser tan imbécil. Tengo un detallado informe sobre usted donde pone que es un tipo bastante listo.

Tyree lanzó una mirada a sus hombres, que parecían muy nerviosos, e indicó con un gesto a Alex y los demás que fueran a una pequeña sala contigua.

Alex entró el último y cerró la puerta.

—Bien empecemos —dijo Ford—. Su pequeña red de narcotráfico se está desmontando.

—¿Qué red?

Alex miró a Annabelle.

—¿Agente Hunter?

Ella se acercó a Tyree y pareció agigantarse a su lado.

—Creía que eras un tío más cachas. Pocas veces vemos a renacuajos como tú al mando de un chanchullo de tal envergadura.

—Soy el alcaide de esta prisión. Le agradecería que me tratara con...

—¡Qué te den, Howie! Tienes suerte de que no te meta las esposas por ese culo raquíptico ahora mismo. Hemos localizado los envíos procedentes del sur, tanto la oxi genuina como las pastillas adulteradas. Se envían a la dirección del juzgado, una buena tapadera. Ahí entraba en escena el viejo y buen juez, que por cierto se ha dado a la fuga. Cuando encontremos a ese pobre mamón, rogaré ser testigo de cargo a cambio de una piruleta. Y ya puedes irte despidiendo de tu buena vida, salvo que lo hayas matado. Igual que hiciste con Shirley y Willie Coombs. Y con Debby Randolph y tu chupatintas Rory Peterson. ¿Cuánto se embolsó antes de que le pararas los pies?

—¡Está loca!

—Esto no es más que el calentamiento. Cuando te lean la acusación formal de un gran jurado verás lo loca que puedo llegar a estar. Ah, ¿por dónde iba? Oh, luego parte del envío se desvía por el camino y llega aquí. A lo mejor en los viajecitos en helicóptero en que transportáis «reclusos». Después el material sale del extremo de la finca de Riker. Y la caravana de mineros aparece y lo recoge a las tantas de la noche y lo hace circular con el pretexto de que esos pobres drogadictos van a recibir la dosis de metadona. Y el dinero sigue lloviéndote encima. —Miró a Caleb—. ¿Agente Kelso?

Caleb dio un paso adelante y tomó la palabra.

—Y a continuación el fondo de inversión del pueblo se utiliza para blanquear los beneficios de la droga. Ése era el papel de Rory Peterson. Llevaba una falsa contabilidad y repartía cheques entre las buenas gentes de Divine, mientras tú y tus compinches os quedabais con el grueso del botín. Lo que los habitantes de Divine pensaban que eran liquidaciones de jugadas brillantes en Bolsa, era en realidad dinero procedente del narcotráfico. La investigación demostrará que todos vosotros estáis involucrados en esos negocios sucios. Luego el capital blanqueado se pasa a cuentas en el extranjero. Peterson fue eliminado porque se embolsaba dinero bajo cuerda. Josh Coombs fue asesinado porque se enteró del chanchullo. Y mataste a Shirley porque, después de matar a su hijo, supusiste que podría volverse contra ti.

—¿Por qué demonios iba a matar a su hijo?

Annabelle no vaciló, porque Tyree les había contado lo averiguado por Stone.

—Porque era el novio de Debby. Ella vio a quien mató a Peterson porque estaba trabajando en la panadería enfrente de su oficina. Tus matones mataron a Peterson y Debby e hicieron que lo de ella pareciera un suicidio. Pero Willie nunca lo creyó. Probablemente temías que Debby le hubiera contado algo sobre lo que había visto antes de que la mataran. Intentaste ir a por él en una ocasión pero no te salió bien.

Tyree se desplomó en una silla.

Annabelle contó con los dedos.

—O sea que tenemos por lo menos media docena de homicidios, además de cargos por tráfico de drogas. Y encima tenemos motivos para creer que retienes aquí a dos agentes federales contra su voluntad.

—¿Qué? —espetó Tyree.

—Ah, sí, se me olvidaba contarte esa parte. ¿Dónde están? Joe Knox y John Carr. —Annabelle lo miró fijamente.

Aquel hombre era un genio del disimulo, pero lo traicionó un ligero parpadeo y un sutil temblor de los dedos.

—Esta acusación es ridícula. No tenéis pruebas.

—No te preocupes. Registraremos este lugar y encontraremos a nuestros agentes. Y el resto del rompecabezas está empezando a encajar con facilidad. Y cuando pillemos al juez, tendremos al testigo clave contra ti.

—No podéis registrar este centro sin una orden judicial.

—Oh, la tendremos. Mañana al amanecer. De momento, por si se te ocurren malas ideas, hemos puesto controles de carreteras. Así que no podrás sacarlos de aquí en la furgoneta de la lavandería, por así decirlo. Y deja el helicóptero en tierra. Tenemos a dos de los nuestros, por supuesto armados, esperando alzar el vuelo en cuanto el tuyo se eleve.

Annabelle se inclinó hacia la cara sudorosa del alcaide.

—Por cierto, ya conocíamos tu fama de cabrón extraordinario en el trato dispensado a todos los reclusos que han cruzado estas puertas. Te gusta hacer sufrir al personal, ¿eh? Pues en cuanto te condenen, recomendaremos a tus celadores que te mezclen con la población reclusa general. Así el Estado se ahorrará el coste de una ejecución. Me entiendes, ¿verdad?

—¡Esto es intolerable! —chilló Tyree, e hizo ademán de ir a abofetear a Annabelle, pero Reuben le retuvo el brazo con su manaza.

—No te lo aconsejo —dijo el grandullón—. Les darías pie para que te disparen a mansalva.

Tyree miró alrededor y vio a Harry y Alex apuntándole con sendas pistolas a la cabeza.

—Nos veremos mañana a primera hora, Howie —concluyó Annabelle—. Ah, y yo en tu lugar iría poniendo en orden mis asuntos.

78

—Ya vienen —dijo Stone.

Ambos se levantaron y se apoyaron en la pared mientras las botas resonaban por el pasillo.

—Espero que no te hayas equivocado con lo que has visto —dijo Knox, nervioso.

—¡A la ranura de las esposas! —aulló una voz.

Stone obedeció, pero Knox le detuvo.

—Déjame a mí. Suelen dar una paliza al primero. Supongo que luego se quedan agotados.

—Joe, no tienes por qué...

—¿Quieres ser tú el único que se divierte?

Knox retrocedió hasta la puerta y pasó las manos por la ranura. Alguien se las cogió y tiró con fuerza, lo cual hizo que se golpeará la cabeza contra la puerta.

Mientras zarandeaba las manos para ahuyentar el dolor, dijo:

—Tendréis que esforzaros más, cabrones de mierda.

Por culpa de ese comentario recibió otro tirón, pero se había pegado a la puerta de forma que no sufrió prácticamente ningún daño. Knox sonrió ante aquella pequeña victoria, aunque la cabeza le dolía cada vez más.

En esta ocasión, los dos guardias no se molestaron en registrarlos y tampoco les pusieron grilletes. El guardia al mando era George. Así pues,

Manson seguía en la enfermería.

«O muerto, con un poco de suerte», pensó Stone.

—¿Dónde están vuestros uniformes? —preguntó Stone a George.

—¿Cambiáis de profesión? —añadió Knox—. No sé si esta pinta le pega a los narcotraficantes.

—¡Cerrad el pico! —vociferó el hombre.

Los empujaron hacia unas escaleras y recorrieron pasillos que conducían a un pasadizo que bajaba serpenteando, hasta que Stone detectó un olor acre a tierra húmeda y roca fangosa.

Vieron una luz en lo alto. Al acercarse, distinguieron al hombre.

Howard Tyree iba todo vestido de negro y no se le veía tan engreído como de costumbre.

Stone bajó la mirada hacia él.

—Veo que la visita de hoy ha determinado ciertos cambios.

—¿Cómo sabes...? —empezó Tyree antes de que Knox lo cortara.

—Hace un año que Macklin Hayes está siendo sometido a una investigación interna por ser un cabrón perturbado. Le siguen. Él los condujo directamente hasta nosotros. Y hasta ti, imbécil.

—¡Mierda! —espetó Tyree.

—Así que ya puedes ir rindiéndote, alcaide. Se acabó —dijo Stone.

Tyree sonrió con expresión peligrosa.

—Serán federales, pero no son de aquí. No conocen nuestras costumbres ni nuestro territorio. —Dio a Stone un empujón en la espalda—. ¡Mueve el culo!

Echaron a andar. La pendiente se hacía más pronunciada a cada paso. Las paredes estaban recubiertas de moho y prevalecía un intenso olor a humedad. Al final llegaron a una pesada puerta de acero. George le quitó el cerrojo. Entraron en otro pasadizo y llegaron a otra puerta imponente. No estaba cerrada con llave y entraron en lo que parecía el pozo de una mina. Dijeron a Stone y Knox que esperaran mientras el otro hombre desaparecía por un pasillo lateral.

Stone examinó el largo túnel, los puntales de refuerzo, las vigas y la malla de grueso alambre que sujetaba la roca del techo. Le recordó al sitio

de las serpientes. Y esa noche también estaba acompañado por serpientes, pero de la especie humana. Techo bajo, tierra y roca, vigas colosales que contenían la montaña junto con el peso mastodóntico de la prisión. La combinación resultaba claustrofóbica. Stone no sabía qué era peor, si la celda o la mina.

«Tal vez, en cierto modo, sean lo mismo».

Dejó de filosofar al ver que el guardia regresaba empujando a otra persona.

—¡Abby!

Cuando ella se acercó más, la ira de Stone se disparó. Bajo los haces de las linternas de Tyree y los guardias, la paliza que había recibido se reflejó claramente en su rostro.

Stone se abalanzó sobre Tyree, pero, con las manos a la espalda, enseguida lo redujeron.

—Te mataré —siseó al alcaide.

—Yo lo veo justo a la inversa —repuso con toda tranquilidad.

Siguieron caminando, Abby a su lado, mientras Knox les dedicaba miradas de curiosidad.

—Abby, ¿qué ha pasado? —le susurró Stone.

—Fueron a casa y me apresaron. Es posible que mataran al hombre que Tyree asignó para que me protegiera, no lo sé seguro.

—¿Por qué les interesas?

—Por algo relacionado con Danny.

—¿O sea que está metido en esto?

Un sollozo escapó de los labios de Abby, que se limitó a asentir sin decir nada.

Stone iba a decir algo más, pero recibió un golpe de porra en la espalda.

—Se acabó la cháchara —espetó el alcaide.

Stone perdió la noción del tiempo. Minutos u horas se confundían en la negrura de aquellas entrañas de roca. No se imaginaba pasarse la vida allí a cuatro patas excavando la roca. Cavando su propia tumba.

De repente, sus captores hicieron un alto y les ordenaron que no se movieran. Los dos guardias se adelantaron corriendo y al poco Stone oyó

estrépito, objetos voluminosos arrastrados de un lugar a otro y los gruñidos y juramentos de los guardias, que trajinaban deprisa.

De repente, la oscuridad reinante más adelante empezó a clarear.

Tyree los empujó hacia delante. Stone y Knox intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos sabía qué sucedería. Stone se mantuvo lo más cerca posible de Abby. Si era necesario, la protegería con su propio cuerpo. Forcejeó con las esposas intentando zafar una mano. Probablemente sólo les quedaran unos segundos de vida.

Se agacharon y salieron a una noche iluminada por la luna. Libres al fin de Dead Rock, salvo por las esposas y sus captores, y por el hecho de que sus vidas estaban a punto de acabar. A Stone le costaba creer que lo que muchos hombres poderosos habían intentado en vano —matarlo— fuera a conseguirlo un alcaide rechoncho de un pueblo de mala muerte. No obstante, cuando lanzó una mirada a Abby, le dolió mucho más por ella. Lo cierto era que él hacía tiempo que debería estar muerto. Había hecho cosas por las que merecía morir. Pero Abby no. Su vida no tenía que acabar así. Y se juró que haría todo lo posible por evitar que aquella mujer muriera de forma violenta en aquel maldito lugar.

Stone miró alrededor. Daba la impresión de que estaban en medio de un bosque en la montaña, pero cuando la vista se le acostumbró a la oscuridad, distinguió un ancho sendero entre los matorrales crecidos allí arriba desde que aquellos mineros murieran aplastados.

Tyree sujetó a Stone por el brazo y lo lanzó hacia delante. Tropezó con una piedra y cayó al suelo. Logró ponerse de rodillas y miró al alcaide.

No podrás escapar. Este lugar está bajo control absoluto.

—Hay formas de salir de aquí que sólo yo conozco. ¿Crees que no había previsto que podía pasar algo así?

Knox miró a los dos guardias.

—¿Piensas dejar a los demás implicados a expensas de los federales?

—¿A ti qué te importa? Tú estarás muerto —repuso Tyree con desprecio.

—¿Me creerías si te digo que no saldrás impune de ésta? —dijo Stone.

—Pues no.

—¿Y si lo digo yo?

Tyree y los demás se dieron la vuelta y vieron a Alex Ford apareciendo entre los árboles, apuntando con su pistola al alcaide. Los guardias intentaron desenfundar sus armas, pero un disparo de advertencia los dejó paralizados.

Harry Finn, de cuya arma se alzaba una voluta de humo, avanzó unos pasos mientras Reuben apuntaba a todos con una escopeta. Annabelle y Caleb salieron de la arboleda y flanquearon a Reuben.

De repente, Tyree agarró a Abby y le encañonó la cabeza con su arma.

—Largaos de aquí o me cargo a esta mujer.

—Suelta la pistola, Howard.

Tyree se sobresaltó al oír aquella nueva voz y miró en todas direcciones. Entonces Lincoln Tyree salió de entre los árboles.

—Suéltala, Howard.

El rostro rechoncho del alcaide esbozó una sonrisa.

—Ya sabes que nunca se te dio bien mangonear a tu hermano mayor. ¿Por qué no dejas de jugar al poli bueno y vuelves a tu pueblecito para fingir que sabes lo que te haces?

—Sé lo que me hago, hermano mayor. Te arresto por tantos cargos que acabarás en Dead Rock, pero no como alcaide.

Tyree apretó la pistola contra el cuello de Abby, haciéndola gritar de dolor.

—Tal vez no me has entendido. Si no te largas, esta mujer va a morir.

—Suelta el arma —repitió el sheriff—. Matarla no te servirá de nada. Se acabó.

—¿De nada? Te diré de qué me servirá: para darme una gran satisfacción.

—Es vuestra última oportunidad —intervino Alex—. Los tres, soltad las armas ahora mismo.

—¡Vete al infierno! —gritó Tyree, y se dispuso a apretar el gatillo.

Pero Stone se abalanzó súbitamente sobre él y lo derribó; la pistola voló por los aires.

—¡Corre, Abby! —gritó Stone mientras se levantaba a duras penas.

Tyree dejó de rodar y se incorporó, por desgracia, justo al lado de su pistola. La recogió rápidamente y apuntó a la cabeza de Stone.

De pronto, resonó un disparo que alcanzó a Tyree en la frente. Durante un par de segundos, dio la impresión de que el alcaide no se daba cuenta de que lo habían matado. Acto seguido, cayó de espaldas con la vista clavada en el cielo; las torres de vigilancia de Dead Rock resultaban visibles a lo lejos, aunque él ya no podía verlas.

—¿Quién ha disparado? —gritó Alex.

Nadie tuvo tiempo de responder, porque un hombre salió del túnel y abrió fuego. Empuñaba una metralleta MP5 que provocó una línea de fuego compacto en toda la arboleda. Stone se encontraba en una posición que le había permitido anticipar todo lo que ocurriría. Un instante antes de la ráfaga de disparos, se había levantado y había arrastrado a Abby a resguardarse.

Alex, Reuben y los demás se lanzaron al suelo mientras las balas zumbaban por encima de sus cabezas. Las hojas y cortezas desgarradas llovían sobre ellos como copos de nieve.

El sheriff Tyree fue alcanzado en una pierna y profirió un grito. Cayó pesadamente al suelo agarrándose el muslo.

Stone echó un vistazo a la abertura del pozo. Era Manson, que ahora llevaba un collarín y un parche en el ojo, intentando cargárselos a todos.

«Joder, tenía que haber matado a ese bastardo cuando tuve la oportunidad», se dijo Stone.

Knox se había arrojado detrás de una gran roca, mientras George y el otro guardia habían echado a correr hacia el bosque. Este último no llegó muy lejos: una de las balas errantes de Manson le dio de lleno en la espalda y cayó de bruces en un charco de sangre.

Stone se levantó y corrió con todas sus fuerzas. Hizo un placaje a George y ambos cayeron con dureza. Stone seguía esposado, por lo que no podía golpearle con los puños. Optó por otro método también eficaz: un cabezazo en plena cara y el guardia cayó inerte. Stone se dio la vuelta y, con las manos esposadas, rasgó la cartuchera que George llevaba en el cinturón. Cogió la llave con los dedos. Palpó la cerradura y abrió las esposas.

Empuñó la pistola de George, pero el arma había ido a parar encima de una piedra y el gatillo se había desprendido.

—¡Mierda!

Al cabo de un instante, Stone se agachó cuando las balas de la MP5 rugieron por encima de su cabeza y Abby gritó.

—¡Abby! —Stone se deslizó como una serpiente entre la tierra y las rocas, la ropa se le rasgaba y la piel se le pelaba mientras se acercaba a ella desesperadamente. Había realizado esa misma maniobra cientos de veces en las junglas del Sureste Asiático, pero nunca por un motivo más importante que aquél.

Knox, también boca abajo, se había arrastrado hasta el cadáver del alcaide. Le arrancó la pistola y se deslizó hacia donde Stone se dirigía.

Manson estaba a unos tres metros de Abby. Hizo una pausa para recargar la metralleta. Alex, Harry y Tyree abrieron fuego, pero Manson se había puesto a cubierto detrás de un gran afloramiento rocoso. Cuando volviera a aparecer con el cargador recién puesto, su potencia de fuego les arrollaría por la cercanía. Y Abby sería la primera en morir.

—¡Oliver!

Stone alzó la mirada al oír el grito de Knox.

Con las esposas todavía puestas, Knox sujetaba la pistola con los pies y Stone asintió. Utilizando los pies como catapulta, Knox la lanzó y Stone la pilló al vuelo. Tenía apenas unos segundos.

—¡Quédate agachada, Abby! —advirtió.

Ella se pegó a la tierra desesperadamente, intentando pasar lo más desapercibida posible.

Al cabo de un segundo, apareció Manson buscando un blanco con la MP5. Encontró a Abby a escasos metros de él. Alex y los demás no tenían línea de tiro debido a las rocas que se interponían entre el guardia y ellos.

Stone tampoco tenía línea de tiro desde donde estaba. La primera regla del francotirador es que cualquier movimiento no intencionado de arma o tirador hace fallar el disparo. Con mano firme, habiendo exhalado, con el corazón martilleando y el arma apoyada en una superficie estable, así es como se mata. Y, en gran medida, Stone había seguido estas normas en la

carrera que le había llevado a convertirse en el mejor ejecutor gubernamental que Estados Unidos había tenido jamás.

En gran medida, pero no siempre. Porque a veces lo que parecía bien sobre el papel se iba al garete sobre el terreno. Cuando eso ocurría, los que sólo eran competentes fracasaban nueve de cada diez veces.

Los buenos reducían la proporción al cincuenta por ciento.

Los muy buenos improvisaban e incrementaban el porcentaje de éxito en veinte puntos.

Y luego estaba John Carr.

John Carr, que había resucitado de entre los muertos por lo menos una vez más para salvar a una mujer buena que no se merecía morir a manos de un maníaco.

Stone dio un salto con la pistola colocada en un ángulo forzado pero aun así haciendo puntería. El índice de Manson empezó a apretar el gatillo.

Stone disparó. Joe Knox afirmaría posteriormente que había visto que la dichosa bala rodeaba la roca para dar en el blanco. Nadie se lo discutió.

Manson llegó a apretar el gatillo y la MP5 rugió, pero la andanada fue a parar al cielo, porque Manson tenía un boquete en pleno pecho. Las arterias destrozadas lanzaron sangre por los aires y, durante unos horripilantes momentos, una lluvia roja cayó sobre el difunto Manson. A continuación se desplomó en el suelo, con el ojo abierto pero carente de visión.

Stone corrió hacia Abby y la ayudó a incorporarse. Tenía cicatrices y moratones, pero estaba bien.

Alex y Harry Finn estaban haciéndole un torniquete a Tyree en la pierna con un palo y un trozo de la chaqueta de Finn. El alto sheriff se incorporó con una mueca de dolor.

Stone y Abby se acercaron a él y ella se arrodilló a su lado para cogerle la mano.

—Tyree, ¿estás bien?

El se esforzó en disimular el dolor.

—Joder, yo no me altero por tan poco.

Un grito hizo que todos se volvieran hacia el bosque.

Caleb les hacía señas.

—¡Daos prisa, venid!

Lo siguieron, Stone y Reuben los primeros. Avanzaron con dificultad entre los matorrales y las vides.

Cuando Stone vio lo que Caleb señalaba, se estremeció. Corrió hasta el cuerpo caído.

—¡Danny! ¿Danny?

Danny Riker yacía boca arriba al lado de un rifle de caza, junto a unos matorrales. Stone no miraba el arma, sino la enorme mancha roja de su pecho.

Danny enfocó la mirada en él y esbozó una leve sonrisa.

—Creo que no me agaché a tiempo —dijo con un hilo de voz.

Stone miró por encima del hombro hacia donde yacía Manson. La primera ráfaga de la MP5 había ido a parar allí. Luego contó por lo menos tres orificios de bala en la camisa del muchacho, situados en puntos que Stone sabía que no permitían la supervivencia, ni siquiera pudiendo trasladarlo a un hospital en cuestión de minutos, lo cual era imposible. Había resucitado a Willie Coombs de entre los muertos utilizando la corriente de una batería. En el caso de Danny Riker no habría milagro.

Reuben se agachó al lado de su amigo y recogió el rifle.

—Ha sido él quien se ha cargado al alcaide —dijo.

—Así es —confirmó Danny con voz queda—. Él mató a Willie. Yo le había advertido lo que le pasaría si lo hacía. —Sus facciones endurecidas se suavizaron—. Cuidarás de mi madre, ¿verdad, Ben?

Stone notó más que oyó la presencia que tenía detrás. Se levantó y miró a Abby, que sólo tenía ojos para su hijo.

—Lo siento, Abby —dijo Stone—. Lo siento mucho.

A Danny le salía sangre por la boca.

—Mamá...

Ella se dejó caer de rodillas a su lado y le tomó la mano. Los sollozos brotaron de su interior con tanto dolor y desesperación que los demás, que habían rodeado con expresión sombría a madre e hijo, notaron cómo se les empañaban los ojos. Las facciones de Abby eran como las de una niña que huye de un monstruo en una pesadilla. Sin embargo, se serenó de repente, tal vez intuyendo que su hijo necesitaba de su entereza, que la visión de una madre abatida e histérica no debía marcar los últimos instantes de su hijo en la tierra.

—Lo lamento, mamá. Todo.

Stone cogió la otra mano del joven. Y notó cómo iba enfriándose.

—Te quiero, Danny —dijo ella—. Te he querido más que a nadie en el mundo.

—No tenía que haberme metido en eso de las drogas. Pero no quería trabajar en las minas. Y tampoco quería usar el dinero de la indemnización.

¿Me entiendes?

—Te entiendo, cielo. —Los dos estaban hechos un mar de lágrimas.

—Yo no maté a nadie. Sólo al cabrón del alcaide. —Sus pupilas empezaban a desenfocarse, dando paso al fondo blanco de los ojos, como Stone había visto en muchos hombres justo antes de morir.

—Te quiero, Danny.

Él miró hacia Stone. Habló con una voz tan débil que Stone tuvo que inclinarse para oírle.

—Willie y yo. En los campeonatos estatales... El tío pillaba todo lo que le lanzaba. Teníamos que haber jugado juntos en la Tech, ¿sabes?

—Ambos erais los mejores, Danny —dijo Stone, apretándole la mano fría—. Los mejores.

—Soñábamos con California, tío. —Se volvió hacia su madre—. Soñábamos con California...

Los ojos se le quedaron inertes, y los dedos con que sujetaba a su madre se desprendieron. Abby se inclinó y besó a su hijo antes de rodearlo con los brazos. Y se quedó allí abrazándolo.

Abrazándolo.

OceanofPDF.com

Los miembros del Camel Club estaban sentados en el Rita's. El local no estaba abierto al público, pero Abby había insistido en que lo utilizaran, igual que su casa, durante el tiempo necesario. El sheriff Tyree se recuperaría totalmente. Había llamado a la policía estatal de Virginia, que se ocupó de desenmarañar el enrevesado caso con epicentro en Divine. Como se había producido tráfico de drogas entre estados, los federales también intervinieron. Knox y Alex fueron citados por sus superiores. Stone, Annabelle, Caleb, Reuben y Harry se mantuvieron al margen de los interrogatorios. Habían detenido a los guardias de la prisión, recogido los cadáveres y recabado pruebas. Al juez Mosley lo habían interceptado en un pequeño aeropuerto de Virginia Occidental cuando pretendía embarcar en un vuelo regional con destino al aeropuerto internacional de Dulles, con un itinerario de viaje que incluía varios países que carecían de acuerdo de extradición con Estados Unidos.

Stone y los demás observaban la calle desde los ventanales del Rita's. Junto con los coches de policía y los sedanes negros que recorrían el pueblo una y otra vez, observaron a varios ciudadanos de Divine caminando en estado de shock, algunos portando cheques correspondientes a dividendos que habían resultado ser sórdidos beneficios del narcotráfico.

El cuerpo de Danny había sido trasladado al depósito de cadáveres de Roanoke junto con el de Howard Tyree. Durante el traslado del cadáver del

muchacho al coche que Howard Tyree y sus hombres tenían cerca de la entrada al pozo de la mina, Abby no había soltado la mano de su hijo. Sólo se la soltó cuando la policía lo hubo introducido en una bolsa negra y cerrado la cremallera. E incluso entonces caminó por la carretera detrás del lento vehículo del forense.

Cuando todos hubieron comido y tomado café, Stone se levantó en medio del pequeño círculo de los mejores y quizás únicos amigos que tenía en el mundo.

—Quiero daros las gracias por lo que hicisteis —empezó, mirándolos uno por uno.

Reuben le dio la réplica.

—Oliver, no nos vengas con cursilerías. Tú habrías hecho lo mismo por nosotros.

—Ya has hecho lo mismo por cada uno de nosotros —puntualizó Annabelle.

Stone negó con la cabeza.

—Sé los muchos riesgos que habéis corrido. Sé lo que os habéis sacrificado por venir aquí. —Fijó la mirada en Alex Ford—: Sé lo difícil que ha sido para ti, Alex, aun a despecho de todos tus impulsos como agente del Servicio Secreto. Y te lo agradezco más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

Alex sólo fue capaz de mantener la emocionada mirada de Stone unos instantes. Luego se puso a mirarse los zapatos.

La puerta se abrió y todos se volvieron.

Abby se había cambiado de ropa y lavado la cara, aunque la marca de las lágrimas vertidas por la muerte de Danny parecía perdurar. Al parecer, ningún jabón era capaz de borrarla. Cuando Stone se levantó y se acercó a ella, los demás se dispusieron a salir a la calle.

Abby y Stone se sentaron a una mesa del fondo. Él le tendió unas servilletas de papel, pero ella meneó la cabeza.

—Ya no me quedan lágrimas, Oliver. Se me han acabado.

—Por si acaso. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Te refieres a después de enterrar a mi hijo? No me he planteado nada más allá.

—Nos salvó, Abby. De no ser por él, tú y yo estaríamos muertos. Fue un muchacho valiente que intentó hacer lo correcto. Así es como tienes que recordarle.

—Ya te dije que perdí a mi marido. Danny era todo lo que me quedaba. Ahora también me he quedado sin él.

—Sé que es duro, Abby. Es lo más duro que te pasará en la vida.

—Perdiste a tu mujer, pero sigues teniendo a tu hija.

—¿Qué? —dijo Stone, asombrado.

—¿Esa mujer no es tu hija? Ella lo dijo.

—Oh. —Stone se sintió abochornado—. Fue una tapadera, me temo. Mi hija... —vaciló— mi hija murió, como te dije.

—¿Cómo?

—Abby, no hace falta que...

—Por favor, cuéntamelo. Quiero saberlo.

Stone alzó la vista lentamente y vio que ella lo miraba con expresión de súplica.

—Le dispararon delante de mis narices siendo ya adulta. Y lo más terrible es que ni siquiera sabía que yo era su padre. La última vez que la había visto tenía dos años. La reencontré al cabo de mucho tiempo y luego la perdí. Para siempre.

Abby le cogió la mano.

—Lo siento... Oliver.

—Pero se sobrevive, Abby. Nunca lo superas, pero puedes seguir viviendo. Porque no te queda más remedio.

—Tengo miedo. Estoy sola y tengo miedo.

Él le agarró la mano.

—No estás sola.

Ella rio tristemente.

—¿A quién tengo? ¿A Tyree? ¿Al maravilloso pueblo de Divine?

—A mí.

Abby se reclinó en el asiento y lo miró.

—¿A ti? ¿De qué manera?

—Ahora estoy aquí.

—Pero ¿cuánto tiempo más?

Stone vaciló. No podía mentirle.

—Tengo que marcharme.

—Sí, claro, por supuesto. Lo entiendo —dijo ella impostando indiferencia.

—Debo ocuparme de ciertos asuntos. Deshacer algunos entuertos, ya sabes.

—Ya.

—Abby, lo digo en serio. Puedes contar conmigo. Aunque no esté físicamente presente.

Él la miró fijamente y le transmitió su súplica.

—Me gustaría creerlo.

—Créelo.

—¿Cuándo tienes que marcharte?

—Pronto. Más temprano que tarde.

—¿Estás seguro de que te irán bien las cosas?

—No hay garantías, tampoco voy a mentirte.

—¿Podrías meterte en líos?

—Pues sí.

—¿Y acabar en la cárcel?

—Es posible —reconoció Stone.

Un sollozo mudo escapó de Abby, que apoyó la cabeza en la mano de él.

—¿Me prometes una cosa, Oliver?

—Lo intentaré.

—Si no puedes volver, promete que no me olvidarás.

—Abby...

Ella se incorporó y le puso una mano en los labios.

—Prométeme que nunca me olvidarás.

—Nunca te olvidaré —afirmó Stone con sinceridad.

Ella se inclinó sobre la mesa y le dio un beso en la mejilla.

—Porque yo nunca te olvidaré.

Joe Knox entró al cabo de unos minutos. Stone lo miró.

—¿Preparado? —preguntó a Stone—. Tenemos que zanzar este asunto.

—Estoy preparado.

OceanofPDF.com

81

La puerta de la majestuosa casa de piedra rojiza de Macklin Hayes en Georgetown se abrió con tal ímpetu que golpeó la dura pared y dejó una marca en el yeso.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó Hayes medio incorporándose de la silla, y el libro que sostenía se le cayó al suelo. Cuando vio de quién se trataba, volvió a sentarse, atónito.

—Eh, señor, ¿qué tal? —dijo Knox al entrar.

—¿Cómo es que los guardias te han dejado pasar?

—Oh, eso. Uno de ellos es un colega. Les he dicho que sería cuestión de unos minutos. Así que se han ido a tomar un café al bar que hay más abajo.

Hayes sintió crecer el pánico.

—Knox, deja que te explique...

Cuando vio que Stone entraba en la sala se le cortó la respiración, pero al ver que iba esposado, volvió a respirar.

—Mack —dijo Stone—. Bonita casa la suya. Mucho más bonita que en la que estábamos Joe y yo.

Hayes apartó la vista de Stone.

—Le tienes, Knox, felicidades. Ahora obtendrás el ascenso que querías, más cualquier otra cosa que esté en mi mano. ¡Lo que quieras!

—Gracias, señor.

Animado por esas palabras, Hayes se levantó y rodeó con su brazo huesudo los hombros fornidos de Knox, para llevárselo aparte.

—De todos modos, no tenías que haberlo traído aquí. Y menos haber hecho marchar a mis guardias. Es un hombre peligroso, con esposas o sin ellas.

—Lo cierto es que no podía llevarlo a otro sitio. Y después de que usted me dejara tirado en aquella mazmorra, pues bueno, no es que tuviéramos muchas opciones cuando conseguimos escapar.

—He oído algo sobre lo sucedido en la prisión, nada en concreto. Entonces... ¿os escapasteis? ¿La policía os busca? —preguntó nervioso.

—Yo diría que sí. Más que nada porque matamos a cinco o seis guardias al salir. —Se volvió hacia Stone—. ¿Fueron seis?

—Ocho —respondió Stone, impertérrito—. Me cargué a dos más mientras tú estrangulabas al alcaide.

Knox volvió a dirigirse a Hayes.

—Vale, pues fueron ocho. Mal asunto. No estuvimos allí mucho tiempo, pero es que ese sitio vuelve loco a cualquiera. Te desquicia. Habría sido capaz de matar a mi propia madre.

Hayes retiró el brazo y resultó obvio que le temblaban las manos.

Cuando habló, la voz también le tembló.

—Escucha, Knox, sé que lo que pasó fue poco afortunado. Pero era necesario hasta que yo lograra tener controlada la situación. Como puedes imaginar, se trataba de algo sumamente delicado. De hecho, estaba a punto de enviar a mis hombres para que hicieran una extracción. Como imaginarás, no pensaba permitir que uno de mis mejores hombres se pudriera en ese agujero un segundo más de lo estrictamente necesario. Te lo juro por Dios.

Knox meneó la cabeza, entristecido.

—Se lo agradezco, señor. De verdad que sí. Pero habría sido de gran ayuda saber eso antes de tener que matar a todas esas personas durante nuestra fuga.

Hayes se quedó blanco como el papel.

—Ya hablaré con alguien para interceder por ti. Ya se nos ocurrirá algo. Se trata de un asunto de seguridad nacional.

—Dudo que sea posible. De hecho, por eso he traído a Carr aquí conmigo.

Hayes lanzó una mirada nerviosa a Stone.

—No acabo de entenderlo.

—Bueno, yo podría perdonarle. Pero él no. O sea que ya que nos buscan a los dos por asesinos, quiero decir...

—¿Qué coño quieres decir, Knox?

—Lo que quiere decir es que ya nos hemos cargado a ocho. ¿Qué coño importa si hay uno más, especialmente si es usted?

Hayes se tambaleó hacia atrás, contra la pared, con la mano en el pecho.

—Knox, no puedes permitirlo. Soy tu superior.

—Era mi superior, al menos de rango. En realidad, siempre le he considerado bastante inferior.

—¿Cómo te atreves a...?

Knox le quitó las esposas a Stone, se sacó un cuchillo del bolsillo y se lo entregó. Stone lo empuñó en su postura preferida para matar.

—¡Knox! —gritó Hayes.

Stone avanzó.

—¿Sabes cuántas veces he hecho esto en nombre del gobierno de mi país?

—Knox, por el amor de Dios.

—Tenía que haberle dado la medalla a este hombre —declaró Knox.

Hayes se puso a gritar.

—¡Te daré la puta medalla, Carr! ¡Toda tuya!

Knox se sentó en una silla.

—Se comportó como un cerdo al bloquear el trámite sólo porque él se negó a obedecer su orden de masacrar a un pueblo inocente en Vietnam.

—Ahora lo sé. Lo lamento. Nunca debí haber dado esa orden.

Stone se detuvo al lado del tembloroso Hayes y lo miró de arriba abajo, como si estuviera decidiendo dónde asestar la estocada.

—Y no tendría que haber ido a esa prisión para hacer un trato con el alcaide a fin de que me retuviera allí por haber descubierto la verdad —añadió Knox.

Stone ya presionaba el cuchillo contra el cuello de Hayes.

—He soñado con este momento durante casi cuarenta años, Mack —dijo Stone.

—Knox —gimoteó Hayes—, te lo suplico. Siento lo que hice en la cárcel. No debería haberte dejado allí bajo ningún concepto. Lo siento. Por el amor de Dios, dile que pare.

—De acuerdo —dijo Knox—. Oliver, para ya.

Stone retrocedió y lanzó el cuchillo a Knox, que sacó un *walkie-talkie* y dijo:

—Ya está, podéis entrar.

Al cabo de unos segundos, cinco hombres irrumpieron en la estancia y se acercaron al todavía asustado y confundido Hayes.

—Macklin Hayes, queda detenido por obstrucción a la justicia, encarcelamiento impropio, crímenes de guerra, encubrimiento de una red de narcotráfico y por utilizar una propiedad del gobierno para hacer estallar el coche de un civil en un lugar público. —A continuación, el hombre le leyó sus derechos.

Knox sacó un DVD del bolsillo y se lo lanzó a Hayes.

—Puede compartir esto con sus abogados.

Hayes lo observó.

—¿Qué coño es esto?

—¿Se acuerda del lugar donde se reunió con nosotros en la cárcel y nos lo contó todo porque supuso que nunca saldríamos de allí? Era una sala de interrogatorios, gilipollas. El alcaide de ese sitio era un obseso de la vigilancia. Había una cámara oculta que grabó todas y cada una de sus palabras. —Miró a los hombres—. Llevaos a este capullo. Me da asco verle la cara.

—¡Ese hombre es John Carr! ¡Mató a Carter Gray y Roger Simpson! —gritó Hayes mientras se lo llevaban esposado—. ¡Detenedle, detenedle ahora mismo!

—¡Cállate! —replicó uno de los hombres, y lo empujó por la puerta.

Cuando se hubieron marchado, Knox y Stone salieron de la casa y caminaron por las calles tranquilas y tenuemente iluminadas por las farolas de Georgetown, mientras un viento frío soplaba desde el cercano Potomac.

—¿Sabes qué? —dijo Knox—. Hayes era el único que iba a por ti. Yo le rendía cuentas sólo a él. Actuaba por iniciativa propia, no era una misión de la Agencia.

—Sí, es un hombre que atesora el rencor.

—Lo que quiero decir es que lo que tenías que hacer ya lo has hecho. —Le tendió la mano y Stone se la estrechó—. Ahora yo voy a irme por allí. —Señaló hacia la derecha—. Y te sugiero que tú vayas en la dirección contraria.

—No puedo hacerlo, Joe.

—Oliver, márchate de aquí y empieza de nuevo en otro lugar. Te conseguiré dinero y un documento de identidad nuevo. Pero tienes que marcharte. Ahora.

Stone se sentó en un escalón de piedra erosionado y alzó la vista hacia Knox.

—Llevo cuarenta años yendo de un lado a otro y ya me he cansado.

—Pero el FBI sigue investigando los asesinatos. Y con Hayes fuera de juego ya no hay impedimentos para que vayan a por ti. Tarde o temprano llamarán a tu puerta. Sobre todo porque Hayes no va a parar de despotricar contra ti.

—Lo sé.

—¿Y qué? ¿Piensas quedarte esperando a que vengan a buscarte?

Stone se levantó.

—No. No voy a esperar. Pienso llegar a las instancias más altas para aclarar todo esto. Pero antes tengo que coger una cosa.

—¿Una cosa? ¿Dónde?

—En un cementerio.

El Servicio Secreto examinó el contenido de la caja que Stone había llevado. Era la misma que había escondido en el sepulcro de Milton antes de marcharse de Washington. Knox le había llevado en coche al cementerio, donde había cogido la caja, llamado a Alex Ford y preparado el encuentro de los tres.

La Casa Blanca resultaba impresionante bajo la nítida luz matutina. Alex conocía a los agentes que estaban de guardia ese día en la entrada de visitantes y les susurró algo mientras Knox y Stone pasaban por el detector de metales.

A continuación, Alex les condujo al interior de la mansión presidencial, por el pasillo desde el que se dominaba el Jardín de Rosas, al lado de la biblioteca y el salón de las porcelanas. Subieron unas escaleras, pasaron por la entrada principal y llegaron al Ala Oeste. No entraron en el Despacho Oval, sino que fueron conducidos al cercano Salón Roosevelt.

Mientras estaban sentados en el gran salón interior, dominado por una mesa de reuniones con dieciséis sillas de cuero y una claraboya falsa, Stone se fijó en la moldura de triglifo, que tenía un diseño parecido al del Independence Hall. Luego dirigió la mirada al retrato de Roosevelt situado sobre la repisa de la chimenea, y al final acabó fijándose en el cuadro que representaba a Theodore Roosevelt como aguerrido jinete en la pared meridional.

—Impresionante —declaró Knox, nervioso mientras recorría la sala con la mirada.

Los tres hombres vestían traje. Alex y Knox habían puesto dinero para que Stone se comprara ropa presentable, que le otorgaba cierto aire distinguido, aunque se sentía incómodo con americana y corbata.

—¿Estás seguro de que nos recibirá? —preguntó Knox a Alex.

—Estamos en la agenda. Así que, a no ser que se declare una guerra o se produzca un huracán en algún sitio, nos recibirá.

Knox exhaló un largo suspiro y se dejó caer en una silla.

—Vaya por Dios.

En cuanto lo dijo, la puerta se abrió y una mujer anunció:

—El presidente les recibirá ahora, caballeros.

El presidente Brennan se levantó de detrás del imponente escritorio y estrechó la mano de los tres, aunque se demoró más en Alex, que había recibido una herida de bala al intentar evitar el secuestro del mandatario en su ciudad natal, en el oeste de Pensilvania.

—Me alegro de verte, Alex. Te has recuperado totalmente, ¿no?

—Sí, señor, gracias, señor.

—Siempre te estaré agradecido por lo que hiciste por mí en aquella ocasión.

—Bueno, señor presidente, en parte estamos aquí por eso.

Brennan pareció confundido.

—En mi agenda ponía que querías presentarme a unos amigos tuyos. —Miró a Knox y Stone—. Estos caballeros, supongo.

—Es un poco más complicado que eso, señor, si es que puede dedicarnos unos minutos.

Les indicó con un gesto que se sentaran en los sillones dispuestos frente a la chimenea.

Alex empezó a hablar y no paró durante más de veinte minutos. Y Brennan, conocido por ser un interrogador empedernido, no le interrumpió ni una vez. Permaneció sentado en el sillón, asimilando lo que Alex le contaba sobre lo acontecido en Pensilvania, lo ocurrido en Murder Mountain y luego la confrontación del Centro de Visitantes situado bajo el

Capitolio, donde Milton Farb había muerto asesinado y el hijo de Harry Finn había sido rescatado. A partir de ahí, Knox continuó el relato y, aunque nervioso por encontrarse ante el comandante en jefe, habló con voz segura y fue sumamente detallista al relatar su fragmento de la historia, incluida la parte sobre la negativa a conceder la Medalla de Honor a Stone y el tiempo que pasaron en aquella prisión infame. Terminó con la detención de Hayes.

Brennan se reclinó en el asiento.

—Dios mío, esto es increíble. Realmente increíble. Me cuesta creer esas cosas sobre Carter Gray. Fue uno de mis asesores más fiables. —Lanzó una mirada a Stone—. ¿Y tú eres John Carr?

Stone asintió.

—El mismo.

—¿Pertenece a esa entidad llamada Triple Seis?

—Sí, señor.

—Me resulta inconcebible que nos dedicáramos a ese tipo de actividades.

—Para mí no lo era. Me limitaba a obedecer órdenes. No fue hasta más adelante que la mala conciencia pudo más que yo.

—Pero matar a tu familia, perseguirte de ese modo... Lo siento, Alex, es que no me parece propio de las personas que conocí.

Stone levantó la caja.

—¿Le importa, señor presidente? Aquí tengo una cosa que quizá le convenza.

Brennan vaciló antes de asentir.

Stone abrió la caja y extrajo una pequeña grabadora. Pulsó el *play* y se oyó una voz alta y clara. Era Carter Gray. En Murder Mountain.

—¿No tenías que devolverle esa grabación a Gray? —dijo Alex cuando le dio al *stop*—. Finn dijo que tenían un dispositivo que detectaba si se había copiado y que no era el caso.

—Antes de darle el teléfono con la grabación a Gray, levanté la grabadora y la grabé. A veces la gente olvida los métodos más rudimentarios.

Pulsó otra vez el *play* y al fin llegaron a la parte que Stone deseaba especialmente que escuchara el presidente. Cuando acabó, Brennan se los quedó mirando sonrojado.

—Iba a matarme. ¡Carter Gray iba a matarme para poder declarar una guerra sin cuartel a los musulmanes!

—Sí, señor —dijo Stone—. Eso pensaba hacer.

—Y tú fuiste quien me salvó —le dijo el mandatario a Stone—. Es tu voz la que le convence de no hacerlo. Después de que mataran a la mujer. ¿Quién era?

—Era mi hija, Beth.

Alex explicó resumidamente al presidente cómo Roger Simpson y su esposa habían adoptado a la hija de Stone.

Brennan se reclinó en el asiento; era obvio que su mente era un torbellino.

—Mataron a tu mujer y se llevaron a tu hija. Y el hombre que ordenó matar a tu mujer e intentó que te mataran ¿se llevó a tu hija y la crió como si fuera suya? Y Gray, hay que ver lo que te hizo. Lo que casi me hizo a mí... Es... es demasiado espeluznante, John. Pocas veces me faltan las palabras, pero es que no sé qué decir.

—Tengo que decirle algo más, señor.

Tanto Knox como Alex respiraron hondo y luego contuvieron la respiración, con el cuerpo tenso.

—¿De qué se trata?

—Carter Gray y Roger Simpson fueron asesinados, señor presidente.

—Sí, ya lo sé... —Desvió la mirada hacia la chimenea.

Transcurrió casi un minuto y nadie rompió el silencio.

Al final, Stone habló.

—Gracias por su tiempo, señor. Tengo intención de entregarme a las autoridades. Pero quería que antes supiera la historia de mi boca. Después de treinta años de mentiras, pensé que había llegado el momento de decir la verdad.

Cuando los tres se levantaron para marcharse, Brennan alzó la mirada hacia Stone.

—Escúchame, Carr. Me has puesto en un aprieto. Probablemente se trate de la situación más complicada en la que me he encontrado, lo cual no es poco, teniendo en cuenta que éste es mi segundo mandato. Y no obstante, no creo que se asemeje al dolor que has sufrido a manos de un país que debería haberse portado mejor. —Hizo una pausa y se levantó—. ¿Sabes qué voy a hacer? Como, de no ser por tus esfuerzos, yo ni siquiera estaría vivo y este país estaría inmerso en una guerra de consecuencias desastrosas, voy a dejar este asunto en situación de consulta. No quiero que le menciones esto a nadie, y mucho menos que te entregues. ¿Lo entiendes?

Stone miró a Alex y a Knox, y luego otra vez al presidente.

—¿Está seguro, señor?

—No, no estoy seguro —espetó—. Pero así será. No justifico el tomarse la justicia por la propia mano. Nunca lo he justificado ni nunca lo justificaré. Pero también tengo corazón y alma, y un sentido del honor y la decencia a pesar de lo que afirman ciertos miembros de la oposición. Así pues, hasta que no tengas noticias mías, no harás otra cosa que seguir con tu vida. ¿Entendido? Ya sé que oficialmente ya no perteneces al ejército, pero sigo siendo el líder de este país. Y te ordeno que me obedezcas.

—Sí, señor —dijo Stone, sorprendido.

Cuando se giraron para marcharse, Brennan añadió:

—Oh, y el período de consulta será largo. Tan largo que, de hecho, teniendo en cuenta todos los asuntos de los que tengo que encargarme como presidente, es muy probable que me olvide del asunto. Adiós, Carr. Y buena suerte.

Cuando cerraron la puerta detrás de ellos, tanto Knox como Alex suspiraron aliviados.

—Joder, ahora sí que me hace falta una copa —dijo Knox—. Venga, invito yo.

OceanofPDF.com

Oliver Stone abrió las puertas del cementerio de Mt. Zion y caminó hasta su casita. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Cuando entró, vio que los cambios que Annabelle había hecho ya no estaban. Todo se hallaba tal como él lo había dejado.

Se sentó tras su escritorio y pasó la mano por la madera vieja, se recostó en la chirriante silla y contempló la pared en la que estaban sus queridos libros. Luego se preparó un café y se llevó la taza mientras inspeccionaba el terreno, fijándose dónde hacía falta algún arreglo del que se ocuparía al día siguiente. Volvía a ser el cuidador oficial de aquel terreno. Era su hogar.

Aquella noche los demás fueron a verle. Abrazó a Reuben, Caleb y Annabelle, y volvió a darles las gracias por lo que habían hecho por él. Reuben llevó unos paquetes de cervezas y Caleb aportó una botella de vino tinto del bueno. Más tarde, Alex, Finn y Knox se sumaron al encuentro.

Mientras Knox y Stone estaban sentados delante de la chimenea, Alex y Annabelle charlaban animadamente en una esquina del salón. Ella tenía una copa de vino en la mano y él una cerveza.

—¿Cuál es el verdadero motivo por el que decidiste ayudarnos? —preguntó ella de repente.

—Las personas no dejan que sus amigos mueran por una estupidez.

—Vaya, gracias. —El se acercó más a ella.

—Bueno, en realidad lo hice porque consideré que habíamos acabado mal. Y quería decirte que, a pesar de todas las cosas malas y feas que dijiste sobre mí, no me importaría salir contigo de vez en cuando.

—Oh, ¿de verdad?

—De verdad, sí.

—¿Esa es la mejor frase para decir «por favor, vuelve conmigo» que enseñan a los agentes del Servicio Secreto?

—Somos tipos más bien duros y callados.

Annabelle lo cogió del brazo.

—Lo que hiciste fue extraordinario —le dijo al oído—. Y siento lo que te dije. —Miró a Reuben—. El me hizo ver cómo son las cosas en realidad.

—Pues empecemos de nuevo y veamos adonde llegamos.

Reuben, que observaba la escena desde el otro extremo de la sala junto con Caleb, dijo:

—Vaya, tío, voy a vomitar.

—No te pongas celoso, Reuben. Él es más joven y mucho más guapo que tú. Además, yo tampoco tengo a nadie. He fracasado tanto como tú en lo que a mujeres se refiere. Espero que eso te haga sentir mejor.

Reuben se acabó la cerveza de un trago y se marchó airadamente, farfullando. De repente, el móvil de Alex empezó a sonar y todos le miraron cuando respondió.

—¿Diga? ¿Qué? —Se cuadró inmediatamente y a punto estuvo de soltar la cerveza—. Sí, señor. Por supuesto, señor. Me aseguraré de que vaya. Cuente con ello, señor.

Colgó y miró a los demás con el mayor de los asombros.

—¿Quién era? No sería el presidente, ¿verdad?

Alex meneó la cabeza lentamente y se acercó a Stone. Le puso una mano en el hombro.

—Era el jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

—¿Qué? —exclamó Reuben, y palideció—. ¿Qué coño quería? Me refiero a que oficialmente no me ausenté sin permiso. Fue un malentendido.

—Ha llamado por ti, Oliver —dijo Alex.

Stone alzó la mirada hacia él.

—¿Por mí para qué?

—Vamos a hacer otra visita a la Casa Blanca. Mañana.

—¿Qué? ¿Por qué?

Alex sonrió.

—Por algo relativo a una medalla, amigo. Una que te mereces desde hace tiempo. La plana mayor ha revisado tu hoja de servicios, ha hecho la recomendación y el presidente la ha aceptado.

—¡Uauuu! —bramó Reuben, y dio una palmada a Stone en la espalda.

Los demás se arremolinaron a su alrededor para felicitarle.

Cuando el ambiente se tranquilizó, Stone dijo:

—Alex, llámales por favor y diles que agradezco el detalle, pero que no puedo aceptarla.

—¡Qué dices! —exclamó Reuben.

—Oliver, nadie rechaza la Medalla de Honor. Nadie. Joder, la mayoría de los soldados la reciben a título póstumo.

—No la estoy rechazando. Eso sería una deshonra para quienes la han recibido. Lo que quiero es que retiren el ofrecimiento. Se han equivocado.

—¡Qué coño equivocado! Te la mereces —intervino Finn—. He leído tu hoja de servicios, Oliver.

—Tal vez me la merecí. Entonces. Y en aquel momento la habría aceptado. Pero ahora no la merezco. Y el hecho de aceptarla supondría una deshonra al recuerdo de todos los soldados que han sido galardonados con ella.

—Oliver, por favor, no hagas eso —suplicó Annabelle—. Piénsatelo. Pasarás a formar parte de la historia de Estados Unidos. ¿Cuánta gente consigue tal cosa?

—Ya formo parte de esa historia, Annabelle. Yo sé lo que hice en aquel campo de batalla. Y lo hice porque no podía permitir que mis hombres murieran. Pero también tengo muy claro lo que hice después de dejar el ejército. Y ése es el problema.

—Pero cumplías órdenes —dijo Alex.

—Los borregos cumplen órdenes, pero nosotros no lo somos.

Caleb se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Yo nunca he servido en el ejército, así que no puedo opinar sobre todo eso. Pero sí quiero decir una cosa. Me he sentido muy orgulloso de ti al saber que te ofrecían la medalla, pero creo que el hecho de que no la aceptes me enorgullece todavía más.

Cuando todos se hubieron marchado con promesas de volver pronto, Stone sacó la caja en que había guardado la grabación. También contenía otros dos objetos.

Primero miró la foto de su hija Beth cuando era un bebé; había crecido e incluso muerto sin saber que él era su padre. Luego contempló la otra foto, más apagada.

Aquella instantánea plasmaba a su esposa, Claire, como joven esposa y madre. En su interior, Claire Carr era quien le hacía seguir adelante todos los días. En aquella prisión, mientras Tyree y sus hombres lo torturaban, se había aferrado al recuerdo de ella.

Nunca podría prescindir de esa imagen porque, de un modo visceral, era el único retazo de identidad que le quedaba. Se trataba del único recuerdo que mantenía vivo el espíritu del joven soldado, esposo y padre llamado John Carr. No el asesino, no el ejecutor. Sólo él, o quien había sido.

Le palpó con los dedos el pelo, la cara, recorrió la línea de los labios. Ella y su hija habían sido lo único bueno de una vida que, por lo demás, había estado repleta de cicatrices, dolor y violencia.

No obstante, su recuerdo bastaba para alejar todo lo demás. Lo hacían desaparecer, con la fuerza limpiadora del agua más pura.

Se sentó en la silla abrazado a su mujer y su hija. Y, por lo menos durante unos instantes, todo volvió a estar en su sitio.

Tras guardar la caja, sacó el móvil nuevo que Annabelle le había dado y marcó un número de memoria. Cada vez que pulsaba un botón, Stone se sentía más convencido de lo que iba a hacer.

Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo podía quedarle a un hombre como él? Se dijo que no podía permitirse el lujo de desperdiciar un minuto más.

Cuando la voz respondió, Stone dijo con voz queda:

—Abby, soy yo.

Fin.

OceanofPDF.com



DAVID BALDACCI, nació el 5 de agosto de 1960 en Richmond, Virginia. Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D.C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de Poder absoluto. Cuando se publicó en 1996, fue un best-seller internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La pura verdad*, *Saving Faith*, *Buena suerte*, *El último hombre*, *The Christmas Train*, *Split Second*, *El juego de las horas*, *Camel Club*, *Los coleccionistas*, *Una fracción de segundo*, *Frío como el acero*, *Toda la verdad*, *Justicia divina*, *True Blue*, *Deliver Us From Evil*, *Hell's Corner*, su último thriller sobre King y Maxwell, *The Sixth Man*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el Year 2000 «Month of the Thriller» de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, «*The Mighty Johns*», incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post*, *Men's Health*, *Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en best-sellers nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de best-sellers. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues*, *Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Éste será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo

episodios transmitidos en The History Channel, Discovery Channel y «ID Discovery».

OceanofPDF.com

Notas

[1] Stone significa literalmente «piedra», de ahí la frase que piensa el protagonista. (N. de los T.) <<

[2] Wicked es el título de un famoso musical de Broadway sobre una bruja mala. En inglés la palabra wicked significa «perverso/a» o «malvado/a». (N. de los T.) <<

OceanofPDF.com